



# ECOS EN LA NIEBLA

LA REALIDAD DE LA FICCIÓN

OSCAR L. ARANDA DURAÑONA

# ECOS EN LA NIEBLA

## LA REALIDAD DE LA FICCIÓN

EDICIONES ARGENTINIDAD

Imágenes y diseño de tapa: Oscar Alejandro Aranda Durañona  
Diseño de cubierta: Pablo Ezequiel Vega

Ediciones Argentinidad  
[www.ediciones.argentinidad.com](http://www.ediciones.argentinidad.com)  
[ediciones@argentinidad.com](mailto:ediciones@argentinidad.com)

Título original: ECOS EN LA NIEBLA  
Copyright © Ediciones Argentinidad - Juan Francisco de Sousa.  
Derechos exclusivos de edición reservados en todo el mundo.  
Primera edición.  
Queda hecho el depósito que establece la ley 11723.

Libro de edición argentina.  
Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

## **ACLARACIÓN DEL AUTOR**

En 1997, después de mucho deambular y golpear numerosas puertas, conseguí que me publicaran *Ecos en la niebla; Malvinas, la batalla aérea desigual*. Se imprimieron tres mil ejemplares que, si no los arrojaron a la basura, en un par de años se agotaron. Contemplar el libro en las vidrieras, asistir a entrevistas, recibir felicitaciones desde los rincones menos pensados, estimularon mi autoestima más que si hubiera recibido un ascenso. La vanidad me indujo a suponer que había iniciado una carrera literaria promisoriosa. Escribí una segunda novela, después una tercera. Las presenté en concursos, ante distintos editores; pedí presupuestos para publicarlas por mi cuenta. Nadie se mostró interesado, y el sentido común me aconsejó no invertir en volúmenes que solo sirvieran para rellenar las bauleras. Se me hizo evidente que la ficción no me favorecía, por lo que decidí orientarme hacia la investigación histórica. Con bastante buena suerte. Las biografías *El Murciélago*, *El regreso del águila*, y los capítulos de mi autoría publicados en la *Historia de la aviación de caza argentina* son textos que integran ya el patrimonio bibliográfico de mi querida Fuerza Aérea.

Pero *Ecos en la niebla*, igual que un primer hijo o un fruto largamente cultivado, es el producto que más quiero. En sus páginas volqué cuánto pude acopiar en esta vida: la formación personal con sus virtudes y defectos, las nociones literarias, la experiencia profesional como aviador militar, el doloroso trauma de mi participación en la guerra; en fin, mi fe, mis creencias y sentimientos. Y porque aún palpito las gratificantes emociones de la primera, sale esta segunda edición con una expresa aclaración: está corregida. Con los conocimientos que adquirí en mi trabajo de Director de Estudios Históricos de la FAA la he aproximado a la verdad de los acontecimientos, y creo yo, perfeccionado. Este acercamiento a la efectiva ocurrencia de los hechos me decidió a modificar la subtitulación. En lugar de *la batalla aérea desigual*, la he rebautizado *la realidad de la ficción*.

La trama, los elementos estructurales son los mismos. La fábula sigue conviviendo con la historia solo que, ahora, las personas del mundo real, aquellos que protagonizaron los hechos verídicos, aparecen con sus propios nombres y apellidos. Para ellos, a mis queridos amigos y camaradas veteranos de Malvinas, dirijo esta advertencia:

No descarto que la memoria me haya jugado una mala pasada. Es posible, por lo tanto, que algún diálogo o situación en la que participan no refleje exactamente a la evocación que puedan conservar del mismo suceso. Sin embargo, deben tener la plena seguridad de que si aparecen en estas páginas es porque los respeto y guardo de ustedes el más entrañable de los recuerdos. Cuando omito el nombre de algún actor, es porque el desarrollo está distorsionado de ex profeso para ajustar la narración o porque me pareció que no valía la pena registrarlo.

A modo de justificación del nuevo subtítulo, añado la carta que en 1997 me escribió el poeta español José Carlos Gallardo que me ayudó a corregir el texto primitivo. Puede que estimule la lectura del resto del libro, puede que no. De todos modos allí está. Si se lee nada más que eso, cualquier lector medianamente instruido podrá enterarse de qué tratan las bellas letras, y yo me habré dado por muy satisfecho.

## CARTA LITERARIA A OSCAR L. ARANDA DURAÑONA

Sin ánimo de intentar escribir algo nuevo, se sabe que nuestra lengua tiene áreas de mala salud y deterioro crónico. Lamentable, pero real. Lázaro Carreter acaba de decir que esta enfermedad solo se cura leyendo y escribiendo. Y es que asistimos a la perversa reducción del idioma, como si nos amenazara una mudez de final de tiempos. Regiones enteras del habla están expuestas a la intemperie y a la erosión y, claro, los elementos naturales se ceбан en ese banquete desmantelado.

Con motivo del IV Centenario de la Fundación de Buenos Aires, acompañaron a S.M. la Reina Sofía, dos —ya fallecidos— glorias de nuestra palabra: Luis Rosales y Dámaso Alonso, entonces presidente de la Real Academia. El autor de «Hijos de la Ira» dijo que «España era la más pequeña de las provincias hispanohablantes», y agregó que «el enriquecimiento del idioma provenía del aporte que estaban haciendo los pueblos latinoamericanos». Es decir, querido Oscar, que en esta orilla del mundo, la lengua, al menos, puede apoyar un pie con firmeza y seguridad. Tal vez, estemos levantando una de las dos nuevas Columnas de Hércules. El tiempo dirá.

Según ciertos agudos oteadores de las tendencias literarias del momento (no se sabe bien qué quieren decirme con esto), el vocabulario en estado corrosivo está señalando el camino de la novelística futura. O séase, hay que cargarse el idioma para tener camino y poder andar. Hará cosa de tres años, un joven madrileño fue finalista del Premio Nadal. Tema de su novela, la juventud drogadicta, el mundo del rock, la desprolijidad sexual, la marginación de valores éticos y morales tradicionalmente sobreentendidos, la prostitución con aire deportivo y, todo ello, contenido en una especie de infralenguaje, de escoria lingüística. Y llegó su esperada segunda novela: ¡Ah!, para sorpresa de visionarios, un fracaso literario y, consecuentemente, una decepción comercial.

Te estarás preguntando, amigo mío, a qué viene tanto tedioso apelmazamiento. Y te voy a ser sincerísimo.

De vez en cuando, todos caemos en la duda a la vista de tanto y tanto texto circulante. En mi caso, dudas sobre versos escritos, propios y ajenos. En tales circunstancias, he recurrido a San Juan de la Cruz que sigue redimiendo a media humanidad literaria. Y en él, me pongo a salvo.

Y apareces tú con «Ecos en la niebla». Y me pregunto, ¿ciencia-ficción? Tu obra encaja en el género. Si por ciencia-ficción entendiéramos la precisión facultativa de un relato llevado a la enésima potencia imaginativa, tu obra constituiría una de las pruebas de imprenta más veraces que la literatura argentina de dos décadas atrás haya dado al mundo.

Me urge decir que soy testigo privilegiado de tu sentido profesional y de tu preocupación por el cuidado de la palabra, de la pasión encendida por lo conceptual y hasta lo sintáctico, por el láser de tu indeseable carga intencional. Así nace un escritor de verdad, esto es, de carne y hueso, de hechos y palabra.

Sí, Oscar, tu novela es testimonio presuntamente llevado a nivel de ciencia-ficción. No estoy en condiciones de afirmar si esto último es verosímil o no, pero sí de asegurar el carácter testimonial de tu caudaloso informe. Es probable que su lectura levante una polvareda de peros y señales, que el virus real que flota en sus páginas en más de uno inocule conjuntivitis propiciatoria y jaquecas estivales. No te importe. Tú has recogido sangre derramada y, con ella, has pergeñado la escritura de fe de un tiempo.

Sabemos bien qué significado sigue teniendo la participación de la Fuerza Aérea en el trágico episodio del Atlántico Sur. Tú lo narras con autoridad profesional y notoria identidad literaria, dos avales que dan crédito al cronista y solvencia al escritor de raza. La Guía Taumatúrgica del Escritor deberá correr un espacio para contener tu nombre.

Gracias por haberme permitido que estuviera cerca de ti el tiempo de gestación de tu obra. Gracias por el privilegio de ser uno de tus lectores. Gracias por esta salvación nacional a punto (en la que me considero incluida). Gracias por hablarnos en letra de verdad.

En el abrazo fraterno de José Carlos Gallardo

*Sobre la árida estepa patagónica  
el penacho gris de los reactores  
escribió un adiós interminable,  
como una mano que se aleja  
se perdió en la noche del océano,  
hacia las islas, hacia la historia...*

## 1

Fuck time for the fucked tea! El guardián acompañó el aviso con dos tremendos puñetazos contra la entrada. La invitación, el desprecio, interrumpían siestas, cartas, interminables reflexiones sobre la necesidad de los remaches que sostenían las placas del techo. A mí, por suerte, el insulto británico no me afectaba. Tendido en la cuqueta superior de la cabina 502 del *ferryboat* Saint Edmund, manos cruzadas bajo la nuca, cada vez que repetían ese tipo de llamada, me limitaba a subir los hombros y a seguir estudiando el cielo raso metálico que tenía a sesenta centímetros de mi nariz. Mis compañeros, entretanto, abrían los párpados o se volteaban al otro lado sin protestar. Los sabía empeñados en continuar durmiendo, en huir, en regresar, aunque más no fuera en pensamientos, a sus hogares. Y olvidar. De un soplo borrar la tragedia de la memoria.

— Up! up! up!

El galés abría la puerta. Desde sus espaldas, se asomaba el marinerito de todas las tardes. Mirada lánguida, pelo rubio, casi blanco, parecía una sombra escuálida del sargento. Mirándonos con picardía, el más joven nos arrojaba cuatro paquetes de galletas. Luego debíamos formar la cola en el extremo del pasillo. Un par de mozos hindúes, siempre sonrientes, distribuían el té. Los protegían dos soldados armados hasta los dientes. Las boinas verdes rebatidas sobre la frente les ocultaban las bolitas azules y redondas que brillaban en sus ojos. Siguiendo el hábito adquirido desde la partida de San Carlos, sentados en las literas, tomábamos el té en silencio. En un silencio ficticio, aburrido, sólo alterado por breves comentarios. Un silencio que la mayoría de las veces percibía como la bondadosa confabulación de mis compañeros: Cacho Ayala, Jorge Molina y el Maestro Vignal. Aún sin verlos, adivinaba sus gestos cómplices, sus labios apretados, midiendo hasta los monosílabos, eludiendo cualquier referencia que pudiese reabrir mis heridas.

Detrás del gusto azucarado de la infusión llegaba mi hora del recogimiento, la de sentarme a lo Buda sobre las mantas, y en lugar de olvidar, la ocasión para recordar y escribir. Recordando y

escribiendo, las tardes transcurrían lentas. En las cuquetas inferiores mis amigos hablaban entre sí o con algún visitante. A veces, leían o jugaban a las cartas. En el nivel superior, yo llenaba páginas y páginas; y lo hacía con una compulsión catártica, con una necesidad casi obsesiva de purificarme de las pesadillas que, a casi un mes de terminada la guerra, aún me perseguían. Deseaba transcribir, ordenar y ampliar los apuntes volcados en mi vieja agenda con tapas de cuerina verde. Notas garabateadas entre bomba y bomba o entre turno y turno del CIC<sup>1</sup> y, en especial, las que redacté después que nos tomaron prisioneros. Y debía hacerlo en ese momento, antes de que nos dejaran en libertad.

En el buque prisión estaban todos, no faltaba nadie. Era entonces o nunca. Jamás se me volvería a presentar otra oportunidad para conseguir sus testimonios. Quería llegar al núcleo del misterio. Definir, dar forma a esa nube apenas insinuada en el fondo de mi conciencia. Esa revelación que, atando cabos, cada día me resultaba más creíble, aunque me hubiese llegado de un modo tan fantástico que hasta dudaba que hubiese ocurrido. Por más que le diera vueltas y vueltas, que contara otra vez los seiscientos cuatro remaches del techo de la cabina 502, invariablemente terminaba en la misma pregunta: ¿Había sido yo, Sebastián Iriarte el que había vivido esos meses en Malvinas? Yo, que fui siempre un mero contemplador del mundo, ¿había, realmente, participado en los sucesos que ansiaba registrar?

La respuesta la tenía que buscar en el pasado, en los patios trasteros del tiempo y del espacio. Volver a mi infancia, a la época en que había conocido a Mauro Bertoni, allá lejos, en el centro de la pampa bonaerense, en Mariano Acosta, mi pueblo.

Pleno invierno. Papá se había marchado para no volver. Mamá, agobiada por la vergüenza y las estrecheces económicas, me había sacado del colegio de curas, a las chicas del normal de las monjas, y nos había cambiado al San Martín, la escuela pública del lugar.

Durante el primer recreo, temeroso de las perversas recepciones que normalmente les brindaban a los recién llegados, permanecía junto a uno de los pilares de hierro del alero posterior. Pintados con un color un verde desteñido, marcaban el límite cubierto del colegio. En el patio, Mauro, el pecoso, el líder indiscuti-

<sup>1</sup> Centro de Información y Control

do de la clase, se desplazaba con un grupo de chicos encolumnados detrás. Tomados de los codos, en forma sincronizada, movían en círculos los antebrazos a la altura de la cintura. Avanzaban en zigzag. Con la suela gastada de los zapatos levantaban una densa polvareda. Mauro parecía ser el único autorizado para pitar como locomotora. Los demás debían limitarse a decir «chucuchuc, chucuchuc».

Me causó gracia. Enlacé un brazo a la columna, aparté el cuerpo y sin quitarle la vista comencé a girar lentamente. Miraba el tren. Me reía. A la segunda vuelta tenía al maquinista parado delante de mí.

— ¿De qué te reís, vos? — preguntó Mauro, con las manos en la cintura.

Me detuve. Me enderecé. Su cabeza cubierta de motas cobrizas, engomadas a la frente por la tierra y la transpiración, me llegaba a la altura de la nariz. Encogí los hombros, di una vuelta más.

El convoy se había desbandado, me rodeaba amenazador:

— ¿No escuchás que te hablo?

La pregunta fue seguida por un empujón. Quedé de espaldas contra la columna. Al tragar, el cuello almidonado me raspó la piel. Siempre tan prolija mamá.

— Soy nuevo, ¡hola! — contesté casi sin sonido en la voz.

— Y sos un maricón — dijo Mauro, adelantando la mandíbula.

— Me llamo Sebastián.

— Mujercita — se burló, presionándome el pecho con un dedo.

— Quiero hacerme amigo tuyo — dije medio temblando, para mi fastidio.

— ¡Ay, está por llorar! — agregó otro, a un costado.

— ¡Mujercita! ¡Mujercita! — corearon entre varios, al generalizarse la burla.

— Todo almidonado — dijo un tercero, tironeándome el guardapolvo.

Los tenía encima. Me ardía la cara. Mauro me sacó la corbata afuera del pulóver. Deseaba reaccionar, pero me sentía estaqueado. Otro me mojó la oreja con la mano llena de saliva. Desde atrás me despeinaron.

— ¡Usa gomina! ¡Usa gomina! — canturrearon.

Uno intentó tocarme el culo. La gota rebasó el borde. Algo interno parecido a un trompo giró dentro de mi cabeza. El mundo se volvió rojo. Zumbaron los oídos. Aullé o grité. Antes de abra-

zarlo y caer, alcancé a ver los ojos azules de Mauro bien abiertos por la sorpresa. Nada más extraño que una pelea de escolares. Libres de inhibiciones, tampoco habíamos desarrollado el sadismo de los adultos. Con mi furia, revolcándonos en el polvo, girábamos sin sentido. Él, más fuerte, logró tomar distancia y golpearme en la boca. No me dolió. El gusto salado de la sangre me hizo dar cuenta de que la única forma de ganarle era abrazarlo, oprimirlo con todo el cuerpo. Enardecido por el aliento de los demás, perdí la noción de mis actos.

— ¡Basta! — gritó de pronto una maestra, mientras con la punta del tacón alto de su zapato me golpeaba un hombro.

Lentamente recuperé la conciencia. Boca arriba sobre la tierra, desde otro planeta distinguía el final blanco del abismo entre los muslos de la señorita, el sabor de la sangre y, encima, el peso tembloroso de Mauro. Sin saber cómo ni cuándo, me había puesto a sus espaldas y aplicado sobre su cuello una llave de lucha romana con mi antebrazo.

— ¡Soltá! ¡Lo estás por ahorcar!

Mi primera reacción controlada fue aflojar la tenaza que lo ceñía. Hice un esfuerzo y estiré los dedos de la mano que tiraba hacia atrás la muñeca del antebrazo que, por debajo de su barbilla, le mantenía apretada la garganta. Él pataleaba como una tortuga panza arriba. Relajándome, también descrucé las piernas que había trenzado por delante de sus muslos. La cabeza colorada de Mauro se sacudió con un acceso de tos. Asustado, me arrodillé a un costado y, por entre el bosque de piernas que se formó en derredor, miré de qué modo lo ayudaban. La cara se le veía colorada; los labios, curiosamente morados; las pecas, marrones. Durante varios minutos lo abanicaron, le soplaron la nariz, hasta que al final, Mauro preguntó con las pupilas dilatadas:

— ¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

Abriéndome paso con los codos, quise ayudar a sentarlo. No hay comedido que termine bien. Me estaba inclinando, cuando un violento tirón de pelos me volcó la cabeza hacia atrás.

— ¿Quién em-pe-zó? — inquirió la señora de Valdez, silabeando. La directora medio sorda de la escuela, fuera de sí, sacudía mi pobre cuero cabelludo, mientras, tironeándole la oreja a Mauro, sentenciaba entre dientes — : Seguro que fue usted Bertoni, para no perder la costumbre. Los dos, se vienen conmigo a la Dirección.



Caminé detrás de la directora, medio agachado, tratando de seguirla lo más cerca posible y relajar la tensión en mis cabellos. Del otro lado, Mauro, remolcado de la oreja, en punta de pies, boca ladeada, la seguía como succionado por un imán.

— Van a aprender, ¡mocosos de porquería! — repetía una y otra vez sin aflojar.

Callados nos mirábamos de reojo. Yo meditaba y culpaba a mi padre, a su pésimo carácter. Siempre a los insultos y discutiendo con mamá. Después, en pensamientos, me las tomé con su partida y con la completa indiferencia en que nos había sepultado. Literalmente en la calle. Mi madre, sus poesías, y sin conseguir trabajo. Le oía ya el grito cuando me viera el guardapolvo. Mamá gritaría, pero Mauro había recibido su merecido. Me pasaba la lengua por el lado interno del labio lastimado, y sentía volver la furia. Luego, la cara amoratada de Mauro me serenaba. Se iba a cuidar de volver a molestarme.

La Escuela San Martín era la más antigua de Mariano Acosta, del tiempo de Ñaupá, aunque gratuita según mamá. Un solo bloque rectangular. Dos galerías con puertas y ventanas alargadas. Un amplio vano central las conectaba. En una pared del corredor, cerca de la soga grasienta de la campana, una chapa esmaltada con letras azules nos avisó que habíamos llegado a la Dirección. La señora de Valdez ordenó que nos sentáramos en el único banco de madera de la antesala, uno en cada extremo.

— Se me quedan sentaditos, sin hablar. Usted mira para acá, y usted Bertoni, para allá.

Durante un rato, que se me antojó larguísimo, sólo escuché nuestras respiraciones y el ruido de papeles que hacía la Directora. De improviso, el ring del teléfono:

— Holaaa ¿quién habla? ¿La mamá de quién? — oí la voz desatemplada de la señora de Valdez, y su desopilante confusión — : Claro que sé la hora. ¿Cómo...? Sí... No... Siii, la directora.

Con Mauro nos miramos. Al mismo tiempo, soltamos la carcajada.

— ¡Qué trompada! — dije con la boca hacia un costado, dolorido de tanto reír.

— Y vos ¿dónde aprendiste a hacer esa toma de judo?

— Me la enseñó mi viejo — mentí, y la mentira me entristeció. Tras unos segundos, con la frente gacha agregué — : Hace tiempo.

— Sí, ya sé. Yo tampoco tengo papá.

— ¿También se fue?

— No, el mío se mató — dijo Mauro mirándose adentro de las manos — . Era piloto, y fumigando se mató.

— ¿Qué pasó? ¿Te acordás cómo fue?

Mauro, clavando los ojos en la biblioteca, con esa inocente malicia que lo caracterizaba, contó la suerte de su padre: suboficial técnico, en la Base Aérea de Tandil, no había existido mecanismo ni motor que se le resistiera. Fanático de la aviación, siguió el curso de aviador civil. Por supuesto que a pulmón. Minuto a minuto reunió horas de vuelo en el aeroclub. Y para sumar experiencia, se habituó a volar los fines de semana como fumigador.

— A mí, algunas veces, me llevaba en el PA-12. ¡Qué avionazo! Me lo enseñó a manejar, y todo — dijo Mauro, arrugando la nariz pecosa, todavía sucia por la pelea — . Otros feriados, en cambio, cuando mi viejo entraba de turno en el Grupo Técnico de la Base, solía hacerme pasar el día con él.

En ese momento del relato, las pupilas de Mauro se elevaron soñadoras. Los lomos amarillentos de los libros de la biblioteca del colegio se tiñeron de azul celeste o se volvieron nubes hinchadas por los vientos verticales; águilas y halcones, petreles y gaviotas volaron en espirales ascendentes:

— Alguna vez te voy a invitar para que veas qué grandes son los hangares y conozcas a los Gloster — alardeó, y describió la impresión que le causaban — . No te los imaginás cuando están juntos. Encerrados en el hangar, sin gente. Parecen pájaros durmiendo, pero listos para volar ¿viste? Da miedo despertarlos. Las alas, descansando; las tomas de aire, con sus tapas, parecen ojos cerrados. Y el olor a combustible y a pinturas y a lubricantes.

De golpe, se le ensombreció la mirada y me contó que dos años atrás, su papá, decidido a terminar la construcción de la casa, en lugar de tomarse vacaciones, se había anotado para volar en la campaña contra la tucura. Y una mañana de mucho calor, con el avión muy cargado de pesticida, al hacer un viraje, tuvo una falla de motor. El campo, encerrado entre las sierras y una línea de alta tensión, lo atrapó. Tras una inspiración profunda, Mauro concluyó:

— Y se hizo bolsa.

— Bueno, bueno. Hasta pronto — el saludo de la señora de Valdez interrumpió la narración.

Al tiempo que Mauro, frunciendo las cejas, hacía esfuerzos por tragar un buche grande de saliva, por la puerta vimos asomar la cabeza de la Directora:

— Ustedes, ¿qué hacen acá? — preguntó, dudó un instante y, al ver nuestro desconcierto, añadió — : Se lavan la cara y regresan de inmediato al grado.

Sin decir palabra, corrimos por el patio hasta el edificio cuadrado de los baños. Nos lavamos. Chorros de agua helada dibujaron listones más claros sobre la piel sucia detrás de las orejas. Nos peinamos con las manos. Luego orinamos. Mauro, en punta de pies, curvando la cintura hacia adelante, igual que una jeringa, alcanzó el caño agujereado que bañaba la pared del mingitorio.

— Podemos ser amigos. Sí, vamos a ser amigos... — dijo al terminar.

Con Mauro llegamos a ser casi hermanos. Nacidos con cuatro meses de diferencia en un hospital cercano a la estación ferroviaria de Tandil, de chicos nos divertíamos contando que habíamos compartido la misma nursery. Salvo algunos detalles, la composición familiar y la situación económica eran semejantes. Ambos éramos la última esperanza de madres sin marido, solas por esas cosas de la vida; y los dos éramos únicos hijos varones entre numerosas hermanas. Con una diferencia. Mientras Mauro veneraba la figura paterna con el respeto que sienten los italianos por «il capo di famiglia», yo la rechazaba. Los padres simbolizaban, para mí, una forma de ser arcaica, un estilo de vida que percibía como el origen de nuestra pobreza.

— Todo por culpa de las polleras — solía decir mamá, para referirse al abandono de su esposo.

Papá provenía de una familia tradicional bonaerense, último resabio de una especie en extinción. Especie con chambergo, chaleco, queridas, hijos naturales. Criado en una casa con la cocina en el segundo patio, a los quince años uno de sus tíos, para hacerlo hombre, lo había iniciado en los misterios prostibularios. Mamá también pertenecía a la misma raza. Hija de un médico de provincia, lectora incansable, tocaba el piano, cantaba en la Iglesia con rescatable voz de soprano. Escribía poemas que solía leerme en voz muy baja cuando la encontraba con su cuaderno, garabateando octetos en la mesita del costado de la cama. Trabajar, ganarse la vida, poco y nada. Era cosa de hombres. Profundamente creyente, devota de la Virgen de la Merced, no concebía otro país que no fuera la patria de unitarios y federales, la patria hispana de rejas en las ventanas, patios con glicinas y jazmines en los aljibes. Se

habían encontrado cuando mi padre terminaba los estudios de abogacía en La Plata. Seducido por su linaje, papá creyó enamorarse a primera vista. Y de inmediato fue correspondido. La falta de partidos como la gente fue la excusa. Al casarse se instalaron en Mariano Acosta, cerca de Tandil. Nacieron las chicas, luego yo. Vinieron los trámites en los Tribunales de la capital de la provincia, las ausencias prolongadas, la mentira, las recriminaciones, la infidelidad, los insultos.

Una noche, unos gritos alterados me sacaron de la profundidad del primer sueño. Mamá lloraba.

— ¿Por qué? ¿Por qué? — preguntaba.

— ¡Porque sí! ¡Porque estoy harto, podrido, repodrido de vos y de tus boludeces! ¡Y será mejor que me dejés pasar!

— ¡No!

— ¡Hacéte a un lado!

— ¡No! ¡Vos no me vas a dejar, así como así!

— ¡Hija de...!

El forcejeo ahogó el insulto, pero no el ruido seco del cachetazo, los gemidos, el estrépito producido por el cuerpo de mamá al caer sobre la mesa ratona de la entrada. Me levanté. Junto con mis hermanas, nos acercamos a mamá. Lloraba. Me sentía descompuesto, tenía las manos heladas. Mi primera reacción fue vengarla. Salí a la calle. Caminé con los pies descalzos sobre los mosaicos acanalados de la vereda. Corrí hasta la esquina. A mitad de cuadra lo vi alejándose bajo el resplandor cónico de un farol. ¡Cuántas veces he vuelto a ver su figura alta, altísima, recortada por el contraluz! Los hombros cuadrados cubiertos por el poncho. Con una mano se abotonaba el sobretodo, con la otra llevaba una valija. Ni siquiera se dio vuelta cuando, seguramente, me oyó. Y mi furia se transformó en desamparo, en la soledad de un perdido en el desierto. El último recuerdo que tengo de aquella noche es que, tras dejar caer la piedra que había agarrado para tirarle, me desplomé sin fuerzas sobre el cordón. Allí me encontró mamá largos minutos más tarde: reclinado contra el tronco de un paraíso, sin pestañear, las manos entre las piernas, tiritando, presa de una de las más terribles convulsiones que ella tuviera memoria.

La anestesia del tiempo y el cambio de colegio diluyeron poco a poco mi sufrimiento. Conocerlo a Mauro, ayudó a sobreponerme. Sin darnos cuenta, empezamos a frecuentarnos, a estrechar una

verdadera amistad. En un par de meses, entrábamos en nuestras casas sin tocar el timbre, y compartíamos largas horas sin hablar. Situación que no dejaba de llamar la atención.

Yo era calmo, reprimido, estudioso. Poseía una incansable imaginación, quizás, producto de esos extraños desfases de las ondas cerebrales que, cada tanto, durante mi primera infancia desvelaron a mi madre. Además, me caracterizaban otras cualidades mentales que, sin salir del terreno de la normalidad, me empujaban a confinarme en mi mismo, a pasar días sin decir una palabra, encerrado en castillos etéreos, abroquelado detrás de muros fantasiosos. Mauro, por el contrario, era alegre, comunicativo, siempre rodeado de chicos. Parecía un torrente de vida: simple, sin vueltas, pura habilidad física y corazón. Y, primordial para mí, con un coraje que envidiaba.

Mauro Bertoni apareció en mi vida para terminar con mi aislamiento. A él, en cambio, el proceso lo empujó en sentido inverso. Se fue aislando, apartando de su antigua barra. Una razón misteriosa, que halagaba mi ego, parecía impulsarlo a buscarme, a subordinarse a mis preferencias.

Las semanas volaron, los meses se hicieron años. Terminamos la primaria. Durante la adolescencia, dos hechos triviales, casi travesuras de niños, pusieron un sello distintivo a nuestra relación. Dos hechos que, a mi modo de ver, proyectaron su influencia hacia el futuro y alcanzaron mi vida actual, incluyendo las extrañas pesadillas que padecí en la guerra malvinense.

El primero ocurrió durante las vacaciones de verano del cincuenta y nueve. En el patio de mi casa, jugábamos a los goles. La pelota pertenecía a Mauro. Una número cinco de gajos blancos; un bien de valor incalculable para él. A pesar de mi negativa por admitirlo, Mauro era mucho más hábil y, pese a mis esfuerzos, siempre hacía más goles y atajaba mejor. Indefectiblemente nuestros juegos terminaban con mi derrota que aceptaba o no, según el ánimo. Aquel día experimenté un rencor frío.

— Dejame hacer la última prueba — le pedí.

Él, en el arco armado con dos tarros, al lado del sauce, contra la tapia. Yo, junto al naranjo, a seis metros de distancia. Tomé separación. Descargué un puntapié tan fuerte y tan malo como nunca había dado otro en mi vida. La pelota, volando por encima de la pared, cayó entre los yuyales del terreno vecino.

— Lo hiciste a propósito — me acusó con rabia, trepándose desesperado al tapial. Después de unos segundos oí que, desde el otro lado, me gritaba —: Por lo menos vení a ayudarme.

Como de costumbre, yo estaba arrepentido. También encaramado sobre el paredón, observé a Mauro caminar entre los matorrales que cegaban aquel inmenso baldío de la periferia de Mariano Acosta hasta que, de pronto, sentí una opresión en el pecho, un deseo incomparable de restituirle la pelota. Y la vi. Pero no con los ojos biológicos que me devolvían sólo una maraña de yuyos, cardos de flores azules, tachos oxidados, trastos abandonados. La descubrí dentro de la cabeza, en esa pantalla interior que a veces llenan las alucinaciones o una gran concentración al cerrar los ojos. Con aquella claridad que, de inmediato, reconocí similar a la de los sueños posteriores a las convulsiones, la veía al lado del tallo espinoso de un arbusto, en el fondo de un pozo, detrás de una parva de escombros; todos ellos, el pozo, el tallo, el fondo y la pelota, ¡completamente invisibles desde mi ubicación! Y entonces exclamé:

— ¡Allá está!

Salté. Igual que si se tratara de un sendero balizado que se fuera iluminando a medida de que avanzaba, fui reconociendo el camino que me llevaba a la pelota, oculta de una forma que hacía imposible cualquier intento normal de búsqueda. Mauro no dijo una palabra, aunque de reojo noté su expresión de asombro. Por mi parte, asimilé la experiencia con naturalidad, igual que si fuese un atributo corriente que, en situaciones extremas, podría repetirse.

Después un hecho tan singular, la vida transcurrió simple, pacífica como sólo es posible esperar en un pueblo de provincia.

El segundo acontecimiento ocurrió unos años más tarde, cuando la naturaleza modificaba ya nuestro aspecto físico. Sin mayores traumas ni prisa, habíamos superado las sorpresas de la adolescencia, descubríamos el mundo adulto e incursionábamos por los grandes temas de la vida: los secretos del amor, la muerte, el dolor, la amistad, el honor, el valor de una promesa.

Fue un atardecer. Nos habíamos quedado solos. Sentados en el suelo de tierra fresca, las espaldas apoyadas contra el grueso tronco de un sauce, desvariábamos como de costumbre por los mundos fantásticos de las aventuras imposibles, en los que un amigo da la vida por salvar al otro. Fumábamos los cigarrillos más baratos que habíamos encontrado (Derby o Saratoga), y tosíamos.

Mirando la cascada verde que se volcaba por encima de una tapia, le dije:

— Los otros días, me contaron que un tipo de quinto año tiene los brazos quemados por brasas de cigarrillos.

— ¡Avisá!

— Sí, te juro. Dicen que la gran joda es apostar que aguanta el dolor de las quemaduras. Apenas engancha alguno, ahí nomás lo desafía.

— ¡Qué tarado!

— ¿Vos, te animarías? — pregunté, mirándolo a los ojos.

— ¡Estás mal!, ¿para qué hacer semejante estupidez?

— ¡Qué sé yo! Para demostrar que uno es capaz de bancarse el dolor y cumplir con la palabra.

— ¡Estás loco!

— No Mauro, para nada — dije y, durante unos segundos, mastiqué una idea que me rondaba hacía tiempo —. Vos por mí ¿qué serías capaz de hacer?

— Y... qué se yo. Somos amigos ¿no?

— Ya sé que somos amigos. Pero esas son palabras, nada más que palabras. Yo digo algo más, algo que uno sienta.

— Los otros días me agarré a las piñas por defenderte — dijo Mauro, medio avergonzado, con esa humildad sincera que tanto me molestaba.

— No, tenías necesidad de recordármelo. No me refería a ese tipo de ayuda. Por otro lado, vivo dando la cara por vos — repliqué levantando los hombros, no muy seguro del terreno que pisaba. Al tiempo que sacudía el cigarrillo y descubría la brasa, agregué —: ¿Te animás a que nos quememos juntos? ¡Dale! Vos a mí, y yo a vos. Si aguantamos, probaremos que nuestra amistad está por encima de todo, que siempre vamos a jugarnos, el uno por el otro.

Durante minutos discurremos sobre el mismo tema. El se negaba. Yo me sentía enfermo, con un deseo morboso de mostrarle que podía resistir el dolor. Insistía, y con cada nuevo argumento que esgrimía, su voluntad se debilitaba. Con un movimiento brusco, adelanté mi antebrazo izquierdo y lo reté:

— Si no te animás, quemame vos.

Las facciones de Mauro se endurecieron frente al reto. Con un leve movimiento de cabeza hacia atrás, ofreció su brazo sin hablar. Nos estrechamos la mano izquierda. Apreté la suya con rabia, diciéndole:

— ¡Mirame a los ojos!

Soplamos las brasas, lentamente las arrimamos a la piel.

— Cuando se empiecen a quemar los pelos, apretamos hasta apagarlos como en un cenicero — expliqué.

Los vellos sisearon. Un ardor profundo me cerró la garganta. Rechiné los dientes. Oprimí aún más. Su mano estrujó mis dedos. Con furia revolví el cigarrillo contra su carne. Vi asomarle lágrimas, gotas alargadas que mordía por disimular.

— Ya está, somos amigos para siempre — dije después de un tiempo, suspirando con un alivio muy parecido al placer.

Nunca estuve totalmente convencido de la sinceridad del pacto. Por un lado, dudaba de mis auténticas motivaciones, de mi capacidad de responder. Por otra parte, sentía que, a medida que crecíamos, mi influencia sobre Mauro se debilitaba. En más de una oportunidad había captado en él cierto fastidio frente a mis extravagancias. Con pena comprobé que comenzaba a frecuentar a sus antiguos compañeros, a quienes prefería, en particular, a la hora de salir con amigas o a bailar en el club. Luego de las escapadas, regresaba avergonzado, igual que después de una travesura.

— Pase lo que pase, volveré siempre — sabía decirme con voz grave, fingiendo seriedad, al tiempo que me enseñaba la cicatriz en la muñeca. Como si quisiera disculparse, me contaba sus andanzas o pretendía entusiasmarme para que lo acompañase en la próxima salida con sus amigas.

En las relaciones con el sexo opuesto, se repetía lo que pasaba con el deporte. Mauro: un triunfador, el mimado de las fiestas, un séquito de chicas se disputaba su compañía. Yo, exhibiéndome con gestos de galán recio, rechazando a las pibas que me buscaban, mirando a todas por sobre el hombro, considerándolas inferiores, torpes y medio tontas, pero enredado en una malla de timidez que me impedían concretar cualquier vínculo. Por esa causa, rara vez aceptaba salir, por más que Mauro hubiera prometido presentarme una *bomba*.

— Soy hombre de una sola mujer — le repetía, aunque en mi fuero íntimo deseara tener su misma espontaneidad para cortejar.

Al comienzo del quinto año del Colegio Nacional, la vida nos enfrentó con el instante crucial de tener que resolver sobre nuestros futuros. En un atardecer de marzo, por el viejo camino de tie-



rra, habíamos llegado hasta el puente sobre el arroyo Chapaleufú. Apoyadas contra el primer pilar, las bicicletas replicaban los últimos brillos de la tarde. Todavía transpirábamos. Con los pies en el agua, sobre unas matas perfumadas de hinojos, estábamos tumbados en el declive de la angosta ribera. Yo me sostenía la cabeza con una mano. Miraba correr el agua. Mauro boca arriba, masticaba y saboreaba lentamente una pajita.

— Al final, ¿decidiste qué vas a hacer? — preguntó Mauro.

— No; todavía, no. De lo único que estoy seguro es que me quiero ir cuanto antes de este pueblo — contesté y, unos segundos después, observándolo de reojo, pregunté —: Vos, ¿no has cambiado de idea, verdad?

— No, Sebas. Yo la tengo clara desde siempre. Quiero volar, entrar en la Aeronáutica. Es un metejón ¿viste? Igual que estar enamorado, de novio con el vuelo, con los aviones. Pero como oficial, claro. Sin romperme el alma laburando para volar una horita los fines de semana, como hacía mi viejo.

— Pero, ¿cómo vas a hacer? Tenés que irte a Córdoba. Te hace falta un montón de plata, acomodo para que te acepten. Yo no tendría problemas, tengo a mi tía Piquina viviendo allá desde hace tiempo. Además, los antecedentes del abuelo me sirven de presentación.

— ¡Oh, guarda! ¡Qué prosapia, loco! — se burló Mauro despectivo. Luego, escupiendo los restos verdes que había masticado, exclamó de mal modo —: ¡Vos ocupate de tus cosas! Y para que sepas, ya tengo todo..., ¿me entendés?, ¡todo arreglado!

La conversación se cortó con brusquedad. Las caras se crisparon. Sólo se escuchaba el lento correr del arroyo sobre el pedregal y el arrullo enamorado de dos torcazas. Cada tanto, un pájaro chillaba bien-te-veo, bien-te-veo. De improviso, las bicicletas tintinearono suavemente. La tierra vibró.

Desde un lugar impreciso, percibíamos que llegaba un silbido. Nos erguimos. De pie, giramos la cabeza hasta localizar el origen. Una sombra se acercaba por el aire. Un tenue penacho de humo la seguía. El silbido se convirtió en zumbido, luego en trueno. El bramido brutal de las turbinas, que pasó volando a cinco metros de nuestras humanidades, nos cortó la respiración. Sentimos el calor, los vapores ardientes del queroseno.

— ¡Uauuu! ¡Qué hijos de puta! ¡Allá va otro! — gritaba Mauro, mientras se agarraba la cabeza y se tiraba de los pelos, deslumbrado... fuera de sí.

— ¡Mirá! ¡Mirá ése! ¡Cómo sube! — exclamé, también entusiasmado.

Los dos aviones ascendían en ese momento en forma vertical. Volaban escalonados. Una considerable distancia los separaba. Contrastados sobre el cielo rojizo del atardecer, iluminados por los últimos rayos del poniente, su silueta triangular armonizaba con el paisaje. A la izquierda de la nariz, como una lanza en ristre, claramente se distinguía el tubo para el reabastecimiento en vuelo.

— ¡Qué avionazos, Mauro! ¿De qué marca son?

— Deben de ser los nuevos A-4. Mirá, ahí vuelven.

— Van a pasar sobre el puente, corramos.

Encaramados sobre la baranda, les vimos enfilarse la proa, directamente hacia nosotros, como si el puente fuese un blanco. Agitando los brazos, a los alaridos, ensordecidos por el tronar de los motores, los vimos pasar. El avión de atrás, el numeral como después me aclaró Mauro, pareció habernos visto puesto que, al alejarse detrás del guía, balanceó las alas a modo de saludo.

— ¡Qué los parió! — dije, profundamente impresionado.

— ¡Qué los reparió! — confirmó Mauro, mientras recuperábamos las bicicletas —. ¡Eso es vida, Sebas! ¡Eso es vivir...! Vos podrías probar, aunque más no sea.

— Sí, es para pensarlo.

Superado el motivo de la discusión, sentí que me invadía una paz nueva, repentina. Miré el horizonte, la línea irregular que se iba decolorando. Detrás de una hilera lejana de eucaliptos se había ocultado el sol. Sobre el cielo cobrizo, un abanico de rayos de color aguamarina, gigantescos, se desplegaba verticalmente hacia la noche que descendía del infinito.

## 2

Hacía cuarenta minutos que habíamos despegado de El Palomar. A dos mil cuatrocientos metros volábamos rumbo a Villa Reynolds. El cuadriculado de los campos se confundía con el cielo en la bruma grisácea del horizonte. De reojo, controlé el velocímetro del Guaraní y le reiteré al alférez la orden de reducir potencia.

— Bien, señor — contestó secamente el copiloto.

¡*Vaya el carácter del alfeta!*, pensé, entrecerrando los ojos. Decidí ignorarlo, y volví la atención a la ventanilla de mi derecha. No tenía ganas de discutir ni de poner en caja a ningún pichón de sabelotodo. No tenía ganas, no. Sólo quería relajarme y dejarme envolver por el runrún parejo de las turbinas y la luminosidad de aquella mañana de marzo del setenta y cinco. Dejándome invadir por la plenitud del vuelo, podría tomar distancia del malhumor del alfeta, quizás, preocupado por los mismos problemas que los míos, los que habían llegado a quitarme el sueño; los problemas de los argentinos, los del país. *Mais, tudo passa, tudo passará*, en pensamientos tararé lo que recordaba de la canción brazuca. Sin ir más lejos, cuánto tiempo había transcurrido desde la tarde en que Mauro me había entusiasmado con entrar en la Escuela de Aviación. Podía ser ayer o hacía diez años. Pero, ¿qué importaba en semejante día?, en esa mañana cristalina en que volaba hacia una verdadera fiesta, en la que transportaba una pasajera de jerarquía, una pasajera de aquellas que cortan la respiración, capaces de hacer olvidar los males de la Argentina y del mundo. Hasta un choque entre galaxias podría dejar a un lado por ella.

— ¿A qué hora estima el arribo, señor? — preguntó el alférez.

— ¿Por qué no saca, usted, la cuenta? — le devolví la duda, mirándolo despectivo, aunque no le llevaba más de dos años de antigüedad —. A ver, vamos a doscientos veinte por hora y estamos a sesenta millas del destino. ¿Cuánto falta?

El alfeta arrugó aún más las cejas muy pobladas. Torció la boca pensativo y, con excesiva seguridad, me respondió que faltaban diecisiete minutos.

— Bien. La pegó — dije, con ese aire paternal que tantos disgustos me había causado en otras ocasiones.

Con disimulo controlé mi hoja de navegación. En la esquina superior había anotado mi grado, nombre y apellido: Teniente Sebastián Iriarte. En otra casilla, el tiempo remanente desde esa posición: diecisiete minutos exactos. Me callé, maquinando una nueva pregunta con el fin de sorprender a ese recluta engreído. Para ganar tiempo, giré la cabeza atrás, como si quisiera controlar que todo estuviera en orden en la cabina. Componían el pasaje cuatro compañeros de la promoción de Mauro, y Analía, mi reciente novia mercedina. Estudiante de literatura, vivía, como solía decirle, en un mundo de retóricas, praderas verdes, flores lilas, abejorros de panzas amarillas y mariposas revoloteando a la sombra del jacarandá. Hacía dos años que la conocía, dos años que tropezaba con su cara en los miles de rostros que se me cruzaban por la calle; dos años, pero apenas un par de meses que, después de mucho insistir, de muchos llamados telefónicos, y porque la gota orada la piedra, ella había accedido a salir conmigo.

Por mi parte, desde el mismo momento en que la vi, imaginé encontrar en ella a la mujer que buscaba. Tal vez, la afición por las letras heredada de mi madre la había rodeado de una aureola casi mística y contribuido a deslumbrarme. No muy alta, pero de figura armoniosa, sensual sin proponérselo. Increíblemente, le fastidiaba la melena abundante, el color castaño, los rizos rebeldes que aumentaban el volumen con la humedad. Los ojos grandes cambiaban de tonalidad con la luz. Daba la impresión de querer a todo el mundo y de que todo el mundo la quisiera. ¿Quién no se llevaba una sonrisa tierna después de conocerla? Y a todos, en particular a mí, nos enloquecía el vaivén de sus caderas. El día anterior había aceptado encantada la invitación para compartir ese viaje y visitar, aunque más no fuese por unas horas, a los padres.

Volví mi atención al puesto de pilotaje. Al tiempo que cambiaba la radio a la frecuencia de la Torre de Control, dije al alférez:

— Allí está Vicuña Mackena. Tres minutos y entramos en Zona Terminal.

«Pulpo, Ladero», por los auriculares, nos sorprendió una llamada gangosa. «Adelante Ladero», contestó otra voz, igualmente forzada, como hablando con la nariz tapada.

— Son los A-4B. Ya han comenzado los Vuelos Solo — expliqué, recordando mi experiencia de los primeros años de carrera.

Quince días atrás, mediante una radio-conversación, Mauro me había invitado. «Al fin, Sebas, al fin. Voy a volar solo — había exclamado sin disimular la emoción —. Sos mi hermano y quiero que me acompañes. Habrá un asado bárbaro».

— ¿Sabe cuántos pilotos vuelan hoy, señor? — preguntó el alférez, retrocediendo aún más los aceleradores para iniciar el descenso.

— Seis, por lo menos — respondí, sin quitar la vista de la llanura puntana.

— ¿Salen solos, así nomás, de movida?

— ¿Qué le parece? En cada avión no cabe más que una persona — dije, en un tono capcioso, satisfecho por haber sorprendido una pifiada del alfeta —. Pero... ¡Ojo! Salen solos después de pasar horas practicando en cabinas especiales. Le aseguro que antes del vuelo, viven, comen, hasta sueñan con los procedimientos. Por supuesto, cuando dan motor y sienten el empuje de siete mil kilos en las espaldas, ¡chau!, que Dios los ayude. Como dice Ringo Bonavena: se quedan solos con el negro, hasta el banquito le retiran.

«Suba un poco la nariz, Pulpo; atento con la velocidad». La conversación entre el instructor y el alumno se oía con nitidez. Por debajo del Guaraní el paisaje se deslizaba con morosidad. Lagunas, médanos, parecían lagrimones derramados sobre los campos de rastros. La sensación de bienestar que penetraba por el parabrisas me hacía pensar otra vez en lo lejos que me parecía aquel atardecer en Mariano Acosta, cuando casi nos habíamos trenzado con Mauro. Lo había notado tan seguro, tan dueño de su destino que me había dado rabia, ganas de trompearlo, de lastimarlo. Él tenía todo listo y yo deambulaba en un mar de indefiniciones con mis dudas. Me sentía capaz de cualquier empresa y de ninguna. La lucha me desvelaba: me quedaba o me iba. Náuseas de permanecer en el pueblo, empleado del Banco, quizás. Ingratitud, si me marchaba. Mamá, sola con las chicas, estirando los centavos de la pensión del abuelo. Al final, de tripas hice corazón y, seducido por la perspectiva de una carrera corta, había probado suerte en la Escuela de Aviación al mismo tiempo que Mauro. El

destino o, tal vez, la suerte dieron su veredicto. Yo ingresé en el primer intento. Y ¿quién hubiera imaginado el tremendo banquete que alimentó mi pedantería? Él, Mauro, el seguro y entusiasta Mauro Bertoni, el bailarín incansable y admirado, el as de los ases, el que me ganaba las pulseadas y en patear los tiros al arco; él había fracasado en los exámenes y fue admitido únicamente dos años después.

«Pulpo en final, tren abajo y trabado, aterrizaje», el piloto que hacía su primer vuelo habló con decisión. «Autorizado final y aterrizaje», dijo el controlador de vuelos. «Viene bien, viene bien, de un chorro de motor», oímos al instructor dar las últimas indicaciones. Tras veinte segundos: «¡Buena! Buen aterrizaje, Pulpo, acelerador atrás, nariz abajo».

Un nuevo Halcón había tocado tierra. Su maestro daba una vuelta de pista y aterrizaba un minuto después. Recordé mi vuelo solo, el alivio de haber llegado. Apreté un puño con fuerza, sumándome al suspiro colectivo. El Guaraní, mientras tanto, sobrevolaba el cauce seco y amarillento del Río Quinto. En la distancia, se veía la V Brigada Aérea. La luz reflejada sobre los hangares pulidos parecía imitar al sol sobre la llanura. Después de solicitar autorización para el descenso e indicar los procedimientos del aterrizaje, me di vuelta y observé a mi novia.

Analía, sentada en la primera de las dos hileras de asientos, viajaba, absorta, contemplando el paisaje. Perdida en sus meditaciones, había cruzado las piernas. Me demoré un instante observando la piel tensionada, suave, las sombras proyectadas por la minifalda sobre sus muslos. Con el propósito de sobreponerme al barullo de los motores y atraer su atención, con los nudillos di un golpe en la pared.

— ¿Todo bien, Ana?

— Sí — contestó Analía. Sorprendida, desvió la vista de golpe hacia mí, los ojos brillantes. Inclinando la cabeza, me conmovió con su tierna respuesta —: Sí, Sebas, regio. Con este vuelo tan hermoso, qué otra cosa puedo pedir. ¿Y vos?

— Bien, Ana, bien. Quería avisarte que a las cuatro de la tarde despegamos de regreso. Si venís un rato antes, te voy a presentar a Mauro, el amigo del que te hablé

— ¡Ah...! — respondió simplemente Analía, sonriendo pensativa, la boca cerrada como si hubiese reprimido el deseo de averiguar, de sacarse alguna duda que se le habría cruzado de repente.

Dueño absoluto de los campos mercedinos, el otoño nos regaló un atardecer soleado, sin una nube. Dijeron que por la mañana había helado, pero a partir del mediodía la mayoría pudo andar en mangas de camisa. Y terminado el asado, los brindis y los abrazos, con las chaquetas o camperas en los brazos o enganchadas con un dedo sobre los hombros, los visitantes se encaminaron hacia la plataforma de aviones. Regresaban a las unidades de origen. Con Mauro caminábamos lentamente sobre la alfombra de hojas amarillentas de la alameda en dirección al Guaraní. Agotada ya la conversación sobre las alternativas del vuelo solo, arremetí con el viejo tema del tiempo:

– Acertaron con el día, Mauro.

– Sí, bárbaro, lástima los despelotes.

– Tenés razón, con el atentado de la semana pasada, pensé que no harían ningún festejo.

– ¡Qué guachos! ¿Cómo hicieron para poner una bomba en ese lugar?

Sin responder lo miré, sorprendido por el giro que le había impreso a la conversación. Se había convertido en un auténtico cazador, en un magnífico ejemplar de masculinidad. Más bajo que yo. El pelo corto no lograba disimular los rizos superiores que se iban raleando a la altura de una frente despejada antes de tiempo. Al hablar, movía la cabeza con golpes secos. Se había dejado un gran bigote, casi le tapaba el labio inferior. Hombros recios, manos enlazadas en la espalda, caminaba echado para atrás como un futuro gordo, aunque por el momento se mantuviera en buen estado. Todavía llevaba el traje de vuelo de la mañana. El cierre relámpago del buzo, descuidadamente bajo, dejaba ver el cuello redondeado de la camiseta y, asomando, una mata de vello colorado. Debajo de las axilas, la transpiración le había marcado un par de aureolas salitrosas. Me lo imaginé dispuesto a entrar en combate. Tras unos segundos de silencio, tomándome un brazo, preguntó:

– Y vos Sebastián ¿no has estado en algún operativo?

– No, por suerte. Pero, nunca se sabe. Sólo he debido volar, una que otra vez, trasladando efectivos con el Guaraní.

Cruzamos una mirada llena de incertidumbre, de esa inquietud que nos embargaba en cada oportunidad que hablábamos sobre el flagelo de los terroristas. Intrigado por la pregunta de Mauro, a mi vez, lo interrogué:

– Ustedes, con los A-4, ¿no intervienen para nada?

Mauro tragó saliva, como si le hubiera dado pie para contarme un secreto que lo preocupaba.

– No lo vayás a repetir, ¡por favor!, pero se corre la bolilla que nos van a ordenar que demos apoyo de fuego a los del Ejército en el próximo enfrentamiento con los guerrilleros de Tucumán – dijo con el ceño fruncido y, con esa leve palidez que denunciaba su determinación frente a un desafío, terminó la idea –: A los más modernos, como yo, que todavía no hemos completado el adiestramiento, nos van a mandar al monte como Oficiales de Control Aéreo. Ya anduvo por acá, un capitán artillero, Beldichi..., Deldochi... o, o algo así. Nos dio clases de cooperación con la infantería: los códigos, las marcaciones de la zona de combate, la señalización de los blancos para guiar a los aviones, y... ¡qué se yo cuántas cosas más! ¿Vos sabés lo que deben ser los árboles vistos desde arriba? Beldichi... o Deldochi... dice que son todos iguales, ¿cómo se van a orientar los pilotos sobre el monte?

No recordó cómo se llamaba el capitán artillero, no concluyó la idea sobre la uniformidad aérea de los árboles ni yo se la pregunté. Al mismo tiempo, renunciemos a seguir hablando. Callamos, sin sospechar, ni siquiera intuir, la trascendencia que tendría, seis años más tarde, el trivial olvido del apellido del oficial que le había dado clases de Apoyo de Fuego a mi amigo. Aquel día, recuerdo que, más que compartir la preocupación de Mauro por los procedimientos de guiado de los pilotos, con esa facilidad para desvincularme de la realidad que tenía desde chico, volé hasta la selva tucumana, hasta el escenario que la imaginación me representaba con crudeza; y sufrí con la maldad de los ojos que acechaban entre la penumbra de las hojas, con los gritos de dolor, con las explosiones; olí la pólvora, la acidez de los sudores; palpé la sangre fresca encharcada entre dos troncos. Un impreciso tiempo después:

– ¡Eh, Sebas! Estás en Reynolds – exclamó Mauro, palmeándome el hombro.

Con la mirada en el fondo de la calle, había caído en otra de mis frecuentes fugas hacia esa interioridad que me alejaban del mundo real. Las interrupciones de conciencia que, pese a los resultados negativos de los innumerables estudios y encefalogramas a que fui sometido, fueron sospechadas de ser producto de una pequeña isquemia o disritmia cerebral, y que me costaron la



separación de vuelo en monoplazas. Mauro, que me conocía desde chico y sabía de mi problema, no hizo ningún comentario sobre la expresión de ausencia que debí de tener en ese momento. Por el contrario, me habló sobre un tema que daba por sobreentendida mi buena salud:

— Te preguntaba si no tenés posibilidades de volver a la especialidad de caza.

— No, por ahora — respondí —. Con el curso de especialista en Defensa Aérea, estoy muy conforme. Además, te confieso que me siento recómodo volando aviones de transporte. Por otro lado, eso me permite permanecer en Buenos Aires. Por Analía... ¿Te da cuenta?

— ¡Así que la cosa va en serio...!

— ¡Claro! Ya la vas a conocer, es lo máximo que he tenido en mi vida. Esperame del otro lado, que voy hasta la oficina de Plan de Vuelo. Enseguida la buscamos.

Nos habíamos topado con un edificio rectangular, techado con tejas color rojizas. En un extremo se elevaba la Torre de Control. En el ala opuesta, las dependencias de los servicios de protección al vuelo. Nos separamos. Yo tomé hacia la izquierda. Mauro rodeó la torre por el otro costado, hasta la entrada protegida por un alero. Una línea de sombras cubría la puerta de la sala de espera. Sobre el césped gris del cantero, debieron de encontrarse. Cuando los hallé, diez minutos más tarde, hablaban animadamente.

— ¿Dónde está Sebastián? — indagaba Analía. Sin verme, volvió la cabeza hacia un costado, se alisó los costados de la falda y, respondiendo evidentemente a una pregunta, agregó —: En las vacaciones.

En las vacaciones, ¿qué?, me interrogué, sintiendo renacer esa desconfianza, ese recelo ancestral por Mauro.

— Ahí viene Sebastián — murmuró Mauro, viéndome llegar. Después de aclararse la voz y mostrar los dientes por debajo del bigote, dijo —: Nunca imaginé que era ella. Ya nos conocíamos.

Fríamente, interrogué con la mirada a Analía.

— Sí, nos presentaron en la fiesta del pasado fin de año, en el Club Social. Acordate que ahí va toda la ciudad — contestó algo turbada, la cara encendida.

— ¡Ajá!, me doy cuenta — repliqué conteniendo la bronca. Con un gesto posesivo, deslicé un brazo por encima de los hombros de Analía. En seguida, remarcando las palabras, completé —: Pero ninguno de los dos había abierto la boca.

— ¡Eh! ¡Che! Hay muchas Analía — dijo Mauro sonriendo sin malicia (¿o con astucia?).

— Hay muchos Mauro — añadió ella con inocencia (¿fingida?), y dirigiéndose a él, preguntó —: ¿Qué tal el vuelo?

— Bárbaro, nunca me lo hubiera imaginado. Una sensación difícil de contar...

— No es para tanto, ¡che! Ni que fueras el primero — con frialdad, interrumpí el relato —. Es hora de irnos, Analía. Quiero entrar de día en la Terminal Baires.

Si Mauro se quedó de una pieza no me di cuenta, ni me interesó. No volví a mirarlo. Caminé en silencio en dirección al Guaraní. La tarde apacible, el paisaje bucólico, el bienestar de una buena comida y de haber compartido un par de horas en la alegre fraternidad de los aviadores, todas las buenas cosas parecían haberse escurrido por el inodoro, pues me sentía tenso, furioso. Y presentía que Mauro y Analía también. Al pie del avión, se había congregado una multitud. Conversaban animadamente. Los reunía un mismo anhelo: obtener un asiento y poder viajar a Buenos Aires. Inspeccioné el exterior de la máquina, con excesiva lentitud. Sentía que estaban pendientes de mi decisión y no los miraba. Escuchaba sus respiraciones y que cada tanto arrastraban algún pie. Cuando terminé la ronda, como si me pudiera desquitar con los ansiosos pasajeros y culparlos porque Analía ya conociera a Mauro, como a seres inferiores, les mostré los dedos abiertos de ambas manos. «Ocho, nada más», dije secamente, pensando que si tenían urgencia podrían viajar en ómnibus, ¡qué joder! Regresé donde habían quedado Analía y Mauro. Hablaban, con más frialdad esta vez. *Ya está — pensé —, si alguna línea se había cruzado entre ellos, no existe, la corté.*

— Podés subir Analía — la invité, señalándole la puerta.

— Regio. Bueno, chaucito... Mauro. Ha sido un gusto verte nuevamente, y felicitaciones por el vuelo — dijo rozándole la mejilla con la suya.

— Gracias, Analía. Y ya sabés, cuando vengas en las vacaciones a Mercedes, si necesitás algo, no dudés en hablarme. Cualquier mensaje para Sebastián, plaza en algún avión, bueno ya sabés, estoy a tu disposición.

Analía subió la escalerilla y yo regresé a despedirme.

— ¡Qué piba! Te felicito. La vi una sola vez en el Club Social. Creo que, a lo sumo, bailamos tres piezas, pero separados por el

antebrazo que ella apoyaba en mi hombro — dijo Mauro, como disculpándose, mientras todavía observaba la abertura en el fuselaje del Guaraní.

— ¡Ajá! — respondí. E irguiéndome todo lo que podía, dije con un guiño intencionado —: Sí, está rebuena y, sola en Buenos Aires. En una de esas me afloja.

Un relámpago endureció las facciones de Mauro.

— ¿Qué? Sos capaz de tomarla para la joda. Una piba así... — incrédulo acentuó Mauro su desprecio, echándose atrás.

— Y a vos, ¿qué te preocupa? ¿O acaso, sos el guardián de vírgenes e inocentes? — pregunté con sonrisa irónica.

Tan irónica, hipócrita y falsa fue la risa que, aún no había terminado de cerrar la boca, ya deseaba disculparme. Igual que en otras oportunidades, había sentido la necesidad de llevarle la contra a Mauro, de herirlo de alguna forma, aunque más no fuera sugiriendo infundios contra la chica que amaba y con la que estaba dispuesto a vivir para siempre, a serle fiel y respetarla hasta la muerte. Y todo por el simple hecho de que hubiera bailado una vez con mi amigo.

## 3

Cuarenta minutos de larga espera. Cuarenta minutos oyendo voces airadas, discursos, llamadas telefónicas, una que otra maldición contra la madre de los que ordenaron tomar las islas sin avisar a nadie. Por debajo del filo de la puerta del Jefe de la Brigada Aérea de Comodoro Rivadavia se filtraban los altibajos de la discusión. El comandante de la recién creada Fuerza Aérea Sur deliberaba con los oficiales de su Estado Mayor. Mientras tanto, nosotros hablábamos con la ligereza propia de los librados de alguna incómoda responsabilidad.

— ¡Qué salvada! No había estudiado un pomo para el test de mañana — dijo Jorge Molina, hundido en el sillón, manos sepultadas en los bolsillos del gabán.

— Cierto, no viene mal acortar el año con algún quilombo — ratificó Cacho Ayala, y sus ojos se transformaron en una raya al sonreír.

Compañeros de promoción y del segundo curso de la Escuela Superior de Guerra Aérea, los tres esperábamos directivas. Sobre todo, queríamos que nos despejaran la incógnita que, el 2 de abril por la noche, nos había plantado el jefe del Curso Superior de Estado Mayor con su manía de hacerse el misterioso.

El aviso me había sorprendido cenando en el departamento que alquilaba en la esquina de Tacuarí y Carlos Calvo. Allí vivía desde hacía un par de años. Aún hoy recuerdo su pregunta innecesaria:

— Mayor Iriarte, ¿está con los noticiosos?

— ¿Quién no? — le había contestado, mientras todavía no me entraba en la cabeza que el desembarco en Malvinas fuese una realidad tan contundente y fría como la milanese que masticaba. Entonces, mi jefe me había confundido con este enigmático anuncio:

— Prepare la valija. Mañana viaja a Comodoro Rivadavia. Y no averigüe, porque no sé para qué. Nadie suelta prenda, y sólo sé

que hace falta gente en los estados mayores que están organizando. Allá va a recibir más instrucciones. Si tiene, lleve calzoncillos largos. Y ni una palabra a nadie, ni a su novia.

¿Novia?, me preguntaba, recordando la restricción impuesta por el jefe de curso, en el momento en que la voz nasal de resfriado crónico de Jorge Molina me aterrizó nuevamente en la antesala del Jefe de Brigada de Comodoro Rivadavia:

— Y vos, Sebastián, ¿qué pensás?

— En principio, no pienso nada — contesté, mientras ganaba tiempo y me reubicaba. Después de soportar unos segundos las miradas escrutadoras de mis compañeros, conseguí hilvanar esta idea —: Por momentos me parece una idiotez. En otros, me vuelvo un patriotero de primera, el corazón se me revienta con redobles de tambores y sueño con la guerra.

— No va a pasar nada — replicó Jorge, desconfiado como siempre —. Está todo arreglado. Dentro de tres días, la UN dice que negociemos, entonces nosotros pegamos la vuelta, nos arreglamos con los ingleses, y buen día... buen día... acá no ha pasado nada, somos todos amigos. El mamerto de nuestro presi con sus boys se quedan contentos, y la Thatcher con sus girls, también. La joda de siempre, ¡viejo!

— ¡Ni mamado! — exclamó Cacho Ayala, al tiempo que negaba con la cabeza —. Le hemos metido el dedo en el traste al mismo león, más vale que rajemos o que le hagamos frente con todo.

— Es cierto — intervine en apoyo a la opinión de Cacho —. Los ingleses no se andan con vueltas. No van a dudar en darnos con el fierro cuántas veces quieran. Son tipos orgullosos y muy jodidos. Si han dicho que van a venir con la flota...

Dejé la frase trunca, pues la puerta del despacho se había abierto de golpe. Los tres nos pusimos de pie. Jorge con más dificultad porque las manos se le atoraron un instante en los bolsillos. El comodoro Rodríguez, con esa seriedad fingida que lo caracterizaba, nos encaró sosteniendo una pila de papeles:

— ¡Ah! Todavía están acá — dijo al vernos, haciéndose el sorprendido, cuando era él quien nos había dicho que esperásemos —. Dos de ustedes deben viajar mañana a Malvinas. En principio, el comandante ha pensado en ustedes dos. — Con un rápido movimiento de su índice, nos señaló a Cacho Ayala y a mí —. Iriarte porque, además de soltero, es Especialista en Defensa Aérea y hace poco estu-

vo trabajando con los Dagger de Tandil; y Ayala, porque pasó un tiempito en el control aéreo de la zona de operaciones de Tucumán.

— Mejor vamos los tres, Jefe — dijo Cacho en voz baja, con suficiencia, ancho porque habían valorado su experiencia bélica.

— No tengo problemas. Donde haya rosca, voy — aseguré con falsa suficiencia, recordando el entripado que me había causado nada más que imaginar los combates en los montes tucumanos.

— Esperen un minuto, que consulto al comandante — respondió Rodríguez. Tras simular que leía una larga lista, volvió a entrar en el despacho.

— ¡Che! Son giles, ¿o se hacen? Vamos los tres, vamos los tres — estalló Jorge Molina que, durante el diálogo con Rodríguez, no había abierto la boca. Luego, con un tono más sereno, agregó —: ¡Ma sí! Para el carajo que va a pasar... de paso le compro chocolates ingleses a la patrona.

Miré su frente limpia, la manera cómo alzaba los hombros. No pude menos que envidiarle la dicha de tener una esposa como Silvina. En cambio, yo... con mis treinta y seis pirulos a cuesta no lograba desprenderme del recuerdo de Analía.

Otra vez se abrió la puerta. Nuevamente salía Rodríguez:

— Listo, van los tres. Despegan en un Hércules, mañana a las siete. Al llegar, deben presentarse al brigadier Castellano, comandante del Componente Aéreo en Malvinas. Hasta entonces, tienen tiempo para retirar el equipo del Escuadrón de Tropas de la Brigada. ¡Ah! Recuerden que, si hablan por teléfono con sus familias, no deben mencionar nombres de personas, a dónde van ni los cargos que ocuparán ¿Okey?

A la dos de la tarde había almorzado. Tenía ya en mi poder un equipo de campaña voluminoso, pesado y no muy adecuado: bolsa de dormir, manta, poncho impermeable, dos calzoncillos largos, tricota de cuello alto, tres camisetas de frisa bien gruesas, guantes verdes de franela prensada, cuatro pares de medias de algodón blanco. Y, ¡jojo! un sombrero espectacular, de fieltro verde, con cubrenucas y orejeras. Hasta el día siguiente, no tenía otra obligación. Jorge Molina y Cacho Ayala se habían trezado en una partida de Truco en el Casino de Oficiales. Yo preferí caminar hasta la Central de Comunicaciones para despedirme de mamá.

— ¡Holaaa! ¡Hola, vieja! — dije, luego de conseguir la llamada con Mariano Acosta —. Habla Sebastián.

— ¡Hola Sebas! ¿Cómo estás? ¿Desde dónde me hablás?

— Desde el sur.

— ¿Qué sur, Sebas? — Mamá hacía una de sus eternas preguntas —. Esperá, esperá un poquito..., no te oigo bien. Están los hijos de tu hermana y hacen un bochinche bárbaro... Ahora sí... Dale Sebas. ¿No me digas que a vos te tocó ir?

— Mirá, vieja, mucho no puedo decir. Sólo que estoy bien y que a lo mejor pasan unos días sin que te vuelva a hablar — la voz se me había ido ahogando lentamente.

— ¡Ay, Sebas! Cuidate. ¡Por Dios! — pidió emocionada. Hizo una pausa, y en seguida me preguntó —: ¿No lo has visto a Mauro? Con seguridad anda por allá con su escuadrón. Acá llegó Analía con las nenas, están divinas. Van a quedarse en casa de la suegra.

— No, Mamá — contesté fastidiado —. Te dejo porque ya hablé demasiado. Te mando un beso. Apenas pueda, te escribo. Chau.

Sin esperar su saludo, corté. Salí casi corriendo, desorientado. Caminé por los alrededores de la Central. Me sentía ahogado. Como otras veces, en medio de un torbellino de incomprensiones y rechazos. No sabía por qué, pero cada vez que hablábamos, mamá tenía la extraña virtud de sacarme de quicio. Tarde o temprano, consciente o inconscientemente, se ocupaba de hurgar en todas mis heridas. Como la sospecha que instaló en mi pecho aquel caluroso verano del setenta y seis.

El hecho ocurrió pasados unos meses del vuelo solo de Mauro, una semana después de haber acompañado a Analía a tomar el ómnibus a Villa Mercedes. Tras aprobar los exámenes finales, mi adorada noviecita había planeado disfrutar de un merecido descanso con los suyos. Igual que el año anterior, las vacaciones de verano nos separaban; cada uno rumbo hacia horizontes divergentes. Analía, al oasis de la travesía puntana como le decían a la ciudad de la terrosa Calle Angosta. Yo, a Mariano Acosta, a tomar mate con mamá, a leer o escribir cartas interminables a Analía.

Aquella mañana, mi madre se encargó de aguar cualquier proyecto que tuviera en mente:

— En el mercadito, casi me doy de narices con la mamá de Mauro — dijo al apoyar el cesto sobre la mesa.

Yo leía un libro en la sala, ella acababa de cerrar la puerta de cancel. A modo de un tajo que el tiempo fue infectando, detrás de

la primera bofetada, escuché que me decía con un tono, artificialmente, despreocupado.

—Mauro no viene porque se ha puesto de novio.

La interrogué, tratando de sofrenar las palpitaciones. Mamá aseguró que ignoraba el nombre de la joven. Pensé que mentía, y callé. Sin mirarla, quise volver a leer cuando sentí que revolvió la daga que terminaba de hundirme:

—¡Qué muchacho, este Mauro! Siempre el mismo, en vez de venir como vos a visitar a su madre, prefiere quedarse en Villa Mercedes. Me imagino que no será con esa chica que salís vos, ¿cómo se llamaba...?

Recuerdos, recuerdos y más recuerdos. Algunos reales, otros, elaborados por mis fantasías. Igual que un tumor en el alma, conservaba las respuestas que reprimí ese día: *¡Basta de insinuaciones, mamá! Mauro es mi amigo, tengo fe ciega en Analía.* Pero había callado. ¿Por qué mi madre había hablado de ese modo? A propósito para ayudarme a iniciar el tortuoso camino del olvido o para desquitarse conmigo de sus desventuras, ¿o por algún otro motivo indescifrable? Evocando el diálogo con mamá, observé el paisaje que rodeaba a la pista de Comodoro Rivadavia. La luz inundaba hasta el último de los rincones de la meseta patagónica. El desarreglo interno me impulsaba a caminar. A caminar con furia por la llanura pedregosa. La llanura de cantos rodados negros, blancos, grises; pulidos y brillantados por los vientos seculares; la llanura por la que caminaba a pesar del viento. El viento que soplabla y soplaba, con un zumbido constante. Un zumbido sólo tapado por el tronar de las turbinas. Caminando, pasé cerca de la plataforma de los hangares. Vi numerosos Mirage M-III de la brigada de Mariano Moreno; los M-5 Dagger de Tandil; y los A-4 de Villa Reynolds, la brigada de Mauro. Vi mecánicos, grúas, equipos de prueba que iban y venían. Se desarrollaba una actividad alocada. Pensé con nostalgia, yo también podría ser un piloto de caza aprestándome para ir al combate. Si no fuera por las fugas de mis neuronas, me lamenté. Miré avanzar mis pies sobre los millones de gastados y relucientes pedregullos, y mis pensamientos regresaron al sofocante otoño final de la Isabelita, al otoño de los atentados y de los matones atravesando las avenidas de Buenos Aires con sus Falcon a toda velocidad. En ese momento me detuve.

De pie sobre la planicie de pedregullos, dándole la espalda al viento sureño, mis pensamientos retrocedieron al otoño de la peor noche de mi vida, dos meses más adelante del ingenuo y, a la vez, insidioso comentario de mi madre.

Junto con Analía, nos habíamos reunido con Jorge Molina y su esposa Silvina en Network, la discoteca de Caballito. Con la diversión procurábamos olvidar los disturbios del país. En el centro de la pista circular, bailaba con mi novia. Por todos los medios, trataba de acercarme y lograr un contacto físico con ella.

—Estás preciosa —le decía, y me inclinaba hacia adelante, ensordecido por la música, deslumbrado por los flashes.

Analía, retrocediendo, seguía el ritmo con un suave meneo de cabeza y ondulantes movimientos de cintura. Cruzaba los brazos, los llevaba adelante y atrás. Miraba alternativamente a la derecha y a la izquierda. No cesaba de sonreír (o era una mueca, una sonrisa dibujada). Me parecía que, sensual, se humedecía el labio superior con la punta de la lengua (o era un gesto de burla). Los dientes resplandecían bajo los destellos intermitentes de la luz. Giraba y batía la pelvis cadenciosa.

—Estás más linda que nunca —insistí, pensando que no me oía.

Analía dio un paso adelante, dos atrás. Luego giró. Intenté ceñirle el talle. Ella se alejó. Las manos en la espalda, los pechos danzando bajo la blusa. Retrocedía al ritmo de la música, decía que no con la cabeza. Repentinamente, como una de esas bailarinas de las cajas musicales que se le hubiera acabado la cuerda, dejó caer los hombros hacia delante y suspendió el baile.

—¿Me invitás con un jugo? —pidió, acercándose con un brillo en la mirada, desconocido, triste.

—Vamos —le dije al oído, pasando un brazo sobre sus hombros. La sentí crispada, queriendo poner distancia. Intenté besarla. Encontré una mejilla fría. Fría y rara. (Eran las palabras adecuadas: fría y rara). Así estaba Analía. Rareza que ya me preocupaba porque se sumaba a una seguidilla de excusas y evasivas a mis invitaciones: exámenes, viajes imprevistos. El cambio empecé a notarlo el mismo día del reencuentro posterior a las vacaciones, al regresar de Mariano Acosta y ella de Villa Mercedes.

Analía apenas se humedeció los labios con el jugo y se quedó inmóvil. Sostenía el vaso con ambas manos, observándolo fijamente, parecía desear zambullirse en el fondo de cristal. Quise sere-



narla y penetrar en su secreto. Comencé a hablar con Jorge mientras deslizaba una mano por la nuca tensa de ella. Suave, con toda la ternura que podía, la acariciaba. Inesperadamente, como si mis dedos fuesen las patas de una araña venenosa, ella me susurró, casi al borde de las lágrimas:

— Basta, Sebastián. ¡Basta! Por favor, no me toqués más. Llévame a casa — y, en voz más alta, añadió —: Nos van a disculpar, pero tengo una jaqueca espantosa, no doy más. Acabo de pedirle a Sebastián que me lleve.

— ¡Pobre! Sí, acompaña la — se compadeció Silvina.

Nos levantamos, nos alejamos, nos dijimos cosas seguramente diferentes con las miradas. *Era eso, la jaqueca de todos los meses; pobre Ana, qué torpe que soy*, pensaba arrepentido y aliviado, caminando sin hablar en dirección al 128. Le abrí la portezuela cortésmente, ella apenas sonrió dolorida. Arranqué el coche. Analía, sentada en el extremo opuesto del asiento, me daba la espalda.

— ¿Duele mucho? — pregunté.

— Sí — respondió con una voz cascada que yo atribuí al dolor. Y sus hombros empezaron a sacudirse. La cabeza inclinada, apoyada sobre el antebrazo derecho. Un temblor cortante, naciéndole en la cintura, le recorría la espalda. Inspiró hondo y prorrumpió en llantos.

— ¿Qué sucede, Analía? ¡Por Dios! ¿Qué te pasa? — la interrogué, cada vez más desconcertado. La desazón, el mal presentimiento, la ira, me aumentaban y ella seguía con un llanto amargo, tan amargo que sentí una púa congelada, una estalactita de hielo que comenzaba a calarme el cráneo. Lentamente. Como último recurso, deseando evitar con la medicina, aquello que presentía venir, cada vez con mayor nitidez, le pregunté —: ¿No tenés ningún medicamento? Podemos buscar una farmacia.

— No, Sebas, no. No lloro por la cabeza. Es que no resisto más. Y no es por tu culpa. — Tras unos segundos de puro llanto, con voz cortada agregó —: Ni la mía.

Fue suficiente. Me eché hacia atrás. C703698 leí en la patente del Fiat-600 estacionado delante de mi 128. Mamá había estado en lo cierto. La sospecha, esa gelatina amorfa que me rondaba, a la que rehuía, negándome a mencionar, se cristalizaba, tomaba forma. Sólo le faltaba darle un nombre. Un nombre que ya adivinaba.

— Hay otro ¿no es cierto, Analía? — indagué. Tenía las manos engarrotadas sobre el volante, inmovilizadas por el frío repentino.

— Es que no sabés cómo te quiero. Vos sos buenísimo — quiso explicarme, sin darse cuenta de que cada palabra me hundía, más y más, en un valle desolado, yermo, donde caminaba solo, sin saber a dónde, y solo, desoladamente solo. Mientras tanto, ella continuaba —: Y él todavía no lo sabe. Somos simplemente amigos. Nos hemos visto una o dos veces. Y, si yo te dejo, no me va hablar más, estoy segura. Porque él te requiere, más que a un hermano. Vos no sabés, pero él te admira. Admira tu inteligencia, tu sensibilidad.

— ¡Basta! Más que a un hermano, ¿no? — Una o dos veces, repetí a los gritos la pregunta —: ¿No?, ¿no?, ¿no? — Con furia asesina, a duras penas contuve la mano que había levantado para golpear —. Es él, es Mauro, ¿no? El muy guacho; ya lo suponía. Y hace tiempo que me engañan, que me meten los cuernos, ¿no? ¡Qué par de hijos de su madre! Bajate del auto que soy capaz de molerte a patadas. ¡Ya!

Analía quedó pasmada por la violencia de mi reacción. Suspendió el llanto:

— ¿Qué estás insinuando? — apenas pudo balbucear. Dio un portazo y, sin mirarme, se alejó.

*Todavía se ofende*, pensé y, completamente descontrolado, asomé la cabeza por la ventanilla:

— ¡Putaa! — la insulté a ella, a la noche, a los millones de estrellas. Y, al tiempo que sus tacos retumbaban por la vereda solitaria, con voz atragantada, gangosa, con un dolor que me brotaba desde el fondo de las entrañas, aullé —: ¡Sos una puta, y Mauro es un gran hijo de putaaa!

## 4

Una mala noche, un desayuno a las apuradas. Después, el despegue en el C-130, los sacudones del viento arrachado, el amanecer majestuoso sobre el mar, una hora y media de vuelo, y la emoción indescriptible de divisar las islas por primera vez. Qué espectáculo las sierras, las costas quebradas, la orla interminable de blanquísima espuma en las playas.

—Y por estas piedras nos vamos a pelear —reflexionó Jorge Molina, con el cuello retorcido de tanto mirar por la ventanilla que se abría en su nuca.

El Hercules iba repleto. De espaldas a la pared, viajábamos en asientos de paracaidistas. Las caras, serias. Algunos simulaban dormir. Otros, con los ojos perdidos en el infinito, contemplaban el rectángulo de paisaje que alcanzaban a distinguir por las ventanas de la pared opuesta. Unos cuantos, vergonzantes o tímidos, con los ojos cerrados y gestos imperceptibles, oraban en silencio. El único que dormía realmente era Cacho Ayala.

—Piedras o no, son nuestras —contesté.

—Vamos Sebastián —dijo Jorge, sobrador, bamboleando la cabeza—, hemos pasado ciento cincuenta años sin estas islas y te aseguro que podrían pasar otros ciento cincuenta más, y a nadie se le va mover un pelo.

*Lógico como de costumbre, este Jorge, pensé. Diez minutos después, Cacho, con los párpados cerrados, anunciaba:*

—Estamos por aterrizar.

—Para vos, esto no es nada nuevo. ¿No, Cacho? —pregunté.

—¡Pufff! Si las conoceré —respondió, enarcando las cejas, sin abrir los ojos—. Durante tres años seguidos, vine cada dos meses por lo menos con los F-27 de LADE<sup>2</sup>. Más de una vez nos quedamos a dormir. Sólo espero no encontrar al tipo de la Aduana. Ese payaso y su ridícula soberbia british. El muy turro subía con prepotencia a inspeccionar el avión de los sudacas, morochos, repre-

sores y contrabandistas. No sé qué esperaba encontrar ese pedazo de animal. Si me lo encuentro lo...

Aterrizamos. Mientras la violenta desaceleración nos comprimía y empujaba hacia adelante, el rugido poderoso de las hélices, girando en paso reverso, interrumpió las promesas de venganza de Cacho Ayala, que se había ido enojando hasta enrojecer con el recuerdo del guardián aduanero.

Por detrás de la cabeza de Jorge, que viajaba a mi izquierda, constaté la desolación del paisaje. A un costado, las maquinarias con que habían construido la pista no hacía mucho; el radar de nuestro Grupo de Vigilancia giraba un poco más alejado. El avión detuvo la marcha en frente de la Torre. Nadie aplaudió ni dejó escapar el estúpido «llegamos» cuando no se sabe qué decir al finalizar un viaje. Por el contrario, con algo más que un silencio sugerente, cada uno cargó su bolsón aeronáutico y se encolumnó con fingida serenidad hacia la rampa de salida que ya había bajado el auxiliar de carga. Di el primer paso en descenso por la rampa y, de golpe, sentí la cachetada del viento malvinense. Desde la nuca, un estremecimiento zigzagueó bajando por el espinazo. Atrás dejaba el vientre cálido del Hercules, el tufillo familiar del departamento de Carlos Calvo y Tacuarí.

Al otro lado del mundo quedaban los cines del centro, Buenos Aires, Mariano Acosta, la vida acostumbrada, mi vida, la de siempre; adelante se abría el caos incierto de aquel cuadrado de cemento, insignificante, atestado de tipos uniformados. Inmóvil, de repente, como una revelación o una imagen no buscada, vislumbré o intuí que estaba a punto de encontrar una respuesta largamente esperada. La contestación a un interrogante que, de modo impensado, había ido a buscar en Malvinas. Sin imaginar, cuál era la duda que intentaba despejar, tuve la nítida sensación de que cerraba una página de mi vida y de que me aprestaba a nacer a una nueva realidad.

Jorge Molina con un empujoncito suave en el hombro me obligó a caminar y, escoltado del otro lado por Cacho Ayala, como en un estado de ensoñación, avancé en medio del pandemónium de aquella plataforma.

—No está más la Jack Union —alcancé a entender a Cacho entre el ruido de los motores, mientras señalaba el mástil erguido a un costado de la entrada.

Remplazando el estandarte de la Comunidad Británica, flameaba la bandera argentina. En la baranda que rodeaba la Torre de

<sup>2</sup> LADE: Líneas Aéreas del Estado

Control, habían anudado una pancarta. Sacudida por el viento, la loneta del cartel golpeaba los barrotes y anunciaba que aquello no era más Stanley Airport sino la flamante Base Aérea Militar Malvinas.

— ¡Qué despelote! ¿Dónde hemos caído? — preguntó a los gritos Cacho, esquivando un montacargas que avanzaba raudo con una pila de planchas de aluminio.

— Antes que nada busquemos al brigadier — dije al llegar a la aerostación.

— Podríamos jugar al fútbol con la pelota que nos dan — bromeó Jorge, señalando con el mentón a un oficial que había pasado cerca sin mirarnos.

En efecto, daba la impresión de que nadie había reparado en nosotros. Todos caminaban o corrían de un lado al otro hablando solos o, al menos, con expresión de llevar mil órdenes o propósitos en la mente. En los treinta metros recorridos, solo el Picho Fernández y el Tano Giannastasio nos saludaron a las apuradas. Este último nos dirigió una frase que nos dejó pasmados: «va cayendo gente pa' rendirse».

— ¡Epa! — exclamé, al tiempo que interrogaba a mis amigos con la mirada.

— No hay que dejarse engrupir — continuó Jorge con su voz en sordina—. Hay que tener cuidado; éstos son los que vinieron el primer día y la juegan de veteranos.

— Somos los novatos, somos — se burló Cacho, remedando la tonada porteña.

— ¡Hrubick! — grité, y dirigiéndome a Jorge agregué—: ¡Allá va el Gringo Hrubick!

Juan Carlos Hrubick era un gran amigo de la Escuela de Córdoba. Descendiente de eslovacos, Juan Carlos era lo más parecido a un noble y poderoso tractor humano que se pudiera imaginar. Al escucharme se nos acercó.

— Gringo, ¿qué hacés acá? — preguntó Cacho.

— Cómo que ¿qué hago? ¡Ángeles! ¡Qué hacen ustedes! Será. Yo estoy acá desde el principio. Todo ese quilombo que ven allá afuera depende de mí: soy el ECTA, macho, el jefe del Equipo de Control del Transporte Aéreo, ¡qué se creen!

— ¡Guau! ¡Qué puestazo, loco! — le tomó el pelo Jorge, al tiempo que esquivaba una piña de esas que, medio en broma, medio en serio, el Gringo Hrubick propinaba a sus subalternos.

— ¿Quién es el Jefe de la Base? — consulté, tratando de ubicarme mentalmente.

Con seriedad, alargando las últimas vocales, Hrubick explicó:

— ¡En bolas, como de costumbre! El capo del Componente Aéreo, de todos nosotros, saben, es el briga Castellano. Jefe de esta Base, es el Cholo Destri. Bueno, ustedes lo conocen, el comodoro Destri, el de las manitos de muñeca. El Sordo Alberto Alegría está de jefe de Operaciones; de Inteligencia, el vasco, ese de Tandil...

— Mendiberri — le recordé.

— ¡Ese! El Guille Mendiberri. Bueno, y García de Diego, el petiso, en Personal. Y bueno... un montón de tipos más que no sé qué caxo hacen. Y ahora déjenme laburar, no me hinchen más, que está por llegar otro avión — y añadió con su vozarrón, antes de salir—: Por esa puerta, se va a la Torre de Control. Allá está el brigadier.

La Torre tenía algo de romería, y era bien amplia por suerte. De cinco metros por cinco, por lo menos. Las paredes de cristal y sus dieciséis metros de elevación le brindaban una perspectiva inmejorable. Los equipos de comunicaciones formaban un muro que dividía en dos la planta del local. La mitad que daba sobre la pista estaba ocupada por el tablero de control. Allí, un mayor rubio, creo que se apellidaba Catalá, micrófono en mano, dirigía la circulación aérea. En la parte posterior, alrededor de una mesa, discutían el brigadier con un comodoro, tres vicecomodoros y otros cuatro mayores, todos inclinados sobre un mapa. De éstos, aún sin comprender el motivo, me detuve a estudiar la actitud concentrada de dos expertos pilotos de caza que parecían asistir al vicecomodoro Alegría en los asuntos de defensa aérea: los mayores Kajihara y Pergolini, ambos, del Comando de Defensa de San Miguel.

Mientras tanto, en un costado, junto a una mesa más chica, un oficinista hacía gimnasia con los dedos, seguramente para hacerlos entrar en calor, temeroso de las correcciones y correcciones que le harían introducir en los planes. En un rincón, una literal parva de bolsas cilíndricas con los equipos de campaña. En ese lugar, un soldado cebaba mate.

— ¡Ah, los mayorcitos de la Escuela de Guerra! — dijo a modo de saludo el brigadier Castellano—. ¡Bienvenidos, bienvenidos! Dejen sus cosas donde puedan y acérquense. Ya les vamos a indicar sus obligaciones.



La agria calidez de la recepción nos emocionó. Cruzamos una mirada entre los tres y nos arrimamos. Jorge Molina avanzó con un papel, dispuesto a tomar nota. Cacho, que ya había interceptado un mate, se quedó en segunda fila y, después de tres minutos, alzando los hombros, caminó hasta el tablero de control. Yo había ocupado una posición intermedia. Oía el intercambio de opiniones sobre las tácticas que planeaban utilizar y la conversación de Cacho con el capitán Dante Dovichi que, en esos momentos, había llegado a hacerse cargo del tránsito aéreo:

—Gato, autorizado el despegue —dijo por el micrófono el mayor Catalá.

Tras las palabras se hizo el silencio. El Hercules que nos había traído despegaba. Con un ángulo de ascenso pronunciado, en segundos fue tragado por las nubes. Increíble, pero en los minutos que llevábamos en la Torre, el aeródromo se había terminado de cubrir.

— Buen tiempo. ¡Eh! — ironicé, acercándome a un suboficial que anotaba en un cuaderno el movimiento de los aviones.

— Imagínese, señor, esto es el Atlántico Sur —comenzó—. Es el océano, señor: vientos fuertes, ráfagas que llegan a los ochenta kilómetros por hora y a veces cruzan la pista en forma perpendicular. Nublado, siempre nublado. En minutos, un chubasco reduce la visibilidad por debajo de los mínimos. Como ahora, fíjese. Cada dos por tres, pasan unos rollos que parecen de humo de tan oscuros que son. Sí, como me escucha. Repentinamente se hace de noche, hasta es necesario encender la luz.

Al tiempo que observaba la carrera emprendida por las nubes, noté que el corrillo reunido alrededor del brigadier Castellano bajaba el volumen de las voces como si hubiesen tomado una decisión. Los tres recién llegados miramos en esa dirección.

— A ver, los mayores Molina, Iriarte y Ayala, reunirse acá —nos llamó García de Diego, desprendiéndose del grupo.

Nos acercamos con un respetuoso desgano.

— Ustedes dos van a colaborar con el vicecomodoro Alberto Alegría en Operaciones y se suman al equipo de Defensa Aérea formado por los mayores Kajihara y Pergolini —anunció escuetamente el petiso, jefe de Personal, dirigiéndose a Cacho Ayala y a mí—. Y usted, Molina, se presentará en la Jefatura de Inteligencia. ¿Alguna pregunta?

Frente a la simultánea negación, García nos dio la espalda. Por un instante nos miramos dubitativos, mientras el cónclave que rodeaba al brigadier se disgregaba.

El vicecomodoro Alegría, famoso por una sordera incipiente y su modo campechano de reaccionar con velocidad ante las situaciones límites, nuestro jefe a partir de entonces, era un gran conocedor de los intrincados laberintos doctrinales de las fuerzas armadas. Luego de mantener un aparte con Castellano, sin mirarnos siquiera, comenzó a ponerse cuantos abrigos militares tenía a mano. Cacho me hizo una seña y lo detuvimos. Después de saludarnos, nos miró pensativo:

— Ahhh, ya me acuerdo de los dos. Pero... ¡Claro!, si son ustedes... Cómo dijo que se llamaba, che. Ahhh... Iriarte, ya me acuerdo. Bueno vean, el primer trabajito que deben hacer, pero mañana, ¿eh?, es acompañar al mayor Kajihara a la ciudad y buscar un lugar para instalar el centro de control. Y su apellido, cómo era. Ahhh, ya me acuerdo. Ayala ¿no?

Y así continuó, unos diez minutos con que «se acordaba» y «no se acordaba», pero al final nos explicó con precisión qué esperaba de nosotros. Después, en compañía del mayor Pergolini, se marchó. Se reunirían con los Jefes de la Artillería Antiaérea del Ejército y de la Marina y coordinarían la operación de las defensas antiaéreas. Antes de salir, nos aconsejó, hablando desde atrás de tres vueltas de bufanda, que reconociéramos la Base y nos pusiésemos en contacto con el jefe de los radares.

— ¿Vieron qué hora es? —preguntó Jorge Molina—. Casi la una, sería bueno averiguar dónde se come.

Los novatos habíamos quedado solos con los controladores, quienes en ese momento daban instrucciones a un Fokker F-28 que intentaba aterrizar. Preguntándonos donde estarían los demás, descendimos los dos pisos de la torre por una estrecha escalinata casi caracol, pues cambiaba de orientación a lo sumo cada diez escalones. En la parte posterior de la Estación Aérea se levantaba un edificio bajo, de construcción premoldeada, angosto y bien alargado. Allí funcionaba el comedor y allí estaban todos.

Mientras esperábamos que se desocupara un lugar, no tuvimos más remedio que soportar las chanzas que nos dirigieron los veteranos por nuestra lentitud en ir a comer. Sin embargo, abundaban los víveres y nadie se privó del guiso de fideos moñitos, mezclados con fideos munición y fideos anillitos; de la lata de

corned beef grasienta a más no poder; y mucho pan. Con buen apetito, devoramos aquellos manjares de presidiarios y tuvimos que hacerlo con gran rapidez, puesto que había que dejar las mesas para los siguientes comensales que, más impacientes que los hambrientos, rondaban por la entrada.

Terminamos en no más de siete minutos. Con Cacho, salimos a caminar para ayudar a bajar esa masa pastosa que sentía lentificarse en su descenso hacia el estómago. El F-28 despegaba en ese momento. Algunos rayos de sol habían logrado filtrarse entre los rollos de nubes bajas. Rodeamos el edificio del comedor, buscando el reparo del viento para fumar. Más allá, vimos las carpas de los soldados. El capitán Rosendo Juncal los mandaba. Debimos recorrer apenas diez metros antes de encontrarlo. Salió de una carpa más pequeña. En el vértice superior de la entrada, un cartel bastante rudimentario aclaraba que eso era la Jefatura.

— ¡Juncal! — Me adelanté para saludarlo.

— ¡Señor! ¿Cómo le va? — Me recibió con amabilidad, mirando al piso. El pelo oscuro que le asomaba por debajo de la gorra flameaba con el viento.

— ¿Cómo anda, Juncal? ¿Mucho trabajo? — pregunté.

— Bien, pero dejémoslo ahí — contestó y ladeó la cabeza.

Con rápidos y nerviosos golpes de vista dirigidos hacia todas partes, como presa de una gran incertidumbre, nos explicó que la defensa general de la base dependía de un teniente coronel. No recordaba el apellido. Sólo, que le decían el Turco y que era muy competente, pero que si, en serio, venían los ingleses, no se imaginaba qué podía ocurrir. Nos contó los problemas que tenía con los soldados.

— ¡Son tan pibes...!

Nos comentó el problema del frío, de las posiciones en el terreno, de la turba, del fango escurridizo que se formaba con la lluvia.

— Uno camina y el barro empieza a trepar por los borceguíes, llega hasta las rodillas, se mete hasta en el alma y no hay donde bañarse y eso da más frío. Espero que se acabe pronto — concluyó.

Amargados, molestos con la mala espina que nos habían clavado las dudas deprimentes de Rosendo Juncal, nos alejamos.

— ¡Putá...! Lleva sólo cinco días — murmuró Cacho.

— Y sí. Pero si lo pensás bien, tiene razón. Aunque también es cierto que algunos se bajonean con más facilidad que otros.

Un ruido procedente de la pista atrajo nuestra atención: otro C-130 Hercules acababa de aterrizar. A un costado de la plataforma, divisamos al Gringo Hrubick. Con las orejas cubiertas por un protector, a los gritos dirigía a tres suboficiales y a un pelotón de soldados de la Terminal de Carga. Llegaba otro avión, el circo comenzaba otra función.

— No tenemos equipos ni máquinas como la gente — se lamentó el Gringo, cuando nos acercamos—. Esto se parece a la época de las carretas, macho.

Hrubick salió corriendo. El Hercules había quedado estacionado de perfil a nuestra posición. Por el portalón posterior, abierto como un tobogán del ancho de la bodega, se observaba emerger el extremo alargado de un cañón. Como si fuera un torbellino, el Gringo irrumpió a los gritos entre los auxiliares de carga y los soldados que se apiñaban junto a la rampa. Procuraban hacer parir a la chancha, como cariñosamente le decían a los C-130.

Después, volví a conversar varias veces con Hrubick. En cada encuentro, seguí admirando su predisposición para el trabajo. Siempre lleno de energía. Me enteré de que llegó a pasar dos días con sus noches consecutivas sin descansar. A cada momento, surgía un nuevo inconveniente: no había más espacio en la plataforma, nadie se presentaba a retirar un pesado cargamento que acababan de desembarcar, un general llegado a las tres de la madrugada exigía un dormitorio para él y alimento para sus ciento ochenta soldados. Los concriptos changadores semejabán autómatas. Se movían con lentitud, destruidos por el cansancio. Donde podían se sentaban y, cuando buenamente hallaban la ocasión, dormían. Sólo reaccionaban con el arribo de un avión. Entonces sí, como si en ese momento alguien los conectara, sacaban bríos de la extenuación y formaban largas cadenas humanas. De mano en mano se pasaban los bultos hasta algún lugar de la plataforma.

— Che, Sebastián, acordáte que debemos visitar el radar — dijo Cacho Ayala, cortando mi contemplación del trabajoso parto de la chancha que, poco a poco, iba dejando asomar un cañón inmenso.

— Tenés razón. ¿Y cómo hacemos? — pregunté, calculando la distancia que nos separaba de una elevación lejana, donde giraba, incansable, la antena parabólica.

— En el auto de Armando. Un rato de a pie y otro caminando — respondió Cacho Ayala, dejando asomar su tonada y filosofía cordobesa.

Al subir por el estrecho sendero que conducía al radar, se nos ofreció una vista panorámica del aeródromo. Nos encontrábamos en una verdadera lengua de tierra. Rodeada de mar, se veía como un apéndice de la isla Soledad. Tan solo quedaba unida por un istmo de unos treinta metros de ancho. La pista de aterrizaje se orientaba de Este a Oeste y dividía la reducida península en mitades casi iguales. La Torre de Control de Vuelos y otras edificaciones del aeropuerto se levantaban en el sector sur. En la zona norte, disimuladas entre montículos, quedaban todavía en pie las instalaciones del obrador de la empresa constructora: maquinaria abandonada, tolvas, materiales sueltos.

— Allá, el Cholo Destri piensa montar su Comando — explicó Cacho, sabiendo como siempre.

En el sitio del radar, a un costado de la caseta de control, nos esperaba Silva, un mayor de anteojos, ojos claros; con cara de intelectual y fanático de la electrónica.

— ¡Je! ¿Ustedes son los que vienen para el CIC? — nos preguntó sarcástico, con una voccecita suave. Daba la impresión de que las únicas vocales que pronunciaba fueran las ees.

— Sí, señor, así es. Lo veníamos a saludar — le contesté algo seco, no muy conforme por su sorpresa.

— ¡Je! — volvió a decir y, tras señalar la inmensa antena giratoria, inició la explicación con voz monótona—. Entren, les voy a mostrar que tenemos acá. Bueno, este es el Westinghouse TPS-43.

En el interior de esa cabina, del tamaño de un container, nos impactó el frío. Un frío todavía más intenso que a la intemperie. Nuestra sorpresa lo debe de haber empujado a bromear:

— ¡Je! Parece joda. Pero, a pesar de estar en las Malvinas, tiene que funcionar con aire acondicionado. De paso nos vamos acostumbando al jonca. ¡Je!

Lo miramos más sorprendidos aún.

— ¡Je! ¿No saben que ahora hay misiles antiradares?

— Sí, algo escuché — dije —, recordando en ese momento haber leído un artículo sobre los misiles antirradiación usados en Vietnam.

— Es verdad, señor — aclaró Cacho Ayala —. Pero solamente los Estados Unidos y Rusia tienen en sus arsenales ese tipo de armamentos. Ningún otro país ha logrado desarrollarlos.

— ¡Je, je!

Fue su única respuesta, al tiempo que levantaba una pesada cortina negra y nos hacía pasar al puesto de control. Sobre un

panel, dos pantallas circulares, fosforescentes, color ámbar. En cada una, un puntero luminoso giraba con sincronismo. Señalando un ambiguo rectángulo más brillante, Silva agregó:

— Este es un Boeing de Aerolíneas que se aproxima.

En ese instante me pregunté: *¿Podrán estos tipos, en medio de los tiros, descifrar semejante galimatías y discriminar, en tiempo real, quién es quién?*

Cuando salimos, eran las seis y ya habían encendido las luces. A las siete, en plena noche, nos convocó el brigadier. Sobre un mapa, Alegría explicó las previsiones para defender las islas.

— Es sencillísimo. El plan se basa en la teoría de los puntos fuertes. Y eso, qué es, me preguntarán, ¿no? Les contesto: es materialmente imposible defender la totalidad de las islas. Además, sin el control de los mares, es imposible impedir desembarcos. La solución, entonces, es fortificar puntos claves, vitales para la posesión del archipiélago. En este caso, obviamente, la ciudad y el aeropuerto. Allí vamos a esperarlos. En el ínterin, vamos a desgastarlos con misiones aéreas y operaciones de comando. La Fuerza Aérea, para apoyar la maniobra y alejar un poco del peligro a los Pucará, además de la de Puerto Argentino, montará una Base en Pradera del Ganso, ochenta kilómetros al Oeste. ¿Algún comentario, señores?

Tan corta como clara, tan comprensible como quimérica, la exposición del vicecomodoro Alegría tuvo el efecto catártico de una ducha fría. Ni un gesto. Silencio y más silencio, excepto los esporádicos golpecitos metálicos de las ventanas movidas por el viento.

— Esto es Malvinas — reflexioné en voz alta, disuelta ya la reunión.

— No pasa naranja — dijo, palmeándome la espalda, Jorge Molina, que insistía con su teoría nihilista.

— Thien Vien Phu — dijo Cacho Ayala con una sonrisa enigmática.

Aunque tenía la certeza de que sí pasarían cosas, en ese momento no entendí el significado de las palabras de mi amigo. Evidentemente, Jorge tampoco, puesto que gesticuló con los hombros alzados y las manos abiertas en señal de duda. Cacho, mientras tanto, se alejaba hacia el vano de la escalera, con la gorra de fieltro metida hasta las orejas, misterioso.

A las ocho, abrumados quizás por la carga del primer día, cenamos casi sin hablar. Fideos anillitos, fideos moñitos, fideos

municiones. Esta vez habían agregado papas, aterrizadas en uno de los aviones de la tarde. A las nueve y media, la parva de bolsas cilíndricas con los equipos individuales en un rincón de la Torre de Control comenzó a descender. Desde el brigadier Castellano para abajo, todos extendieron las bolsas de dormir sobre el mismo suelo, salvo Cacho Ayala que, no sé dónde, se agenció una colchoneta. En menos tiempo del que demoré en darme cuenta, la mitad posterior de la sala, detrás del biombo formado por los equipos de radio, se transformó en un atiborrado dormitorio.

*Los mil usos de una Torre de Control*, pensaba a eso de la media noche. La excitación, las emociones del debut malvinense, o los molestos ronquidos que a destiempo brotaban en derredor, me impedían conciliar el sueño. Insomne me levanté y fui a fumar junto al capitán Antonio Sangrá que había reemplazado al operador.

Delineado por la luminosidad que emanaban los instrumentos del tablero, sólo divisaba el movimiento de su bigote oscuro dando instrucciones a un avión en procedimiento para el aterrizaje. Las nubes bajas harían la operación por demás marginal.

– Autorizado descenso y aterrizaje. Pista libre – transmitió Sangrá.

Tuve la sensación de que el mensaje frenaba el curso del tiempo. Durante una eternidad, sólo oí el tic tac de los relojes y los latidos en *relantí* de mi corazón. De pronto, en la caverna renegrida e interminable que se abría encima de la pista, como una centella, se encendió una luz intensa y, un instante después, escuché al piloto decir que estaba a la vista. El paso reversible de los motores atronó en la noche.

Un avión más del Puente Aéreo había aterrizado.

## 5

Una vez que el brigadier Castellano hizo conocer la resolución, el Estado Mayor se transformó en un manicomio. Incluso los más apáticos se aceleraron como poseídos por un genio hiperactivo: tics, parpadeos, movimientos incesantes, ceños fruncidos, cigarrillos fumados hasta los dedos. Era una carrera contra la aguja larga del reloj, por no decir del segundero. Las metas se nos antojaban inalcanzables: organizar lo inorganizable; prever lo imprevisible; distribuir la escasa abundancia de la nada, defender una isla bloqueada por submarinos atómicos. Coordinar procedimientos y hacer reflexionar a una procesión de cabezas duras y de escépticos. Conseguir que funcionaran complejas organizaciones de miles de tipos que pensaban diferente antes de que llegase la flota. Por momentos, cundía el desaliento y la meta se veía igual que un espejismo. Fue una etapa de marchas y contramarchas, de concesiones generosas y gitaneadas egoístas, de grandes esperanzas y amargas frustraciones, salpimentadas con la posibilidad de tener que jugarnos el pellejo en cualquier momento.

—¿Se fijó en los carteles, señor? —le pregunté al mayor Kajihara, al día siguiente de llegar.

En la única rural Falcon de las Malvinas, con Cacho Ayala acompañábamos a ese enigmático mayor venido del lejano oriente, pero más criollo que el alambre de púas y el dulce de leche juntos. A una velocidad moderada, recorríamos los seis kilómetros que separaban el aeropuerto de la ciudad. Por eso teníamos tiempo para charlar y contemplar los alrededores de Stanley.

—Sí, al revés, miran para el otro lado. Estos ingleses son la muerte, tienen que hacer todo diferente —contestó Kajihara.

—¡Qué paisaje, Cacho! —dije más adelante, dirigiéndome a mi compañero.

El camino atravesaba una estrecha franja de terreno, ascendía y se internaba en una amplia planicie. Chata, de un verde sucio, gris. El vegetal más alto se elevaba a solo diez centímetros de la

tierra oscura. Hacia ambos lados se divisaban las playas. Al norte, la costa componía un verdadero rulo y formaba una bahía cerrada, casi un lago. En la margen sur se levantaba la ciudad.

—Lástima las turberas —dijo Kajihara, señalando unos rectángulos de terreno desprovistos de la capa superficial. A los costados, tepes prolijamente recortados se apilaban en parvas piramidales.

—De seguir, las van a pelar como a naranjas. Pueda ser que, así, las devuelvan sin tanto despelote —agregó Cacho, mirando un enmarañado parque de antenas.

Transpuesta la estación de radio, el camino doblaba a la derecha y bajaba. Brusca, abruptamente descendía hacia el mulle y se adentraba en Stanley Port; Puerto Argentino, ahora. ¡Qué calles extrañas! Parecían las gradas de una gran tribuna cuyo campo de juego eran las aguas increíblemente azules de la bahía. ¡Ni hablar de las casas! Frentes humildes; techos de tejas planas; vigas de madera incrustadas en las paredes pintadas de amarillos, verdes, rosas; ventanas angostas, una que otra *bow window*, vitrales reticulados. A ninguna le faltaba la cortinilla enganchada en los costados ni los maceteros con anémonas, gardenias, malvones; flores de colores anémicos que buscaban el sol detrás de los vidrios; todo muy prolijo, muy *british* y semejante a los antiguos paradores de los ferrocarriles argentinos, sin ninguna semejanza con los pueblitos de nuestra patria.

Dimos un par de vueltas a las manzanas, y visitamos al general Menéndez, gobernador militar de las islas. El secretario de Gobierno, el comodoro Bloomer Reeve, un hijo de escoceses que hablaba el inglés como lengua materna, nos indicó cuáles podrían ser los emplazamientos del Centro de Información y Control. Gracias a las instrucciones de Bloomer y a la ayuda de un mapa, no dejamos de visitar ninguno, y en la recorrida se nos voló la mañana. El Town Hall, el ex-Cuartel de los Royals Marines, una escuela, un pensionado de escolares. Al final nos decidimos por este último, por Stanley House.

Después de dejar a Cacho Ayala en el correo, pues le habían encargado que despachara unas cuantas cartas, con el mayor Kajihara fuimos a confiscar el antiguo edificio del internado. Erigido en el medio de una manzana cubierta con árboles, quintas y sitios baldíos, en sus dormitorios se alojaban los hijos de los granjeros que estudiaban en la escuela local. La estructura de dos plan-



tas se veía bastante sólida y resistente. Además, pensamos que su aislamiento nos ayudaría a defenderla de los sabotajes o golpes de mano. Por otro lado, la arboleda que la rodeaba podría ofrecernos una protección natural contra los francotiradores, a la vez que un cortinaje vegetal para alejar la curiosidad de los kelpers.

De eso hablábamos cuando, al filo de las tres, para llegar al edificio caminábamos por un estrecho pasaje abierto entre los arbustos enmarañados que ocultaban la casona. Era un día sin viento y en el aire parecía flotar una inmovilidad desacostumbrada. Desconfiando hasta del sonido de nuestras pisadas, el pasaje amurallado por los vegetales nos guió hasta una explanada amplia, rectangular, que podía ser la playa de estacionamiento o el patio de recreo, o ambas cosas a la vez.

Durante unos momentos, sin hablar estudiamos la sombría construcción que habíamos elegido. Los techos de chapa acanalada, las agujas oxidadas de los pararrayos, las paredes gris mortecino, las puertas y ventanas cerradas. Todo hacía suponer que estaba deshabitada. No se oía ni el mísero piar de un pajarraco (en las Malvinas no hay gorriones ni torcazas). Con el corazón encajado en la mitad de la garganta, subimos los escalones de la entrada de uno en uno. De pronto se agitó una cortina del segundo piso. Al mismo tiempo extendimos un brazo para detenernos.

— ¿Vio, señor? — pregunté.

Kajihara asintió con la cabeza y sugirió:

— Mejor golpeamos. Dele, golpee usted, Iriarte.

Obedecí. ¡Toc, toc, toc! sonaron los golpes de la mano de alguna dama inglesa perpetuada por el bronce de la aldaba. Aguardamos. No salió nadie. Probamos el picaporte: cedió. Nos interrogamos con la mirada y entramos. Kajihara soltó el pasador de la pistolera. En el interior reinaba el más completo de los silencios y una media penumbra parecida a la de los panteones; además, frío, muchísimo frío. Casi tiritando, caminamos por un pequeño zaguán hasta una sala. A la derecha, nacía un pasillo; al frente, una escalera y una alfombra raída que se desdibujaba en lo alto del rellano. Avanzamos con cuidado, conteniendo la respiración y tratando de acallar los crujidos de los listones del piso.

— Anybody at home? — preguntó el mayor Kajihara en voz alta y firme, luego de superar un falsete.

Nos respondieron otros silencios y la extraña sensación de que los ojos de los cuadros nos espían. A una señal del mayor, em-

puñamos las pistolas con ambas manos y, a una indicación de él, igual que en las películas, corriendo velozmente de pieza en pieza, revisamos la planta baja. En cada habitación, entrábamos de golpe, piernas a medio flexionar. Barríamos el vacío con la punta del cañón y solo encañonábamos muebles, vajilla, ropa, olor a pura ausencia. De todos modos, los dos estábamos convencidos de que alguien se ocultaba en el piso superior. Con señas acordamos la táctica que usaríamos. Porque tenía más dominio del inglés, yo iría adelante, y Kajihara permanecería al pie de la escalera como apoyo, apuntando con su arma hacia arriba.

Tragué saliva. Subí el primer escalón, el segundo. No había pisado el tercero que un kelper apareció allá arriba, pálido, más muerto que vivo, con las manos en alto, aureolado por las sombras del marco de una de las puertas. Flaco, canoso, debajo del mentón mal afeitado, la nuez le subía y bajaba agitada. El susto de aquel pobre tipo me hizo sentir fuerte, poderoso. Con suficiencia, con mi mejor inglés de la Cultural Británica le pregunté qué hacía allí.

— I'm Paul Bryan, the housekeeper.

Lo observé temblar. Desorientado por su mansedumbre, formulé la pregunta más estúpida que podía hacer un estúpido argentino queriendo interrogar en inglés a un simple kelper:

— But, what are you doing?

— I live here.

Él era el casero y vivía allí, en su casa. Qué otra cosa podría responderme. Brillantándosele los ojos, sus labios dibujaron una sonrisa blanda. La estupidez de mi pregunta y la simplicidad de su respuesta me desarmaron. Creo que a Kajihara también, porque simultáneamente guardamos las pistolas. Lucían tan grotescas frente a la tosca sencillez de aquel hombre que de pronto se veía invadido por extraños.

Paul debió de captar el cambio de actitud porque, de buena gana, comenzó a explicarnos para qué servía ese lugar. Nos enseñó las instalaciones, cómo encender y utilizar las estufas de turba. También nos mostró la quinta, el gallinero, el depósito de víveres, la biblioteca. Hicimos un inventario tan prolijo como pudimos. El mayor Kajihara le firmó un recibo y yo prometí cuidar personalmente las pertenencias de los chicos. Nosotros no éramos argentinos cualesquiera, no éramos iguales a los turistas que robaban chucherías en los negocios ni pagábamos con monedas ar-

gentinas en lugar de los centavos de libra. Nosotros responderíamos por sus bienes pues éramos oficiales, militares profesionales y, por si fuera poco, de la Air Force, dijo Kajihara.

Yo aproveché que el mayor subió a la planta superior para hacer un listado de los elementos que necesitábamos para armar el CIC y, en un aparte, le dije a Paul que lamentaba en el alma pedirle que abandonara el hogar.

— I understand — contestó con resignación.

Con su esposa se irían a la casa de una hermana que vivía en la otra punta del pueblo, camino a Mody Brook. Le ofrecí que volviese las veces que quisiera, que sólo debía preguntar por mí. Luego de recibir un papelito escrito con mi nombre, lo sentí emocionado al estrecharme la mano. Después, cabizbajo, se alejó entre los arbustos de la entrada. Las manos rojas de palear turba en los inviernos, metidas en los bolsillos del gabán mugriento. El cuello se lo vía enrojecido, lleno de pliegues, emergiendo entre la piel sintética de la capucha caída. Los pantalones de corderoy, ajados, arrugados, se agitaban con el viento helado que provenía del mar. En ese momento sentí germinar una duda, una simple púa que me pinchaba la conciencia. Mi otro yo me preguntaba: *Hermano argentino, ¿qué carajo hacés acá, en estas islas piojosas, amargándole la vida a este pobre infeliz?* Pero, bueno, allí estábamos. Éramos profesionales y debíamos preparar el Puesto de Comando.

Tras la partida de Paul, subí la escalera y encontré a Kajihara midiendo con pasos la habitación más grande de la planta superior, en el ala norte del inmueble. Tenía amplios ventanales. Los de una pared, se abrían sobre los árboles de la quinta; desde el otro ángulo, se dominaban los techos más bajos del contorno deslizándose en suave declive hacia la bahía.

— ¿Esta es la mejor? — pregunté.

— Así es, Iriarte, y apurémonos a instalar la sala del CIC. Mañana este lugar va a ser la gran atracción de los camaradas.

— ¡Qué vista!, lástima que debemos proteger las aberturas con bolsas de arena — dije pensativo, mientras imaginaba que yo era el cuidador y que en ese dormitorio idílico vivía con Analía para siempre, contemplando el planeo eterno de las gaviotas.

— Nada de paisajear, Iriarte — me interrumpió Kajihara —. Y ahora vamos a escribir un cartel.

El mayor Kajihara seguía con la idea fija de defender el territorio conquistado y yo quería irme cuánto antes. Él seguramente

tenía razón, puesto que en ese edificio no íbamos a estar solos. Vendrían muchos más. Para aquietar las tentaciones y sosegar las ambiciones, el acto culminante de mi jornada inaugural como guerrero del Atlántico Sur fue cumplir la orden de Kajihara, y con una tiza pinté en la puerta de la habitación las iniciales de Centro de Información y Control: CIC Malvinas.

Las siglas, al constituir una unidad fónica accesible, con el correr de los días, se cargarían de significado y, por interesar a las jefaturas de todas las fuerzas desplegadas en las islas, se convertirían en un acrónimo familiar. Igual que «super» para definir al supermercado. Durante la guerra, nadie ignoraría de qué se trataba si oía decir: hablan del CIC o voy al CIC.

— Listo, ya nos podemos ir — dije al mayor Kajihara sin ocultar mi impaciencia.

Creo que el apremio me venía al ver esa habitación vacía, y al pensar en lo que deberíamos realizar. Quedaba aún la cama tibia sin hacer de Paul y la mesa y una taza de té a medio tomar. El contraste me volvía ansioso; como si, yéndome, pudiera anular los acontecimientos pasados; evitar los que, al cerrar los ojos, veía levantarse como fantasmas del futuro. Aquellas cuatro paredes que hasta hacía unos instantes habían sido alojamiento, hogar de una familia kelper, debíamos transformarlas en un Puesto de Comando. Desde ese lugar, sobre la Mesa de Información General, moviendo avioncitos de papel, tendríamos que tratar de controlar hasta los barriletes que volasen sobre Malvinas. Simple, estimulante misión.

— Es un método de la época del pedo. Lo inventaron los ingleses en la Primera Guerra. Y, qué sé yo, Iriarte, como dice el Pergo, será igual que querer correr en un Falcon contra una Ferrari Fórmula Uno. Por ahí, sirve, pero, claro, siempre que no vuelen muchos aviones de golpe — teorizó el mayor Kajihara, después de recoger a Cacho Ayala y de emprender el camino de regreso a la Base.

Cacho Ayala, de los alumnos de la Escuela de Guerra, era el único que tenía alguna experiencia por su actuación en operaciones de apoyo aéreo al Ejército. Tal vez por esa causa, su intervención no fue muy tranquilizadora:

— ¿Saben cuál va ser la joda de nuestro laburo, señor? — dijo como si pensara en voz alta —. Nos tocará manejar la batuta. Dirigir la orquesta, nuestra orquesta. Sí, tendremos que coordinarlos,

meternos en el medio de los músicos, evitar que se rompan el alma entre ellos. Esa será la peor parte.

— ¡Una pavada! — asintió el mayor Kajihara con ese tono capcioso que dejaba a todos con la duda de si hablaba en serio o en broma. Luego, como dictando una conferencia en el Comando de Defensa, agregó —: Debemos evitar las interferencias mutuas; entre aviones y helicópteros; entre artillería de campaña y aviones atacantes; y, en modo fundamental, entre la artillería antiaérea y la propia aviación.

*Sencillo. Para él que es japonés será sencillo, para mí será un quilombo*, pensaba aquella noche, acostado sobre el piso de la Torre de Control. Al mismo tiempo, los operadores de turno, hablando en voz baja, esperaban un nuevo avión F-28 del Puente Aéreo. Cacho roncaba a uno de mis lados; del otro, Jorge Molina daba vueltas y vueltas. En cada giro, su bolsa de dormir se sacudía como un inmenso bicho canasto.

Por el contrario, yo tuve otra noche en blanco, de insomnio. De aquellas tan temidas, cuando mis sentidos confundían la realidad con la de ese otro mundo que se abría más allá de los sueños. Recordaba reacciones anteriores. Crisis emocionales cuando, como un resabio de las convulsiones infantiles, sufría momentáneas pérdidas de conocimiento. Más de una vez, me había despertado en un sillón con la absoluta convicción de que, en el instante previo, viajaba en un coche o leía una historia que nada tenía que ver con el libro que sostenían mis manos.

Así, trasnochado y mal dormido, no bien amaneció abandonamos el aeródromo. Y por esa razón, la primera actividad que cumplimos en Stanley House fue tomar posesión de un dormitorio de los niños kelpers ubicado a metros de nuestro futuro puesto de trabajo. Después, sin pérdida de tiempo, comenzamos a montar el CIC.

Buscamos materiales, dibujamos gráficos, marcamos mapas, entrevistamos a los jefes de las unidades con los que deberíamos colaborar y discutimos mucho, muchísimo. Fue un trabajo lento, arduo, plagado de tropiezos e improvisaciones. Pero progresamos a pesar de todo. Al segundo día nos hicimos cargo de la dirección y coordinación del Puente Aéreo; al tercero, así como así, los oficiales de menor jerarquía y, entre comillas, inexpertos jefes del Teatro de Operaciones Sur, sin cortar ninguna cinta ni romper

botella de champagne, inauguramos el Centro de Información y Control Malvinas y, con ese acto inocuo, nos convertimos en el organismo responsable de dirigir y coordinar la actividad aérea sobre una superficie de ciento veinte mil kilómetros cuadrados del Atlántico Sur. Al cuarto día, me di el lujo de tomarme un par de horas libres y actualizar mi agenda personal.

Los días pasaron, se hicieron semanas. Nos transformamos en veteranos, integrados sin diferencias con los llegados en la primera hora. Sin darnos cuenta, comenzó la penúltima semana de abril.

— Buena vida dura poco y el que la pierde es un loco — bromé Jorge Molina, entrando ruidosamente en el CIC.

Yo me encontraba en el mundo aventurero de los mutantes y de Nippur de Lagash, cautivado por las historietas de unas revistas D'Artagnan. Esa mañana las habíamos recibido desde el continente. Eran las siete de la tarde y, hasta las veintidós, cubría el puesto de Jefe de Turno del CIC.

— Jorge, qué hacés por estos lados? — pregunté, levantándome del exclusivo y privilegiado sofá del CIC.

— Vengo de hacer un reconocimiento con Mendiberri — dijo, y sentándose a mi lado, alabó nuestro local —. Bien instalados... ¿Eh?

— Listo. Todo listo. Que se vengan cuando quieran — contesté, orgulloso del trabajo de los últimos diez días.

La sala no guardaba el menor recuerdo del hogar kelper.

— ¡Che, Sebas! Vos dale con eso de la guerra. ¿No te enteraste que Costa Méndez anda hablando con medio mundo? Regan es como chanco con el tano. El presidente peruano va a mediar. Hasta dicen que el Papa quiere venir a la Argentina a sacarnos las castañas del fuego. Sucede que, acá, todo el día encerrado, no te enterás de nada. En cambio, yo, con mis tareas de Inteligencia estoy al corriente de todo. Recibo los aviones del Puente Aéreo, hablo con los tripulantes. Siempre nuevas noticias. Sebas, los comentarios me dan la razón: no va a pasar nada. Na-da, ¿me entendés?

— Mirá, Jorge, ojalá no te equivoques. Para mí es todo lo contrario — dije en voz más baja al darme cuenta de que los cinco suboficiales operadores que me acompañaban en el turno habían vuelto la cabeza.

— ¿Cacho Ayala por dónde anda? — preguntó Jorge, cambiando de tema.



— Viajó con el mayor Pergolini hasta Goose Green. Allá van a pasar la noche.

Pergolini y Ayala habían volado esa mañana a la Base Cóndor de Pradera del Ganso. El vicecomodoro Alegría les había encomendado coordinar el empleo compartido de una Red de Observadores Aéreos.

— ¿No me digás que van a desplegar una ROA<sup>3</sup>? — quiso saber Jorge con cara de sorpresa, al tiempo que mencionaba otra sigla que, durante la guerra, daría mucha lana para cardar.

Era verdad. A pesar de las dificultades que presentíamos, no habíamos hallado otra salida que solicitar el despliegue de observadores del aire para que nos alertaran sobre la aproximación de aviones en vuelo bajo. Los estudios de la cobertura de los radares indicaban que, a causa de las serranías, la detección tendría grandes baches.

— ¿De dónde van a sacar gente para ese laburo? — preguntó Jorge.

— Ya está arreglado. Pasamos el requerimiento al Comando de la FAS<sup>4</sup> en Comodoro Rivadavia y creo que han convocado a una gran cantidad de radioaficionados. Mañana me voy a enterar. Salgo bien temprano en un F-28. Debo asistir a una junta de coordinación. Van a reunir a los representantes de todas las unidades de combate y centros de control.

— ¿Te vas a Comodoro?, me imagino que vas a volver. ¿Eh, Sebas?

— ¡Jorge!, vos sabés mejor que ninguno que soy de los que tiene menos ataduras para estar acá. No tengo una Silvina ni chicos que me esperen como a vos... nadie, ¿me entendés?

— ¿Por qué ponés esa cara de ultratumba, entonces?

— Es que, con seguridad, me voy a encontrar con él — aclaré, bajando la voz.

Jorge Molina me observó apenado, pues era uno de mis pocos compañeros que conocía mi desventura. Con él había estado aquella noche en Network, cuando Analía adujo una jaqueca y, por lo bajo, me imploró que la sacara de ese lugar para enamorados. Jorge era el único testigo de las heridas abiertas en mi corazón, el único que conocía la traición de Mauro y Analía, como le expliqué al día

<sup>3</sup> Red de Observadores del Aire

<sup>4</sup> Fuerza Aérea Sur

siguiente, cuando me encontró en la Base y me preguntó por el dolor de cabeza de mi novia. Recordaba que él, después de unas averiguaciones que hizo por su cuenta, se había transformado en una suerte de mediador entre mi pena y los causantes de mi despecho.

— ¡Ay, Sebastián! No te sacás más ese veneno de la cabeza — dijo en tono bajo. Apoyando su mano en mi brazo, continuó —: Te he repetido mil veces; a vos nadie te mintió ni te puso los cuernos. Ellos se arreglaron, solo después de tu pelea con Analía; después que vos, con todos tus pulmones, le enrostraste que era una puta. ¿Qué esperabas? Hasta ese momento, a pesar de que ellos habían sintonizado la primera vez que se vieron, los dos fueron completamente leales con vos.

Durante un rato más, el pesado de Jorge insistió con sus gastados argumentos. Razonamientos que yo, una y otra vez, rebatía. Sistemáticamente me negaba a aceptar cualquier explicación que contradijera mis conclusiones. Por más que me pudriesen el alma, no habría evidencia en el universo que me convenciera de lo contrario, de que, mientras yo visitaba a mi madre en Mariano Acosta, mi novia Analía y mi mejor amigo Mauro bailaban trenzados en los salones del Club Social mercedino, y vaya a saber si no, en otros lugares más reservados. Jorge persistía en su propósito de convencerme de que Analía me había sido fiel, y Mauro, respetado mi amistad. Pero yo sabía que no, que el grandísimo traidor se había dado el lujo de escribir a su madre contándole que permanecería en Villa Mercedes con su novia. ¡Mi novia!, ¡mal parido!, ¡hijo de una gran puta!, tuve ganas de gritar, mientras Jorge continuaba con sus disquisiciones y procuraba consolarme, sin darse cuenta de que me empujaba a un pozo depresivo; en esta ocasión, desencadenado por el probable encuentro con Mauro en Comodoro Rivadavia.

— ¿Y por qué creés que mañana lo vas a ver?

— Mas que seguro. Acordate que está de oficial de operaciones en el Escuadrón de los A-4 B.

— ¡Pero, Sebastián! No podés pasar la vida evitando verte con ese tipo que era casi un hermano para vos. Además, estamos próximos a entrar en guerra y, aunque no pase nada, no sé si no es el momento de superar ese trauma de una buena vez, olvidarte del rencor. Tené en cuenta que el comienzo de cualquier cura psicológica es aceptar lo irremediable y, si es necesario, perdonar.

— ¿A quién quiere perdonar este mayor? — preguntó Beldecio, acercándose por un costado del sillón.

La voz de barítono del teniente coronel sonaba como trueno, pues hablaba en forma precipitada y pronunciaba varias palabras al mismo tiempo. Además, como buen artillero, era algo sordo, de ahí que más bien gritaba. Excelente camarada, amigo de Cacho Ayala y de muchos oficiales de la Fuerza Aérea, por haber compartido riesgos en la Zona de Operaciones de Tucumán, se desempeñaba como jefe del Centro Coordinador de los Apoyos de Fuego en la pieza de al lado. Su apellido italiano me producía una extraña reminiscencia, muy difícil de precisar a esa altura, pero que estaba seguro de haberlo escuchado mencionar a otra persona.

— Al enemigo, ni perdón — se burló Jorge, remedando la voz gruesa del artillero, y aliviado porque estaría seguro de que sólo había escuchado el final de nuestra conversación.

— Eso, ni perdón. Van a saber lo que es bueno, estos gringos, cuando se acerquen. Los vamos a correr con el olor a patas y a bolas de los milicos. Ya va a ver, mayor. Desde acá transmitiremos la orden: al tres sacarse los borceguíes y estos maricones se desmayarán todos.

— ¡Guarda! No son tan así los ingleses. Son tipos bravos — apunté, insistiendo con mi concepto sobre el enemigo.

— ¡Pero, no, mayor! Estos, son todos medio jipis, aputarrados, drogadictos.

— No estoy para nada de acuerdo — rebaté—. La semana pasada sin ir más lejos vino a visitarme Paul Bryan. Quería ver sus pollos. Por suerte no faltaba ninguno.

Con gran economía de palabras conté el último encuentro con el kelper desalojado de Stanley House.

Mi relación con este personaje, día a día, era más fluida. En cada nueva entrevista, me cautivaban más su simpleza, la cara roja, casi marrón, curtida por los aires marinos y por los vientos helados de las Georgias, Orcadas y Malvinas; y su nariz colorada, con los poros dilatados por las borracheras de los viernes. La base del cuello conservaba la piel blancuzca de las nieblas de Londres o quizás Southampton. Hacía veinte años que rondaba por las islas del Atlántico Sur. Observador meteorológico era su ocupación. Aquella mañana había venido con Julie.

Alrededor de las once, mientras bajaba la escalinata de salida, los había descubierto parados en la explanada donde terminaba el corredor de arbustos. Otros militares argentinos pasaban por

sus costados y los estudiaban sin disimulo. Ellos parecían amedrentados, muy juntos, como chicos tímidos. Al reconocerme, la cara de Paul se iluminó. Me presentó a su mujer, una inglesa baja, ancha pero agradable, de ojos celeste profundo y movedizos. Debajo del abrigo se le adivinaba un cuerpo robusto, bien formado. Antes que le preguntara, Paul me explicó que venía a traer alimentos para las gallinas.

— Come in, come in — los invité y dirigí la mirada a Julie.

Ella sonrió al encontrarse con mis ojos. Divertida, con evidente curiosidad no cesaba de mirarme y me pareció que se sonrojaba cuando, sin romper el contacto visual, me presenté con un formal:

— Nice to meet you.

Después de aclararme la garganta, me concentré en Paul, y a ella sólo la observé de reojo, y no por mucho tiempo, pues me turbaba la insistencia del análisis que me dedicaba. Ni que fuese un extraterrestre, durante los minutos que demoró su marido en darle de comer a las gallinas, sin pronunciar una palabra, ella me estudió enseñándome la misma abertura entre los dientes separados. Los acompañé, del otro lado del tapial idiomático y soportando el escrutinio de Julie.

Se iban ya, caminábamos debajo de los únicos árboles de la quinta, por un lugar que nadie nos veía cuando, de repente, Paul me agarró de un brazo. La brusquedad de su movimiento me tomó desprevenido. Frené en seco y sólo atiné a cachetear la pistolera. Con el manoteo concluyó mi defensa puesto que él, asustado, arrepentido por el exabrupto ya me había soltado diciendo «excuse me» varias veces. En tanto que sentía que la sangre volvía a irrigarme la cara, advertí que él, bajaba la mirada y, con una actitud apenada, me preguntaba en voz baja:

— Why this?

¿Por qué esto?, fue su textual expresión. Sin esperar mi respuesta, que todavía meditaba, con un torrente que le venía desde muy dentro continuó diciéndome que no teníamos ni idea del lío en que nos habíamos metido, que habría demasiados muertos, demasiada sangre. «Too much blood». Los argentinos ignorábamos lo que era una batalla moderna y una verdadera flota de guerra. Ni siquiera imaginábamos con qué nos enfrentaríamos. Él había servido diez años en la Royal Navy, y yo tendría que haber visto a cien buques de guerra frente a las costas de Egipto, con aviones, helicópteros y ochenta mil hombres a bordo. Ya veríamos, cuando la flota llegase:

— Remember — dijo — . In fifteen days, you will be dead or prisoner.

Muertos o prisioneros dentro de quince días. Las palabras me retumbaban, mientras sentía que un frío molesto se paseaba por la nuca. Ensayé pronunciar un discurso acerca de nuestros derechos sobre las islas. Pero no me salía nada. Menos todavía, en inglés. Cada tanto repetía «because, this is our land», y golpeaba el piso con un pie. Pero, más que mis limitaciones lingüísticas, me cohibían la determinación y la emoción que Paul le había impreso a cada una de sus frases.

— Así que, Jorge y usted, mi teniente coronel, sepan que mi visión es diferente — dije al terminar el relato — . Los ingleses van a venir y nos van a cagar a patadas.

— ¡Mayor! No se deje engrupir. Es acción psicológica. No tenga la menor duda de que en estos momentos ya han desembarcado comandos en las islas, nos están espiando, quieren asustarnos para que nos rajemos sin pelear — dijo el teniente coronel moviendo la cabeza con sabiduría — . No hay que dejarse bajonear y, mañana mismo, pediré que investiguen a ese tal Paul.

— ¡Jefe, ni se le ocurra! Es un kelper, sólo un pobre tipo — pedí, arrepentido por haber abierto la boca.

— Estoy de acuerdo con el mayor Iriarte — dijo el mayor Kajihara que conocía a Paul y había entrado al final de mi historia.

Jorge Molina se solidarizó tensando el cuello y frunciendo los labios hacia un costado. Se produjo un silencio molesto. Hasta los suboficiales habían callado y nos miraban. Beldeccio, de pie a un costado del sofá, había hundido cuatro dedos de ambas manos en el ancho cinturón de artillería, a los costados de la hebilla de bronce. Con los pulgares tamborileaba su vientre hinchado debajo de la garibaldina.

— ¡Hmmm! — gruñó. El inmenso mostacho se le arqueaba y, mientras fruncía la boca, subía y bajaba la cabeza.

— Radial dos ocho cero, veinticinco millas — dijo de pronto el cabo primero Funes, apretándose el auricular contra la oreja. Mirándome, agregó — : Un eco no identificado, señor.

— ¿Altura y velocidad? — pregunté, caminando hacia él.

— Están tratando de medirla.

— Debe ser joda, ¡otra vez! — exclamó Beldeccio, con los rasgos relajados igual que nosotros, seguramente agradecido porque la

advertencia que nos llegaba desde el radar interrumpía una discusión estéril.

Casi desde el mismo momento en que había entrado en funcionamiento el radar, periódicamente, captaba ecos extraños, ecos que, según el mayor Silva, tenían todas las características de ser producto de la reflexión de las ondas electromagnéticas sobre helicópteros o aviones en vuelo lento. La velocidad nunca era superior a los ochenta o noventa kilómetros por hora; la altura, por debajo de los seiscientos metros. En especial cuando la niebla se cerraba, aparecían al oeste de la ciudad, en dirección a las serranías centrales de la isla Soledad. Fue éste, un motivo más por el cual habíamos insistido al vicecomodoro Alegría que gestionara con urgencia la instalación de una red de observadores del aire.

— ¿Posición? — pregunté luego de varios minutos, sin quitar la vista del triángulo de cartulina amarilla que Funes, el ploteador de la Mesa de Información, desplazaba lentamente sobre el mapa.

— Radial dos ocho cero, quince millas, sesenta nudos de velocidad. Altura, seiscientos.

— Avise a la artillería — ordené, dirigiéndome a un sargento del Ejército que era el enlace con los artilleros.

Minutos más tarde, todo el mundo estaba alertado. En ese instante, el cabo primero Funes exclamó:

— ¡Desapareció de la pantalla, igual que las veces anteriores!

— Espero que sean fenómenos naturales. Qué sé yo. Cualquier cosa, menos engaños electrónicos de los ingleses — comenté mirando a Jorge — . Si es cosa de ellos y entramos en guerra, nos van a volver locos.

— ¡Vamos, mayor! No los sobrestime. Acuérdesse, a éstos los corremos con el olor a pata y a bola de los milicos — dijo, soltó una risotada, y comenzó a pasearse haciéndose el amanerado — . ¡Ay, qué bruscos, salgan de aquí, pucha caramba! van a decir quebrando la muñeca. Y se volverán. Va a ver, mayor, se volverán como vinieron, moviendo las colitas, gritando «jer mayesty, jer mayesty, jier ai am, jier ai am» y, mientras chasquean los dedos, cantarán un rock y fumarán un buen porro de hierba turca en sus barquitos rosados.

Luego del desencuentro provocado cuando manifestó su intención de pedir que investigasen a Paul Bryan, el teniente coronel Beldeccio había recuperado su prestancia de cañonero de pura cepa.

## 6

A casi veinte días de partir, había regresado al continente. La sala de reuniones de la brigada de Comodoro Rivadavia estaba colmada. Saludos y comentarios, en diferentes niveles, recorrían el auditorio con el sonido de un mar de fondo. La mayoría de los presentes eran pilotos jóvenes, risueños, que no se cansaban de prodigarse bromas y chanzas, aunque por ahí se viera algún semblante grave. Los buzos de vuelo color oliva, las camperas brillantes, todos vestían igual; solo se diferenciaban por los escudos cosidos en las mangas y los colores de los pañuelos: verdes, los Mirage-III; amarillos, los A-4B; en damero azul y rojo, los Mirage-5; azul oscuro, los Pucará. También se veían los uniformes verde-oliva de los artilleros, los celestes de los radaristas; y uno que otro aburguesado oficial de estado mayor que, desentonando con su chaqueta azul, camisa y corbata, me permitían suponer que aún no había conseguido equipo de combate o, sencillamente, que deseaba volver cuánto antes a Buenos Aires.

De improviso, se abrió la puerta. Las murmuraciones se congelaron. En un santiamén reinó un silencio tan cerrado que se podía palpar con las manos.

—De pie, señores —ordenó el comodoro Correa Cuenca que se había adelantado a los jefes que lo seguían—. Al Comandante de la Fuerza Aérea Sur: ¡Atención!

Parados, pegamos las manos al costado de los muslos y, expectantes, miramos la aparición del brigadier Crespo. Mientras lo veía subir al estrado, mi intelecto no terminaba de abarcar el poder inmenso que las circunstancias le otorgaban a ese hombre. Increíble, pero sus decisiones, sus palabras, hasta el menor de sus gestos pasaban a ser vitales. Pulgar abajo, pulgar arriba; la mano señalando adelante, la mano indicando atrás. Todos sentíamos que, en ese supremo instante, él era el único que podía decidir si esos hombres que me acompañaban volaban o se quedaban en tierra.

—Señores, la Fuerza Aérea va a pelear —dijo a modo de introducción, descargando un puñetazo sobre la mesa.

Apoyado sobre un antebrazo, se quedó mirándonos con los labios apretados, desafiante, barriendo el auditorio con sus ojos oscuros. Era tanta la energía y convicción que nos había comunicado que no se oía un suspiro. De repente tuve la impresión de que ese brigadier petisito se agigantaba, que al golpear la madera había querido transmitirnos el coraje de sus antepasados gallegos, mostrarnos un camino, despejar las dudas.

Superada la sorpresa, un murmullo sordo recorrió la sala. Muchos asintieron con la cabeza, otros crisparon los dedos en los apoyabrazos, pero la mayoría de los pilotos permanecieron callados, apretando con fuerza las mandíbulas. Sólo en ese momento, de reojo, miré a Mauro, sentado dos filas atrás. La frente amplia, los ojos azules, el mentón apoyado sobre el puño cerrado; pensativo, miraba hacia adelante. Su figura creció, cambió de color igual que mis sentimientos. Lo recordé chico, levantando nubes de polvo en el patio de la escuela, recorriendo los hangares de la mano de su padre y, ya muchacho, jugando a la pelota. Volví a sentir su mano estrujando la mía mientras cerrábamos un pacto de amistad con la brasa de los cigarrillos. Luego, lo encontré haciendo changas en el aeroclub y su cara desfigurada por la desilusión de no ingresar a la Escuela de Aviación. En seguida, caminaba sereno a mi lado, el día del vuelo solo en A-4B. Vi a Mauro, vi a Ana-lía. Los labios de ellos, subrepticamente, se rozaron en mis espaldas y mi visión se enturbió. Después, lo imaginé volando en un avión de caza, la cara desfigurada por la presión de la máscara. Entonces, distinguí una jauría de barcos inmensos con las fauces abiertas como tiburones y, a miles de Paul Bryan que disparaban misiles, cañones, y a Mauro en un monoplaza, sudando, gritando. No sé durante cuánto tiempo desvarié contemplando esas escenas, quizá una hora o fracciones de segundo. Acaso, no las vi. Pero, sin lugar a dudas, Mauro se sintió observado pues, girando la cabeza, me miró francamente a los ojos.

Soy un fervoroso creyente de la relatividad del tiempo y de la transitoriedad de la vida. También creo en los signos y en el destino de los hombres, aunque a veces pienso que todo ocurre por obra exclusiva del azar. Mientras el comandante continuaba exponiendo la orientación, sostuve la mirada recta de Mauro y, al sostenerla, me sentí más confundido que nunca. Un presentimien-



to, una visión me impulsaba a atravesar el umbral de la nueva existencia que la vida me había propuesto al aterrizar en Malvinas. La perspectiva que se me ofrecía desde ese portal, me llegaba vívida, reforzada por numerosas escenas dolorosas que, en vano, intentaba rechazar. Atrás de mí, en la vida anterior, quedaban mi amor por Analía, mis rencores, ilusiones y frustraciones. Adelante, tenía la sensación de que podría hallar la sabiduría, la comprensión de los sentimientos: los de mi padre, mi madre, mis amigos, los kelpers, los ingleses; incluso, sentí que podía perdonar a Mauro. Y me embargó una tristeza indefinible. Sufrí por Mauro, por los que me rodeaban y por mí mismo. Con lágrimas en los ojos, me negué a aceptar una presencia siniestra, ese espectro sombrío que, con su fúnebre esplendor, extendía las alas de hielo y planeaba como una gaviota fantasma sobre nuestras cabezas. Con un incómodo nudo que me impedía tragar saliva, me desprendí de la mirada de Mauro y me concentré en la arenga del brigadier.

— Señores, si alguno de ustedes alguna vez tuvo la peregrina idea de creer que el juramento de defender la bandera hasta perder la vida era un lugar común, un juramento sin sentido, sepa que se ha equivocado y tiene ahora la oportunidad de pedir la baja e irse ya de esta sala. Los que permanezcan deben tener la plena convicción de que, a partir de ahora, con el máximo rigor de las leyes y reglamentos militares, les será exigido el fiel cumplimiento de su promesa. ¿Alguien se quiere ir? — consultó, haciendo gala de unas insospechadas dotes histriónicas. Pasados unos segundos de silencio sepulcral, agregó — : Bien, señores, no esperaba otra cosa de ustedes. A continuación el comodoro Rodríguez expondrá el concepto de la operación para enfrentar la presente contingencia.

Habló Rodríguez. Como le sucedía cuando estaba tensionado, repetía una y otra vez los mismos conceptos para estar seguro de que los comprendiesen. Se refirió a las cinco Bases que, desde Río Grande hasta Trelew, se habían organizado; a los aviones disponibles, a las probables combinaciones de ataques a realizar. Hablaron todos. Los de Personal dieron el toque de humor negro acostumbrado de las Escuelas de Guerra al recomendar que se llevaran las chapas de identificación para ayudar a reconocer los cadáveres. Los de Inteligencia metieron frío en el cuerpo, describiendo los aviones y misiles británicos, los Harrier, los Sea Ha-

rrier, los Sea Cat, Sea Dart, Sea Wolf, los Sea de las pelotas y los Comandos y los Gurkas (y si nos rendimos ya, habría sugerido Jorge Molina de hallarse presente).

La conferencia se extendió hasta bien entrada la tarde. Una vez terminada, llegó el momento de confraternizar, de las bromas propias de los embarcados en la misma empresa. Caminaba hacia la entrada del salón junto al vicecomodoro Alegría, preguntándole si había tenido alguna noticia de los voluntarios de la ROA, cuando me tomaron el brazo desde atrás.

— Parte para el mayor Iriarte — escuché que, en medio de un carraspeo, me decía Mauro, la cara enrojecida.

— Ya lo alcanzo, señor — dije a Alegría. Y me volví.

— Era para saludarlo, nada más — murmuró Mauro, que conservaba la cara todavía ardiendo y la misma media sonrisa de chico travieso.

Yo estaba tenso. Tanto había temido ese momento que no atinaba a reaccionar. A mí, que iba a enrostrarle su engaño, a gritarle traidor, a recordarle la mala fama de la madre que lo parió, me faltaba el aire, como si poco a poco me fuera alejando, como si hubiera salido del propio cuerpo y mirara a un Sebastián que no era yo. Me encontré parado, rígido, igual que aquel niño, pegado contra una columna del colegio, frente al más odiado de los enemigos.

— Quería decirle que lamento mucho lo que pasó — seguía Mauro sin tutearme, avergonzado, pero sin una señal de arrepentimiento.

Cada vez, yo estaba más lejos sintiendo un frío repentino en los pies.

— Han pasado tantos años, que hace un momento me pareció volver a enfrentar los ojos del Sebastián amigo que conocí de chico — continuaba Mauro, y su voz parecía venir desde otra parte.

Hice un gran esfuerzo y, casi sin poder respirar, le dije:

— Está bien, capitán, ya me saludó. Puede retirar...

La última sílaba se perdió en el vacío. Y caí lenta, insensiblemente. Una realidad que se decoloraba, que se volvía gris. Los sonidos como en sordina se apagaron. Por un instante percibí la oscuridad envolviéndome. Después, nada: el tiempo que se contraía, la vida detenida.

— ¡Iriarte! ¡Iriarte! ¿Qué pasó? — Reconocí la voz de Alegría que me preguntaba, mientras insistía dándome cachetadas.

Estaba sentado, la espalda apoyada contra el marco de la puerta. Me rodeaban el vicecomodoro y otros oficiales.

— Debe estar en ayunas. Mirá la hora — decían detrás de mí.

— Sí, han salido de Malvinas tan temprano... — añadió otro.

— ¡Permiso! ¡Permiso! — pidió un médico de cara alargada que venía acompañado por Mauro.

— Basta, jefe. ¡Basta! Estoy despierto — dije a Alegría, agarrándole la mano —. No me pegue más. Estoy bien.

— Acompañeme a Sanidad, señor — dijo el médico.

— No, no es necesario. Le repito, no ha sido nada. Seguramente, tantas horas de encierro, la calefacción, una lipotimia.

— Aunque más no sea, le tomamos la presión.

— Seguro que no, doctor. Soy de presión baja, pero normal. Además, acabo de aprobar el psicofísico y estoy apto para el vuelo. Así que ya está. Demos por olvidado el asunto y no se le vaya a ocurrir dar la novedad.

— ¿Seguro que estás bien? — intervino Alegría —. En todo caso, te podés quedar hasta mañana y, regresar a Malvinas en el primer vuelo.

— Para nada, señor — insistí con firmeza, avanzando hacia la salida.

Por suerte había caído en el interior de la sala de conferencias, cuando la mayoría se alejaba a toda prisa por el corredor para conseguir lugar para el almuerzo. Excepto Mauro, Alegría y dos o tres oficiales, nadie había presenciado el desmayo.

Mauro ya no estaba. Sin dirigirme la más ínfima de las miradas, luego de haber acompañado al médico, se había marchado. Iluminado por la luz que entraba a raudales por los ventanales, alcancé a ver su espalda un instante antes de que doblara por el pasillo. Igual que hacía años mi padre, en ese momento, supe que Mauro, al menos el Mauro que hasta entonces había conocido, salía definitivamente de mi vida.

Dos horas más tarde, después de haberme recuperado con un tazón de café con leche bien azucarado, tostadas y mermelada, detrás de la pared vidriada del amplio hall de la aeroestación, junto con el vicecomodoro Alegría, esperaba que terminaran de cargar el Hercules que nos llevaría de regreso a Malvinas. En frente de la puerta que daba a la calle se detuvo un ómnibus.

— ¿Y ésos? — preguntó Alegría.

Sonrisas anchas, hombros echados atrás para sacarse el viaje de encima; pulóveres de colores, camperas anaranjadas, gorros Bariloche, guantes de esquiadores.

— Debe ser un contingente de turistas — arriesgué.

Reunidos del otro lado de la puerta de vidrio. No oíamos sus voces, pero veíamos que todos los turistas eran hombres. En gran jarana, hablaban en voz alta, se reían a las carcajadas; algunos continuaban desperezándose; otros, entusiasmados como escolares de fin de curso, señalaban el Hercules.

— No, espere un poquito, mire lo que están bajando — señaló Alegría —. Además, a ese tipo lo conozco.

Habían abierto los valijeros de los costados del vehículo y sacaban mochilas, cajas metálicas, largas varillas que, obviamente, no eran para pescar. Entre el grupo de civiles, dos personajes similares, pero vestidos con el uniforme verde oliva de combate, se destacaban y parecían querer ordenar a los restantes.

— Pero, ¡claro! Es el suboficial Ocampo del aeropuerto Córdoba.

— Los radioaficionados de la ROA — dije completando su pensamiento.

Nos acercamos para abrirles la puerta y recibirlos. Con el viento frío que venía del cerro Chenque, el desvaído hall del aeropuerto principal de nuestra Patagonia se inundó con los colores y la música de las sierras cordobesas.

— En vez de radio, éste se trae un kilo e' papa.

— Y éste gringo parece que se v' al polo.

— Y el patón se trae una carpa especial pa' los quesos.

Seguían las bromas y las cargadas.

— Bueno, callensé de una vez — dijo Ocampo, quien ya había saludado a Alegría —. Formensé en semicírculo que los señores van a ser nuestros jefes. Los dos vinieron esta mañana y viajan con nosotros a Malvinas.

La palabra Malvinas, pronunciada con gravedad por el suboficial mayor Ocampo, causó el efecto catalítico habitual. El cambio de humor que provocaba una incierta flota británica que estaba dejando de ser una amenaza virtual. Las risas se endurecieron, las miradas, como atraídas por un imán, convergieron simultáneamente sobre nosotros y, de reojo, sobre el C-130.

## 7

Promediaba la última semana de abril. Sentado enfrente de tres acuarelas colgadas en la pared del comedor, tenía la sensación de que la partida de cazadores con chaquetas coloradas que cabalgaban en silencio acechaba hasta el último de mis gestos. Con desconfianza, miraba hacia todos lados y espiaba las imágenes de los cuadros. En un extremo de la mesa alargada, junto a dos camaradas, aguardaba que se enfriara la taza de mate cocido. En lugar de guerreros próximos a desayunar, parecíamos enfermos tomando inhalaciones.

El saludo del brigadier Castellano, que apareció restregándose las manos con su acostumbrado entusiasmo, rompió el encanto:

— ¡Buen día, señores!

— ¡Buen día, señor! — respondimos, al mismo tiempo.

Por un instante me pregunté si habríamos respondido por compromiso y obsecuentes o, tal vez, porque realmente habíamos comenzado a apreciar a aquel cordobés más bien bajón, medio calvo y mirada franca. El brigadier Luis Castellano, excelente piloto e instructor de vuelo, había hecho gran parte de su carrera en la Escuela de Aviación y, quizá por ese motivo, desarrollado una sensibilidad muy especial por sus subordinados. Yo había captado una muestra la tarde que regresé de la reunión en Comodoro Rivadavia. A pesar del tono mandón que utilizaba para hablarlos, cuando se enteró de mi desmayo, me llamó a un aparte. Con una aflicción que advertí por completo sincera, me interrogó sobre mi salud y me ofreció que, ante cualquier duda, me haría reemplazar.

Al referirse a los soldados, el brigadier demostraba mayor preocupación todavía. No se le borraban los «pobres pibes» de la boca. Él, como la mayoría de nosotros, con seguridad habría percibido el desbarranque que nos aguardaba y su gran desvelo sería no arrastrar a los colimbas en la caída; evitarles muertes y sufrimientos inútiles. Vivía peleándose con el Comando de Comodoro Ri-

vadavia, reclamando más comida, más abrigos. Digno exponente del oficial de institutos, Castellano era la pulcritud personificada. Ni aún en los peores momentos del comienzo, cuando habíamos vivido amontonados en la torre de vuelo, dejó un solo día de afeitarse ni de cepillarse los borceguíes. Además, siempre de buen humor, pese a los insultos, cada vez más prolongados, que le escuchábamos proferir con su acento del valle tras las sierras, cuando iba o venía de las juntas de coordinación convocadas por el gobernador militar. Sus maldiciones, y los re, re, re que en todos los tonos agregaba a sus epítetos, llegaron a ser históricas.

— ¿Cuál de los alumntos estuvo de turno anoche? — preguntó, desviando la boca con un gesto severo.

— Ordene, señor — contestó Jorge, mientras con la punta de los dedos se limpiaba unas gotas de mate cocido.

— ¿Alguna novedad de las Georgias?

— ¿Qué yo sepa...? No, señor.

— Y usted, ¿tiene alguna noticia, señor brigadier? — quiso saber el vicecomodoro Alegría.

— Nada, todo sigue igual — dijo Castellano, sin explicar igual a qué seguía todo. En medio de nuestro desconcierto, mirando fijamente a Alegría, preguntó —: Y usted, ¿qué actividades tiene previstas para hoy?

— Hum, bueno, a ver... — comenzó nuestro jefe, sonriendo para dejar que se le acelerasen los giróscopos —: A la mañana, pienso reunirme con los artilleros antiaéreos. Ayer, terminó de llegar el GADA-601. Vinieron completos, ¿eh? Tienen un radar espectacular. Ya hablé con el jefe del grupo. En seguida dispuso que su radar de vigilancia trabajara con el CIC. Trajeron unos cañones Oerlikon, que son una barbaridad, iguales a los nuestros, pero con un director de tiro mucho más moderno, el Skyguard, me parece. Es una locura. A todo lo que vuela cerca, chau, en el noventa y nueve por ciento de las veces lo baja.

— ¿A los nuestros, también? — Castellano levantó, desmesuradamente, las cejas con la duda.

Cacho Ayala, Kajihara y yo, que no habíamos abierto la boca hasta ese momento, nos atragantamos al mismo tiempo. La pregunta nos había revuelto el estómago con el recuerdo de las preferencias mutuas que debíamos evitar y que, tantas veces, nos habían tratado de inculcar en las clases de defensa aérea en la Escuela de Guerra.

– Bueno, se supone que no. Nuestros asesores del Comando de Defensa y estos dos alumnos de la Escuela han previsto las medidas para que no ocurran semejantes cosas. Dentro de un rato, casualmente, vamos a ir con Pergolini y Kajihara a hablar con los artilleros – informó Alegría.

– ¿Y qué han pergeñado los eruditos oficiales de Estado Mayor? – El brigadier clavó sus ojos en Ayala y en mí, con un suave movimiento lateral de cabeza.

– Lo más efectivo: que no vuelen – dijo Cacho, imperturbable.

– ¡Cómo qué no vuelen...! – Seguramente pensando que le tomaban el pelo, Castellano retrotrajo el mentón.

– Bueno, que no sobrevuelen los lugares donde tenemos armas antiaéreas – se apuró en corregir Cacho, y siguió –: debemos declarar zonas de vuelo prohibidas a todos los lugares defendidos por nuestra artillería.

– Es cierto, señor – reafirmó Pergolini –. No hay más remedio. Hay que acordarse que todos los pilotos, los nuestros y los enemigos, van a volar rasante y a pleno motor. A esa velocidad, los de tierra, que no han visto un avión en su vida, qué van a reconocer, ni tiempo para pensar van a tener. En la oscuridad todos los gatos son pardos y ante la duda es preferible que tiren.

– No me convence, ¡che! – con el ceño fruncido, insistió Castellano –. Sigán investigando, tenemos que encontrar algo más práctico, si no, nos vamos a coser a tiros entre nosotros. Y... ¿Qué hay de la ROA?

– Hoy terminamos el despliegue, señor brigadier – dijo Kajihara.

– Instalaremos el Puesto Nueve, y listo – informé como responsable directo de los observadores.

– Y hasta ahora, ¿han escuchado o visto algo? – preguntó el brigadier, dirigiéndose a Jorge Molina.

– Señor brigadier, es como si recién tuviéramos ojos y oídos – tomado de sorpresa, respondió el aludido abriendo los párpados a medio cerrar.

Jorge, por estar destinado como auxiliar de Inteligencia, no estaba muy al tanto de los problemas y, de a poco, se iba enterando pues formaría parte del grupo de oficiales jefes designado para cubrir el puesto de Jefe de Turno en el CIC. Justamente, asistía a ese desayuno de trabajo después de haber pasado la noche en vela.

Jorge se reanimó a medida que contaba las experiencias del debut nocturno de los vigías cordobeses. Según sus palabras había sido algo mágico, como si las piedras, los valles y los cerros, de pronto, hubieran cobrado vida. Al caer las sombras, los observadores de la red habían tomado contacto con un mundo desconocido hasta entonces. Desde ecos de voces lejanas, hasta luces de vehículos, ruido de motocicletas; incluso, los miembros del Puesto Seis, el más cercano a un establecimiento rural en el puerto de San Carlos, juraban haber oído volar una avioneta.

– ¿Y el radar? – preguntó Castellano, sorprendido.

– Nada, ni noticias. Una o dos veces aparecieron ecos falsos, pero nada más.

– No creo en las brujas, pero que las hay, las hay – sentenció Kajihara.

– Bueno, a trabajar – tras una pausa, con el semblante muy serio, ordenó Castellano, dando por terminado el desayuno.

A pesar de los entripados que sembraron las noticias recogidas en la noche precedente por la ROA, cumplimos la programación de vuelos y trasladamos los equipos de radio del último puesto de observación. Al mediodía, Cacho Ayala acompañó, a bordo de un helicóptero Bell 212, a dos radioaficionados y a un soldado del Escuadrón del capitán Rosendo Juncal. Los dejó armando la tienda en la punta de un cerro, en el centro mismo de la isla Soledad. A las tres de la tarde, alrededor de la Mesa de Información General del CIC, festejábamos con unos mates la finalización del despliegue.

– ¡Al fin! ¡Qué tres días! – exclamé sentado en frente de Cacho Ayala, luego de sorber un interminable trago de mate amargo.

– Bueno, no era para menos Sebas. Acordate de los ejercicios en que hemos participado. Siempre pasó lo mismo.

– Recuerdo el despliegue del setenta y nueve, yo estaba en Neuquén – intervino Jorge Molina que, tras dormir la mañana entera, también compartía la mateada –. Enviamos quince equipos de observadores civiles a la precordillera. Todos los días, un nuevo despiole. Eso sí, no pasó un solo avión sin que lo viéramos.

Finalizadas las tareas de investigación, el departamento de inteligencia del comodoro Mendiberri había instalado sus oficinas en la planta baja de Stanley House. Desde entonces, Jorge vivía de cerca las alternativas del CIC. Pero mi gran intriga de esa tarde no eran las actividades de mi compañero, sino cómo se desarrollarían los flamantes observadores. Por ese motivo pregunté:



—Cacho, y éstos últimos que dejaste, ¿qué te parecieron?

—Mirá, como radioaficionados no sé; ahora, de acampar, poco y nada.

—Son buenos, señor. Son buenos —con voz más alta y tono firme intervino el suboficial Ocampo, el encargado de los radioaficionados. En un rincón de la sala, Ocampo trabajaba sobre un equipo de radio. Alzando la cabeza y enfocando a Cacho Ayala con una mirada franca, agregó— : Los dos son pescadores de primera y viven saliendo al campo.

—Dios lo oiga porque se está formando una tormenta de los mil demonios —dijo Jorge con su vista dirigida hacia la ventana tapada por bolsas rellenas con arena.

—Puede que sean buenos pescadores, pero insisto, eso de armar carpas, ¡minga! —exclamó Cacho—. Primero se querían quedar justo en la punta del cerro. Decían que, desde allí, podrían ver mejor. Están locos, les dije y debí insistirles para que se pusieran al reparo, en la ladera que mira al Norte.

—¿Y el soldado que los acompañó, qué tal? —pregunté a Cacho, movido por un molesto presentimiento. Sin desearlo, había recordado las predicciones de mal agüero del capitán Juncal relacionadas con la extrema juventud de los conscriptos.

—¡Qué te puedo decir! —respondió Cacho Ayala—. Es un pibe callado. Creo haber escuchado que era de la provincia de Buenos Aires. Supongo que no va a tener ningún problema. Además, los radioaficionados son unos tipos macanudos.

La conversación fue girando alrededor del mismo tema, de las dificultades atmosféricas, de la controvertida decisión de enviar soldados para dar seguridad a los puestos y de las anécdotas del despliegue de los cordobeses.

La partida de cada equipo había constituido un espectáculo aparte. Por cada puesto, de los nueve instalados formando un anillo alrededor de Puerto Argentino, se había empleado uno o dos vuelos de helicóptero. Tal era la cantidad de equipos, víveres y abrigos que transportaban. Si alguien imagina un carromato gitano, tendrá una idea cercana de esas expediciones. ¿Qué le íbamos a decir? Los tendríamos que dejar, no menos de una semana, en una carpa, soportando un clima antártico en medio de la inmensa desolación de los cerros malvinenses. Desde el momento que los dejáramos dependerían exclusivamente de la vida limitada de las baterías y de la intangible ligazón de las ondas hertzianas.

A las cuatro y media, el agua ya estaba fría; los palitos de yerba, descoloridos; el mate, sin gusto. También nuestra charla que, gastado el asunto de la red de observadores, había orillado el desembarco de los comandos de la Infantería de Marina en las Georgias. Beldeccio, el teniente coronel cuyo apellido yo vinculaba con algún impreciso y desgarrado recuerdo, se asomó en ese momento. Desde la puerta preguntó:

—¿Alguna noticia de los Lagartos?

—No, las mismas que esta mañana —contestó Jorge—. Parece que siguen resistiendo.

Luego de sacudir pensativamente la cabeza, Beldeccio regresó a la suite, como le decíamos al Centro Coordinador de los Fuegos de Apoyo que dirigía el artillero. El silencio dejó oír el monótono e irregular bip bip, bup bup que emitía el codificador de los equipos de radio.

La sala en donde habíamos instalado el CIC se encontraba en una esquina de la planta alta de Stanley House. La habitación de un costado correspondía al puesto del teniente coronel artillero, la del otro, a la Central de Radio. Allí, los hombres del Grupo de Comunicaciones de Paraná, con el capitán Zanardi y el suboficial Barbé a la cabeza, eran los amos del recinto. Daba gusto tenerlos como vecinos. Con sus cables, antenas, diales y cajas metálicas, eran capaces de comunicarnos con el mundo. En el más remoto huequito de Malvinas, fuera dónde fuese, solo era cuestión de pedirles. Partían sin preguntar los peligros que debían afrontar; iban en lo que fuese y, en media hora, los bip bip, bup bup avisaban que estaban listos para establecer enlace radial.

Con la misma avidez que dependíamos del aire o del agua, vivíamos pendientes de ellos, de sus comunicaciones y de los bip bip, bup bup que despedían las cajas negras. Esos sonidos de plomo, irregulares, formaban parte de nuestra existencia en el CIC. Cortina musical de los ocios, diapason de las meditaciones, acelerador de miedos y fantasmas, el lenguaje rítmico de los radios sólo era acallado por el inacabable parloteo que surgía del equipo de muy alta frecuencia del suboficial Ocampo. Desde el rincón, el encargado de la ROA hablaba constantemente (en cordobés básico) con los radioaficionados.

—¡Águila, Halcón! —anunció una voz gangosa que, sobresaltándonos, surgía del equipo de la habitación vecina.

Águila éramos nosotros, el comando del Componente Aéreo de Malvinas; y Halcón, el comando de la Fuerza Aérea Sur de Comodoro Rivadavia.

— Pasemos a clave, Águila.

— Águila, recibido, cambio ya — respondió nuestro operador.

El tono y la repetición de los bips variaron bruscamente. Los bytes de las computadoras se mezclaron hasta el infinito y sus megas memorias se ocuparon de descifrarlos. Las voces comenzaron a entenderse con más retardo; nuestros corazones, a palpar con mayor velocidad.

— ¿Listo para copiar? — preguntó una voz metálica desde Comodoro Rivadavia.

— Listo.

— Orden Fragmentaria uno dos siete cinco, indicativo Libra, tres aviones MK-62, misión bombardeo fragata enemiga en Georgias, aeródromo de alternativa Malvinas.

Un frío nació en la base de las orejas, bajó y me recorrió la espalda.

— Molina, vaya a llamarlo al vicecomodoro Alegría — ordenó el mayor Pergolini, que acababa de tomar el papel con la orden escrita.

— Se va a largar nomás — reflexionó Cacho Ayala—. ¡Qué bolas estos bombarderos! ¡Quiénes irán?

No me animé a contestar. De una ojeada al mapa, calculé el abismo celeste que separaba Trelew, la base de operaciones de los bombarderos, de las islas Georgias: no menos de dos mil kilómetros sobre el agua y cinco horas de vuelo como mínimo.

— Van a llegar con el olor del combustible, si es que llegan.

Para que no pensarán que era pájaro de mal agüero me callé, dispuesto a seguir la primera misión aérea de guerra contra un país enemigo. Presentía que para mi generación de militares argentinos había llegado la hora de la verdad. Comparadas con la que se acercaba, la guerrilla, las revoluciones, las escaramuzas con los chilenos, habían sido pura cháchara; quizás, pesadillas para olvidar. Ésta iba a ser una guerra cabal, en el tradicional sentido de la palabra: con cañones, bombas, muertos, campos de batalla; y un enemigo inteligente, experimentado y poderoso. Pero, más allá del destino colectivo, yo continuaba presintiendo algo personal, algo indescifrable que me obligaba a sacudir constantemente la cabeza.

Cerca de la medianoche, decepcionados o aliviados, se retiraron a descansar los curiosos que se habían congregado en el CIC para seguir las alternativas de una misión que hubiera sido histórica. Pero no. El que podría haber sido nuestro primer puñetazo era ahora un fiasco o un esperanzado «todavía puede ser que zafemos». Los Canberra habían emprendido el regreso sin atacar. Aparentemente, un C-130 que los precedía como control aéreo en vuelo los alertó: los buques anclados en la rada de Gritvyken se movían y adoptaban posiciones defensivas.

Callados, digiriendo ese entrevero de sensaciones encontradas, únicamente nos quedamos los de turno, los que esa noche velaríamos las armas informativas del CIC: el cabo Garrido, un cordobés joven y rubio, en la Mesa de Información General; en la Mesa de Tránsito Aéreo hacía guardia el cabo principal Falletto, el irremplazable cheff de la *troupe* de la vieja casona Stanley House; un sargento del Ejército como enlace con la artillería; el capitán Santillán de la Brigada de Infantería; un capitán de la Aviación Naval, siempre somnoliento; yo, de jefe de turno; y Antonio Sodano que había reemplazado al suboficial Ocampo en el VHF<sup>5</sup> de la ROA.

Antonio era un personaje de antología. Descendía de los primeros friulanos llegados a la Argentina. Grandísimo, no menos de un metro noventa; cara roja, pelo ensortijado color ladrillo furioso; manos cuadradas, infundía temor verlas mover las delicadas perillas de la radio. Todo hablaba de su fuerza, de las horas bajo el sol acogedor de la Colonia Caroya, el terruño lejano. La Colonia, allende los cerros pelados, los mares, la Patagonia pedregosa. Más allá de las playas atlánticas, las pampas húmedas. Colonia Caroya, la de las sierras verdes, los aromos y chingolos, los gorriones y torcazas, los piquillines y uvitas del campo.

Emocionado, pensé en lo incongruente que resultaba esa guerra inútil que avanzaba imparable sobre esas perdidas islas del Atlántico Sur comparada con la espalda pacífica de aquel gringo inmenso y trabajador agachado sobre el VHF.

— Te recibo cento per cento — empleando un lenguaje super-técnico, dijo Antonio sobre el micrófono que sostenía a modo de cantor de tangos.

<sup>5</sup> Very High Frequency (es la banda del espectro electromagnético que ocupa el rango de frecuencias de 30 MHz a 300 MHz)

Un golpe violento en la ventana interrumpió, de pronto, mi nostalgia y el diálogo del operador de la ROA. Miré al cabo principal Faletto:

— ¿Qué fue eso?

— El viento — respondió Garrido.

— ¿Cuál es el último parte meteorológico?

— Torre, Águila — llamó Faletto a la Torre de Control de Vuelos del aeródromo, distante doce kilómetros.

— Prosiga Águila — contestó el operador de la Torre.

— Favor, informe del tiempo.

— Copie. Viento del sudeste, setenta kilómetros. Visibilidad, cien metros, reducida por lloviznas. Ocho octavos de stratus, treinta metros de techo. Nueve noventa y ocho, la presión. Temperatura tres grados, punto de rocío menos uno.

— Con razón se movía la ventana — razonó Garrido con un chuchito simulado.

No había dudas, la anunciada tormenta estaba encima. Me dirigí a Antonio:

— A ver, usted.

— Sí, maggiore — contestó el friulano, los ojos iluminados, tal vez, todavía incrédulo de que su afición por la radio le hubiese permitido cambiar la colonia cordobesa por las islas Malvinas.

— Antonio, avise a los observadores de la red que aseguren bien las carpas. Se nos viene un temporal.

— Capito, maggiore.

Pensé en el suboficial Ocampo y en sus amigos cordobeses y en dónde habría conseguido este ayudante tan voluntarioso, pero más civil que el diario La Voz del Interior. No obstante, y pese a las tanadas que cada tanto se le escapaban, en un par de minutos Antonio pudo comunicarse con todos los puestos, menos con el Nueve.

*El nueve, el nueve, el nueve qué...*, durante unos segundos me repetí el número tratando de adivinar qué tenía de particular ese puesto para preocuparme al terminar de recibir el informe. Me acordé de los comentarios de Cacho Ayala, los de esa tarde, cuando regresó de dejarlos en un cerro, tratando de instalar el campamento. Comencé a inquietarme. Imaginé a los tres hombres en la oscuridad helada luchando con el viento y con la carpa; y, de repente, me vino a la memoria la exclamación del capitán Juncal cuando lo visitamos en las carpas de los soldados: *¡Son tan pibes...!*

— Insista, por favor, Antonio — le pedí, casi le imploré, presa de un temor inusitado, como si ese ventarrón fuese más peligroso que la flota inglesa.

— Capito, maggiore — dijo el friulano, estrujando el micrófono—. Nueve, nove, nueve, aquí Águila, conteste.

Las bolsas de arena se sacudían en las ventanas. Cada vez que arreciaba el silbido, trepidaban los vidrios y mi corazón palpaba como si estuviera corriendo a campo traviesa. La voz de Garrido casi me infarta:

— Del radar avisan que han plegado la antena — dijo, luego de atender una llamada por la línea punto a punto que nos conectaba con la estación.

— ¡Noche de perros! — se lamentó Faletto.

— Y ahora, ¿cómo hago para saber qué pasa con estos tipos? — pregunté.

Me paseaba por la habitación como un león enjaulado. La turba ardía en el hogar. En medio de un zumbido constante, el humo dulzón rechazado por el temporal se volcaba en el interior del CIC. Caminaba en círculos y fumaba. Tres cigarrillos en media hora. Treinta minutos que fumé y caminé escuchando los llamados de Antonio al dichoso nueve. Garrido, Faletto, Santillán, el sargento del Ejército, con las espaldas rectas, sentados en los filos de sus sillas, aguardaban las noticias y me observaban un tanto desconcertados por mi comportamiento.

Al final:

— Águila, aquí Nueve en prueba. Informe si me recibe, cambio — se oyó una voz cordobesa entre las descargas de estática.

— Nove, lo recibo, tres diagonal tres, adelante — contestó alborozado Antonio, mirándome con un gesto triunfal.

Pese a la alegría del friulano, durante dos o tres minutos, únicamente escuchamos los soplidos de la garganta reseca que brotaban del parlante.

— Águila, aquí Nueve, la carpa se nos voló — oímos, ahora sí con nitidez, la voz del observador del Puesto Nueve.

Con gran alivio, la comunicación se restableció. Nos dieron un rápido informe. Excepto algunos magullones, y el susto, los tres integrantes se hallaban sanos y salvos.

— Pero el problema mayor, no fue la tormenta — dijo el radioaficionado de tonada cordobesa, en un momento de la conversación—. El problemón fue este soldado joya que nos enchufaron.

## 8

Treinta de abril, última jornada de un mes inolvidable. Día libre. Al fin podría reponer fuerzas, escribir, vagar por la ciudad y, si tenía tiempo, llegarme hasta la Base después de almorzar. Quería hablar con Juan Carlos Hrubick y el capitán Rosendo Juncal. Cosas del trabajo, por supuesto, pero deseaba entrevistarlos fuera de las cuatro paredes del CIC, de las rejas de su empapelado desteñido y de la maraña de gráficos y mapas que las decoraban. De tanto mirar esos muros, en las noches de guardia, había llegado a conocer de memoria hasta la última de sus manchas. Y necesitaba despejarme, sobre todo después de la tormenta que había volado carpas, antenas, y tenido a tan mal traer a los cordobeses de la red de observadores; en especial, al conscripto destacado en el Puesto Nueve.

La historia de Daniel nombre del soldado me la contó el suboficial Ocampo cuando regresó de acompañar al reemplazante. Pese a la orden del vicecomodoro Alegría de no hacer más de un vuelo por semana a cada puesto, no tuvimos más remedio que acceder al pedido de los radioaficionados que afirmaban que la convivencia con Daniel se les había vuelto insoportable.

Daniel no pasaba de ser un pibe. Un chico de dieciocho años de la provincia de Buenos Aires, metido a soldado ceba mate por esas vueltas de la vida, las mismas vueltas que, apenas incorporado al servicio militar, el 2 de abril lo condujeron a Malvinas. Descendía de vascos. Después de innumerables letras, su apellido terminaba en «irre». Más bien delgado, ojos verdosos, cara rosada cubierta de un vello rubio que se espesaba encima del labio. Para aparentar más edad, parecía disfrutar llevándola oscurecida con betún de enmascarar. Durante un par de semanas vivió la emoción de ser un soldado de película. Fumaba los cigarrillos que llegaban en las donaciones. Cuando lo apostaban de centinela en un extremo de la pista, desde donde se veía el mar, con el fusil al

hombro, piernas abiertas, permanecía horas mirando a las gaviotas picar sobre las olas, oyendo sus graznidos traídos por el viento. Tenía la impresión de que estuvieran dibujadas, planeando en contra del aire sobre los acantilados. En el acantonamiento de la Base Aérea, durante los descansos, jugaba al truco. Igual que un experto tahúr del lejano oeste, largo rato orejeaba los naipes, el pucho medio caído en un extremo de la boca, mientras cerraba el ojo irritado por el humo.

Una fría mañana de abril, unos oficiales desconocidos (entre ellos íbamos Ayala y yo) aparecieron en el vivac. Los acompañaban unos civiles. Hablaron con el capitán Juncal, después con el Suboficial de Semana que sacó una lista. «Ordene», había respondido bien dispuesto, cuando lo llamaron.

Al día siguiente, muy temprano, guardó su bolsa de rancho, la camiseta de frisa, las medias, las cartas de su madre, la estampita de Ceferino Namuncurá. Enrolló la manta, el paño de carpa, y se los cruzó al hombro; después se calzó el bolsón de campaña en la espalda y, fusil en mano, se presentó en el hangar.

Allí lo esperaban Paco y Andrés. Paco era de Alta Gracia; Andrés, de Nueva Córdoba. Rondarían los cuarenta, y los unía una misma pasión: la radio, los «recibidos», los «como me copia», las bandas altas, las bandas laterales, una variedad de términos extraños, que no guardaban la más remota vinculación con los maizales y girasoles que amarilleaban en el horizonte de Daniel. A los dos minutos de conocerlo, para los cordobeses, Daniel fue el «Pibe». Pibe de acá; Pibe de allá.

Después de almorzar un paquete de Criollitas untadas con picadillo de carne, Daniel voló en helicóptero por primera vez en su vida. Al ascender, el estómago se le quedó abajo, y el regusto de las galletitas volvió a su boca cuando, en medio de un ensordecedor fragor de caracolas, bajaron en la punta de un cerro solitario. Ayala y los radioaficionados discutieron acerca del mejor sitio para acomodar el puesto. Más tarde, tras muchas idas y vueltas, en las cuales Daniel cargó con los bultos de un lado para el otro, cuando ya la noche se cerraba y el viento soplaba con más fuerza, Ayala se despidió a las apuradas.

El helicóptero rozó la punta de las serranías y se alejó. En el nuevo puesto de la ROA se hizo el silencio. Aunque, fue sólo una ilusión causada por la ausencia del rugido del motor pues, al perderse detrás de un cerro, los caracoles volvieron a ulular, uuhuuu,



uuuuuu, sólo que ahora zumbaron con un sonido más agudo y lastimero. La soledad, el viento, el frío y la llovizna se abatieron sobre Daniel.

—Clavá la estaca en este lugar —le decía Andrés a Daniel.

—No, allá —corregía Paco.

Al tiempo que las nubes se espesaban y descendían, Daniel se sentía desorientado por los cambios de indicaciones y, con temor, observaba ese manto abrumador que continuaba bajando y que ya creía poder tocar con las manos. Las nubes convergían como enormes mechones de algodón renegrido, difuminaban los contornos y parecían rodearlos con sus tinieblas. Fue entonces cuando los haces de las linternas de los radioaficionados se movieron entre el polvillo de gotas que pasaba a gran velocidad, y empezaron a girar como los rayos de una rueda mientras los hombres, al borde de la desesperación, forcejeaban y tironeaban de las cuerdas para sostener la carpa. Y no habían acabado de asegurarla, que el viento, hasta entonces moderado, comenzó a desplazar hasta las piedras asentadas en el piso. La llovizna se transformó en lluvia y el viento, en huracán.

—¡Agarrá bien, desgraciado! —con la vena hinchada le gritó Andrés, cuando una de las orillas bajas de la tela pareció que se fuera a levantar.

La lona se inflaba y se desinflaba, y la segunda cubierta aplaudía contra el techo y los ensordecía. Los adultos, temiendo por la vida y por los equipos, luchaban para sostener la carpa, y gritaban para darse ánimo. Daniel, con ambas manos, quiso escapar de la tempestad y de los alaridos. Tiró hacia arriba el cuello de la campera, cubrió su cabeza con la capucha, se tapó los oídos y, arrodillado en un extremo, se quebró. Plegando el cuerpo en posición fetal, se sumergió en la más triste desolación. Así permaneció toda la noche, por más que la tormenta amainara; por más improperios y consuelos que recibiera de los radioaficionados. Igual que un dique desbordado, la angustia de Daniel no tuvo límite. Dejó de comer. En el día siguiente no habló y, con la oscuridad, regresaron sus fantasmas. Igual que un animalito asustado volvió a esconder la cabeza. Tiritando, lagrimeando afiebrado, otra vez transcurrió la noche hecho un bollo en un rincón.

«¿Cómo voy negarme al pedido de los radioaficionados?», respondió el vicecomodoro Alegría, cuando el mayor Kajihara fue con la historia de Daniel y le solicitó autorización para sustituirlo.

Al tercer día, Daniel se reintegró al vivac del Escuadrón de Seguridad en el aeródromo de Puerto Argentino. El vicecomodoro García de Diego, jefe de Personal, cuando se enteró, recomendó que se hiciera un sondeo sobre el estado emocional de los soldados en general. Quizás, enfrentábamos un fenómeno tipo dominó. Por todos los medios, era necesario evitar que sucedieran casos de pánico.

*Triste historia la de Daniel*, pensaba, mientras cerraba la agenda de tapas de cuerina verde en la que terminaba de anotar el esbozo de sus desventuras. Se acercaba el mediodía y la hora de comer. Con prisa, atravesé el corredor de arbustos de Stanley House en dirección al correo. Era el primer día despejado después de la tormenta. Sin viento, luminoso, el sol reverberaba sobre las aguas calmas de la bahía. Daba gusto caminar por las calles inclinadas, mirando las casas humildes, los depósitos con tepes de turba apilados para suavizar los inviernos. Pensé que, para sus seiscientos habitantes, era un pueblo idílico. Sentí que eran una manga de egoístas. Sólo un puñado de personas, y disponían de semejante cantidad de paisajes; sin robos ni bocinazos, todo prolijo, todo calmo; y ese océano azul que los rodeaba, lo más inabarcable y cercano a la eternidad que se pueda imaginar. Qué habrían sentido estos kelpers cuando, hacía un par de años, había llegado un barco con doscientos turistas argentinos y, en dos horas, se compraron todo el whisky, y pagaron con pesos en desuso como si fueran nuevos. Me imaginaba cómo se habrían santiguado, practicado exorcismos, clavado ristras de ajo en sus puertas cuando, el 2 de abril, los coterráneos de los turistas recuperamos las islas.

Al tiempo que conjeturaba con esas imágenes negativas de los argentinos y caminaba por las veredas angostas, tuve la certeza de que, por propia voluntad, estos kelpers tan descoloridos como pulcros, que huían de mi mirada al cruzarse conmigo, que hacían entrar a los chicos cuando se acercaba a sus casas un grupo de soldados argentinos, estos habitantes de Malvinas jamás nos aceptarían. Por más canal de televisión y televisores que ingenuamente les regalásemos con el propósito de iniciarlos en el español y por más empresas que quisiéramos instalar para brindarles los generosos y eficientes servicios públicos nacionales; estos kelpers solo por la fuerza o por medio de una jugosa indemnización renunciarían a su paraíso.



A la salida del correo, me encontré con Juan Carlos Hrubick:

— ¡Ruso! — le dije, contento de volver a verlo —. Te dignaste a venir al pueblo. ¿Qué andás haciendo? Hoy pensaba ir a la Base a hablar con vos y con Juncal.

— ¿Sobre...?

— Sobre los soldados, a ver si tenían algún caso parecido al del pibe ése que enviamos al campo con los de la ROA.

— ¡Ah! Daniel. Sí, ya me enteré. Mirá, Sebastián, no. No sé que haya casos parecidos. Antes de venir para acá, Juncal me comentó que el pibe había pasado la noche lo más bien. El médico dice que se le va a pasar.

— Dios te oiga, Ruso. Y vos, ¿que hacés por el pueblo?

— A la fuerza, che. Vine a hablar con los de la Capitanía del Puerto para apuren la descarga del Río Carcarañá.

— ¿El Río Carca...? — pregunté, asombrado por el nombre.

— Es un barco que logró pasar el bloqueo y está cargado con un montón de equipos, combustible para los aviones y cosas que nos hacen una falta bárbara.

— ¿Y?

— Y qué se yo, chango. Dicen que el Carcarañá es muy grande, que hay un solo muelle y que hay otros barcos ocupándolo. Una bronca bárbara. El briga Castellano los ha reputeado, pero no hay caso, che.

— Esperemos que, al menos, lo descarguen antes de que comiencen los tiros. Si no, sería para hacerse el harakiri...

Me callé pensando en las consecuencias si se iniciaba la guerra y aún estaba el buque con los tambores con JP-1 en el puerto. Le dirigí una mirada inquisidora. Hrubick siguió:

— Algo se va sacando con barcos de alije, pero hay vehículos que solo se los puede bajar con grúas que no hay o rodando. Y para eso hay que acercarse al muelle.

— Bueno, Ruso, desenchufate un poco. Te invito a almorzar en nuestro comedor — dije, mirando el reloj.

Caminamos en silencio. Las calles estaban casi desiertas a pesar de la bonanza. Al llegar a la entrada de Stanley House, por el pasadizo de arbustos, vimos aparecer la figura alta y desgarrada de Paul Bryan con su eterno gabán azul impermeable.

— ¿Y éste? — preguntó por lo bajo, Hrubick.

— Es un kelper amigo. Vas a ver como lo gasto — alardeé en voz también baja, recordando que ya había vencido el plazo en el

cual, según el vaticinio de Paul, debiéramos haber sido expulsados por la temida flota.

— ¡Hi, Paul! — lo saludé con fingida seriedad.

Paul, sorprendido, levantó la cabeza. Antes de que me respondiera, con tono burlón continué:

— Where is the fleet? I think they don't want to come any more, because...

Dónde estaba la flota, le había preguntado y, acentuado el temor que supuestamente sentirían sus compatriotas por venir, junté repetidas veces las yemas de los dedos. Noté la contrariedad reflejada en su cara, así como la tensión del cuerpo al palmearle el hombro. Pero no hizo un solo comentario sino que, reasumió el gesto amargo y aclaró que había venido a traer alimento a las gallinas. Esbozó una sonrisa resignada y agregó que, al notar que faltaban dos aves, por la ventana de la cocina se las había reclamado a un señor gordito de bigotes con un delantal atado en la cintura, que, tras presentarse como general, le explicó que seguramente se habían escapado porque tenían las plumas de las alas demasiado largas.

— ¡Qué atorrantes! Le afanaron dos gallinas a este tipo — traduje a Hrubick que me miraba extasiado por mi dominio del inglés.

En realidad, estaba indignado. Me sentía responsable de la integridad del gallinero. En la empresa jugaba mi deseo de demostrar a ese kelper que no todos los argentinos pagaban con moneda falsa. Que estaba bien, terminé diciéndole, que me ocuparía personalmente de averiguar lo sucedido con las gallinas y que, ante la menor duda, yo mismo iría a su casa a pagárselas. Finalicé con el consabido «Okey».

Paul me agradeció. Me dijo que no era para tanto, que él comprendía, que él también había sido soldado. Al final, nos pusimos de acuerdo en el precio de las gallinas y se marchó.

— Sebastián, ¡la hacés chala! — Hrubick expresó su sincera admiración, mientras caminábamos por el corredor.

Abrimos la puerta, y nos recibió una húmeda y cálida algarabía.

— Adelante, adelante — dijo el vicecomodoro Gamen desde la mesa alargada del comedor, con la sonrisa pegadiza que lo caracterizaba.

Humeante y también pegajoso, pero impregnado con el aroma seductor de un caldo de gallinas, el vaho se elevaba desde una olla ubicada en el centro de la mesa.

— Arrímense, que hay para todos — añadió Roberto Gamen, tras dominar su carcajada que, sin cesar, iniciaba en dosis crecientes y acompañaba con un enrojecimiento progresivo de su cara de vasco francés—. Capaz que todavía puedan chupar algún huesito...

Todos rieron, incluso el brigadier. Todos, menos yo.

— Permiso, señor — pidió muy respetuoso desde atrás el cheff Faletto, pasando a mi lado con una bandeja llena de papas hervidas y presas de pollo. Los bigotes le relucían con el vapor. Mirándome con cara afligida, añadió —: Se escaparon y las mató un jeep del Ejército.

Faletto, el especialista en Tránsito Aéreo del CIC, con las mangas del pulóver arremangadas, un repasador en el cinto cubriéndole el estómago a modo de delantal, cargaba con las pruebas de la infamia.

— Los torreros no perdonan — aprobó con entusiasmo Hrubick, dando a entender que estos hombres de la aeronáutica tenían fama de encontrar alimentos y abrigo en los lugares más inverosímiles.

— Vamos Sebastián — dijo Cacho Ayala, con los labios engrasados, viéndome luchar contra mis prejuicios—. Está permitido por la Convención de Ginebra.

Nueva carcajada general.

— Está bien, pero esta tarde se las pago — dije, sin poder evitar que Gamen acelerara el pulso de su risa y contagiara a los demás.

— ¡Pero sí, hombre! Siéntese, Iriarte, sepa, además, que ya había ordenado pagarle al kelper las gallinas — exclamó el brigadier, terminando de vencer mi resistencia—. Ocúpese usted mismo. El oficial de contaduría le entregará los dólares.

El almuerzo había finalizado tarde. Sin estar programado, el poder de convocatoria de las gallinas de Paul había servido para estrechar relaciones en el equipo del brigadier Castellano. También fueron útiles para distender un poco la ansiedad general, a pesar de que Jorge Molina, con el humor negro acostumbrado, hubiera dicho que le recordaba la Última Cena. Creí justo cumplir cuánto antes la promesa, aunque no logré salir hasta las siete de la tarde.

Cuando lo hice, la oscuridad era completa. Las calles, desiertas. Ya regía la orden de no encender el alumbrado público. Si alguien dejaba filtrar algún destello, de inmediato, recibía la visita de la Policía Militar, en permanente patrulla por la ciudad. El

toque de queda y la prohibición de circular entraban en vigencia a partir de las veintiuna. En el Land Rover matrícula PATA 70, provisto por el mayor Silva al suboficial Ocampo para movilizar los abastecimientos destinados a la ROA, recorrí las cinco cuadras que nos separaban de la casa de la hermana de Paul, donde se había refugiado con su mujer Julie cuando los desalojamos de Stanley House.

La vivienda era insignificante. A la altura del hipódromo, colgada en la última cuesta que caía sobre la costanera, se la podía ubicar con facilidad porque se levantaba alineada, calle de por medio, con el chalet californiano del gerente de la empresa aérea LADE.

Estacioné el jeep en la avenida. La noche estaba fría, sin viento. Se respiraba esa humedad salina destinada a convertirse en niebla. Ascendí los diez empinados metros que mediaban entre la verja y la entrada. No se veía nada ni a nadie. Cumplían la orden de oscurecimiento en forma estricta. Ni una luz. Con la ayuda de una linterna, encontré los cuatro escalones que llegaban hasta el porche. Igual que en las restantes, había sido transformado en un pequeño jardín de invierno. La puerta, cerrada. Di unos pasos atrás, con rapidez deslicé el lunar brillante de la linterna por la fachada de madera: todo hermético. Al iluminar el extremo de una chimenea de piedras, el disco luminoso, agitándose, cobró vida. El humo fluía en un tenue torbellino. Subí los escalones arqueados. Tiré de una cuerda. Pasaron varios minutos. Insistí. Ya me retiraba, cuando relampagueó una luz sobre la entrada. Fugaz, pero suficiente para distinguir la cara blanca de Julie, espíandome detrás del visillo corrido de la puerta principal. Salió. Con una mano se cerraba el cuello del batón.

— You? Come in, come in, hurry up — dijo en voz muy baja, sonriéndome. Las palabras se le escapaban como soplos entre los dientes.

Me detuve en el porche apenas iluminado por la claridad amarillenta que provenía del interior. Iba a iniciar el discurso preparado, cuando ella, sin dejar de sonreír, me chistó suavemente con un dedo en la boca. Tomándome la mano, me condujo al interior.

La sala de comedor era modesta, tibia, embebida en la fragancia oleosa de la turba que ardía en el hogar. Más que ver, se adivinaban las paredes cubiertas de cuadros, tapices y banderines ilegibles. Junto a la ventana, cegada con una gruesa frazada, un

sofá y dos sillones gastados por generaciones de traseros kelpers. Sobre una mesa baja, rectangular, un velador cubierto con una gasa floreada. El halo desganado de la lamparilla iluminaba varias revistas, dos vasos de whisky, dos platos con restos de tarta y, a ambos lados de la mesa, las suelas embarradas de los zapatos de Paul. Despatarrado, casi tendido en un sillón, sólo tenía iluminadas las piernas largas, bien abiertas; el resto se esfumaba en la penumbra amarronada del fondo. Apenas se lo veía; tenía la cabeza volteada hacia atrás y el mentón blanqueado por las púas ralas de la barba.

— What happened? — pregunté, mirando a Paul.

— He's drunk — contestó Julie, y ratificó su respuesta, apun-tándose la boca con el pulgar derecho. Sin dejar de sonreírme, continuaba prendida a mi mano. Luego, me tironeó hacia el sofá; suspirando, me invitó a sentar — : Please, sit down.

No sin cierto recelo me ubiqué en el extremo más próximo a Paul, mientras ella, con familiaridad, se acomodaba a mi lado. Como una descarga, percibí el calor de sus piernas cuando me rozó al recogerlas sobre el asiento. Echó su cuerpo hacia atrás, inclinán-do la cabeza, se quedó contemplándome sonriente. Tenía una cara típicamente inglesa, aquella de facciones regulares que conservan de por vida un dejo de niñez. Piel muy blanca, transparente, ojos celestes casi grises; el pelo castaño matizado con abundantes he-bras blanquecinas, completamente suelto y despeinado, como si hubiera pasado el día en la cama. El batón azul con bordes acor-donados se adhería a sus curvas maduras. Pensé, perplejo, que su edad era indefinida e inesperadamente sentí curiosidad por esa mujer.

Para iniciar la conversación, le pregunté si estaba su hermana. Me contestó que no, temiendo por su familia, había buscado refu-gio en el campo, en la granja de unos amigos. Siempre sonriente y mirándome recto a los ojos, me estudiaba. Quise saber si tenía hijos. Me respondió que ella, dos; y Paul, una; que los de ella esta-ban en Inglaterra, que la hija de Paul —ya casada— vivía en Austra-lia. Se agachó, y recogió de la mesa un álbum, oculto debajo de unos recortes de periódicos. Al hacerlo, soltó la mano que, todo el tiempo, había sujetado las solapas del batón. Carraspeé aclarán-dome la garganta. El espectáculo del borde gastado de puntilla, la naciente de los pechos colgando libres bajo el camisón me ha-bían puesto nervioso. Elevó la vista acompañándose de una risa

suave, divertida, al comprobar la dirección de mis ojos. Insinuan-te, coqueta, se aproximó más. Por el rabillo, controlé a Paul dur-miendo la mona. Ella me enseñó fotografías de su primer marido, de Paul en Chipre vestido con uniforme, del faro de las Georgias; de dos adolescentes rubios, a los que no extrañaba demasiado pues los veía casi todos los años. «Costumbre británica», dijo muy se-ria, ante mi asombro.

En ese momento, alegué que había venido a traerle el dinero de las gallinas a Paul, que lamentaba que estuviera dormido y que me disculpara puesto que debía marcharme.

— Wait — pidió con la palma de su mano abierta. Después, alar-gó su cuerpo por encima del mío, medio apoyando el lado dere-cho del torso sobre mi estómago para tomar una mano de su esposo. La sacudió, diciendo en voz más alta — : Paul, Paul, the argie is here.

Paul no reaccionaba. Mirándome con picardía, ella soltó el bra-zo de su marido que, literalmente, se desplomó. El golpe en la mano le arrancó un par de ronquidos, le hizo sacudir las piernas y cambiar la cabeza de lugar. Hasta mí, llegó un agrio vaho de alcohol. Acurrucada, casi apilada sobre mi vientre, Julie me trans-mitía el calor de su cuerpo y se demoraba en la misma posición. La melena canosa frente a mi boca, la presión de su cadera sobre mis muslos. Levantó la cara, la boca entreabierta. Sentí muy cerca su aliento a whisky. Haciéndose la distraída, mientras retornaba a sentarse en su costado del sofá, deslizó lentamente el antebrazo sobre mi entrepierna:

— Oh, argie! — se asombró burlona, presionando levemente la dureza que había percibido.

Sus ojos despidieron un brillo atrevido. La sonrisa le formó unos hoyuelos en las comisuras. Yo no soportaba la excitación. Ador-milada por el frío, después de días y noches de trabajo, se desper-taba por la proximidad y la descarada insinuación de Julie. Suave, pero firmemente la aparté. Deposité los dólares sobre la mesa y, pese a su sorpresa, me dispuse a retirarme. En dos trancos llegué al porche. A mis espaldas retumbaron sus pasos cortos, zigza-gueantes:

— Wait, argie, the key — dijo, llegando hasta mi lado agitada, enseñando la llave, que no la había visto echar. Al agacharse so-bre la cerradura, innecesariamente, me apoyó sus nalgas abulta-das.

—Excuse me — dije y con esfuerzo me hice a un costado y retrocedí.

Para que me dejase pasar, me vi obligado a tomarle la cintura y a desplazarla. Mientras me encasquetaba la gorra hasta las orejas y me alejaba, oí la risita de Julie.

—Hey, argie, look — seguida de una carcajada forzada, la escuché pedirme que la mirase cuando alcanzaba la portezuela de la verja.

Nunca supe qué pretendió exhibir, porque no me di vuelta. Respiré hondo el aire helado de la bahía invisible. El murmullo parejo y sordo del oleaje era la única señal de su proximidad. Estaba tan oscuro que al extender el brazo no me veía la punta de los dedos. Cada tanto, los haces penetrantes de algún vehículo recortando las siluetas de las casas y los esporádicos «¡alto quien vive!» de un centinela, me recordaban que la ciudad estaba ocupada. Encendí la linterna y llegué hasta el Land Rover.

## 9

Primero vibraron el piso, la casa, las entrañas mismas de la tierra. Después se oyó el atronar de las explosiones que sacudían las puertas y ventanas. Al instante, las voces alteradas y el retumbar de corridas sobre los listones de madera de Stanley House explicaban la causa.

— Han bombardeado la Base, hay un montón de muertos — gritaba Kajihara, mientras su silueta compacta se recortada en el vano de la puerta.

*No puede ser, no puede ser...* apoyado sobre un codo, no cesaba de repetirme. Los pensamientos acompañaban mis palpitations rebotando por las paredes. Hasta hacía unos segundos, sumergido en la bolsa de dormir acolchada, soñaba que estaba en la plaza de Mariano Acosta sentado en un banco junto a Julie; y ahora, con solo abrir los ojos, aparecía en una realidad completamente distinta. A la luz del resplandor proveniente del hall, miré el reloj: las cuatro y cuarenta. *Vaya manera de comenzar el Día del Trabajo.*

El brigadier Castellano, un puesto más allá, se abrochaba la camisa. Alegría, Pergolini, García de Diego, Jorge Molina, Cacho Ayala, Mendiberri, los de Ejército en la sala de abajo, los marinos en sus cabinas de los barcos anclados en el puerto, a todos les faltaban manos para vestirse. Estábamos en guerra y nada menos que contra los ingleses que tenían misiles, portaaviones, submarinos nucleares, bombas atómicas y no sé cuántas pavadas de menor importancia.

En menos de tres minutos ocupé el puesto en el CIC que, con rapidez, se poblaba de caras desencajadas. Tal vez por el sueño interrumpido o, quizás, por ese animal viscoso que, a mi también, me agitaba el pecho y me estrujaba la garganta. Siempre había odiado tener miedo.

— ¿Dónde fue? ¡Dejen pasar! — con el tono destemplado que dan los nervios, el brigadier entró abriéndose camino entre los curiosos. Los ojos enrojecidos. Con ambas manos se alisaba la calva y la corona de pelos despeinados que la rodeaban.

— A la pista, le pegaron a la pista — la voz de Kajihara se oyó calma, con esa parsimonia increíble que parecía adueñarse de él cuando se ponía nervioso.

La comunicación telefónica con la Base todavía funcionaba.

— ¡Póngame al teléfono al comodoro Destri! — ordenó el brigadier al cabo primero Catalano de la mesa de tránsito aéreo, que todavía no había recuperado el color habitual de las mejillas.

— ¿Ningún aviso, señor? ¿No hubo ninguna forma de detectarlo? — pregunté al mayor Kajihara. Me había acercado en silencio y hablado en voz baja para que Castellano no oyera. Un fracaso en la primera prueba significaba una verdadera vergüenza para el equipo del CIC, como dejarse hacer un gol al comienzo del campeonato.

— No Iriarte, nada. Estos hijos de puta nos agarraron con los pantalones bajos — escupió entre dientes las palabras, mientras aplastaba el cigarrillo con el borceguí.

— ¡No puede ser!, présteme el teléfono.

— ¿Cómo que no? — respondió Kajihara, perdiendo la compostura.

No obstante el disgusto de mi jefe, tomé la línea siempre abierta con el radar. En la otra punta me contestó el mayor Silva. Su explicación fue sincera:

— No, Iriarte, el radar nunca tuvo un contacto fehaciente con el incursor. Solo unos minutos antes del ataque, por una o dos vueltas de antenas, captó un móvil no identificado en el azimut cero-cuarenta, pero en seguida desapareció. No le pudimos sacar altura, velocidad, ni siquiera saber si se trataba de un avión o algún eco fantasma, de esos que estamos cansados de detectar. ¿Me entendió mayor? Además, nunca dejamos de pasar un solo informe al CIC, si ustedes no se dieron cuenta, es problema de ustedes, ¿estamos en claro?

Por supuesto que no le contesté y colgué el teléfono. Además, en ese momento, Cacho Ayala le estaba preguntando a Kajihara por los observadores de la ROA. Uno, por lo menos, tendría que haber captado algo. Él tampoco comprendía que un sistema de vigilancia que habíamos montado con tanto esfuerzo hubiese hecho agua en la primera prueba.

— Escúchenme, para que no tengan más dudas — dijo, un poco más calmo, el mayor Kajihara —. La primera noticia, más o me-



nos concreta, la dio el Puesto Seis, pero sólo segundos antes de que estallaran las bombas. Allí está ese tal Poletti de Buenos Aires. A los alaridos, avisó por la radio que oía un potente ruido de motor.

En ese momento el brigadier escuchaba el informe del comodoro Destri. Los indicios hacían suponer que un avión solitario había arrojado un reguero de bombas. La primera abrió un cráter enorme a un costado del centro de la pista y la última impactó en las proximidades de las instalaciones fijas del aeródromo, muy cerca de las carpas donde, hasta la noche anterior, había dormido el personal. Gracias a Dios, y a su buen pálpito, Destri los había hecho pasar la noche en otro lugar. Por eso, únicamente debían encontrarse los soldados que custodiaban las pertenencias de los evacuados. Ayudados por las linternas, y algunos lamentos que surgían entre los escombros, los oficiales y suboficiales de la compañía procuraban rescatar las víctimas. Pero sólo con la luz del día se tendría un balance cierto de las pérdidas.

—Y eso es todo. Si alguno no lo creía, sepa que estamos en guerra —dijo Castellano, luego de repetir, en forma muy resumida, el informe.

Miré la cara del brigadier, la del teniente coronel Beldeccio que había emergido de la suite, también la de dos generales que acababan de llegar. Con atención observé las facciones de Cacho Ayala, las de Kajihara, Catalá, Molina y Pergolini. Por un instante se me entremezclaron las palabras y vi que la imagen se retardaba y perdía sonido. Las voces graves se arrastraban, sonaban como una vitrola sin cuerda. ¿Qué pensarían? ¿Se preguntarían lo mismo que yo?: Y a mí, ¿por qué? ¿Por qué, allá afuera, anda ese montón de tipos, que ni siquiera conozco, maquinando la mejor forma de reventarme?

—¿Supiste algo de Juncal o del Ruso? —me preguntó al oído Jorge Molina. Al girar la cabeza y mirarlo, me sujetó de un brazo —: ¿Te pasa algo, Sebastián? Estás pálido...

—No, no, nada. No me pasa nada —dije, esforzándome por borrar la visión, por enfocarme nuevamente en la escena verdadera. Al entender la pregunta de Molina, añadí —: Esperemos que estén bien. Creo que hasta anoche dormían en la Torre de Vuelo.

En ese preciso momento, en dirección a la Base se oyó otra fortísima detonación. Quedamos en suspenso un segundo.

—Torre, Torre, Águila. —El vicecomodoro Alegría, el primero en reaccionar, llamaba por el micrófono del VHF—. Torre, Torre, Águila llamando.

—Ya sé... —dijo pensativo Mendiberri, queriendo atraer la atención—. Los ingleses nos deben haber tirado las MK-17 de acción retardada, iguales a las de nuestros aviones Canberra.

—Torre, Torre, Águila —repitió con voz más urgida Alegría, luego de escuchar la explicación. Al cabo de varios minutos, contestaron con un sonido lejano. Reconocimos la voz del comodoro Destri.

—¿Qué fue eso? —preguntó Castellano, haciéndose cargo del micrófono.

—Otro herido, el mayor Zeoli, señor —anunció Destri con voz entrecortada.

—¡Pero...! Y ¿cómo? ¿Qué tiene? —indagó atónito, el brigadier.

—De cabezón, señor. Había ido en un jeep a hablar con el jefe de la artillería. Cuando estalló la bomba retardada, estaba a doscientos metros. La onda expansiva dio vuelta el jeep. Eso le salvó la vida. Usted viera la cantidad de esquirlas que atravesaron las cubiertas. Por suerte sólo recibió un corte en el brazo y un golpe en la cabeza.

Más silencios. Silencios duros, afilados. Silencios llenos de zumbidos y de los bip, bip, bup, bup del equipo de radio.

—Destri, háganme el favor de tranquilizarse. Y usted, se me instala, cuanto antes, en su comando de campaña.

—Recibido, señor. Le informo que desde anoche estoy ubicado en ese lugar. Desde ahí le hablo.

—Okey; escúcheme bien: por ahora no creo que haya más ataques hasta que amanezca. Pero nadie debe acercarse a la zona bombardeada. Me entiende. Nadie. Puede haber más bombas sin explotar. Los únicos que se deben movilizar son los equipos de auxilio. A los restantes los manda a la ciudad antes de que salga el sol. ¿Okey?

—Sí, sí, recibido señor. Se está cumpliendo lo que habíamos planeado.

Dándose vuelta, el brigadier ordenó:

—Usted, Alegría, comuníquese con Darwin, avíseles del ataque y dígales que hagan despegar a todos los Pucará. Con las primeras luces, no debe quedar un solo avión en tierra.

A las siete y treinta, clareando ya, desde el radar nos previnieron sobre varios ecos desconocidos que se aproximaban desde el noroeste de las islas.

— Alarma roja — ordenó el mayor Pergolini, con forzada naturalidad.

Volaban con rumbo directo a Puerto Argentino. A cincuenta kilómetros, el radar advirtió que perdían altura y desaparecían de la pantalla. Inclinado sobre la Mesa de Información General me concentré en los desplazamientos, lentos e imperceptibles, que los suboficiales encargados del ploteo le imprimían a los triángulos de cartón. Cuándo llegarán, me pregunté consultando el reloj por enésima vez. Había pasado sólo un minuto y me parecía una hora. Estaba por sacar alguna conclusión sobre la relatividad del tiempo cuando, a mis espaldas, como surgiendo del piso, me sobresaltó la voz alterada que llegaba por un equipo de VHF:

— Águila, Águila, Nueve.

— Avanti Nove avanti te recibo cento per cento — contestó Antonio.

Miré el rincón donde, hasta minutos antes, se encontraba la radio de la ROA. El espectáculo me consoló. No era el único que tenía miedo. El inmenso friulano y uno de sus compadres cordobeses habían instalado el puesto de transmisión debajo de una mesa arrinconada contra la pared.

— Aviones en vuelo rasante de doce a seis por el Puesto Nueve — dijo el ayudante de Ocampo.

Faltaba menos de treinta segundos para que llegaran y por eso nadie titubeó. El mayor Pergolini que estaba a cargo del CIC, en todos los tonos y por todos los medios y canales autorizó el fuego libre.

— Avisen a la Base Cóndor en Darwin — dispuso Castellano, completamente dueño de la situación.

— ¡Llaman al vicecomodoro Alegría desde el Comando! — gritó el operador de comunicaciones desde la habitación de al lado.

— Águila, Puesto Cinco. De once a cuatro, pasan varios Harrier — por el equipo de la ROA nos llegaba un nuevo aviso.

— Cento per cento — dijo Antonio, con una entonación comprimida por la posición.

— Viene una segunda oleada, señor — Cacho Ayala le avisó a Pergolini.

A partir de ese momento los informes se multiplicaron, ganaron el color y los olores propios de la adrenalina. Los generales, los coroneles y otros camaradas curiosos, congregados por la incertidumbre, nos miraban sin comprender. Reunidos, eran plato fuerte para una bomba inglesa. Así se lo hice saber al mayor Pergolini que me ordenó que le pidiera a Castellano que los invitara a retirarse.

— Es mejor que ustedes busquen refugios — le sugerí al brigadier.

Con tono firme nuestro comandante pidió a los que no tenían nada que hacer que buscaran donde guarecerse. Él mismo estaba por irse cuando lo interceptó el vicecomodoro Alegría que, tras recibirlas en la Central de Comunicaciones, traía anotadas en un papel las misiones de los aviones argentinos que ya volaban hacia Malvinas. La evacuación se hizo en forma ordenada y silenciosa.

Los que permanecemos en el CIC dimos rienda suelta a la ansiedad, despejamos una ventana, y nos asomamos para verlos llegar. Confieso que me puse a rezar cuando aparecieron por el norte de la bahía. En la neblina, semejaban a una bandada de cuervos renegridos que se agrandaban, pero al mismo tiempo demoraban en llegar e impacientaban a los artilleros antiaéreos y a los miles de fusileros que no les quitaban la vista. Contuve el aliento consciente de que vivía segundos históricos, segundos que debía recordarlos para siempre y que por eso transcurrían en cámara lenta. De pronto, el aire pareció estallar en una sola explosión. Cañones, ametralladoras, fusiles, pistolas, gritos e insultos en todos los tonos imaginables. Todo simultáneo. Puntos luminosos que ascendían, huellas rojizas que se entrelazaban en insólitos arabescos con las estelas blanquecinas de los misiles antiaéreos. Después, el humo y las detonaciones de las bombas.

En total contamos siete aviones Harrier volando en dirección al aeropuerto donde descargaron las armas. El último, retrasado, a menor velocidad, parecía volar desorientado. Sólo al final, casi en la vertical de la pista, dio la impresión de visualizar el blanco. Corrigió bruscamente el rumbo y disparó. En un santiamén, este pobre se transformó en el vértice de un inmenso cono dibujado por las municiones trazantes que convergían desde todos los rincones. Algunas chapas le volaron. Empezó a despedir humo negro y, a muy baja altura, se perdió en el horizonte.

— Cae uno ¡huija! cae uno — nos llegó la exclamación entusiasmada de un operador de la ROA.

Pero en esta ocasión, no hubo «cento per cento» que respondiera. El equipo, abandonado junto a una de las patas, hablaba solo debajo de la mesa. En la confusión, Antonio y su colega radioaficionado habían desaparecido. Nunca volví a ver al friulano ni su rubio compañero. Y realmente sentí que se marcharan sin despedirse. Todos éramos conscientes de su voluntariedad y de que jamás les hubiéramos exigido una tarea que los pusiera en riesgo. De todos modos, su actitud me hizo recapacitar. Teníamos que reemplazar a los civiles por militares, sometidos a un régimen de justicia que los obligase a obedecer. La clave me la dio la voz que emergía del parlante. Pese a las interferencias, había reconocido el acento del suboficial Ocampo, que el día anterior se había marchado a ocupar el Puesto Uno por un problema similar. Él sí que no tenía dudas de cumplir con su deber. Sobre el cerro, me lo imaginaba corriendo de una roca a la otra, asomándose y ocultándose, desgañitándose por retransmitir el ataque que él vería desde una platea preferencial. *Preferencial, preferente, presente*, pensé observando en derredor. Algo había cambiado en el tiempo real. Sin saber cómo ni porqué, el silencio mandaba ahora en la habitación. *El combate antiaéreo ha terminado o ¿es sólo un intervalo?*, me pregunté. Los oídos me zumbaban. Sentía que el peso de un yunque se caía de mi pecho y percibía que, con disimulados suspiros, las respiraciones de los demás se liberaban. Lo único que se escuchaba con claridad eran los impersonales bip, bip, bup, bup de los equipos de comunicaciones. Y, de pronto, volvió la agitación:

— Por el dos ocho cero, tres ecos no identificados, a veinte millas — había anunciado el cabo Garrido desde la Mesa de Información.

— ¡Alerta Roja, sigue la alerta! — gritó esta vez Cacho Ayala.

— Para el brigadier, comunicación de Darwin — dijo en voz alta un operador.

— El radar los perdió, venían en ascenso.

Tres minutos después:

— El radar avisa que los ve alejarse por el radial cero seis cero. En total, tres ecos — continuó informando Garrido.

— Estos hijos de puta venían de atacar la Base Cóndor — dijo el brigadier con las mejillas cenicientas, tras salir de la radio-estación.

— Otros cinco muertos, a un Pucará que lo estaban poniendo en marcha, le cayó una bomba al lado: mataron al teniente Jukic y a cuatro mecánicos.

— El radar está en contacto con los Toro, dos Mirage 5 que se están enfrentando con dos Harrier — retransmitió Garrido la información del radar que apoyaba, en esos instantes, a nuestros cazadores.

Ahora comienza el show, pensé. Desde el continente llegaban las primeras misiones de la Fuerza Aérea. Consulté el reloj: las diez y cuarto. Al fin, las dos aviaciones enemigas se iban a encontrar a cara descubierta. Como impotentes espectadores de una escena virtual, asistimos a un duelo con nubes de por medio. Para mí, fue un parto. Los contrincantes, guiados por sus propios controles de superficie, maniobraron infructuosamente procurando lograr una posición favorable para disparar los misiles. Yo me clavaba las uñas de tanto apretar los puños y fumaba. Luego de una serie de evoluciones, sin haber obtenido contacto visual, regresaron. Respiré y miré a Cacho y al mayor Pergolini. Ninguno de los tres arriesgamos un juicio. Persistía la duda que tanto habíamos discutido durante la preparación: en un encuentro mano a mano, ¿ganarían ellos o nosotros?

— ¡Águila, Puesto Cinco! — con gran excitación llamó otro observador de la ROA —. Combate aéreo sobre mi vertical, dos Harrier contra dos aviones de hélice.

— ¿Por dónde andan los Pucará, señor? — más que alarmado, Pergolini interrogó al vicecomodoro Alegría, que en ese momento se dirigía a hablar nuevamente con Comodoro Rivadavia.

— Están todos aterrizados en Pebble Islands — respondió a las disparadas, refiriéndose a la isla Borbón.

— Y éstos, ¿de dónde salieron? — consulté, mirando atrás, ansioso por enterarme de quiénes se trataba.

— Deben ser nuestros — aventuró un aviador naval, levantando las cejas con cara de duda y sin perder la calma.

— Ahí le tiraron a uno... ¡Qué ocote! ¡Cómo se salvó!

El relato profesional del observador continuó describiendo el combate desesperado de los Mentor turbohélices contra los poderosos Harrier. Finalmente, con cerradas y hábiles maniobras, volando a ras del agua como almas que las sigue el diablo, los aviadores navales eludieron la persecución.

— ¿Te das cuenta, Cacho? — pregunté al terminar.

Nos resultaba increíble pensar que un avión de combate de grandes prestaciones como el Harrier pudiera seguir la trayectoria de un avión diseñado para volar a menor velocidad y altura.

Sin embargo, así ocurría y nos sirvió de motivo de reflexión acerca del enemigo que enfrentábamos.

Cerca del mediodía se produjo una relativa y sospechosa calma.

Mientras orinaba por primera vez en la mañana, con la cabeza apoyada contra el antebrazo, pensaba en el pibe Jukic, en los mecánicos, en los pobres soldados de las carpas. ¡Cuántos muertos! Pero ellos no se la habían llevado de arriba. Con toda mi alma, deseaba que se confirmasen los derribos de la artillería. Además, los daños se podían arreglar. Trabajo para el Rusticcini. Y en el aire, ¡guarda! Los Toros casi se les habían puesto en la cola. Me había parecido reconocer la voz de Mauro. ¿Y si había sido Mauro? ¿Qué dirían en Mariano Acosta de su ídolo? ¿Qué diría Ana-lía? Este último pensamiento me hizo odiar ese baño hediondo y ese día, y esa guerra estúpida. Con el alivio de la vejiga, la oleada de rencor (se me pasaría alguna vez) casi desapareció. Decidí recuperar fuerzas en el comedor de la planta baja.

No habíamos terminado de abrir la boca y probar un bocado que, desde la Radio, me avisaron que tenía una comunicación.

— El comodoro Rodríguez, del comando de la FAS — dijo el operador.

— Iriarte, por dónde anda Alegría — preguntó Rodríguez mezclado con los bip, bip, bup, bup.

— Salió con el brigadier. Fueron a ver los daños de la Base.

— Bueno, entonces copie usted.

En un estado de sobreexcitación, recibí los datos de un ataque masivo contra la flota enemiga. El objetivo: destruir los portaaviones. Se ejecutaría en oleadas sucesivas de escuadrillas de diferentes aviones. Vendrían en vuelo rasante y serían apoyadas en altura por aviones Mirage M-III y M-5. Nuestra tarea sería guiar a los atacantes hacia donde hubiéramos detectado los portaaviones y deberíamos dirigir a los cazas para evitar que los interceptores ingleses malograran la operación.

Mientras anotaba las instrucciones, desde diversos sectores de las islas, los observadores de la ROA, como aves de mal agüero, empezaron a transmitir informes cargados de amenazas. Cada uno competía con el otro por ser más alarmante. Al Norte, al Sur, al Este y al Oeste, en los cuatro puntos cardinales parecían descubrir nuevos buques enemigos. Aunque, pensándolo bien, la cantidad era un simple detalle. Así fueran uno o miles, daba lo mismo. Con el terror que nos habían metido con sus submarinos nuclea-

res, me los imaginaba navegando a su antojo, sin ningún barco argentino que se les opusiera, dueños absolutos de los mares, omnipotentes, inexpugnables. Por primera vez, sentía que el mentado bloqueo era una realidad tangible. Para colmo, al mismo tiempo que los observadores nos intranquilizaban con la monstruosidad de los barcos, los radares de vigilancia detectaban más y más patrullas de aviones Harrier. En una verdadera carrera de posta, no dejaban un solo rincón del cielo sin cubrir. Se releaban, se intercambiaban el testimonio, cada veinte minutos. No dejaban lugar a ninguna duda: esperaban el contragolpe.

## 10

Al comenzar la tarde ya no soportaba el mero hecho de existir. Más que hablar, ladraba. La inminencia del enfrentamiento se me hacía insostenible. Me paseaba por el CIC. Subía, bajaba las escaleras; para cada suboficial que me cruzaba le tenía reservado un reproche innecesario. Y fumaba. Un cigarrillo tras otro; los chupaba hasta sorberme las puntas de los dedos amarillentos. No cesaba de pensar que, en esa tarde, sí o sí debíamos derribarles un avión a esos lordcitos compadrones y cancheros. Romperles el culo. Para los pilotos de caza, ganarle al enemigo en el aire es una cuestión visceral. Con el ardor pasional que urge al varón a tomar la mujer amada, una fuerza aérea tiene que destruir los aviones enemigos que le disputan el dominio de los cielos, y tiene que hacerlo allá arriba, virando, subiendo o picando aferrado a la palanca; sin parpadear, con los ojos bien abiertos; la cara estirada por las «G»; el índice tensado contra el disparador; y siempre encima de la tierra, en ese medio que le es propio, en ese campo de batalla que le pertenece y que se extiende hasta el infinito. Y si no puede hacerlo, no es fuerza aérea. Es preferible que deje de volar, que agarre un fusil y que se dedique a cavar trincheras como los infantes.

A pesar de los cigarrillos y de la ansiedad, me sentía confiado. Percibía a nuestra gente mejor preparada que por la mañana. En la Mesa de Información General, junto a Pochetti y a Garrido, se instaló el mayor Kajihara que los ayudaría a dirigir las operaciones de interceptación. Jorge Molina y el mayor Oliva se harían cargo de las comunicaciones con la artillería. El vicecomodoro Alegría supervisaría el trabajo de todo el equipo mientras que los mayores Catalá y Fernández se ocuparían de dar las instrucciones a los aviones que vinieran del continente con órdenes de atacar a los buques que hubiésemos ubicado. Y por último, el suboficial Del Pino, otro auxiliar del suboficial mayor Ocampo, había ocupado el lugar vacante, dejado por Antonio que se negaba a regresar a la mesa de la ROA.

— ¿Por dónde anda la PAC inglesa? — preguntó Castellano.

Mencionando así a las Patrullas Aéreas de Combate, el brigadier incorporó una palabreja que llegaría a ser popular en el glosario malvinense. El aspecto de nuestro comandante había mejorado con relación a la mañana. Peinado, pese a la excursión a la Base Aérea, hasta se había hecho tiempo para una afeitada.

— Hay dos, dos PAC — contestó Kajihara con gesto preocupado. El deseo de desquitarse de la amarga sorpresa de la madrugada le había impedido descansar. En seguida, aclaró —: Una, al norte; y otra, al sur del estrecho de San Carlos.

— Desde las once hacen lo mismo — agregué —. Vuelan siempre arriba de la capa de nubes; a cuatro mil metros dan vueltas y vueltas, en circuito tipo hipódromo. Cada quince minutos se releven.

— La meteorología ¿cómo ha evolucionado? — indagó Castellano.

— Cubierto, una capa de stratus cúmulus — dijo Jorge Molina —. Por ahora, se observan algunos claros, pero parece que se viene espesando por el sur. La última foto de satélite marca un frente frío en aproximación.

En ese momento, Garrido, levemente más pálido, tomó un recorte de cartulina azul y lo colocó sobre el mapa en el extremo occidental del archipiélago, a doscientos veinte kilómetros de nuestra posición.

— Ya vienen — dije, mirando la mesa.

— Los Fierro, dos M-5 — informó Pochetti con un leve temblor del labio inferior —. El radar pide instrucciones.

— Que enfrenten la patrulla del norte que hace tiempo que está ahí — ordenó Kajihara al tiempo que yo encendía otro cigarrillo con mano temblorosa, sin darme cuenta de que había dejado uno a medio consumir en un borde de la mesa.

A la velocidad que volaban, la distancia que separaba los aviones era de tan solo ocho minutos y, no había terminado de sacar la cuenta que, colocando otro triángulo sobre la mesa, el cabo Garrido dijo que los Pampa estaban en comunicación con el radar. Con un gesto alarmado, agregó que la patrulla inglesa del norte había apuntado a los Fierro.

— Se acerca otra PAC por el cero cuatro cero, a sesenta kilómetros de distancia. También, hacia los Fierro — más controlado, informó Pochetti, agregando ahora un par de triángulos rojos.



Miré al brigadier por si daba alguna orden y tropecé con la más genuina expresión de impotencia. De pronto, precedidas por la trepidación cristalina de los vidrios de las ventanas, se oyeron dos explosiones. Al instante, dos más. Claramente distinguí que venían desde la Base. Nuestro comandante pareció encontrar un motivo más de preocupación pues, de reojo, advertí que lo llamaba a Kajihara y le pedía que lo acompañara a la habitación contigua. Antes de salir, con una seña Kajihara me indicó que lo reemplazara. Por una de esas irónicas vueltas de la vida, me encontré a cargo del CIC.

— ¡Cañoneo! ¡Dos barcos están cañoneando la pista! — alertó el observador del Puesto Uno por el VHF, desde su apostadero en la cima de un cerro, cinco kilómetros al norte del aeropuerto.

— Lo que nos faltaba — dijo Garrido, al tiempo que sosteniéndose con ambas manos los auriculares, nervioso, me clavaba los ojos—. Los Trueno quieren saber dónde tienen que atacar.

— ¿Son A-4B? — pregunté, mientras recordaba que Trueno era el indicativo de Mauro. Te quiero ver machito de Mariano Acosta, me dije con un resentimiento impensable en aquella situación.

— Sí, son cuatro A-4B que vienen con bombas — repliqué, estudiando el papel escrito por Alegría con la lista transmitida desde Comodoro Rivadavia.

— ¿Dónde están? — preguntó a los gritos Alegría, que hacía tiempo que los esperaba sin moverse del lado de la radio.

— No sé, señor — respondí —, vienen tan bajo que nadie sabe por dónde andan.

— Dígale al radar que los guíe hasta el radial cero cuatro cero, sesenta kilómetros — ordenó con voz destemplada Alegría. Las coordenadas indicadas correspondían a la supuesta posición del portaaviones.

El bombardeo acompasado de las fragatas seguía oyéndose como un martilleo. Las ventanas se sacudían y nubes de polvo se desprendían de las bolsas de arena que las protegían. La agitación crecía. Precavido, Pergolini se puso el casco de acero.

— Ríanse que ya me van a imitar — dijo mientras se lo calzaba, vigilando la mesa donde los trozos de cartulina, aumentando, parecían tener crías.

— ¿Qué pasó con los Fierro? — interrogué a Garrido.

— Se cruzaron con los ingleses sin verse.

— ¿Dónde están ahora? — insistí, mientras vigilaba la entrada y rogaba que Kajihara regresara cuánto antes para controlar esa tormenta que se gestaba debajo de mis propias narices.

Mis nervios estaban a punto de estallar. Kajihara no volvía y, a cada instante, con cada bocanada de humo, con cada trago de saliva, necesitaba conocer la ubicación de los aviones, y la necesidad crecía con el transcurso de los minutos. Treinta centímetros del mapa, cincuenta kilómetros de la atmósfera, tres minutos para el duelo. Más de dos mil kilómetros por hora sumaban las velocidades de acercamiento. La batalla progresaba y la ansiedad, la adrenalina, la nicotina, circulando abundantes por la sangre, me sobreexcitaban, me enloquecían. Hacía cálculos mentales con la rapidez de una computadora; con sensación de absoluta omnipotencia. Daba una orden acá, corregía el nombre de una escuadrilla por allá. Tan pronto ordenaba el ataque contra una PAC, como el escape de un par de aviones argentinos amenazados. Los cinco sentidos, sedientos, ávidos, alertas. La confluencia simultánea de informes que recibía por mil medios, me hacía creer que asimilaba, que entendía todo, aunque en el fondo supiera que no, que sólo contemplaba un mapa y unos míseros triangulitos de cartón que trataban de representar una realidad ausente, una realidad distinta y teñida por el rojo de los torrentes sanguíneos que bombeaban los cientos de corazones de los pilotos que convergían a gran velocidad hacia un mismo punto.

— Regresan por mínimo combustible — informó, entonces, Garrido.

— Una escuadrilla de Canberra pregunta la ubicación del portaaviones — dijo Pochetti.

— Y los Poncho. ¿Dónde carajo se han metido los Poncho? — desde la habitación contigua, Alegría insistía en disparar sus preguntas sin respuesta. Inútilmente trataba de comunicar las instrucciones a los aviones que venían con armas (antiguas bombas de hierro) para atacar a los modernos portaaviones.

— Sebastián, los Alfa, es mejor que vayan hacia el norte — dijo Cacho Ayala a mi espalda.

En el sector indicado por Cacho, una patrulla inglesa daba la impresión de que había agotado su autonomía. Yo no me había dado cuenta. Y esa fue mi primera distracción de aquella tarde, el primer baldazo de agua helada al optimismo del mediodía. Con tantos aviones, no lográbamos coordinar un encuentro favorable.

Fallábamos y el nerviosismo aumentaba, las voces de alerta se multiplicaban, todos los equipos de radio hablaban simultáneamente, como dementes. El tiempo se me antojó errático. A veces se producían lapsos en los cuales parecía que el reloj se hubiera detenido y otras, había transcurrido un cuarto de hora sin que me percatara. Era como ver varias películas a la vez y escuchar diez conversaciones distintas. Y no se podía perder la ilación de ninguna. Cada tres vueltas de antena, desde el radar, actualizaban la posición de los aviones. Los auxiliares cambiaban la ubicación de los cartoncitos y los triángulos pegaban saltos increíbles, incoherentes, sin concordancia alguna con las trayectorias esperadas. Nos confundíamos.

— La PAC inglesa que se cruzó con los Alfa se aleja por el cero tres cero — dijo Garrido, suspirando al informar.

— Que los persigan los Talo — ordenó Cacho Ayala.

— ¡Guarda! Acá aparece otra patrulla que va a la cola de los Talo — previno Jorge Molina que también seguía la evolución con los ojos fijos en la mesa.

— A pleno gas. ¡Qué escapen ya! — ordenó Ayala.

Por unos segundos se formó un tren: Harrier, Talo, Harrier. Después llegaron los Fortín, los Pato, los Gaucho. Se fueron los Pipa sin encontrar el blanco. Los Pampa recibieron una llamada de auxilio de un Canberra: los tripulantes se arrojaban en paracaídas, ochenta kilómetros al norte de las islas. Y al tiempo que nuestras seseras sudaban sangre procurando controlar los aviones, los Harrier semejaban un ballet. Sincronizados, aparecían por todas partes. Impotencia, desilusión. ¡Maldita sensación aquella de jugar al ajedrez con un adivino! No acabábamos de ordenar a uno de los nuestros que fuera para tal o cual destino cuando, al instante, era enfrentado por un par de cazas enemigos.

— Zafaron los Talo — dijo Garrido con alivio—. Los Fortín regresan por mínimo combustible.

La historia se repetía. Nuestros aviones por falta de autonomía, no alcanzaban a llegar, que ya debían regresar. Y venían más, y más, y más. Los doce íconos de cartulina, sobre la mesa. Agregamos otros, recortados a las apuradas. Pochetti y Garrido, inclinados con el rastrillo tipo croupier de ruleta, no daban abasto. No se sabía quién era quién. ¡Qué deseo loco de estrangular a alguien, de patear el tablero, de tirar todos los cartoncitos a la mierda! Gritar: ¡Basta! ¡Paaaren! Apretar un botón y congelar la situación,

neutralizarla como decíamos en la Escuela de Guerra, reorganizarla, comenzar de nuevo. Dirigí una mirada de súplica al brigadier, que había regresado sin Kajihara. Por un instante, pensé que él, con su jerarquía, tendría el poder divino de arreglar ese desbarajuste. Pero no pudo, es más, nos miró como disgustado y nos dio la espalda como si ese quilombo fuese nuestra culpa. Y yo sabía que en parte tenía razón porque, ese, era nuestro problema, el de Ayala, Kajihara, Pergolini, el mío, el problema que treinta millones de compatriotas esperaban que lo solucionáramos. Sí, nuestro, ¡por la gran puta!, nuestro y no había nadie que pudiera ayudarnos a detener aquella locura, ayudarnos a discernir quién era quién, lentificar esos aviones que costaban millones de dólares que parecían parir a otros en el aire y que se movían cada vez más rápido; y que llevaban a bordo a montones de amigos, de aviadores argentinos como nosotros, muchachos de carne y huesos, con esposas, hijos que conocíamos y queríamos. ¡Y nosotros que los pretendíamos dirigir con esos cartoncitos de mierda!

— A los aviones en vuelo, objetivo en radial cero cuatro cero, sesenta kilómetros. — Obstinado, ofuscado por la imposibilidad de no obtener enlace, repetía una y otra vez el vicecomodoro Alegría. Para tentar mejor suerte, se había mudado desde la sala de comunicaciones al mismo CIC. Insistentemente, continuaba, la cara congestionada, las venas de la frente y del cuello hinchadas—: A los aviones en vuelo a los aviones en vuelo objetivo en radial cero cuatro cero sesenta kilómetros. A los aviones en vuelo, contesten, ¡carajo!

Las últimas palabras le salieron casi como un sollozo que, al instante, fue respondido por una andanada burlona de los obuses de las fragatas contra la Base. A los aviones en vuelo, a los aviones en vuelo... Dos M-III más, los Dardo, escuché a Pochetti que me decía con su voz entremezclada con el sonido de las detonaciones y los bramidos de Alegría. A los aviones en vuelo, insistió Alegría y, en un intento desesperado, tiró las bolsas de una ventana, la abrió y, asomando la radio y medio cuerpo, como si a viva voz pudiera comunicarse, los llamó a los alaridos. Sus gritos resonaron destemplados, solitarios, en aquella fría tarde de Malvinas. Le contestaron la estática, el brumm-brum de los cañones, los bip bip, bup bup de los equipos de radio de la otra pieza...

A todo esto, los Dardo, dos aviones Mirage III, la gran esperanza argentina, los cazas más veloces y mejor equipados que dis-

poníamos, se pusieron en una situación favorable para enfrentar a la patrulla de Harrier del norte.

— Del radar piden instrucciones — dijo Garrido.

— Que los derriben, que bajen como puedan a esas mierdas — respondí con un odio concentrado. Me coloqué unos auriculares para no oír las órdenes que continuaba gritando Alegría y seguir las alternativas del combate.

— Bandidos a la una, ¡vamos a darles, Perona! — Por la radio se oyó llena de coraje la decisión del capitán García Cuerva, el jefe de los Mirage.

El CIC se sumergió en un repentino silencio. Hipnotizados, todos observaban los triángulos movidos por Garrido y Pochetti. Los ojos seguían los cartoncitos y me miraban. Yo los veía a ellos y, en mis auriculares, oía la voz del mayor Silva, las instrucciones breves que transmitía, las opiniones que intercambiaba con los otros radaristas. Los imaginaba encerrados en la cabina oscura, expectantes, fascinados por los desplazamientos de esos puntos brillantes que, cada vuelta de antena, se reflejaban en la fosforescencia de la pantalla circular.

— Ahí cae uno. ¡Vamos todavía! — Un controlador del radar gritó eufórico y el grito me llegó tan fuerte por el cable que casi me revienta los tímpanos.

— ¡Vamos todavía! — grité igual que si hubiera sido un gol.

Cuando festejábamos, locos de contentos, y comenzábamos a abrazarnos, capté un «no» angustiado proveniente del radar. Yo repetí: ¡No!, descargando un puñetazo sobre la mesa. Mis acompañantes dijeron: ¡No! Y se callaron. Yo oí el silencio, el cañoneo, los bip bip bup bup. El numeral había sido derribado. García Cuerva, corto de combustible solicitaba aterrizar de emergencia en la pista de Malvinas.

— ¡Que ni se le ocurra aterrizar! — ordenó Alegría que no había desistido de hablar por radio con nuestros aviones atacantes.

Además de los cráteres de la mañana, la Base continuaba bajo el ataque de las dos fragatas. Quisimos advertirlo, pero perdimos el contacto radial. En las cercanías, lo recuperamos. Tuve una repentina inspiración y le ordené a Garrido:

— Hágale decir que se eyecte al norte de la pista, que en seguida lo hacemos recoger por un helicóptero.

Tres veces le pedimos al controlador del radar que le dijera a García Cuerva que abandonase el avión, convencidos de que es-

taba perdido. El piloto insistió en aterrizar. Ya estaba debajo de las nubes a la vista del aeródromo.

— ¡Alto el fuego! — Ante lo irremediable, le pedí al mayor Oliva que estaba en contacto con el puesto de comando de los artilleros que retransmitiera la orden.

— ¡Alto el fuego! — Gilberto repitió por el micrófono del teléfono punto a punto.

— Ataque aéreo por el oeste — nos llegó un aviso por la red de la infantería.

— ¡No! Es el nuestro — advirtió Cacho Ayala a Gilberto Oliva —. Avisáles que están confundidos.

— ¡Nos atacan! ¿Qué pasa que no tira la artillería? — reiteraron el pedido desde las primeras líneas.

— Repítales, ¡alto el fuego! — intervino Alegría mirando a Oliva. En sus ojos percibí el mismo presentimiento.

«¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!» Me pareció escuchar interminable la orden retransmitiéndose por la red de la artillería. Y tipos que no entendían nada que replicaban: nos atacan, nos atacan, alto el fuego, es un Harrier, los cañones de los barcos, alto el fuego, nos atacan, es un avión nuestro, la artillería que disparaba. «¡No me tiren hijos de puta!», García Cuerva que gritaba angustiado antes de morir, y llamadas eufóricas que repetían por VHF, «¡lo bajamos!, ¡se la dimos!»

— ¿Qué instrucción le damos al Rubio? — preguntaba Pochetti, al parecer, por segunda vez.

— ¡Hey, señor! ¿Qué le decimos?

— Que ataque sólo con ventaja de altura — respondió Cacho en mi lugar.

Yo estaba grogui. Ni recordaba que el Rubio, una sección de Mirage 5, hacía tres minutos se había enlazado con el radar. Alegría estaba igual. En la ventana, ya había enronquecido de tanto gritar, con los ojos colorados, brillantes, a punto de destrozarse el radio. Nuevamente me conecté. Se me reactivaron las neuronas y volví a calzarme los auriculares para escuchar el diálogo entre los radaristas y los aviones

— A la vista — dijo Leónidas Ardiles el piloto de la sección Rubio. La voz le sonó tranquila, como si estuviera en una práctica.

— Guarda que los Harrier son dos — advirtió alarmado el controlador del radar.

— ¡Aaaaaa!

— ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaa! — Una inacabable queja llegó hasta la médula del más recóndito de mis huesos.

— ¡Sebastián! — me decía Cacho Ayala segundos después, mientras todavía resonaba en mi cerebro el postrer lamento de Leónidas Ardiles.

Había quedado con la boca abierta. Detrás de la última exclamación de aquel valiente, había arrojado los auriculares sobre los cartoncitos. Con la frente apoyada contra el mapa de las Malvinas, sin darme cuenta, me había tapado los oídos, una punzada aguda me atravesaba el cráneo.

— ¡Otro más! ¡La putísima madre! ¡Otro más! — maldijo Jorge Molina, también a punto de claudicar, refregándose un ojo con la mano — . El observador del Puesto Siete dice que vio caer el avión de Ardiles en la isla Bouganville.

— Una escuadrilla está bombardeando los barcos — por el receptor de la ROA sonaron nítidas, llenas de entusiasmo, las palabras del observador.

Una formación de aviones M-5 arremetía contra los tres buques que desde hacía dos horas cañoneaban la Base Aérea. El ataque de estos aviones, el único exitoso concretado aquella tarde, fue presenciado por nuestras tropas desde las trincheras costeras. ¡Qué algarabía! me contó más tarde el Ruso Hrubick. El Turco hizo tocar, al corneta, los compases de *a la carga* y desató el delirio colectivo. Cuántos gritos, cuántos *vivas a la patria*. Qué alivio ver alejarse con el traste humeado a esos leviatanes modernos que habían cruzado los océanos para castigar la desfachatada pretensión argentina de reclamar sus pertenencias.

Reconfortado con el valor de los pilotos de Tandil, consulté el reloj y comprobé que habían pasado dos horas intensas, demenciales; dos horas y nuestros aviones comenzaban a ralear. Como nunca admiré la sabiduría del dicho «poner toda la carne en el asador». Tenía la certeza de que la Fuerza Aérea se había jugado a fondo, pero me parecían tan magros los resultados que, a partir de ese momento y por mi cuenta, a todos los que se pusieron en comunicación les hice decir que se volvieran, que regresaran a sus bases.

Media hora después, las fragatas que habían bombardeado el aeródromo eran un recuerdo humoso que se perdía en el horizonte. La batalla había terminado. Exhausto, mudo, como si me hubieran vaciado los sesos, aferrado al borde de la mesa, observaba

el mapa: ningún recorte de cartulina azul, sólo los triángulos rojos patrullaban nuestro cielo. La boca pastosa, más entabacado que después de una noche en vela, me sentía hueco, de regreso de una pesadilla. Ya no era el omnipotente titiritero que pretendía dirigir la batalla desde la virtualidad de un tablero lleno de triangulitos de colores. Volvía a ser el Sebastián Iriarte de Mariano Acosta, el resentido con Mauro, el abandonado por Analía, el que tenía que organizar el CIC, el que se burló de Paul Bryan, el que debía evitar que nos matáramos entre nosotros, el que debía haber conseguido que derribaran un caza enemigo. Estaba convencido de que no era mi culpa porque ¿a quién se le podía ocurrir defender las islas con los aviones basados a ochocientos kilómetros del lugar? ¿A un loco? ¿A un borracho? De todos modos, igualmente sentía la frustración como un fracaso personal, como un trago de hiel, como una trompada en el estómago. Y con la consistencia de un mazazo entre los ojos, comenzaba a tomar conciencia de que la lucha por la superioridad en el aire la habíamos perdido. Ya... ¡El primer día!

Con las primeras sombras, un silencio pesado se abatió sobre Stanley House y sobre mi espíritu. Aturdido por los derribos y la incapacidad que sentía por haber perdido en el encuentro, actuando como otra persona, me levanté de la Mesa de Información. Después de tomar un calmante para el dolor de cabeza, deambulé sin rumbo por esa vieja casona poblada de fantasmas. Un indefinido tiempo más tarde, alguien me encontró sentado al pie de la escalinata y me condujo a una reunión convocada por el brigadier con todo el Estado Mayor. Hacían un balance de las pérdidas y se planificaban las acciones para el día siguiente. Los vicecomodoros Alegría y García de Diego explicaban quiénes eran bajas irremediables y quiénes simples desaparecidos.

— A los marinos les hemos pedido que busquen a los tripulantes del Canberra — decía Alegría — . Perona ya está recuperado en Pebble Islands y los helicópteros de la Base Cóndor, a primera hora, van a buscar al primer teniente Ardiles. El resto creo que son muertos confirmados.

— A los heridos de Darwin los traen mañana, ni bien amanezca. O sea que para la tarde, tendríamos que pedir un Hercules y evacuarlos al continente — dijo García el Jefe de Personal.

— ¿Podrán aterrizar? — preguntó Castellano mirando a Destri que, embarrado, con la barba crecida y las huellas esculpidas a buril por la tensión vivida en la Base, también asistía a la reunión.

— Afirmativo, señor. Recorrimos la pista, salvo algunos cráteres que se pueden tapar, el borde norte, de una punta a la otra, está utilizable. El mayor Maiorano y la gente de infraestructura van a trabajar hasta terminar. La noche entera, si es preciso.

Con el mismo tono impersonal, el cónclave se prolongó hasta bien entrada la madrugada. Se habló de todo. Del desorden, de la imposibilidad de controlar numerosas escuadrillas a la vez, del tono altanero del almirante inglés invitando a rendirse al comandante argentino.

En general, se respiraba una atmósfera de serena resignación, como si frente a lo inevitable, a lo que más temprano o más tarde sabíamos que iba a ocurrir, se hubiera aceptado que muertos más, muertos menos, la guerra terminaría algún día. Al concluir, mientras los oficiales salían en silencio hacia el comedor, Destri se acercó al rincón donde yo había procurado pasar desapercibido. Levantando una ceja más que la otra, como lo hacía siempre que quería enfatizar alguna idea, me preguntó:

— ¿Se acuerda del pibe Daniel...? Ese... el que usted tanto insistió para que lo trajéramos de vuelta a la base porque tenía miedo.

— Sí — respondí, recordando de inmediato al soldado del Puesto Nueve.

— Bueno, se le acabaron los miedos para siempre... — Destri me clavó sus ojos negros y, agitando los dedos inmensos de la mano derecha, la subió hacia lo alto.

— Gracias por avisarme — contesté, sintiendo que se me cortaba la respiración.

Como si la masa de aire que se extendía en mi vertical de pronto se solidificara, no pude pararme. Quedé abrumado; los hombros, la cabeza, caídos hacia adelante; la mente en blanco. Alguien, a quien no respondí, me dirigió una pregunta, apagó la luz, se fue, y quedé solo en la sala de reunión. Si, en ese momento, un médico me hubiera visto, supongo que habría detectado los síntomas de mis desarreglos cerebrales e inmediatamente me hubiese enviado de regreso al continente. Pero no ocurrió y nunca me enteré cómo me las arreglé para llegar hasta mi bolsa de dormir. Quizás me arrastré, quizás alguno de los suboficiales más viejos habrá tenido un arranque paternal y me haya alzado.



## 11

El amanecer del segundo día de la guerra me sorprendió con el mismo dolor de cabeza, pero curiosamente sereno. El frente frío anunciado con tanta anticipación había llegado al fin. El mal tiempo estremecía los confines del Atlántico Sur. Hasta gaviotas y petreles temían echarse a volar. Y aquel manto oscuro y consistente como el plomo nos brindaba una engañosa sensación de seguridad. El mayor Kajihara, a cargo del turno, dispuesto a no dejarse madrugar otra vez, me autorizó a despegarme por un par de horas de la responsabilidad de angustiarme junto a la Mesa de Información General. Gustoso acepté acompañar al comodoro Mendiberri y a Jorge Molina a evaluar los efectos de las armas arrojadas contra la Base.

Bajo la llovizna, el aeródromo era la imagen misma de la desolación. Excepto los cadáveres, nada se había retirado. La torre, medio derruida; chapas, trozos de madera, bloques de mampostería, increíblemente alejados del lugar original. Tapada por los escombros, apenas se adivinaba la traza de la plataforma de estacionamiento de los aviones. Más allá, vehículos carbonizados, aviones despanzurrados con la cola hacia arriba dejaban ver sus esqueletos. En donde se emplazaban las carpas, extremos de lona semienterrada flameaban y aplaudían el barro con monotonía. *Allá habrá muerto Daniel*, pensé. Entre las ruinas, papeles sueltos, bolsas de polietileno, volaban al ras del piso, lentamente, como almas en pena. Por todas partes se veían los montículos de tierra que rodeaban los hoyos descomunales provocados por las explosiones. Nos entretuvimos un buen rato caminando entre los destrozos, analizando las esquirlas y fragmentos de las bombas.

— En una de esas, le encontramos un cartel y nos enteramos de qué arma se trata — dijo el vicecomodoro Mendiberri que, enseguida, nos hizo medir el diámetro de los impactos con una cinta métrica.

Jorge se ofreció a bajar y, embarrándose hasta las rodillas, descendió al fondo de un cráter. Tomamos el metro setenta de su

estatura como patrón y calculamos la profundidad del pozo. No menos de tres metros. Mendiberri, a pesar de que tratamos de disuadirlo, levantó como recuerdo un par de grandas sin explotar de las bombas racimo BL-755.

Regresamos al caer la tarde, minutos antes de que un buque se acercase y continuara cañoneando las defensas argentinas. La presencia inquietante de esta fragata y sus regulares salvas cayendo cercanas a la ciudad, nos obligaron a pasar parte de la noche, ateridos, durmiendo vestidos, solo por momentos, en los refugios cavados alrededor de Stanley House. Sólo en los días siguientes descubriríamos que era más importante descansar bien que cuidar el pellejo.

El precio que pagué por mi inexperiencia fue un despertar entumecido, malhumorado, pero con un cielo más despejado. Buena meteorología equivalía a vuelos, y volar significaba que debía atender el negocio. Sin haberme cambiado de ropa, me apresuré a tomar el puesto en el CIC, en esta ocasión, junto con el mayor Pergolini. Ni que hubiese adivinado: no habían transcurrido más que un par de minutos, que ya nos enterábamos por la radio de que la Base Cóndor estaba bajo un ataque aéreo. Minutos más tarde me ocupaba de dar la novedad al Comando.

— Halcón, Halcón aquí Águila — dije por el micrófono.

— Prosigá, aquí Halcón — respondieron desde Comodoro Rivadavia.

— Mayor Iriarte opera, tengo novedad urgente para operaciones.

Tras segundos de ruidosas descargas estáticas por el parlante del equipo, cambió el interlocutor que atendía en Comodoro.

— Adelante con novedad, comodoro Rodríguez en frecuencia.

— Tome nota, señor — dije en forma impersonal para ocultar la emoción —. A las ocho cero cinco, tres aviones Harrier atacaron la Base Cóndor en Darwin. Dos aparatos, derribados por la artillería argentina. Repito, dos Harrier fueron derribados. Uno de los aviones cayó en medio de las instalaciones. No hubo eyección. El piloto será sepultado esta tarde con honores militares. El otro aparato se hundió en el estrecho de San Carlos. ¿Recibió, señor?

Pausa prolongada. Luego, un je.

— Y con ese tono me lo dice... Cancherito, el mayor... Corto.

Y cortó. Imaginaba el revuelo en Comodoro, las llamadas a Buenos Aires, las corridas a la prensa. *La lucha continúa*, pensé restregándome las manos mientras volvía al CIC.

—¿Qué dijeron? —preguntó Pergolini al verme entrar.

—Se imagina, señor. No lo podían creer después de tantas pá-lidas. La última es que parece que hundieron al Sobral, el aviso de la Marina que buscaba a los tripulantes del Canberra.

—¡Qué hijos de su madre! —exclamó Pergolini, y movió lentamente la cabeza—. ¿Cómo habrá caído la noticia después de la depre colectiva provocada por el asunto de García Cuerva? O el de Ardiles.

—Cierto. Además, no sé para qué seguir buscando. Nos hemos cansado de decirles que el avión cayó en la isla Bouganville, casi en las mismas narices del Observador Siete de la ROA. Y que no vio nada, ninguna eyección. Pero bueno... —Me callé, sin poder reprimir, al recordarlo, el temblor de la mano con que sostenía el cigarrillo.

Esa tarde, por segunda vez desde el comienzo de la guerra, fui a la Base Aérea Malvinas. En esta oportunidad a despedir a los heridos por el ataque.

Cerca de la ambulancia estacionada junto al primer Hercules que había aterrizado en las Malvinas burlando las defensas de la flota enemiga, encontré al primer teniente Dante Dovichi. Cabeza y manos vendadas, un brazo en cabestrillo, sobre una silla de ruedas lo llevaban de vuelta a Comodoro Rivadavia.

—¡Se le acabó la guerra, Dovichi! —le hablé a gritos pelados, tratando de ganarle al ruido de los motores en marcha del avión.

No contestó, ni aún después de verme parado delante de él. Tenía los ojos con el brillo de una gran tristeza y un rictus dolorido que hablaban de por sí de la angustia que había vivido en la torre de vuelo donde lo había sorprendido el bombardeo del Vulcan. Sentí una gran compasión e intenté ayudarlo.

—¡Vamos, vamos! Apúrense que se va la máquina —dijo el Ruso Hrubick sorprendentemente, tomándome un brazo desde atrás y, apurado, enérgico como siempre, me quitó la silla y la empujó a toda velocidad hacia la rampa baja del Hercules.

Con el corazón aún oprimido por el aspecto sufriente de Dovichi, vi partir el C-130. Como antes, cuando había observado los despegues desde la torre de vuelo, me llenó de admiración el coraje y la determinación de esos pilotos. Con el agregado de que, ahora, no desafiaban nubes vulgares, sino el brutal lenguaje de las armas de un bloqueador implacable que no apelaba a la retórica o a las

amenazas diplomáticas para convencer. Más asombro y respeto todavía me produjo advertir que en la cabina de aquel avión, parado detrás de los dos pilotos, viajaba el jefe del Grupo de Transporte. Con ese gesto que lo enaltecía, el comodoro Jorge Martínez demostraba que, antes que nada, se debía enseñar con el ejemplo.

Robustecido con el valor de esos hombres, con mucha precaución conduje hasta el poblado el Land Rover que nos habían facilitado el mayor Silva para trasladar los víveres de la ROA. Cuando llegué, la oscuridad comenzaba a borrar los techos del case-río; la vieja casona de Stanley House, en cambio, estaba ya completamente envuelta por las tinieblas. En el CIC me esperaba el vicecomodoro Alegría y una sorpresa:

—Venga, camaradita —dijo, mientras me tomaba del codo—. De todos nosotros, usted es quien más conoce de los Mirage 5. Así que, mañana, va a tener que hacerse un viajecito hasta Darwin y a la isla Bouganville. Debe buscar bien. Me oye, bien. A ver si, de una buena vez, nos sacamos la duda de si Ardiles se tiró o no en paracaídas.

Al día siguiente, prácticamente al alba, a bordo de un helicóptero Bell-212 inicié el viaje hacia la base Cóndor. Por la portezuela abierta contemplé las neblinas estiradas a lo largo de los valles, las manadas de caballos huyendo a nuestro paso y esos gansos gigantes escapando, aleteando con frenesí hasta remontarse torpemente. Era la segunda vez que visitaba el caserío, la segunda vez que veía esa pista angosta demarcada sobre la superficie ver-dosa de la turba. El establecimiento Darwin donde se habían instalado nuestros hombres ocupaba el centro del istmo de Goose Green o de la lengua de tierra que impedía que la hendidura Choi-seul fuese un estrecho que partiera en dos la isla Soledad.

En Darwin me recibieron el mayor Navarro, jefe del Escuadrón Pucará; y el capitán Pose Ortiz de Rozas, de los helicópteros. Las escasas horas que permanecí con ellos, un día apenas, me produjeron una impresión fuerte, muy semejante a la que se tiene al observar la cara opaca del espejo, la dimensión execrable de la guerra, ese territorio que suscita resquemores, donde los hombres parecen transponer la barrera del miedo y del horror y demuestran, o quieren demostrar, un trato familiar, casi vulgar y despectivo, con la muerte.

En compañía de los jefes de escuadrones fui hasta el cobertizo donde el comodoro Pedrozo había montado el comando de la base.

Después de saludarlo y explicarle el motivo de mi viaje, asistí a una formación convocada para felicitar a los soldados que se habían destacado en el combate antiaéreo del día anterior.

La parada militar fue austera, surrealista. La presencié desde un costado, sintiendo que no era verdad lo que veía, que se trataba de un sueño que no alcanzaba a ser pesadilla. De todos modos, aguanté a pie firme que terminara y, no muy dueño de mis actos, acepté la invitación de Navarro y de Pose a recorrer las instalaciones. La gran atracción de ese momento, por supuesto, eran los restos dispersos del Harrier y, en las proximidades de un corral de ovejas, el austero y recién inaugurado cementerio de guerra. Un camposanto que no pasaba de ser un simple acordonamiento de piedras con una cruz de madera en un costado. La soledad de la tumba y los resabios de la violencia sobrecogían.

— ¡Qué buenos zapatones que usan estos tipos! — dijo el Toto Navarro, tras entrar en un galpón de tablones retorcidos. Mientras me enseñaba los botines del muerto, agregó — : Nada que ver con el cuero de los nuestros. Tocá, los voy a guardar por si se rompen los míos. Usamos el mismo número.

— ¿Para qué le quitaron los borceguíes? — pregunté estúpidamente algo que resultaba obvio e intrascendente, pero que me pareció tremendo, escandaloso; como si al muerto, por aquello de morir con las botas puestas, al descalzarlo lo hubiesen mancillado y despojado de su mismísima jerarquía militar.

— Los médicos, para revisarle el equipo. Son las normas de los de Inteligencia — me explicó Navarro, con cara de veterano de Vietnam.

— Mirá, en un bolsillo llevaba esta libreta — dijo el mayor Pose — . Tiene anotadas las frecuencias y ubicación de los radares del CIC.

— ¡Qué guachos! — respondí, indiferente, con mi atención puesta en un suceso que me entristecía, que en lugar de indagar sobre los datos de inteligencia, me hacía insistir — : Pero, ¿por qué no volvieron a ponerle los botines?

La pregunta, junto con las caras de sorpresa de mis acompañantes, se fue con el viento que se colaba por las hendidias del galpón. Y con el aire que escapaba, mirando la cruz blanca a través de un hueco entre las tablas, sentí esa indecible angustia, ese estrujón del pecho, ese dolor del corazón que parecía concentrar las penas de la humanidad entera. La angustiosa opresión que había

acompañado cada una de mis convulsiones en la niñez, el nudo encima del corazón que me impedía respirar, el mismo que sentí cuando me crucé con Mauro en Comodoro Rivadavia, el mismo que había sentido renacer cuando pisé las Islas Malvinas, solo que ahora se disparaba de repente, sin un motivo aparente, en pleno estado de vigilia. Sin que lo percibiera, se me entrecruzaron los contactos cerebrales y volé alto, altísimo.

*Cortinas de llovizna fría en sucesivas oleadas barren el paisaje. Ni colores tienen los montes. En la Base Cóndor, un galpón más grande y varias construcciones menores dispuestas en L forman un medio cuadro. En ese mismo lugar, al abrigo del viento, junto a un mástil maltrecho, con una bandera blanca y celeste a punto de desprenderse, el comodoro Wilson Pedrozo, envuelto en una larguísima bufanda verde, preside una parada militar. En frente de él, con actitud emocionada y marcial apostura, forman los oficiales, suboficiales y soldados libres del tedioso servicio de escudriñar la llovizna. Hace veinte días que aguardan a los marines reales, veinte días con sus largas noches, desentumeciéndose a los golpes las manos enguantadas; zapateando en el barro los borceguíes húmedos, las medias húmedas; las plantas de los pies reblandecidas, blancuzcas y húmedas. Veinticuatro horas atrás, la Base Cóndor ha vivido su hora más gloriosa. Junto al comodoro, de cara a la formación, el Ayudante acaba de leer una Orden del Día que proponía condecorar con la medalla al Heroico Valor en Combate a un soldado santiagueño, flaco, chiquito, pelo de púa muy corto, ojos redondos y negros que bailan sin descanso. El soldado, que mira sin entender (nada más le han dicho que tire y él ha tirado nomás), está parado al otro lado del comodoro. Un poco más allá, bastante alejado, un cuarto personaje observa, algunas veces a los formados, otras a los del frente. Es un extraño piloto, alto, cara pálida o muy blanca. La misma ropa que los aviadores formados: la misma campera, el mismo traje de neoprene, sólo que no tiene puestos los gruesos zapatones de puntera de acero. Meneando la cabeza, el desconocido escucha atentamente al comodoro que, en ese momento, arenga a los hombres y se refiere a la hazaña del conscripto.*

— Señores — dice el comodoro Pedrozo — ayer con las últimas luces, cuando todavía escuchábamos los lamentos de los heridos, los convoqué a participar del sepelio y a orar por el eterno descanso del piloto del avión británico derribado por nuestra artillería — al decir estas palabras, señala los restos informes de un avión Harrier que, bajo la llovizna, se ven a un costado de las últimas edificaciones — . Y hoy, aprovechando el respiro que nos permiten las inclemencias del tiempo, estamos aquí reunidos,

*en este lejano rincón de nuestra amada patria que, con nuestra sangre hemos jurado defender, para rendir un justo homenaje a este soldado argentino — con el pulgar hacia el costado señala al joven santiagueño — que, en el día de ayer, que estoy seguro será recordado como el día de la Defensa Antiaérea de la Base Cóndor, supo oponer su coraje gaucho a la tecnología más avanzada y prepotente del mundo — el soldado enarca las cejas y el extraño piloto de cara blanca aprieta los labios con fastidio —. Y por si alguno no lo sabe, durante el ataque, este soldado se encontraba apostado en un diminuto pozo de zorro que, por la dureza de la roca hallada en la capa inferior de la turba, no había podido ser cavado más que cincuenta centímetros de profundidad, aunque para él, en realidad, era suficiente — el comodoro sonríe paternalmente por la ingeniosa alusión a la corta estatura del condecorado; los militares formados también, aunque más de uno empieza a decir por lo bajo que se apure porque no da más del frío; el santiagueño, como si no se tratara de él, también sonríe; y el extraño piloto, como diciendo «hasta eso» sube y baja la cabeza —. Terminar con los movimientos, que esto no es para reír — reprende el comodoro para retomar el control de la guarnición —. Como decía, producido el ataque, este digno representante de nuestro pueblo con su fusil de dotación personal, igual al que tienen todos los miembros de la Base, repelió activamente a los agresores y, cuando la aeronave del piloto sepultado ayer fue alcanzada por la batería de treinta y cinco milímetros, el soldado continuó tirando. Pero aquí no termina la historia, porque mientras el avión en su postrera picada se abalanzaba sobre las instalaciones de la Base, el soldado, en vez de buscar refugio, a pecho descubierto siguió haciendo fuego y tiró y tiró y tiró. Tiró hasta el momento mismo en que el Harrier, herido de muerte, impactó el terreno a veinte metros de su puesto. Como testimonio del heroísmo, han quedado: el uniforme y la cara chamuscada de este valiente y las piernas del cadáver del británico, en las cuales el médico halló un par de perforaciones, que bien pudieron haber sido producidas por los impactos de este conscripto — palabras finales del comodoro.*

*— ¡Oh shit!, ¡fucker soldier! — murmura Nick Taylor, el extraño piloto que habla con rabia, y golpea el piso con los pies descalzos, sucios y con rastros de sangre.*

Que eran las once me dijo el Toto Navarro apoyando su mano pesada sobre mi hombro. Sobresaltado por el contacto extraño, regresé de la ensoñación en la que me había extraviado, no sin antes hacer un esfuerzo para desprenderme de esa atracción casi

hipnótica que ejercía la cruz blanca desde el corral. Miré al mayor Pose, en el momento en que miraba las nubes y me decía:

— El techo está levantando. Creo que podemos probar.

Media hora más tarde hacíamos el primer intento de llegar hasta la isla Bouganville. A bordo de un helicóptero Chinook pilotado por el mayor Pose nos internamos por el canal Choiseul. Teníamos la isla a la vista cuando, desde atrás de unos islotes que se encontraban más al sur, emergió la silueta inconfundible de una fragata. No había terminado de imaginar que los artilleros del buque podrían empezar a practicar el tiro al *segno* con nosotros que ya el piloto había invertido el rumbo y regresado.

Esa tarde el tiempo empeoró. Compartí un austero guiso de cordero con los pilotos del escuadrón Pucará. Antes de las nueve de la noche, en la barraca comunitaria encontré un lugar bastante aislado donde desenroscar mi bolsa de dormir. Enfundado, con los brazos sobre el pecho, tipo momia Tutankamón, me dormí mientras rezaba la segunda decena de avemarías del rosario.

La mañana siguiente se presentó despejada. Sin moros en las costas ni en los laberintos de canales que nos rodeaban, pudimos volar a isla Bouganville. Es decir, que llegamos sin problemas y sin descubrir nada que valiera la pena mencionar. Excepto un perfecto círculo de tierra removida. En el centro de la isla se divisaba un redondel simétrico, como trazado con compás, cubierto con terrones picados igual a los de un campo arado. Y vimos que los cascotes despedían tenues y espaciadas serpentinadas de un humillo blanquecino y que, de entremedio, surgían los destellos metálicos de miles de chapas retorcidas y trozos de aluminio triturados hasta lo inimaginable por la intensidad del impacto.

— Y, experto, ¿qué puede decir? — preguntó Pose, irónico.

Habíamos llegado caminando hasta el centro del círculo de tierra calcinada aún humeante. La capa superficial de turba aún ardía en los bordes con un insignificante frente de llama.

— Mirá, necesitaría una pala mecánica — contesté, mientras con una varilla de metal escarbaba donde había un pequeño hundimiento. Entre las fisuras de la tierra removida, como por obra de algún fenómeno volcánico, emergían las tenues venas de humo gris—. Acá todavía se siente calor — dije, palpando la tierra—. Para mí, este es el eje del impacto. Da la impresión de que el avión hubiera entrado de punta y que toda la tierra desplazada lo hubiese vuelto a tapar.



— Bueno, apúrese Iriarte, que si alguna fragata anda cerca y nos ha visto, tenga la seguridad de que en cualquier momento aparece un Harrier y nos hace de goma.

— Ya va, ya va; quiero estar seguro — dije, caminando, hundiéndome hasta las rodillas con un temor malsano de encontrar en cualquier momento el cuerpo del pobre Leónidas.

Pose ya estaba junto al helicóptero, estacionado a veinte metros del lugar. Cada vez que lo miraba me hacía señas impacientes de que me apurara. Yo buscaba, me desplazaba sin ningún plan entre las ruinas. Con la varilla y con el pie, revolvía objetos sueltos que trataba de identificar. Un caño: *¿un parante de la cabina?* me preguntaba. Una chapa brillante: *¿el extremo de una aleta de la turbina?* Un trozo de cuerina negra: *¿podrá ser un costado del apoya cabeza?* Dios ¡*Qué se yo!* Seguía caminando, escarbando los estropicios del accidente, sentía un cascote de turba atravesado en la garganta y los ojos inundados por un llanto incontenible, y un deseo de arrodillarme, de rezar por el alma de aquel bravo que, hacía cinco días, lo había escuchado decir con su voz pacífica que tenía el blanco a la vista y que, ahora, estaría entremezclado con las entrañas de ese islote insignificante. Y en ese estado de exaltación, casi místico, sentí otra vez que me evadía.

*La isla es chata. Manchones de niebla blanquecina, rastrera, cubren las escasas depresiones. Justo en el centro, una columna de humo tenue y amarronada asciende en forma vertical. El humo surge de una circunferencia de unos doscientos metros de diámetro. Los bordes arden con llama débil. La capa verde azulada al extinguirse descubre un polvo finísimo que le da al humo aquel color tan particularmente ocre. En el centro del círculo polvoriento, se ve la tierra revuelta. En medio de un montón de hierros retorcidos, emerge inconfundible, el ángulo agudo de la cola de un Mirage. En ese momento, en el costado opuesto, se observa a un piloto que, con gestos de asombro, también contempla el grotesco monumento de chatarra. Viste un buzo de neoprene oscuro, las piernas y la cintura ceñidas por el equipo anti-G, la campera de vuelo con el lado de raso lustroso, color naranja, hacia afuera y en el cuello el orgullo de su Escuadrón: el pañuelo de seda estampado con un damero rojo y azul. Parece que acaba de quitarse el casco de vuelo. Su cara denuncia la preocupación. Aún guarda alrededor de la boca y de la nariz, el surco profundo de la máscara de oxígeno, el color encendido del esfuerzo. Los mechones despeinados descubren una calvicie precoz. Las piernas abiertas, las manos en los bolsillos.*

*Después de estudiarlo un rato, lo reconozco y me acerco a preguntarle:*

— ¡Eh, Leónidas! ¿Qué te pasó? ¿Contáme, que te pasó?

*Al escuchar su nombre, Leónidas Ardiles levanta la mirada y dibuja con el recuerdo tres delgadas estelas de vapor. En la punta de una, vuela él con su Mirage. Las otras dos son aviones Harrier.*

— ¿Y no te diste cuenta que eran dos contra vos solo?

*Leónidas Ardiles sonríe pensativo, antes de responder:*

— Sí, pero viste como son esas cosas, ya estaba acá. Además venía bien acomodado. Al de la derecha le gané la posición enseguida. Lo tenía en la mira, el sonido de misil enganchado en los auriculares...

— No me digás que le soldaste el caño a un inglés.

— ¡Qué se lo voy a soldar! ¡Con esas batatas que tenemos! — responde y mueve la cabeza mansamente, sin bronca ni resentimientos; con resignación, y con una amplia sonrisa, sube los hombros y agrega — : Y acá me voy a quedar. Hasta que me busquen.

*Ahora, a Leónidas ya no se lo ve. Sobre la superficie desnuda, marrón, el humo continúa subiendo. En el origen, la cola del Mirage parece un dedo que señalase la dirección del cielo.*

¡Vamos de una vez por todas!, gritaba Pose, perdida la paciencia. Acercándose, me preguntó qué me ocurría, pues me había vuelto mortalmente pálido. Ni que hubiera visto un fantasma...

— Nada. No vi nada — dije — . Estoy un poco emocionado, nada más.

Esa misma tarde, con la nariz aplastada contra el plexiglás circular de la ventanilla del Chinook, viajé de regreso a Puerto Argentino. Los pasajeros, sin excepción, mirábamos hacia fuera, rezando por llegar a destino sin haber tenido el privilegio de gritar: ¡Harrier a la vista! Yo sentía frío, creo que temblaba. Quizás me estremeaba el aire helado que llegaba desde la puerta abierta, donde un artillero atado a una silla giratoria, con suficiencia, como diciendo vengan nomás, abanicaba lentamente el cañón de una ametralladora 12,70. O tal vez tiritaba por las visiones que se me superponían con el paisaje: aquellos rostros boca arriba, pugnando por brotar desde el fondo de la turba o las manos erigidas sobre los campos, haciendo señas, girando sus palmas hacia el helicóptero como siguen al Sol los girasoles.



## 12

Transcurrida una semana, el comienzo de las hostilidades era una anécdota; la guerra, igual que mis dolores de cabeza, una forma de vida. *¿Será posible acostumbrarme? ¿Incluso a las visiones?*, me preguntaba, evocando esas imágenes igual a flashes que se me superponían con la realidad, destellos imprevistos que me llegaban desde otras dimensiones. Continuaba preguntándome, mientras mis ojos seguían el deambular de la birome, ida y vuelta, escribiendo sobre los renglones. Los renglones en blanco de la agenda de tapas de cuerina verde. *Lo único que falta, es que comience a escuchar gemidos*, me dije, y torcí la boca hacia un costado, en una mueca que pretendió ser sonrisa. Afuera, se oía el silbido del viento y de la llovizna fría y persistente que los kelpers llaman niebla.

Al mediodía, con un gran ardor en los ojos, levanté la vista. Inconscientemente movía los dedos, entumecidos, casi acalambrados de tanto escribir. La presión ejercida por los mechones algodonosos de las nubes se había aliviado. Por momentos se veían los techos de zinc y, perdida en una bruma gris, la orilla del otro lado de la bahía. Había escrito durante más de cuatro horas. Me sentía mejor, libre de esas escenas evocadas por el acontecer cotidiano que, de tan vívidas, no discernía si habían ocurrido antes o después o, simplemente, si no habían sucedido. Listo para retomar el trabajo en el CIC, debía almorzar y hacerme cargo del turno vespertino.

A las tres y cuarto, Cacho Ayala me pasaba las novedades. El cabo primero Funes ya se había hecho cargo del servicio de actualización de la carta en la Mesa de Información General. Hasta las once de la noche permaneceríamos en esa habitación de paredes gastadas, cubiertas de mapas que, a su vez, prematuramente habían comenzado a raerse.

— Está todo tranquilo — dijo Cacho con su acostumbrada parsimonia, chupando prolongadamente un mate de yerba descolo-

rida —. Tuvimos una o dos detecciones de ecos falsos, nada más. La única novedad que podés tener es que, si mejora el tiempo, posiblemente larguen una misión de reconocimiento sobre el centro de la isla Soledad.

— ¿Para qué van a mandar una misión a ese lugar? — La idea me sonó disparatada.

— No sé. Según Jorge Molina, es porque han detectado el desembarco de unos marines. Aparentemente, están instalando una estación de vigilancia para prevenir a la flota sobre incursiones en vuelo bajo.

— Con tal que no se les ocurra hacerlos volar con este tiempo.

— Los de Pronóstico avisaron que viene mejorando desde el sur, pero quién sabe, ¿no? — Cacho siguió hablando al tiempo que, con movimientos cortados, vaciaba el mate en un cesto de papeles —. Listo, Sebastián, te dejo. Que tengas suerte en el turno.

Tras los buenos deseos, mi amigo se alejó con un bostezo. Yo me quedé pensando, y todavía pienso: *¿Existe la suerte? Lo que sucedió a partir de ese momento, ¿fue suerte? Aún hoy, no lo sé.* Y eso quería saber precisamente cuando, a las tres y media, recibía de Comodoro Rivadavia un mensaje en clave con los datos de la misión. Al salir de la Central de Comunicaciones, me sorprendió Funes:

— ¿Ordenaron, nomás, el vuelo?

Perturbado, sin poder articular una frase, asentí con la cabeza. De inmediato había sabido que era él. Las palpitaciones me sacudían el pecho, me cavaban un vacío en el estómago. Temblando, releí el indicativo: Trueno. El código de Mauro. El Trueno Mauro. El capitán Mauro Bertoni venía al frente de dos A-4B. Estrujé el papel, sin pestañear, sintiendo que ese odio irracional, ese odio más fuerte que mi misma voluntad se transformaba en imágenes.

*Mauro, Analía. Mauro, Analía. Ellos, engañándose: yo en Mariano Acosta, mi novia y mi mejor amigo en el Club Social de Villa Mercedes. Analía en sus brazos, Analía sentada sobre sus piernas. Amigos para siempre, me dice Mauro, me da la espalda y la besa en la boca. Aquella boca que esquiva la mía, la que se desvía endurecida. La boca de labios finos, dientes blanquísimos sonriendo bajos los flashes de Network. La que me dice basta, Sebastián, y me pide que no la acaricie más como si mis manos tuvieran sarna.*

— En contacto con el radar — oí que decía el cabo primero Funes a mis espaldas, luego — : Están al oeste de las Sebaldes.

A las cuatro de la tarde, me resistía a mirar la mesa. Un temor absurdo me invadía. Miedo de tomar decisiones, de que mi cara traicionara mis sentimientos, de que mis ojos reflejaran los personajes que descubría en las nubes a través de la ventana.

— ¡Señor! ¡Señor! Mire acá.

La entonación angustiada de Funes me obligó a mirarlo. Con mano temblorosa, acababa de ubicar, viniendo desde el Este, un par de discordantes triángulos rojos que apuntaban hacia la escauadrilla de Mauro. Al terminar, preguntó:

— ¿Hacemos volver a los Trueno?

— Están muy lejos — contesté, luego de sacudir la cabeza.

Arreglételas Mauro, musité apenas. Respiraba con dificultad, haciendo un bollo con el papel. Vos y tu Analía... Amistad eterna, me juraste y me pusiste los cuernos, desgraciado... seguía murmurando, mientras volvía a darle la espalda a la mesa y al cabo y a los triángulos de cartón.

— Los Trueno en radial dos ochenta a ciento sesenta millas. Los Harrier van hacia donde están ellos ¿Los hacemos volver? — insistió Funes.

*Cuánta traición, cuánto rencor.* La cara vuelta hacia el rectángulo de vidrio, no respondí. Sentía los ojos inundados de un calor ácido, los latidos desbocados del corazón.

— Los Trueno se dirigen al punto de descenso, preguntan si tenemos detectados cazas enemigos.

*Mauro, Analía.* Al notar la respiración impaciente del cabo, hice un esfuerzo por serenarme. Simulé indiferencia, embotamiento por la hora, la atmósfera cálida y dulzona de la turba, miré a Funes y, nuevamente, al espacio que quedaba libre sobre las bolsas apiladas en la ventana. Observé la otra orilla de la bahía. Se veía bastante bien. Fingí que me desperezaba y pregunté:

— ¿Dónde anda la PAC inglesa?

— Debe estar en la sombra de las sierras porque el radar la perdió de vista ¿Los hacemos volver? — En esta oportunidad, Funes acompañó la consulta con un fruncimiento fastidiado de sus labios.

— Negativo, que les avisen para que estén atentos, nada más. No los asusten, ¿eh? Los ingleses están súper lejos, y estos tipos son capaces de pegar la vuelta sin cumplir la misión.

Con una elocuente media sonrisa que me decía «te quisiera ver a vos», Funes pidió al operador del radar que previniera a la escauadrilla. Los fantasmas acostumbrados invadieron mi mente.

*A Mauro le asombra la capa de nubes, el color violáceo inconcebible en aquellas latitudes. Duda. Observa los espejos retrovisores. Muy cerca divisa la silueta firme del avión numeral. En la estrecha cabina del Skyhawk, quien no está firme es el reloj: gira, gira. Incesantemente, suma segundos al ritmo del corazón. ¿Desciendo? Han pasado varios minutos desde que Mauro le preguntó al Control de Malvinas por actividad de cazas ingleses. Le han informado que sí, pero que están lejos. Y la incertidumbre lo carcome, y no quiere hablar más. Sabe que los aviones enemigos tienen radares de a bordo que lo pueden detectar entre las nubes. Él no, y tiene órdenes de no bajar si no le aseguran que está libre la zona del blanco. Confía en sus camaradas en las islas, pero confía más en su teoría de que, si hay interceptores en vuelo, es preferible volar bajo. Los auriculares le dejan oír su aliento: un sonido grave que con cada exhalación abre el micrófono y le llega a la conciencia. Sin esperar más información, crispera la mano izquierda sobre el acelerador, con un estremecimiento, los carrillos apretados, reduce la potencia.*

*Adentro, la nube es más oscura. Los aviones parecen burbujas luminosas. El corazón galopa desbocado. La respiración, agitada. Con la cabeza inclinada, apenas iluminado por la fosforescencia del panel, Mauro mantiene los ojos clavados en los instrumentos. Un vuelo sin sobresaltos, se ha dicho al recibir la misión. Un reconocimiento al centro de las islas, sin barrera de buques ni defensa de misiles. Hace una mueca bajo la máscara. Ironías del destino: doscientos metros, y aún vuelan entre nubes. Bajá, no hay más que agua. Animate, bajá un poco más. Vamos. Se alienta, reprime un molesto temblor de rodillas, percibe la transpiración fría de sus manos.*

— ¡Señor! ¡Mayor Iriarte!, los del radar dicen que no han podido avisarle a los Trueno, porque bajaron antes de tiempo. Y es más que seguro que los esperan los Harrier.

— ¡Que regresen de inmediato al continente! — ordené al borde ya de ese vahído angustioso que me sacaba del mundo. Crispé las manos sobre las varillas que sostenían los vidrios de la ventana, miré las cenizas del cielo y me puse a rezar.

*Sin aviso, el gris plumizo que rodea el Skyhawk de Mauro se vuelve azul. Azul marino, azul acero, azul océano cubierto de un rebaño interminable de motas espumosas. Volando en aire claro, Mauro se percata de que aún falta bastante para la costa, enérgico, sacude los pedales. Tras el guiño breve de la cola del reactor, la escuadrilla se abre. Flechas atronadoras, con trescientos metros de separación, vuelan paralelas. A cinco metros del agua, las olas las salpican con sal. Un vientre renegrido las amenaza veinte metros más arriba. A tremenda velocidad, no hay tiempo que perder, controles y más controles: combustible, mira, llave de armamento; absolutamente todo, sin dejar de mirar afuera ni de vigilar la cola del compañero. Cada salto del segundero es una hora, cada minuto, una eternidad.*

*Al compactarse la franja gris del horizonte, claro indicio de que se aproximan a las islas, como si entraran en una caverna, las nubes se elevan y mejora la visibilidad. En ese instante:*

*— ¡Harrier! — Mauro recibe la advertencia urgente de su compañero. Con violencia, desvía la trayectoria.*

*— ¡Misil! — resuena otro alarido.*

*Los ojos desorbitados buscan hacia atrás. Son acontecimientos simultáneos: el destello, el impacto salvaje, la pérdida de energía, el extremo del ala desprendida, la espuma de las olas que suben. Mauro aplasta la nuca contra el respaldo. Hunde la mano entre las piernas. Muerde con rabia. Cierra los ojos. Desesperado, tira hacia arriba la manija de eyección. Las vértebras se comprimen. La boca vacía de la cabina se aleja. Después, nada. La nada absoluta hasta que el agua helada lo vuelve a la realidad, a ese mundo submarino, salado, que le entra por los ojos y le inunda la garganta. Solo entonces tiene noción de estar sumergido, de que el salvavidas se infla y lo arrastra hacia arriba. Con angustia, patalea hacia la luz fraccionada del exterior.*

*¡Qué espectáculo, su cabeza emergiendo en aquella inmensidad! Aparte de Dios, ¿alguien escucha los gritos, los jadeos y el frenesí incontrolable con los que pretende respirar? Minutos después, exhalando sonoro, los pulmones se recuperan. Respira calmo. Curiosa paradoja: lo invade una extraña sensación de paz. Ha perdido el casco y la máscara. Flota de espaldas. Apoya la cabeza sobre la almohada de aire del chaleco salvador. Únicamente sabe que está vivo y que sube y baja con las olas. Oye los golpes secos del oleaje, el zumbido apagado de la espuma al volar. En la cara, gotas de lluvia y el frío salado del mar. Y quiere dejarse estar, continuar así para siempre. Mecerse con las ondas, abandonarse a esa ensoñación. Sonatas de Mozart, los brazos tibios, la fresca del pecho de su mujer. Aletargado, oye una voz desconocida:*

*— Te estás muriendo, Mauro, te estás helando.*

*Y reacciona. Torpe, agita brazos, piernas, el cuerpo entero. Nada hasta el bote salvavidas que, atado a la cuerda de sujeción, lo aguarda fiel, tres metros más allá. Dos veces intenta subir. En las dos oportunidades, el bote zafa y da una vuelta de campana. Cuando las fuerzas llegan al límite, una ola inesperada lo incrusta en el metro cuadrado del piso de la embarcación. Allí queda Mauro. La mejilla sobre la superficie mojada, la boca abierta, los ojos miran la pared cilíndrica e inflada que lo sustenta. Gracias Dios mío por estar con vida, reza por primera vez después de la eyección. Ora a Dios y a su amado Hijo Jesucristo, a la Santísima Virgen María y al Ángel Guardián. Ruega a todos, y gime con un llanto ronco, viril. Contra el piso frío y húmedo, sufre y tiritita como un recién nacido. Piensa en Analía, en sus hijas, en los consejos de su padre, en la mano ansiosa de su madre al partir. Y el recuerdo lo decide a luchar contra el dolor y la soledad. Se acomoda. Se palpa el cuerpo, los magullones de la cara, el hombro desprendido que lo desvanece de dolor. Con la mano amoratada, los dedos agarrotados, recoge del mar el equipo de supervivencia, se lleva a la boca el primero de los caramelos energizantes.*

*Intenta recordar las enseñanzas para sobrevivir en el mar. Prepara la bengala, el cartucho de humo rojo, el sobre con polvo para teñir de naranja el agua y marcar su posición. Pero, ¿quién me va a buscar?, se lamenta en voz alta. Mira el techo oscuro de las nubes, se han vuelto a cerrar, de tan bajas, parecen tocar las olas. El viento aumenta y disminuye. A veces, sopla con tal fuerza que la lluvia, en lugar de caer, vuela horizontal. Al controlar la brújula, sus ojos se iluminan. Ha descubierto que el aire lo empuja hacia el este, hacia las islas que buscaba con el avión. No podrá cumplir la tarea encomendada, pero al menos sabe que no está lejos de llegar. Con espíritu renovado, optimista, Mauro se cubre con el poncho impermeable y se dispone a paladear el segundo caramelo. Sus dedos están inútiles. Para sujetarlo, ha debido apresararlo entre las dos manos y quitarle la envoltura con los dientes.*

*Que no sabía ni imaginaba qué me había sucedido, explicaba el cabo primero Funes, mientras rubricaba su informe con estas palabras:*

*— Me daba la espalda y de pronto se cayó.*

*— ¡Putá carajo!, con las lipotimias de este Iriarte — con sincera aflicción, se lamentó el vicecomodoro Alegría.*

*— Funes, ¡me hubiera llamado a mí! — objetó el teniente coronel Beldeccio.*

—O, a mí que estaba en la habitación de enfrente —intervino Gilberto Oliva.

Los mayores Kjihara y Pergolini también manifestaron sus reparos y opiniones, que habían subido desde la planta baja donde disfrutaban de unos minutos de descanso. En el CIC se había congregado una pequeña multitud a consecuencia de mi desmayo. Por ese motivo, tal vez, Cacho Ayala justificó la conducta del cabo.

—¿Qué se iba a imaginar el cabo? Si estaba fenómeno. Al menos, así me pareció cuando le entregué el turno —dijo en voz alta, dirigiéndose a todos.

—Le juro, señor. Al enterarse que los Trueno estaban en contacto con el radar, se puso un poco pálido, nada más —mirándolo a Kajihara, volvió a explicar Funes.

—Llévenlo a la cama. Si es lo mismo que tuvo en Comodoro Rivadavia, se le pasa en seguida. De los Trueno, ¿tuvieron alguna otra noticia? —preguntó Alegría

—Parece que no alcanzaron a recibir la orden de dar la vuelta. Para los del radar, al guía lo bajó un Harrier. Al menos, así creen porque oyeron que el numeral llamaba desesperado al Hercules reabastecedor, mientras regresaba solo a Río Gallegos —completó el relato Cacho Ayala al tiempo que, con ayuda de Beldeccio, me levantaban del piso.

Con los ojos aún cerrados, oía las voces de mis camaradas. Escuchaba sus comentarios y sentía las manos firmes del teniente coronel Beldeccio que me alzaba por las axilas. Cacho Ayala, instalado entre mis piernas, me sujetaba pasando ambos brazos por debajo de las rodillas. Los dos veteranos de Tucumán me trasladaban al dormitorio.

—Pesado —comentó Beldeccio con voz forzada.

—A papá —respondió Cacho Ayala. Y saliendo ya del CIC, agregó —: Vos tenés que acordarte de este último pibe: Mauro Bertoni.

—¿Uno de Mariano Acosta?

—Sí.

—Cómo no me voy a acordar, estuvimos juntos en Tucumán. Casi nos perdemos las vacaciones del verano del setenta y seis...

—Dejémoslo en esta cama —dijo Cacho.

La mención de Beldeccio, me forzó a entreabrir los párpados, a recordar el viaje que, llevando a Analía como pasajera, hice en el Guaraní a la V Brigada Aérea. También, la tarde en que yo había

intentado presentarlos, la tarde en que comprendí que ellos ya se conocían. ¿Beldichi...?, ¿Deldochi...? ¿Mauro habría querido decir Beldeccio, aquel día de su vuelo solo? ¿Será cierto que el aviador y el artillero habían trabajado juntos en Tucumán durante ese verano? ¿Fue una mentira o un invento para disimular la verdad, esa historia que le había contado a su madre en una carta? La historia que mi madre me había refregado por delante de mis ojos. La supuesta historia de que Mauro había preferido pasar las vacaciones en Villa Mercedes junto a su nueva novia, ¿fue solo una mascarada para encubrir que, durante ese mes, se encontraba combatiendo en los montes tucumanos contra los guerrilleros?, me pregunté y, mientras Beldeccio y Ayala se alejaban y yo permanecía tendido en una cama en la penumbra fría de aquel cuarto de pensión de chicos kelper, sentí que las dudas succionaban el aire de mi boca, que por más que intentara no podía respirar. Nuevamente perdí la conciencia.

*La oscuridad calma el viento, desgarra las nubes y entre los huecos velados por tules grises cruza un rayo de luna. Una estrella parpadea triste. A las ocho, para no dormirse, Mauro canta. La voz estentórea lo anima. En las pausas, con la punta de la lengua, enjuga el gusto salobre del bigote. A las diez, mientras cruce este cielo un avión, sigue cantando. Y al rato: ¿Por qué Señor, por qué?, se rebela y la voz se le apaga. Y un piloto argentino lo guía, de un cabezazo se despierta. Y continúa: No habrá nadie en el mundo que arríe. Da otro cabezazo, y va callándose despacito. Su celeste y azul pabellón. Es lo último que se le oye decir. A las cinco, pesados... sus párpados se abaten.*

*La tormenta ha terminado. El día se presenta brillante, un viento helado sopla desde el Sur. Mauro, todavía desconcertado, no seguro de estar soñando, no siente frío ni dolor, se deleita observando los islotes cubiertos por una tenue bruma azulina. El bote va rodeándolos con lentitud. Se desplaza en dirección a una masa de tierra mayor. Mauro supone que está a la vista de la Isla Soledad.*

*En ese preciso momento, dos aviones A4-B, probablemente de regreso de una misión, pasan en vuelo rasante, justo encima de su cabeza. Como una discontinuidad en la línea del horizonte los ha visto aproximar. Con claridad, ha percibido la fina perturbación sobre el agua precediendo el pasaje y, cuando la estela tumultuosa producida por el aire desplazado y el atronador torbellino del motor casi da vuelta el bote, Mauro grita: Y no hay quien pueda, y no hay quien pueda, con la gente cazadora, y no*

*hay quien... Se calla sumamente apenado pues ha intentado agitar los brazos, saludar a sus amigos, y no ha podido. No ha logrado mover esa cosa fría, antes roja y ahora blanca que a un costado del bote, donde termina el brazo sumergido, inútil, sigue el vaivén del oleaje con los dedos engarfiados. Mauro siente que lo invade la nostalgia y renuncia a seguir el canto triunfal. De todos modos, se dice melancólico: si los pilotos hubieran estado a mi lado, no habrían oído mi voz, sino los silbidos del viento.*



## 13

En las noches de niebla, las voces agazapadas en mi cabeza se dejaban oír con más fuerza. Cuando el tedio silencioso de una guardia nocturna se abatía sobre el CIC, la conversación de mis acompañantes me llegaba como una letanía, tan perturbadora por momentos que rogaba por el estallido de una bomba providencial que ayudara a distraerme.

El aviador naval dormitaba despatarrado en el sofá. El capitán Santillán, del Ejército, junto a los equipos de radio, leía por undécima vez *El Eternauta*. El cabo primero Funes, sobre el tablero de situación, escribía una carta. Yo me paseaba lentamente, mientras fumaba un cigarrillo tras otro y miraba a mis colegas.

De vez en cuando, alguna ocurrencia nos reavivaba y nos sugería un tema de conversación que nos alentaba a reiniciar la mateada, ese rito secular tan a medida para matar el tiempo. Funes, tenaz con su carta, sin levantar la vista ni explicar el motivo, sonreía y, esporádicamente, dejaba escuchar sus pensamientos en voz alta. No le presté atención cuando me habló al acercarme a la mesa:

— Señor, ¡qué susto nos pegó los otros días!

— No sea exagerado, cabo. Todo el mundo tiene ese tipo de descomposturas.

— Lo que sea. Pero, ¡qué jabón! ¿No?

La última palabra pareció inspirarlo porque arrancó con un nuevo párrafo. Detenido muy cerca a él, lo observé, lívido de furia.

— No se meta en los asuntos de la superioridad. ¿Me entendió, cabo primero? — dije masticando las palabras, mientras Funes suspendía la escritura. Al tiempo que le escuchaba responderme un «entendido, señor» dicho entre dientes, agregué —: Voy a la planta baja y regreso.

En realidad, no fui a la planta baja, sino que seguí más allá. Aparté las gruesas frazadas que, a modo de cortinas, impedían

que la luminosidad interna se notara desde el exterior; abrí la puerta cancel, la de entrada, y salí a la explanada de Stanley House. El soldado de ronda pasó a mi lado. Supongo que debió mirarme, aunque no le distinguí la cara ni me importó su presencia. Deseaba estar solo. Solo, recuperar el aire, el pulso normal. Las insinuaciones del cabo primero me habían hecho percibir, por un momento, los mismos síntomas, el mismo griterío interior, la misma punzada en la cabeza que había padecido una semana atrás cuando me desvanecí.

Siete días y aún escuchaba el relato de Beldeccio, entrecortado por el esfuerzo, mientras me cargaban hasta la cama. «Estuvimos juntos en Tucumán, sí, en Tucumán, y casi nos perdemos las vacaciones del verano del setenta y seis», había asegurado el teniente coronel, alzándome de las axilas la tarde en que desapareció Mauro. Las palabras del artillero y la pérdida de otro piloto, en las largas jornadas que siguieron, me hundieron los dientes afilados de la culpa.

¿Tanto podría haberme equivocado, antes, y haber sido negligente, ahora? Sí, sos un irresponsable, me contestaba la voz de un dedo acusador. Le ordenaba silencio y pensaba que si Mauro le había escrito a su madre y contado que no la visitaba porque prefería permanecer en Villa Mercedes al lado de su novia, ¿cómo iba a estar al mismo tiempo en Tucumán con Beldeccio? *No te das cuenta que le ordenaron no decir nada a nadie, imbécil*, me reprochaba el dedo. Puro cuento, pura fantochada como siempre; igual que la semana pasada, qué necesidad tenía de apurarse a descender en medio del Atlántico, bajar sin esperar que le informáramos que la zona estaba libre, otra típica salida de un fanfarrón. *Si él es fanfa, vos sos un estúpido*, me endilgaba el índice alzando el tono, *no ves que no tuvo más remedio que bajar para protegerse en el vuelo rasante, además él te consultó y el controlador del radar por indicación tuya demoró la respuesta. ¡Silencio! ¿Qué sabrás vos? En vuelo había cazas enemigos, pero lejos. ¡Mentira!*, replicaba el dedo, *Funes, el cabo primero, sabía del peligro y te sugirió que los hicieras volver, pero vos, en cambio, atrapado por esos celos que te vienen del fondo de los tiempos, con una simple ojeada a la bahía, sin ningún fundamento contestaste que no, que esperaran, que no había riesgo. ¡Callate de una buena vez, pedazo de ignorante! O no sabés, acaso, que Mauro no vería la hora de demostrar su valor enfrentándose a los Harrier. Él nació*

para competir, para ser el número uno, nunca rechazó un desafío. ¿Fue esa mi culpa? Relativamente sí y, no, me respondía antes de que aumentara la voz del dedo gigantesco, juzgador, que vivía gritándome, *culpable, culpable*.

En cada oportunidad que había intentado descansar en los siete días precedentes, la voz del dedo resonó en el interior de mi cabeza: *¿No escuchaste a Beldeccio, basura? Vos pensabas que te engañaba con Analía y el pobre infeliz andaba por los montes tucumanos*. El dedo crecía insoportablemente grande, me aplastaba el pecho contra el piso. *Les hubieras ordenado regresar, en vez de arriesgarlos inútilmente*. Cada recriminación, cada insulto, revivía mis pecados. Pero no sólo los de ahora, sino los del año pasado, los de antaño, los de siempre. Cada acusación, ensanchando la sensación de culpa, me empujaba en un descenso espiralado. Allá, en el fondo estaba Mauro, el héroe desaparecido, por mi culpa por mi grandísima culpa, por eso ruego... Y la oración, apenas si lograba acallar los ecos que me enjuiciaban y acompañaban cada movimiento del dedo.

A la tercera noche sin dormir, de los siete días anteriores, comencé a embrutecerme con el trabajo para apagar la voz de la conciencia. Me ofrecía para las tareas más insólitas: recoger el correo en el aeródromo, participar de algún sepelio. Le confié mi trauma a Jorge Molina. Juntos revivimos los pasos de la misión, la desmenuzamos hasta lo inimaginable. Siempre finalizábamos con un y... sí. ¿A qué otro lado podrían volar los Harrier? Seguí su recomendación y consulté al médico. Gracias a un ansiolítico, además de los calmantes acostumbrados para las cefaleas, a duras penas logré dormir. Dormir, pero siempre atrapado por la misma pesadilla.

Con los ojos vendados y los oídos taponados con algodón, buscaba refugio en el vientre tibio de mi bolsa de dormir. Con la ayuda de una dosis doble esperaba cruzar el umbral de los sueños enseguida, pero el proceso se repetía. Cuando sentía, por brazos y piernas, el avance lineal del adormecimiento que paso a paso me quitaban pedazos de cuerpo, sin proponérmelo entraba en un estado de ser y no ser, en un sentirme flotar ingrátido y de pronto caer. Entonces, lo tenía frente a mí. Mejor dicho, enfrentados, pero en diferentes niveles pues, inesperadamente, me elevaba.

*Desde el techo se ve el mapa de las Islas Malvinas pegado sobre la mesa del CIC. Pero por una razón mágica el archipiélago es real. Desde lo alto,*

*se controla el universo visible: mares, sierras, campos, casas, nubes. Los aviones semejan mosquitos zumbando por todas partes y, cada dos por tres, como un chispazo se consumen. En un rincón del mapa viviente, navega Mauro sobre un bote anaranjado. Con ambas manos, desesperado, impulsa el único remo. Perfecta, la imagen. Mauro rema. Las olas lo envuelven. Después, comienza a moverse más lento. Se le hinchan los labios, los párpados. Los ojos se le transforman en una raya, se le ponen opacos; luego, blanquecinos. Las manos, un manojo de embutidos putrefactos. De improviso, la piel inflada, en varias partes, se raja; sin ruido, se fisura en zigzags. Entre la carne violácea, blanquea el extremo de un hueso. Como una sonrisa aparecen la dentadura y los maxilares. Después, el costillar. Inmediatamente, el viento lo abraza. La carne, la piel, los músculos se desprenden como hojas descompuestas. En jirones, se deshacen y esparcen con un silbido agudo; hasta desnudar el esqueleto reluciente. Rema, todavía vestido con buzo de vuelo, rema. El chaleco salvavidas, ridículo, se conserva inflado. El pañuelo de seda amarillo aletea sobre el esternón.*

*Sebastián, dice Mauro, apuntando hacia arriba las cuencas vacías de su calavera; solo quiero hablarte de Analía. Al mencionar ese nombre las olas se encrespan de odio. Ulula el viento y se oye el entrecocar seco de los huesos. La imagen cambia. El esqueleto de Mauro marcha por las islas, calzado aún con el casco de vuelo. La ropa le sobra, en miles de pliegues cae ondeando hacia abajo. Como palos arqueados, las tibias bailan dentro de los botines. Pero igualmente camina, las falanges blanquecinas de las manos, extendidas, tantean la niebla. Parece decidido a buscar a Sebastián.*

En ese instante una ráfaga polar me volvió al presente, a la escalinata de entrada a Stanley House, a la séptima noche posterior a la pérdida de Mauro. Además de la corriente de aire que me había congelado la oreja, advertí el sonido de unos pasos que avanzaban lentamente en la oscuridad. Caí en la cuenta de que estaba sentado en el acceso. El lento caminar y la imagen vívida del fantasma de Mauro buscándome por las islas recrudecieron la opresión que sentía en el pecho. Con el corazón casi detenido percibí el golpeteo rítmico y ahogado de los pasos que se acercaban, pesados y tenues a la vez. Eché la cabeza atrás y, ahora, ya no era una brisa en la oreja, sino un resoplido, un aliento helado que se descargaba junto a mi oído y me congelaba los repliegues del pabellón acústico, y sentí que me bañaba la

transpiración, y el sudor helado me recordó la reunión en Comodoro Rivadavia, la visión mortuoria de la gaviota blanquecina volando sobre las cabezas de sus elegidos. En ese momento una sombra, sin detenerse y sin que una mísera luz dejara adivinar su apariencia, caminó al pie de la escalinata, y yo pensé que ahí nomás quedaba mi cuerpo, que allí lo encontrarían al amanecer, en tanto yo me iba detrás de la sombra. Pero no me desvanecí. Tampoco pude moverme ni articular una sílaba. Sólo con los ojos me animé a seguir ese espectro irreconocible que se alejaba acompañado por el tintineo a castañuela de los huesos y el taconeo pausado de sus borceguíes.

Sin respirar, con la cabeza contra el marco, comencé a temblar de pies a cabezas, repitiéndome que se trataba del soldado de guardia. Sin demora, castañeteando los dientes, abrí la puerta para regresar. En ese momento, un destello iluminó la explanada. Otra vez pasaba alguien, aunque en esta oportunidad supe con certeza que era el centinela.

— Buenas noches, señor — saludó, mientras con disimulo escondía el cigarrillo a medio consumir.

Dentro de la casa, auxiliado por la humana claridad de una lamparilla, traté de controlar la irracional creencia de haberme topado con un aparecido. Fumé. Aspirando y soltando el humo, demoré cinco minutos en recobrar el pulso. Después, subí al CIC. La noche transcurría sin alarmas. En la estufa ardía la turba; el marino roncaba plácidamente; el cabo primero Funes, que había terminado la carta, se apuntalaba la cabeza con una mano; el capitán Santillán del Ejército se paseaba golpeándose un muslo con la revista *El Eternauta* enrollada y requeteleída.

— Acá también están apareciendo los mutantes — dije a Santillán, mirando la revista, y refiriéndome a los humanos vueltos autómatas por los extraterrestres que poblaban las aventuras de *El Eternauta*.

Santillán, como desconcertado, se detuvo.

— Cómo, ¿no está al tanto? — insistí, preguntándome qué misteriosa asociación me habría impulsado a hablar sobre ese tema.

— Vamos. No me cargue, señor.

— No se ría. Son colimbas, completamente transformados — comencé a elaborar la tesis de mi mentira —. Deambulan por las sombras, como aparecidos. Buscan comida, puchos, medias limpias, de todo. Cuando llega la noche, con las capuchas levan-

tadas, las caras embarradas, abandonan las trincheras cercanas al pueblo. Amparados en la oscuridad, saquean cuanto casa desocupada hayan marcado con anterioridad. ¿Sabe qué hacen además? Cuando ven u oyen aterrizar un avión, se acercan a la pista, y se ofrecen para ayudar. ¿Una mano para descargar?, preguntan, y se afanan cualquier cosa.

— Es cierto — saltó Funes, despabilado — Las otras noches cuando acompañé a los del radar a buscar el correo, en la mitad del camino aparecieron, sin saber de dónde, dos milicos haciéndonos señas. Paramos. Un guachito, de lo más canchero, se acercó a la ventanilla, pidió cigarrillos y empezó a darnos charla, a preguntarnos cualquier boludez. Gracias, jefe, dijo de repente y corrió hacia el campo. Por los espejos retrovisores del costado lo vimos alejarse y, con el resplandor rojizo de los faros traseros, descubrimos que escapaban tres bultos más. Ahí nomás bajamos y tratamos de seguirlos con las linternas, pero unos metros nomás por miedo a pisar alguna mina, entonces les gritamos que volvieran, que los íbamos a cagar a chumbos, pero nada, era demasiado tarde, no se veía nada por ninguna parte. Es que los vagos andan tan bien de noche como de día. Al llegar, le echamos una mirada a la caja de la camioneta. En menos de un minuto, habían agujereado y hurgado en todos los paquetes.

— Sí. Esta guerra va a dar para cuentos... — dijo Santillán, mientras reanudaba el paseo.

— Y cuando contemos sobre la luz mala — añadí, superado el susto de la explanada.

— ¿La luz qué? — preguntó Santillán, deteniéndose, poco familiarizado con el glosario que, día tras día, creábamos en el CIC.

— ¿No me diga que usted todavía no la ha visto?

— No, para nada — respondió Santillán, asumiendo la actitud desconfiada de los que se suponen blancos de una broma —. Escuché algunos comentarios, pero nunca los creí.

— Yo tampoco creía — dije — pero anteayer a la tarde, cuando fui a visitar al kelper amigo que tengo...

— Al kelper amigo... ¡Ajá! — me interrumpió el cabo primero Funes, subiendo y bajando la cabeza con malicia.

— Bueno, no es mi amigo. Ni siquiera me atendió, por más que casi le tiro abajo la puerta. Pero el cuento venía para decir que, al regresar, yo también la vi. En la más absoluta oscuridad, vino desde el aeródromo volando lentamente a baja altura por encima

del centro de la bahía. Era una luz intensísima, del tamaño de una estrella de primera magnitud. Se detenía, subía, bajaba. Como de costumbre, todo el mundo le empezó a tirar y, como de costumbre, a los pocos minutos sobre el lugar que había sobrevolado comenzaron a llover los cañonazos de las fragatas. Estos guachos ya no dejan noche sin venir.

—Sería un helicóptero —aventuró Santillán.

—Seguro que no —respondí—. Le hubiéramos escuchado el ruido. Los radares de la artillería lo hubiesen detectado. Esto es otra cosa. El especialista en guerra electrónica dice que puede ser un holograma formado con láser infrarrojo como los que usaban los yankees en Vietnam para aterrorizar a los nativos.

—El suboficial Ocampo me contó que, la noche del primero, él la vio salir del mar —intervino Funes.

A coro nos reímos de la imaginación del cabo, aunque su cara demostraba que lo había dicho totalmente convencido. Refunfuñando desvió la mirada. Se produjo un repentino silencio que fue cortado por el sonar estridente de la chicharra del teléfono que nos enlazaba con el radar. Funes atendió sobresaltado:

—Señor, el operador avisa que ha detectado dos buques en el radial ciento ochenta, en acercamiento a treinta kilómetros de las costas.

—Dentro de tres minutos, que actualice la posición —ordené entusiasmado por la actividad que se avecinaba. Miré al capitán Santillán y agregué—: A esta hora es preferible estar seguros de la intención de los tipos antes de despertar a la guarnición con la alarma gris.

—¡Señor! ¡Señor! —exclamó Funes, sólo tres minutos después, con tono urgente—. En vez de dos, detectan tres buques que se desplazan paralelos a las playas.

Al momento, el radar nos advirtió que, en lugar de tres, eran cuatro los buques. Y que prestáramos atención porque podían ser todavía más.

—Esto es otra cosa —dije, mirando al oficial de la Armada.

El marino, con seguridad, preocupado porque presentía que ése no sería un cañoneo más, creyó llegada la hora naval. No dudó en despertar a su superior para darle la noticia.

—Disculpe, jefe, pero parece que se viene el desembarco —informó por un costado de la boca, mientras con la otra mano se tapaba los labios y la bocina.

A las cuatro y veinte, con la almohada todavía pegada sobre la cara y con un gorro de lana azul como los usados por los pescadores en alta mar, el alto jefe naval se hizo presente. De una sola ojeada a la carta, donde el cabo primero Funes había ido agregando siluetas de barquitos recortadas de papel, se hizo cargo de la gravedad de la situación.

—Inmediatamente, despierte a los de su Fuerza —dijo el alto jefe naval achicando los ojos y dirigiéndose al capitán Santillán del Ejército. Antes de adelantar los labios fruncidos, reflexionó en voz alta—: Esto no es joda, ¡che!

El alto jefe terrestre llegó. En quince minutos más, el CIC se transformó en la antesala de Gauadalcanal o del comando alemán defendiendo las costas de Normandía: Que... van a elegir esta playa, que... ya van a comenzar el fuego de ablandamiento, que... ojo con el fuego de contrabatería, que... ahora van a torcer para acá, que... ahora para allá...

A todo esto, sacados de su letargo helado, los jefes de las posiciones costeras, que me los imaginaba con los pelos de punta, aguardando el desembarco, a medida que pasaban los minutos y los cuartos de hora, y ellos no detectaban ni veían nada con sus radares y vigías, comenzaron a preguntar... que por dónde carajo venían los marines... que por qué no nos dejábamos de joder... y cosas por el estilo.

El alto jefe naval y el alto jefe terrestre se miraban sin hablar. Enarcaban las cejas, los ojos abiertos, el labio inferior empujaba al de arriba. Como si tuvieran frío en la nuca, hundían la cabeza y encogían los hombros.

De improviso, Funes, siempre en comunicación con el radar por medio de los auriculares, empezó a sacudirse. Encajando los labios reprimía la risa.

—¿Qué pasa, che? —preguntó malhumorado y con cara de pocos amigos, el alto jefe naval.

Sin poder contenerse, el cabo le contestó que desde el radar decían que, de golpe, habían desaparecido todos los ecos, menos uno más intenso que se alejaba lentamente hacia el sur.

—Trucho. ¡Todo trucho! —finalizó Funes, largando una sonora carcajada.



# 14

¿A qué hora amanece?, preguntó el suboficial Ocampo en voz baja, al tiempo que se entibiaba las manos refregándoselas bajo el chorro de vapor que exhalaba con el tubo que formaba con sus labios. Apenas si lo distinguía iluminado por la luminosidad del tablero del Land Rover. Para averiguar la hora y responderle, necesité avivar la brasa del cigarrillo y acercarla al reloj.

– A las ocho y veinte – contesté mientras soltaba el humo.

En la esfera del reloj también había alcanzado a ver el día: veintitrés de mayo. Cuarenta y ocho horas, innumerables cigarrillos e incontables pitadas habían transcurrido tratando de acostumbrarme a la idea de que los británicos habían desembarcado. Igual que el muro de contención de un dique que hubiese sido perforado, sólo debían incrementar el nivel del líquido para quebrar su resistencia.

– Con estos víveres, los Puestos Ocho y Nueve tienen para una semana – dijo Ocampo tocando con nostálgica voluptuosidad las protuberancias de dos bolsas de arpillera que, repletas de conservas, caldos, yerba, latas con agua, chocolates, hacían equilibrio en el asiento posterior –. ¿No sabe en qué helicóptero van?

– No sé, recién pasaron los mecánicos. Supongo que será en alguno de los Bell-212 – respondí, fumando y tratando de relajarme con la nicotina.

Dentro del Land Rover, estacionados al resguardo de una de las tribunas del único e insólito hipódromo en dos mil kilómetros a la redonda, aguardábamos el momento del despegue. Pese a que nos sabíamos rodeados, el vicecomodoro Alegría había decidido que mantuviésemos en funcionamiento la Red de Observadores del Aire. Cada día más buscada, cada día más perseguida, llevar las provisiones hasta sus puestos era una tarea que, hora tras hora, se hacía más riesgosa.

– ¿Señor, hasta cuándo le parece que vamos a aguantar? – quiso saber Ocampo, obsesionado por la seguridad de sus radioaficionados.

– Depende de lo que resista Darwin. Después de eso, una semana; dos, a lo sumo. De todos modos, no debemos preocuparnos. Vamos a mantener la ROA hasta el final. De los sistemas de vigilancia, posiblemente será el único que sobreviva. Piense que a los radares les están tirando con todo.

– ¿Qué...?, ¿y a los observadores no? ¡Pucha que si nos tiran! No sé que mal les pueden hacer dos guasos cordobeses en una carpa. Pero vio las otras noches, ¿no? Se dieron el lujo de pasar tres horas con una fragata, meta cañonear al tuntún a los suboficiales que habíamos mandado al Puesto Dos.

– ¿Y qué me dice de los del Cuatro, Ocampo?

– Cierto, me olvidaba. Qué cagazo cuando vieron bajar el helicóptero en el medio de la noche, al ladito de donde tenían la carpa. Y los monos esos de boinas verdes, los... ¿cómo se llaman, que los buscaban con reflectores?

– Los SAS, las tropas especiales.

– Sí, eso mismo. Los guasos se pasaron toda la noche cuerpo a tierra, sin respirar, esperando que los gringos se fueran y dejaran de rastrearlos.

– Ocampo, es el juego de los ingleses. ¿Por qué piensa que, cada dos por tres, se vienen desde Ascensión a tirarle a los radares? Las otras noches el de la Fuerza Aérea se salvó de milagro.

– El que no se salvó fue el del Skyguard del Ejército.

– ¡No me haga acordar! No sé porqué se me ocurrió ir a averiguar con qué verdura nos tiraban.

– ¿Por...? ¿Qué pasó?

– Aquella noche, cuando los del radar del VYCA se dieron cuenta de que un avión venía directo hacia ellos, bajaron la potencia de transmisión para hacerle creer que estaba lejos. Y se la jugaron tan bien, que el Vulcan se acercó hasta entrar en el alcance de la artillería. Ahí, el jefe del Skyguard de Ejército se entusiasmó y enganchó el avión con toda la potencia de su radar de guiado, que no gira sino que ilumina fijo al blanco como un reflector. ¿Se imagina el momento? La computadora del avión enfrentada con la del director de tiro. Los megabytes circulando a la velocidad de la luz por los chips y microchips; y los dedos del teniente en el Skyguard y los del piloto en el avión, sin verse ni soñarse la cara. Sólo esperando la autorización de disparo.

– ¡Ah! Entonces el Skyguard también disparó.



—No, no tuvo tiempo. El alcance del misil del avión es mayor. El artillero no tuvo la más mínima oportunidad. Vea Ocampo, el misil inglés no sólo le pegó al Skyguard, sino que le dio justo en el centro de la antena. Por supuesto que del teniente y de los pobres tipos que estaban con él no quedaron ni rastros.

—¿No me diga que usted, señor, llegó justo en ese momento?

—No; en ese momento, no. Sólo, unos pocos minutos después.

Pese a la evidente atención que me prestaba Ocampo, me callé. No quise continuar. Dudaba de poder disimular mi emoción, la emoción de aquel momento. Tenía tan fresca la imagen. Con solo cerrar los ojos, revivía la escena. Una y otra vez recreaba el espectáculo de la brutal destrucción; y la turbación, la sensación de insignificancia que adquiriría la búsqueda que yo realizaba frente al acto sublime de un espíritu que se sobreponía al mal.

Había llegado al amanecer y comenzado a husmear por los alrededores, tratando de encontrar una pista del misil que nos habían disparado los británicos. Encontré una chapa color blanco. La alcé. Mientras trataba de descifrar qué decía una inscripción grabada en una etiqueta de metal más oscuro, adosada en un costado del trozo de chapa blanca, no lograba superar la impresión que me causaba la cercanía de los restos humanos, todavía adheridos a los hierros retorcidos. Pero mucho más me conmovía la actitud de un subteniente imberbe, casi un chico, que en esos momentos hacía formar en un semicírculo a los más jóvenes soldados sobrevivientes.

Al mejor estilo del Colegio Militar, como si estuviera impartiendo una clase de rutina en el campo de instrucción, después de corregir con voz enérgica algunas imperfecciones en la formación, el subteniente les ordenó a los soldados tomar asiento y empezó a arengarlos. En ese escenario alucinante, como de pesadilla, apenas iluminado por las primeras luces de un día gris, el imberbe se erguía soberbio, desbordando virilidad juvenil, con sus manos tomadas detrás de la cintura. Las vestimentas salpicadas con sangre, a metros de donde todavía se esparcían los restos de sus jefes, él se hacía cargo, tomaba el mando. Recuerdo que con voz enronquecida, después de hacer un arco con el mentón, dijo: «Y acá vamos a esperar a esta raza de hijos de puta, y acá vamos a ver si, cara a cara, son tan machos como lo son con sus misiles».

—¿Podieron averiguar de quién era el misil? —inquirió mi acompañante, acostumbrado a mis frecuentes silencios, cargados de visiones y de dolores de cabeza.

—Sí, Ocampo —dije, recordando el momento en que, avergonzado, me había retirado sin saludar para no interrumpir la arena del subteniente. En la mano llevaba la chapa blanca con la etiqueta oscura donde estaba escrito: AGM 15, Shrike, USA.

—Otra gauchada de los yankees. ¿Verdad, señor?

—Son aliados, Ocampo. Aliados.

—Entonces, ¿para qué carajo seguimos, jefe?

—Por ellos —contesté, y con un gesto abarqué los cerros tapados por la niebla.

—¿Ellos? ¿Quiénes, señor?

—No me haga caso —respondí, mientras de reojo advertía las sombras que, encolumnadas, pasaban caminando lentamente por la ruta—. Vamos al helicóptero, ahí llegan los pilotos.

El tránsito del vehículo había esfumado las visiones. Al mirar el bulto oscuro del jeep que se alejaba traqueteando, recordé que desde chico había tenido esas percepciones, aunque asociadas con unos cortes del conocimiento producidos por una isquemia que, según algunos especialistas, momentáneamente me dejaba sin irrigación el extremo de uno de los lóbulos frontales. De acuerdo con otros diagnósticos, era una simple disritmia cerebral que se me iría al terminar el crecimiento. ¡Pero ahora habían vuelto!, e, igual que el zumbido de oídos, formaban parte de mi vida. Desde la desaparición de Mauro y de haber entendido el significado de las palabras de Beldeccio se me habían acentuado. Sólo ciertas situaciones cómicas, casi de sainete, donde la farsa se mezclaba con la tragedia, como el desembarco de ficción que acabábamos de soportar en la noche anterior, atenuaban esa reacción de mi subconsciente.

—Acuérdese de decirle a la tripulación que mantengan abierta la frecuencia. A través de los puestos que sobrevuelen, les haremos saber si se aproxima alguna patrulla enemiga —me aconsejó Ocampo al llegar a la máquina.

—Buenos días, señor —me saludó el piloto—. Puede ubicarse, que salimos en seguida. ¡Ah!, le informo que después de pasar por el Ocho y antes de llevarle los víveres al Puesto Nueve, en el norte de la isla, debemos bajar por el sur del monte Simon a recoger a una patrulla del Grupo de Operaciones Especiales.

—De acuerdo, ningún problema —acepté, mientras saludaba con el brazo a una de las sombras del camino. Dirigiéndome a Ocampo, que terminaba de asegurar las bolsas con los víveres, agregué—:

Antes de aterrizar, voy a avisarle, para que vengan a buscarme. De todos modos, calcule que no tardaremos más de dos horas.

Tras dirigir la vista al espacio, vacío para él, que yo había saludado, Ocampo me observó intrigado. Sin decir palabra, pero como con dudas, levantó el pulgar haciéndome saber que había comprendido el mensaje.

Despegamos hacia el Oeste. Para no alterar los hábitos, el tiempo nos recibía con una densa capa de nubes bajas. Alivio de helicopistas. Manto protector que nos cubría del acecho de los cazas. A menos de dos metros de altura, más que volar, reptábamos por las faldas sur de las sierras centrales. A los quince minutos, dejábamos a la izquierda el establecimiento Bluff Cove; y a los treinta, llegábamos a las estribaciones del cerro Simon. Casi en la base de las nubes, a la vista del estrecho de San Carlos y Goose Green, en una pequeña meseta detrás de unas rocas, se encontraba la carpa del Puesto Ocho. Del interior emergieron dos soberbios cordobeses, completamente barbudos. Llevaban un mes, firmes, vigilando sin descanso los cielos y las costas malvinenses. Al despedirnos, me dieron la misma respuesta a idéntica pregunta anterior: estaban bien y deseaban continuar.

Al reiniciar el vuelo, el piloto hizo un amplio giro hacia el Oeste. Por unos instantes, sobrevolamos el canal. Al tiempo que la aeronave se inclinaba, me pareció percibir un cambio en la frecuencia del silbar de las turbinas. Se agudizaban, luego se hacían graves. Contuve la respiración. De reojo, miré a los miembros de la tripulación y no noté otra cosa que calma, indiferencia, hasta algún bostezo. Me asomé por la ventanilla de adentro del viraje. En el extremo de mi campo visual, medio oculto por las ametralladoras y coheteras del fuselaje, humeaba un barco escorado por completo. Desde ese sitio me llegaban los ecos inconfundibles de un coro desgarrador de lamentos. Debo de haber perdido el color cuando, desesperado, golpeé el hombro del piloto. Con señas le pedí que invirtiera el sentido del giro. A los gritos, superé el ruido de los motores y pude decirle que en el canal se hundía un barco. El piloto era joven, de reflejos rápidos. Cambió el sentido del viraje e inició una pronunciada picada que niveló en menos de tres segundos. Advertí que abanicaba lentamente la cabeza oteando el horizonte y que sólo distinguiría las sierras, el agua, la costa blanca. Nada más. Torció el cuello y me preguntó:

— ¿Qué vio, señor?

— Allá — dije y, para disimular, señalé con el brazo extendido hacia el vacío, hacia el canal azul, cubierto por una tenue neblina. Esboqué una disculpa — : Me habrá parecido...

— Seguro. No hay nada a la vista — confirmó el piloto, retomando el rumbo hacia el Norte para buscar la patrulla de Comandos.

— En aquel sector, el diez de mayo hundieron el Isla de los Estados.

— ¿No habrá visto un barco fantasma, señor?

No le contesté. Bajé los párpados y apoyé con fuerza la cabeza contra la barra metálica del respaldo.

*El bote naranja llega hasta una costa rocosa, allí donde las últimas ondulaciones de las sierras centrales se hunden en el mar. Oscuros peñascos afloran entre la espuma, renegridos acantilados cubiertos ya por la turba enmarcan una pequeña ensenada de arena fina, muy blanca. En ese lugar, desembarca Mauro; en ese lugar, ve a un cabo de la aeronáutica vestido con un mameluco azul. Está sentado, la cara larga de pómulos altos, apoyada sobre las rodillas, las piernas recogidas sostenidas por las manos a la altura del empuje. El cabo con el mameluco azul, conductor motorista, además buen mecánico — como se autotitula cuando le preguntan su ocupación — ni se mueve. Ignora por completo al recién llegado. Mauro, sin marcar la arena, baja del bote, se le acerca. Lo observa con mayor atención. El cabo de ojos redondos, aindiados, increíblemente grises, sin pestañear escruta un punto indefinido del estrecho.*

*Mauro, apuntando la vista en esa dirección, no ve nada. Eso sí, oye el gritar de muchas personas.*

— Cabo, ¿por qué no se pone de pie? ¿O no me vio llegar? — pregunta Mauro, molesto por la indiferencia e intrigado por los gritos.

*Despacio, el interpelado levanta la mirada y como si le doliera el cuerpo, se queja. Cansinamente, se endereza.*

— Ufa, ¡acá también! — exclama fastidiado, parándose al costado de Mauro.

*Ambos se quedan mirando el centro del canal, oyendo el coro lastimero que brota del agua.*

— Bueno, al menos podría saludar. Por peor día que uno tenga, se puede ser atento. ¿No? Además, no sé por qué está tan enojado.

— Es que no pude entregar el jeep.

— ¿Qué jeep?

— ¿Cómo que qué jeep? El que yo traje. Me jui a Buenos Aires desde Tandil, solo. Y, sin dormir, me subieron a un barco y me trajeron a

Malvinas y me tuvieron como una semana al cuete. — El cabo con el mameluco azul alza los hombros, como apesadumbrado, y continúa contando sus desventuras — . Y yo quería bajar el jeep porque sabía que lo necesitaban, pero no me dejaban. Me decían que el barco nuestro, el Carcarañá, era muy grande para acercarse al muelle y que no se podía bajar nada. ¡Qué guachos! — El cabo oprime los labios y, enfadado, bambolea la cabeza — . Y el primero de mayo empezó la guerra, y yo con el jeep a cuesta, ¿qué me cuenta, señor? Y encima de que nos pegamos un sustazo de la puta madre con el bombardeo, de la Capitanía del Puerto nos ordenaran que rajáramos de Puerto Argentino, y el capitán no quería, pero lo mismo le dijeron que se hiciera humo, y tal cual, no bien salimos de la bahía, unos aviones nos cagaron a chumbazos, y así nomás pasó, nos salvamos por un pelo, y por suerte nos pudimos esconder en el sur de esta isla, ¿vio? — Con el labio inferior señala un lugar en el estrecho donde no se ve más que agua — . Nos escondimos hasta que el ocho de mayo se nos acercó otro buque, el Isla de los Estados. Me dijeron que me mudara con jeep y todo, y cuando ya creía que nos íbamos pa' Puerto Argentino, el diez a la noche, ¿vio?, mientras navegábamos, encima de la cubierta se encendió una bengala juerte como un sol y vino un fragatón que nos cagó a cañonazos y volamos más alto que la eme y yo no pude entregar el jeep a nadie. ¿Vio? Cómo para no estar enculao.

— Está bien, no se preocupe. Tengo intención de ir al Comando y visitar a un conocido. También puedo avisar sobre su problema.

— Y ese bote, ¿es suyo, señor? — pregunta el cabo del mameluco azul.

— Así es. Pienso llegar navegando a Puerto Argentino.

— ¡Uhh! Pero no va a poder. De acá no se va a mover, el viento siempre sopla desde el sur. Así que palpito que, de esta ensenadita, no va a salir. Yo le diría que se jueara por tierra.

— Podría ser, pero no conozco el camino. Tampoco, si es muy lejos.

— No, para nada, además a usted no le duelen los pieses. Y es refácil. Puede seguir por ahí o, también, cortar derechito por ese cerro más alto que creo que los ingleses le llaman Saimon. Qué fino que son. ¿No?

Mauro sonríe. Con las manos en los bolsillos, se encamina hacia la elevación. El cabo con el eterno mameluco azul, vuelve a sentarse. A los ojos aindiados, grises, los mantiene fijos en el Estrecho. Al alejarse un poco más, a Mauro le parece escuchar, mezclada entre unos gritos, la tonada del cabo que, airado, a voz en cuello protesta:

— ¡Hijo 'e puta, guarda con el jeep! ¡No tiren, no tiren!

El día brillante se opaca, las nubes plomizas llegan muy bajas desde el Sudeste, primero de a una y luego en tropel. Por una suave quebrada Mauro deambula incansable rumbo al monte Simon. De improviso, tras franquear un arroyo de aguas transparentes, desde atrás de un recodo oye venir un cántico guerrero. «Adelante Gendarmería, adelante sin cesar», le parece entender. Las voces graves se acercan, se multiplican en miles de ecos y, ahora, proclaman que «a la Patria hay que ofrendarle energía y corrección...» En ese momento, Mauro les ve corporizarse junto a la falda de un cerro. El ritmo cortado acompasa el marcial andar del pelotón. Para contemplarlos, se detiene a un costado del sendero. Son seis: dos columnas en filas de tres. Al son de la canción, atropellan al mundo con las mandíbulas batientes y las caras tiznadas y los mil tajos y exco-riaciones. Sobre todo impresiona la sensación de avance del subalférez Nasif, que los guía con el mentón recogido, el pecho alzado y el cuerpo tan inclinado hacia delante que parece a punto de echar a correr. Todos juntos marchan, con la perfecta uniformidad del paso redoblado. Las manos izquierdas sostienen al hombro los fusiles; las derechas bracean enérgicas: como un solo bloque se detienen adelante y, finalmente, al costado de los muslos cubiertos de andrajos. Con cada tranco los jirones flaquean y descubren las piernas. Piernas flacas o gordas, velludas o lampiñas pero, al igual que los brazos, ensangrentadas, cubiertas de escaras. Y sus voces, esas voces de furia guerrera que harían postrar al enemigo más temible, sacuden la poblada soledad de las islas: «Adelante bravos gendarmes, Águilas de la frontera, sacrificio y obediencia quiere nuestra institución».

Cuando desfilan en frente de él, Mauro se emociona con la estrofa: «Y defender montañas y llanuras, con dignidad y pujanza hasta morir». Entonces descubre al petisito y retacón, de cabeza cuadrada y gruesos bigotes que, un poco retrasado, cuando el coro de gendarmes dice «morir», él, con voz de bajo, remeda «y pun, pan, pin», y le dirige un guiño cómplice. Mauro, asombrado, agita una mano con las cinco yemas de los dedos unidas, y moviendo los labios sin hablar, le pregunta que hacia dónde se dirigen.

— Somos los Cuervos, patrullamos las islas — contesta el gendarme petisito, con más orgullo que un gallo compadrón.

— Y aquí nos quedamos hasta la eternidad — añade desafiante el subalférez Nasif, sin molestarse en volver la cabeza.

Mauro queda pasmado, orgulloso con sus gendarmes, y mira cómo se alejan y cómo se confunden con la bruma hasta que sus voces se diluyen entre los cerros.

— *Lo que es este mundo... el mundo de acá* — dice más adelante, cuando casi tropieza con los restos calcinados de un helicóptero Puma. Todavía humean. Pero ni siquiera siente curiosidad por ver el interior. Alza los hombros, y se consuela preguntándose — : *¿Para qué?, ¿para qué sufrir.*

— *Y pun, pan, pin* — como un eco de la propia conciencia, Mauro escucha la burla alegre del gendarme retacón.

De improviso, me sentí arrojado contra las correas de los hombros. La parte trasera del piso se elevaba. Alarmado abrí los ojos. En algún momento habíamos aterrizado y, ahora, inclinándose bruscamente hacia adelante, el helicóptero reanudaba el vuelo. El piloto miraba hacia todos lados, alerta, igual que a una bandada de gansos que, a nuestro paso, huía despavorida. A mi lado reconocí al teniente Castagnari del Grupo de Operaciones Especiales que acababa de subir.

— ¡Buena siestita, señor! — me saludó sonriente Castagnari, con la cara enrojecida, cubierta por una barba rala a lo largo del maxilar.

— ¡Castagnari! ¿Y usted, de dónde salió? — pregunté.

— Recién subo, nada más que usted no nos vio. Estaba en otro mundo — dijo, asombrándome por su intuición.

— ¿Vieron algo en los tres días? — lo interrogué, casi a los gritos, deseando conocer las posibles rutas de aproximación de las tropas inglesas.

— No. Por acá no pasó nadie. Parece que avanzan por el oeste y el norte. Van tomando todas las elevaciones hacia Puerto San Luis y hacia Darwin. Increíble, las cosas que traen. Se mueven con todo, con helicópteros, vehículos, exploradores con motocicletas.

En ese momento, el piloto, al ver que estaba despierto, giró sobre su asiento y me señaló a un costado de la derrota los restos calcinados de un helicóptero Puma argentino. Lo sabía de antemano. Para qué preguntar de qué se trataba: el vuelo, la patrulla de gendarmes, la repentina aparición de los cazas, el aterrizaje de emergencia, el remate artero de los Harrier.

Contados minutos después abandonábamos las elevaciones. Al frente, las tierras de curvas más suaves del noreste y la península de San Luis donde se hallaba el Puesto Nueve. Veía el casco del piloto bailotear nervioso, explorando a un costado y a otro de la ruta. Volar más bajo no podía. Para cruzar un alambrado, debió tomar altura. En ese momento, al llegar a la cresta de una loma e

iniciar el descenso sobre su falda, en la cima que seguía en nuestro avance, se recortó por un instante la silueta inconfundible de un helicóptero Sea King inglés. En línea recta, se desplazaba hacia nosotros. La sorpresa fue tan grande para los pilotos de ambos aparatos que llegué a creer que, pasmados, con las manos agarrotadas en los comandos, se fueran a embestir. Ninguno atinó a atacarse ni hacer otra cosa que esquivarse, girando cada uno hacia su derecha. Atónitos, por las ventanillas laterales vimos, inmensa, la panza gris del Sea King. Maravillado, pensé en Mauro o Leónidas o Giménez y en la creciente capacidad que perfeccionaban para advertirnos de los peligros. *No están tan muertos*, me dije, comprobando con alivio que, a pesar de ser el único consciente de ese hecho, otros recibían sus mensajes. Me fijé en el casco quieto y reposado del piloto, que en ese momento buscaba un nuevo camino para llegar al Puesto Nueve.



## 15

Miraba el mapa de las islas. Lo estudiaba y mis ojos se demoraban sobre las islas, los islotes y peñascos; los canales, bahía y ensenadas; los miles de vericuetos de las costas con nombres ingleses que me enseñaban un mundo de sensaciones irreales. Un universo del más allá de las cosas visibles con el que, a esa altura de la guerra, estaba absolutamente convencido de poder comunicarme. Y por todos los medios trataba de asir lo inasible y de volcar mis experiencias sobre la agenda gastada con tapas de cuerina verde. Pensaba, además, en los hechos ocurridos en este lado del espejo; en aquellos que me conmovían profundamente y en los venideros que me llenaban de incertidumbre. Desde días atrás, el peso de las acciones se había instalado en el oeste, en el Canal San Carlos. *Hoy o mañana, cae Darwin. Después, se largan para acá*, decía para mis adentros.

Para esa ocasión, esperábamos recuperar algún protagonismo como principal CIC de Malvinas. Por el momento, las primeras figuras indiscutidas eran los pilotos, sus hazañas, su coraje deslumbrante, su entrega rayana en el martirio. La batalla por neutralizar el desembarco de San Carlos había terminado. Por la traza de los Harrier cuando volaron desde los portaaviones hacia el estrecho, por las conversaciones sintonizadas, pero sobre todo por las angustiosas llamadas de auxilio de los derribados o de sus compañeros de vuelo que los vieron estallar, tuvimos una pálida imagen de esa lucha desigual librada sobre los cielos de la Gran Malvina.

Sensibilizado por las pérdidas, sobreexcitado por la permanente impresión de que Mauro, en persona o en espíritu, de un momento a otro podría exigirme que le rindiera cuenta, sufría con mi remordimiento y también con el dolor ajeno. Convivía con una aguda punzada en el corazón. Me angustiaba la suerte de los pilotos argentinos. Pero no me conmovía la muerte noble ni el sacrificio abnegado del guerrero. Sufría porque una lógica

impersonal me decía que los ríos de sangre no tenían sentido. No me consideraba un derrotista, pero crecía la certeza de que, en el preciso instante en que los ingleses pusieron un pie en tierra, las Malvinas habían pasado a ser caso cerrado. Y sabía –en la sangre lo sentía– que a ellos, a los aviadores que combatían, las islas, la pista de Puerto Argentino, el mar territorial y los millones de barriles de petróleo que pudieran salir del fondo oceánico; ninguno de esos bienes les importaba un rábano; sabía –y en la sangre lo sentía–, que más que nada peleaban por nosotros, por los diez mil argentinos de carne y hueso que estábamos allá abajo. Se inmolvaban por los colimbas de las trincheras, por sus amigos y compañeros, por el Cholo Destri y Roberto Gamen defendiendo el aeropuerto, por Jorge Pergolini y su voz nasal, por el Japo Kajihara, por mí, tan luego por mí, que no podía detenerlos, decirles basta, paren, no vuelen más, no sigan muriendo, no se sigan sacrificando por nosotros. No vale la pena. Pero las escuadrillas habían venido, venían, y seguían cayendo. Se eyectó Luna. Se eyectó Díaz. Mataron a Palaver, a Volponi, a Bernhardt, a Bean. Bajaron a la escuadrilla de Adolfo. Y la sangría continuaba interminablemente.

– Señor, el helicóptero que llega de Darwin pide traslado para un eyectado – me previno el suboficial Corrado, arrancándome bruscamente de mis pensamientos.

– Pregúntele si necesita ambulancia – contesté, cerrando la agenda.

Minutos después, luego de interrogar al controlador del radar, nos enteramos de que no. En buenas condiciones físicas, se trataba de un piloto que, tras lanzarse en paracaídas, había encontrado refugio en Bahía Fox, en una guarnición del Ejército al otro lado del canal.

– Es el que faltaba de la escuadrilla Laucha – dijo Cacho Ayala que entraba en escena sin que me hubiera dado cuenta.

– ¡Seguro! – exclamé, recordando el combate de días atrás –. ¿Te quedás un rato solo? Voy a buscarlo.

– Andá tranquilo, Sebas. Y pedile que te cuente bien detallado el combate, a ver si nos sacamos la duda de una buena vez.

En el Land Rover de la ROA, emprendí una vez más el camino al aeropuerto. Eran las nueve de la mañana y estaba despejado, circunstancia que me ayudaría a ver con anticipación los hoyos abiertos por los obuses de los barcos. Viajaba con la sola compa-



ña de la handy, el equipo de radio portátil para comunicarme con la central de la Red de Observadores. Gracias a ellos y a su enlace permanente con el CIC, podía enterarme, en tiempo real, de las amenazas que nos rondaban.

Crucé el istmo. La cinta asfáltica del camino, socavado en varias partes por los impactos, parecía una pista de obstáculos. Sorrear los cráteres exigía avanzar en zigzag. Al entrar en el aeropuerto, saludé con el brazo al mayor Hugo Maiorano, jefe de una de las baterías antiaéreas. Junto con otros oficiales y suboficiales, se calentaban al sol, a un costado de la entrada a la trinchera subterránea. Cada vez que iba, me complacía hacer un alto, tomar unos mates con los artilleros. Pero ese día no, me esperaba Adolfo Donadille, el piloto derribado.

Después de esquivar varios cráteres a campo traviesa, para llegar hasta el bunker de la jefatura debí avanzar sobre la pista de aterrizaje. En un extremo, dejé el vehículo. Orientándome por el sonido sordo del motogenerador, caminé entre los restos del obrador donde estaban disimuladas las dependencias de la Base. Asomando a mi paso como topos, desde los huecos más impensables me saludaban algunos de los estoicos defensores del aeródromo.

El refugio estaba construido en la pared de una de las antiguas excavaciones realizadas para nivelar el contrapiso de la pista. Un par de containers interconectados era la jefatura, dos metros de tierra encima, toda su protección, obviamente insuficiente para los seis metros de profundidad que alcanzaban las bombas inglesas.

Adolfo, sentado sobre una caja vacía de municiones, hablaba con el comodoro Destri y con Alberto Iannariello.

— Adelante, Iriarte — me invitó a pasar el Cholo Destri.

— ¿Cómo está, señor? — lo saludé —. Vengo a buscar a Donadille.

El aludido se dio vuelta. No pude disimular la impresión. Aparte del soporte que le inmovilizaba el cuello, tenía la cabeza vendada, la cara llena de magullones y los ojos rodeados por dos profundas aureolas violáceas.

— Suerte que dijeron que estabas entero — dije conteniendo el impulso de abrazarlo y hacerlo sufrir más.

— No todos se bajan del avión a mil kilómetros por hora — ironizó Donadille, con una sonrisa dolorida.

— ¿O no sabe que el joven se eyectó? — preguntó Iannariello —. Lo que pasa es que los bacancitos del CIC no se enteran de nada.

— Mirá, Alberto...

— Y, ¿cómo viene la mano? — interrumpió Destri.

— Muy fulera, señor. Los ingleses se han consolidado alrededor de Darwin. El comando va a enviar una compañía de refuerzo que, para mí, es de gusto. En cualquier momento, cae. Lo que significa que hoy o mañana, a más tardar, ustedes van a tener a los Pucará operando desde acá. Así que, de nuevo, van a ser blanco prioritario.

— Che, ¡más bombas todavía! — bromeó Iannariello, asumiendo una actitud contrariada.

— Es la guerra, ¿o vos viniste a tomar mate? — contesté, devolviéndole la chanza —. Listo, señor. Me voy porque a Donadille lo están esperando en el hospital.

En el camino de regreso, reconstruimos las acciones. Los horarios y el lugar coincidían con nuestros cálculos. Los tres aviones de su escuadrilla, llegados en vuelo muy bajo, habían sido interceptados por dos Harrier. Se encontraron en el centro de la isla Gran Malvina a la vista de una patrulla argentina que, sin demora, nos advirtió sobre el combate aéreo que presenciaba. Los argentinos soltaron las bombas y, con la sola ayuda de los cañones, se trenzaron en un duelo sin retorno contra los modernos misiles de los ingleses. Después de unos cruces, y de vaciar las armas, dos argentinos fueron derribados; el tercero, seriamente averiado. Pero (y aquí viene la novedad), por primera vez desde el comienzo de la guerra, los nuestros tuvieron chance de descargar largas ráfagas de cañones de 30 milímetros en dirección a los Harrier. En el CIC, alertados por la noticia, pedimos al radar que pusiera especial atención en el sector norte de las islas. Diez minutos después, nos habían informado sobre el eco de un Harrier que se internaba en el mar a dos mil metros de altura, pero desacostumbradamente lento. El rumbo errático y la escasa velocidad hacían presumir que se hallaba averiado. En efecto, a los pocos minutos, desde la posición que supuestamente ocupaba el portaaviones, se detectó el eco inequívoco de un helicóptero que volaba directamente hacia el dañado. Unos minutos más tarde, nos confirmaban que el eco del Harrier había desaparecido de la pantalla.

— ¿Habrán sido ustedes o una jugarreta de engaños electrónicos? — pregunté a Donadille, cuando llegábamos.

— No sé, jefe. No sé qué decirle. Los únicos que van a poder confirmarlo, son los mismos ingleses.

— Aunque más no sea uno — dije y junté mis manos, mirando hacia arriba como si rezara.

Al detener la camioneta, tuve una inspiración repentina:

— ¿Cuánto tiempo anduvo caminando por la isla hasta que lo encontraron?

Me miró extrañado por el tono y respondió:

— Casi treinta horas.

— Durante todo ese tiempo, en soledad, ¿no sintió algo raro, como si una persona a la que no ve, lo acompañara?

El brillo de sorpresa en los ojos de Adolfo aumentó. Echándose hacia atrás con un gesto burlón, preguntó:

— Jefe, ¿no me diga que cree en esas cosas?

— No, no. Simple curiosidad. Y vayamos, que el médico lo espera.

— Aguante, espere un poco señor — dijo, poniéndose serio al constatar mi expresión. Tomándome del brazo, con respeto, me impidió abrir la puerta —. Hablaba en broma. Yo también creo en la vida después de la muerte. No, no tuve ninguna experiencia así. Lo único que me llamó la atención fue que, al día siguiente, cuando me halló el helicóptero, yo dormía en el interior de un refugio de pastores (una casucha de piedra que, estoy seguro, es muy difícil de ver desde el aire) y que el piloto vino derecho hacia la choza sin que yo hubiera tenido tiempo de salir y hacerle una seña. Cuando le pregunté cómo supo donde ir, me respondió que había seguido un pálpito repentino. ¿Raro, no?

— Gracias, Donadille. Gracias — agradecí, palmeándole el hombro —. Bajemos.

El hospital era un carnaval trágico. Por los pasillos deambulaban los heridos con sus vendas, sus muletas, sus costras de sangre en la cara. Desde las salas me llegaba el aroma penetrante de los desinfectantes, acompañado de un murmullo sordo, continuo y, cada tanto, algún gemido o la corrida de los enfermeros arrastrando las camillas. Los casos más comunes eran los pies de trinchera, aquellos con la planta de los pies podrida por tantas horas de chapalear en el barro frío de los pozos, sin lavarse ni secarse. Semanas con los borceguíes puestos. A los más graves, cuando les sacaban las medias, adherida a la tela, igual que si fuera una segunda suela, salía la epidermis inferior, completa, hasta con la forma de los dedos. Parecía mentira, pero debajo de la piel, los pies oscuros de los correntinos tenían la carne del mismo color rosado que los porteños.

Antes de salir, fui a ver al capitán médico que me había recetado el ansiolítico. Alto, flaco, tenía los dedos tan largos que desconfiábamos que pudiera controlar un bisturí. Pero era de piedra. Con un guardapolvo, que alguna vez había sido blanco, abierto sobre el uniforme de combate, no perdía ocasión de pasearse entre las camas, de recoger en bolsas negras los pedazos de los muertos; despreciando las alarmas rojas, amarillas o grises, no había dejado un día de acompañar a los heridos hasta los aviones.

— ¿Cómo anda su cabeza, Iriarte?

— Creo que bien Doc, creo que bien. Duele, me aturden todavía los zumbidos y, cada tanto, se me producen esas interrupciones repentinas que son como si me cortaran la película. De golpe, me doy cuenta de que, desde la última situación que tenga presente, ha pasado un tiempo durante el cual no he tenido noción de lo ocurrido, como si hubiera estado ausente, en otra escala temporal. Y los recuerdos, las visiones que traigo al regresar, de largas y vívidas, son tan creíbles que dan miedo.

— ¿Ve siempre lo mismo?

— Sí, siempre es él — respondí bajando la voz, por temor a que alguien más me escuchara —. Es como si un fantasma me acompañara.

— Mire, Iriarte, tiene que sobreponerse, tratar de pensar en otra cosa. Tenga en cuenta que se le puede convertir en una obsesión. Si al contenido psicológico del recuerdo de ese amigo, le agrega la disritmia cerebral, malo, ¿eh? ¡Muy malo! Piense que, con el clima de estrés de los próximos días, usted tiene el caldo de cultivo ideal para algún problema más grave. Así que: cuídese, tome las pastillas, duerma todo lo que pueda, y ¡arriba el ánimo! Esto ya termina.

— Para usted termina, Doc — repliqué mirándolo resentido —. Veo que no ha entendido nada de lo que le he contado. Olvide todo, y déjeme en paz.

— Iriarte, por favor. No me interprete mal. A mí también me conmueve el dolor, tanta muerte, pero hay que seguir, si no, nos volvemos todos locos.

— Vea doctor, yo no estoy ni voy a estar loco. Y guárdese sus consejos.

— Espere, Iriarte...

— Hasta luego doctor — dije terminante, haciéndome a un lado para dejar pasar a un soldado en una silla de ruedas con una pierna amputada, el muñón hinchado y vendado hasta la ingle.

Me alejé furioso, presa de una profunda conmoción. No entendía semejante indiferencia, esa repulsiva frialdad profesional. La conmoción me venía de la conversación sostenida con Donadille. Mis sospechas se confirmaban. Mis visiones eran ciertas.

Tras un breve descanso y una cena más que frugal regresé al CIC. Acababa de oscurecer y el ambiente hacía presumir que tendríamos una noche tranquila. Alegría y Castellano se habían acercado a charlar a la Mesa de Información General. De improviso, oímos unos pasos apresurados que montaban las escaleras.

— Señor brigadier, el general le pide que baje a hablar un minuto — con una expresión grave, dijo agitado un mayor del Ejército.

Sorprendido, antes de marcharse acompañado por Alegría, el brigadier Castellano enarcó las cejas, interrogándonos con la mirada.

— ¿Qué habrá pasado? — preguntó Cacho, arrimándose a la puerta.

Desde abajo nos llegaban voces que sonaban alteradas, el ruido de la puerta de entrada que se abría y cerraba incesantemente.

— Confirme, por favor... — Escuchamos los trozos de una conversación telefónica y la pregunta hecha con voz sibilante —: ¿Un asalto de comandos? ¿Y cómo...? ¿Dentro de una hora...?

Al instante reconocimos el andar nervioso de Alegría, que subía apurado. Con señas nos llamó fuera del CIC. Nos dijo, con voz casi inaudible:

— Tenemos que evacuar el edificio, ya.

— ¿Qué? — preguntamos al mismo tiempo.

— Esto no debe salir de nosotros — nos explicó, al ver que lo mirábamos como a un loco —. Parece que los de Inteligencia han hecho cantar a un kelper de la resistencia. A las veinte, un grupo de buzos tácticos de la Royal Navy va a hacer volar el cuartel general argentino o sea éste, acá, este mismo lugar donde estamos parados. Así que apurarse, che. Nos vamos a la Casa de Gobierno. Allá montaremos el puesto de comando alternativo. Y recuerden, no digan nada a nadie.

Quién podía dudar. La capacidad de los británicos de asestar golpes de mano era temible. Su fama para infiltrarse en las entrañas del enemigo les venía de antaño, de la época de los piratas, de las guerras coloniales, de los dos grandes conflictos mundiales.

Impartimos las órdenes con discreción. A quienes preguntaban por las causas del cambio, respondíamos con evasivas. El éxito del truco imaginado para burlar a los comandos ingleses consistía en mantener la mudanza en el más absoluto secreto. Tan secreto que ni los mismos mandos subordinados debían enterarse.

En menos de treinta minutos la casa estuvo desalojada. Cacho se fue con Kajihara, Pergolini, Oliva, Catalá y el resto de la gente a instalar el comando alternativo. Yo me quedé con Garrido a cargo de las comunicaciones. Ni el radar, ni la central de la ROA ni ninguno de los demás corresponsales estaban enterados. En un momento determinado, cuando lo ordenara el general, Kajihara y Ayala comenzarían a transmitir desde el nuevo lugar, y tomarían el control de las comunicaciones. ¡Qué astucia! Nadie tenía que darse cuenta de que el comandante y el Estado Mayor se habían mudado. Los ingleses se comerían el sapo y atacarían Stanley House creyendo que nos iban a sorprender. ¡No soñaban qué les esperaba! Nada más y nada menos que el mayor de infantería Calderón que, en pocos minutos, se había transformado en el nuevo amo del viejo pensionado de chicos campesinos. Con dos secciones de soldados armados hasta las orejas estaba a cargo de la defensa de la casa y de las arboledas adyacentes.

— Iriarte, bajen las luces y el volumen de los equipos al mínimo — ordenó Calderón, entrando en el CIC.

El único local que había sido respetado por el jefe de los infantes era nuestra sala. Las otras habitaciones, en cambio, estaban siendo dadas vuelta. Oíamos el ruido de las ventanas que se abrían y de los muebles que amontonaban a modo de trincheras y de los carraspeos de los centinelas apostados. Se vigilaban ventanas, puertas, los corredores internos, los árboles de la quinta. Suponía que todos, igual que yo, esperaban ver aparecer, de un momento a otro, a Rambo junto a James Bond, con las caras tiznadas, disparando interminables ráfagas de ametralladora.

Garrido cerró las puertas. Verificamos que las ventanas estuvieran bien selladas. Apagamos las luces, excepto una lámpara de brazo extensible no más intensa que una vela. Con la tulipa baja, sólo iluminaba una porción ínfima del mapa. Sumidos en la penumbra, salvo la mesa y los tizones de la turba en la estufa, a la habitación se le esfumaron los rincones.

— Nos hemos quedado solos, señor — oí la voz de Garrido casi como un sopro.

— Es cierto — respondí y contuve la respiración para oír mejor.

De pronto, se oyó el suave tintineo de los caireles de una araña, y los papelititos sobre la mesa se agitaron. Una corriente de aire frío se deslizó entre nosotros.

— ¿Usted abrió la ventana Garrido? — susurré con un estremecimiento.

— No me he movido. Estoy acá señor, al lado suyo — dijo, y noté una nubecilla de vapor que le salía de los labios.

— Sí, ya sé, pero me pareció...

— Yo también sentí el chijete, como si alguien hubiera abierto la puerta.

— No, yo miraba para ese lado y ni se movió — hablé en el límite de lo audible.

Mientras tenía la sensación de estar en el interior de una cámara frigorífica, tal como me había ocurrido varias noches atrás, percibí un resoplido helado que me congelaba una de las orejas. Un miedo absurdo me invadió. Junto a mí, del lado del resoplido, sentía una presencia invisible. Cerré los ojos con fiereza, diciéndome que tan pronto los abriera todo volvería a la normalidad.

— ¿Hay alguien ahí? — pregunté en voz alta, sin conseguir evitar que me traicionara el tono entrecortado.

— Señor, ¡señor...! — comenzó a decir con tono lastimero Garrido, pero enmudeció al mirar fijo hacia la estufa.

Seguí sus ojos. Parecía que alguien hubiese revuelto las brasas de turba, pues las llamas se habían avivado de repente. Una luminosidad, imperceptiblemente más intensa, con la silueta de una persona se había formado encima del hogar. Sus contornos desdibujados brotaban de las llamas y ondeaban con la agitación del fuego y su brillo inundaba la habitación. Un suave color ocre empastelaba los mapas, los muebles, las facciones de Garrido. El frío desapareció. Por un instante nos observamos relajados por una tibia sensación de paz. En los rasgos distendidos de mi acompañante percibí que compartíamos la experiencia.

— ¡Hijos de puta! — igual que si surgiera de la ultratumba, tensando hasta el último de mis nervios, un grito distante, ahogado, retumbó por las paredes.

Al tiempo que Garrido casi saltaba del susto, el corazón se me detuvo. Por una fracción de segundo, pensé que el insulto había partido del hogar. Y si no grité, fue porque estaba paralizado pensando en Mauro y en las visiones que me desvelaban.

— ¡Hijos de puta! — se oyó de nuevo la misma voz, ahora más cercana y clara, desde atrás de la puerta.

Respiré. Con la garganta cerrada reconocí que las maldiciones provenían de un humano, bien vivo, que trepaba con grandes zancadas la escalera. La luz, la tibieza y aquella presencia se marcharon.

— ¡Miren! ¡Miren por las ventanas! Estos hijos de puta de los kelpers están marcando nuestra posición — decía fuera de sí Calderón, irrumpiendo en la sala del CIC.

Un suboficial lo acompañaba. Con movimientos rápidos, precisos, derrumbaron los muros de bolsas con arena. Nos asomamos. La noche negra que rodeaba a Stanley House se había transformado en un cielo de estrellas rojas. Rojas eran las luces que brillaban en las casas circundantes. El CIC, la vieja casona, la arboleda, eran un círculo oscuro que debería visualizarse fácilmente desde gran distancia. Hasta el piloto más chambón podría practicar tiro al blanco contra esa mancha sombría.

— Los vamos a joder — dijo Calderón —. También encendemos una luz roja.

Alguien gritó que había visto un paño de ese color en el altillo, y corrió a buscarlo. Otro abrió una ventana lateral, un tercero agarró la lámpara de brazo extensible. En breves minutos se terminó la operación. Cuando con caras y suspiros de «nos salvamos» asistíamos al nacimiento de la estrella roja vernácula, un nuevo «hijos de puta», gritado a pulmón lleno, nos devastó. Las luces habían cambiado de tonalidad, ahora eran amarillentas. Buscar un celofán amarillo y colocarlo en lugar del paño rojo fueron acciones simultáneas.

Entonces, se produjo el caos. Dos soldados que estaban en la habitación contigua comenzaron a disparar. Con Garrido estábamos mudos de sorpresa, todavía bajo los efectos de la experiencia anterior.

— ¡Acá! ¡Iriarte, acá! Y, usted cabo, en la otra ventana — ordenó Calderón a los alaridos para hacerse oír.

Tomé el fusil y me acerqué gateando, procurando que la cabeza no sobresaliera del marco. «¡Allá, allá!» En las pausas, entre los tiros, me llegaban las indicaciones de Calderón, habituado a enredarse en tiroteos. El olor alcalino de la pólvora nos envolvía. Me asomé despacito. No vi nada. Sólo luces amarillentas.

— ¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! — gritó Calderón y el estruendo cesó de golpe.

— Señor — dijo el cabo Garrido —. Me parece que del otro lado no tira nadie.

Calderón no hizo caso, siguió dando órdenes por toda la casa.

Pausa, silencio, zumbar de oídos, memoria auditiva de las detonaciones. En la distancia, oímos al centinela ubicado en el corredor de arbustos:

— ¡Alto quien vive! ¡No avance más o disparo!

Más distante, todavía, escuchamos la voz alterada del Picho Fernández:

— Soy el mayor Fernández. No se le vaya a ocurrir tirar ¡Reclutón!

— Nos buscan — dije y desahogué un suspiro que casi sacude las ventanas.

A la pasada nos despedimos de Calderón. Por la planta baja avanzaba hacia las escaleras, con un pedazo de papel azul. No me contestó el saludo de una forma despectiva, con seguridad, convencido de que lo abandonaba. Salimos a la calle donde Picho Fernández había estacionado el vehículo. Abrir la portezuela y sentarme fueron sinónimo de despertar. Sólo en ese momento, tomé conciencia de que el Land Rover y la acera y el pavimento estaban iluminados casi a *giorno* por los amarillentos faroles del alumbrado público. El pueblo entero resplandecía bajo las luces.

Recordé la estrella roja en el extremo del brazo extensible de la lámpara del CIC y empecé a reír, y recordé que el gas de mercurio al encenderse y tomar temperatura adquiere un intenso color rojizo. Luego, cuando está caliente, se torna amarillo. Tan habituados estábamos a ver el pueblo en condiciones de oscurecimiento que el encendido imprevisto del alumbrado nos había tomado completamente por sorpresa. La psicosis desatada por el supuesto ataque de los comandos, más las sombras de los árboles y los diferentes declives del terreno habían terminado de engañarnos. Pensé en regresar a la vieja casona, en advertirle a Calderón que dejara de buscar materiales, que su estrella extensible de colores cambiantes brillaba más hermosa que las ventanas oscuras de los kelpers, cerradas a cuatro llaves.

— Ni locos — replicó Fernández, cuando se lo sugerí y arrancó velozmente el Land Rover —. El brigadier te está esperando.

Al amanecer regresé a desquitarme de la falta de confianza del mayor Calderón. Con un fusil entre las piernas, dormía beatífica-

mente arrellanado en el sofá del CIC. A un costado había apilado papeles verdes, una media de mujer colorada, un pañuelo azul. Además, había conseguido un foquito de reserva por si se le quemaba el que aún brillaba con el celofán amarillo. Del fantasma de Mauro, ni noticias, pero, más que nunca, tuve la certeza de que me había visitado y de que, quizás, en ese momento, estuviera en el Centro Coordinador de los Fuegos de Apoyo recordando viejas épocas con el teniente coronel Beldeccio.



## 16

*Para Mauro, las horas, los días, pierden valor; dejan de existir como medida del tiempo. A veces, transcurren lentos; a veces, acelerados; los minutos van y vienen con las nubes, con los albatros, con las gotas de lluvia o con los copos de nieve. Sobre la turba congelada, se recuesta de espaldas. Cada vez más fascinado con semejante belleza: los cerros gastados cubiertos de musgo, las desconcertantes esculturas que forman los afloramientos rocosos, las manadas de caballos de crines rubias flotando al viento. ¿Así será el cielo?, se pregunta, pues le cuesta creer que en esos precisos momentos, sobre esas islas azules cubiertas de niebla y llovizna se libre una guerra.*

*Desde la cima de un monte, inmerso en la cerrazón oscura de las nubes, su espíritu se expande, como el estallido de una supernova su luz abarca la galaxia. Cruza el océano azulino y llega a las pampas doradas. Piensa en su esposa Analía y en sus hijas que lo aguardan en Mariano Acosta, y una imagen del pasado, que ahora es presente, lo induce a evocar a su padre, que también murió a bordo de un avión. «Y yo te busqué, padre mío – recuerda con pesar –, te escribí una carta, gigante de mis sueños, protector de mis noches insomnes, padre piloto, padre retrato, padre medalla, relicario de viudas sin consuelo, ¿dónde estás, padre mío?, ¿dónde?, aprieta mi mano en las noches invernales, consuella el llanto solitario de mamá.» En el tope de aquel cerro, está apunto de sentarse a llorar, pero lo detienen los ecos, las voces que recibe al unísono.*

*De pronto ha percibido la desazón de los soldados en las trincheras, el llanto de los heridos, la perpleja soledad de los muertos en combate, el terror de los kelpers encerrados en sus casas. Juntos maldicen o rezan, cada cual por su lado, en la íntima vergüenza de sus miedos. Desde los más recónditos rincones de las islas, los desventurados hijos de Eva ahogan los insultos con rezos. A destiempo, desgranán las cuentas de los rosarios. Incoherente y descoordinado griterío. Apenas se entiende por acá: Padre nuestro, Padre nuestro, que estás en los cielos, que estás en los cielos; y desde otro lado, Dios te salve María, Dios te salve María; y de repente, Our Father who are in heavens, desde una fragata con luces*

*apagadas en medio del mar, se oye la angustiada plegaria rezada en inglés.*

*– Mauro, ¿te acostumbrás a las voces? – pregunta el desconocido.*

*– Me cuesta un poco, pero no tanto. Es como caminar por la orilla del mar. Al instante te olvidás del eco de las olas – responde Mauro, confundido, mientras desciende desde el cerro hacia la población, hacia las cinco calles que corren paralelas a las líneas blanquecinas dibujadas por la espuma de las olas, antes de morir en la playa.*

*– Oiga, Iriarte, hace una pregunta, uno le contesta. ¿Y se pone a mirar por la ventana? – me regañaba Alegría, sacudiéndome el brazo.*

*– Es la hora. Disculpe señor. Estoy medio dormido – contesté y dilaté la abertura de los párpados, en un intento de recuperar la lucidez.*

*De a poco, recordaba. A las cinco de la mañana, con la historia de que estaba desvelado, Alegría había aparecido por el CIC. Obviamente, no le creí. Su actitud condescendiente, interesada, dejaba traslucir que había venido a controlarme. Alguien le habría dado la novedad acerca de mis supuestos desvaríos. ¿Quién? Vaya a saber. ¿Kajihara?, ¿Pergolini? o, posiblemente, ¿el médico? La cuestión era que el vicecomodoro de la sonrisa permanente había llegado, y estaba ahí, y sentía rondar su desconfianza. También, su afectuosa preocupación.*

*Reconstruía la escena: los primeros treinta minutos se habían escurrido con normalidad. Incluso, llegué a pensar que Mauro no me perturbaría mientras hablara con mi jefe. Pero, repentinamente, una reflexión de Alegría dicha al pasar, había desencadenado ese mundo invisible con el cual me sentía íntimamente ligado.*

*Recordaba que habíamos estado discutiendo sobre la necesidad de reemplazar los puestos faltantes en la Red de Observadores. En los últimos días de mayo, habíamos perdido dos. El Ocho, cuyos miembros se refugiaron en Darwin para evitar ser tratados como espías, si los apresaban vestidos de civil; y el número Siete, a cargo de dos suboficiales que, huyendo de las avanzadas enemigas, caminaron treinta kilómetros hasta Puerto Argentino. Junio había debutado peor. Copados con idénticos y fulminantes asaltos de fuerzas helitransportadas, en la primera semana nos habían barrido los sitios que con tanto esmero habíamos montado en la región central de isla Soledad. Nadie pudo resistirse ni escapar.*

— Por lo menos, tendríamos que intentar reinstalar dos puestos. Piense señor que, excepto el Dos y el Tres en las penínsulas San Luis y Freycinet, no nos queda nada — después de meditar unos segundos, había conseguido retomar el hilo de la conversación, completamente superado el efecto de la visión anterior.

— Sabe qué pasa, Iriarte: es al cuete. Esto ya no tiene remedio. Nunca tuvo remedio — dijo el vicecomodoro Alegría, dejándome entrever, por primera vez, la amargura de su decepción.

— Pero, ¡señor! No es posible que nos entreguemos así nomás, sin pelear. No lo puedo creer; no quiero resignarme a que nos arríen como ovejas, igual que hicieron con los de Darwin.

— No, Iriarte, no diga eso. Se defendieron como pudieron.

— No estoy muy convencido, señor. Pienso que debemos hacer algo más. No vamos a dejar que los gringos estos vengan chupando cerveza y, diciendo simplemente «go, go», nos saquen a las patadas de esta casa.

— Pero, pibe, los tipos son profesionales.

— ¿Y nosotros, qué?

— Quiero decir con experiencia, con un montón de guerras en sus alforjas. ¿Qué vas hacer vos con tu fusilito si todavía tiene la vaselina de fábrica? No vas a alcanzar ni a tocarlo.

— No sé. Lo que sea, señor. Por mi parte, algo pienso hacer.

A esa altura de la conversación, convencido de la inutilidad de seguir argumentando, me callé y volví la mirada hacia la Mesa de Información. El suboficial Corrado, aburrido, se distraía con unas palabras cruzadas. El mapa pelado daba a entender que la ausencia de ecos era total. Hasta aquellos falsos, que tanto trabajo solían darnos, parecían negarse a aparecer.

Suspiré profundamente y volví a mirar por la ventana.

*Mauro camina curioso por ese extraño poblado de techos agudos y simétricos, porches vidriados, chimeneas que ensucian las nubes con humo terroso y dulzón. Las calles están oscuras, pero igual ve claramente a las sombras caminando con las caperuzas levantadas. Las miradas transmiten ese aire de cansancio infinito característico de los que se han dado cuenta dónde están, así no más, de repente y para siempre. Andan distraídos, despacio, de uno en uno, como máximo de a dos: soldados, mecánicos, artilleros, muchos pilotos, y algún que otro espectral inglés.*

— Bueno, visto que no pasa nada, me voy a dar una vuelta por el comando de la Brigada. Hasta luego, Iriarte — dijo Alegría y, después de sonreír como acostumbraba, se levantó para retirarse.

Aparte de que yo no tenía el menor deseo de prolongar la conversación, era cierto que no pasaba nada. Hacía tres días que la meteorología estaba peor que pésima. Excepto uno que otro apagón, como le decíamos a la orden de cortar simultáneamente la irradiación de radares y equipos de radio para captar las emisiones de los buques ingleses y descubrir, así, su ubicación; excepto alguna pinchadura de globo, como llamábamos a los vuelos de perturbación realizados con aviones Lear Jet del Escuadrón Fénix; y excepto uno que otro truquito electrónico imaginado por los genios que nos mandaban desde Comodoro Rivadavia, la actividad de la Fuerza Aérea Sur había sido prácticamente nula. ¿Para qué se me habrá cruzado ese listado de excepciones? No había terminado de esbozarlo que advertí que el operador de turno de la central de comunicaciones asomaba la cabeza:

— Orden Fragmentaria, señor.

— ¿No me diga que mandan otro Vago más? — pregunté.

— Con este tiempo — intervino Alegría, suspendiendo la partida en la misma puerta.

— Creo que sí — confirmó el operador, volviendo con rapidez al escuchar la variación de tono de los bip bip, bup bup del codificador, señal inequívoca de que comenzaba la transmisión en clave.

Por más rutina que fuese, la recepción de los mensajes secretos nos alteraba y desencadenaba una serie de procedimientos internos para controlar la misión.

— ¿Dónde calculás que está el portaaviones? — preguntó Alegría después de leer la misión, acercándose al sillón en el que reposaba el aviador naval.

Venciendo la modorra, el capitán, con un ojo, estudió el plexiglás lleno de un galimatías que sólo los navales entendían y en donde, pacientemente, mantenían actualizada la situación. El capitán, con trabajo, venció la ley de gravedad y se levantó. Dio unos pasos calmos, medidos. Se acercó a nuestra mesa y haciendo un arco con el índice y el pulgar, se acarició los canutos crecidos del mentón.

— Por acá — dijo con suficiencia, medio desperezándose, pasando la mano abierta sobre el mapa, en un sector al noreste de las islas.

A partir de entonces, el centro imaginario de la zona barrida por la mano del marino se transformaría en nuestro blanco.

Diez minutos después:

—El Vago Uno, en contacto con el radar —informó el suboficial Corrado, colocando un triángulo azul treinta kilómetros al oeste de la Gran Malvina.

—Desde esa posición, que ponga rumbo hacia el este —ordenó Alegría que, para mi sorpresa, se había hecho cargo en forma personal de la operación.

Con esa trayectoria, el Lear Jet apuntaba directamente al lugar indicado por el aviador naval. No habían transcurrido tres minutos, el Lear sobrevolaba ya el norte de la Gran Malvina cuando, en el este, exactamente en el sector a donde llegaría nuestro avión en minutos más, el radar había captado el eco nítido de un Harrier que, a gran velocidad, ascendía a interceptarlo.

—¿Qué sucede? —demandó Alegría, alarmado por el espectáculo de los dos triangulitos, azul y rojo, enfrentados, pero separados por trescientos kilómetros.

—Están a doce minutos, señor —intervine para tranquilizarlo.

Después de un mes de seguir sobre el mapa el guiado que hacían los controladores del radar de los aviones, habíamos adquirido una gran práctica en apreciar y calcular las velocidades relativas. Excepto la fallida advertencia a Mauro, nuestros pilotos pocas veces habían sido sorprendidos por los cazas ingleses. Por ese motivo, cuando se ordenaban misiones para engañar o perturbar a las defensas, solíamos amagar que dirigíamos un ataque al lugar donde suponíamos que se hallaban los buques. Sin riesgo para nuestros hombres, los hacíamos descender y continuar la trayectoria de acercamiento. Cuando calculábamos que habían alcanzado niveles de vuelo tan bajos que los colocaba fuera del alcance de los radares enemigos, los hacíamos regresar. Disfrutábamos, así, del placer malsano que nos provocaba la imagen de nuestros adversarios. Los veíamos desvelados, los ojos enrojecidos, aterrados, pensando que, de un momento a otro, tendrían que dejar de tomar cerveza o de masturbarse o, quizás, de gemir por temor a no volver a ver los pechos blancos, desteñidos, que les habían mostrado las inglesas antes de partir del puerto de Southampton. Imaginaba sus maldiciones «blody argies», los susurros mientras trataban de captar la mínima alteración de los silencios, las esperas tensas, encerrados como sardinas entre las paredes de lata de sus fragatas.

—No importa. A éste lo hacemos acercar nada más que un minuto.

La determinación de Alegría suspendía la fiesta. Pero veinte segundos solamente. La iluminación de la sala comenzó a espesarse, a sujetar los objetos con más vigor. Alegría se transfiguró. Como si hubiera visto una aparición abrió los ojos como dos soles y, mirando fijo a Corrado:

—¡Que regrese! ¡Que regrese ya! ¡Ya! —gritó, y descargó un puñetazo sobre el mapa.

Extrañado porque los aviones todavía estaban muy apartados, mientras retransmitía la orden al radar, Corrado me interrogó con un gesto; luego, con cara de mayor sorpresa, dirigió la vista a mi espalda, al hogar donde ardía la turba.

—Que cierre el viraje. ¡Que se apure! ¡Vamos! ¡Vamos!

Miré a Alegría. Miré la expresión sorprendida de Corrado. Miré la estufa. El vicecomodoro siguió golpeando fuera de sí durante unos segundos. Luego se quedó como petrificado, ajeno a los cambios de la luz, respirando agitado, aferrado al borde de la mesa. El hogar, igual que las veces anteriores, como si las brasas hubieran sido rociadas con algún misterioso combustible, por un instante se habían avivado. En ese momento, el operador del radar confirmaba que el avión había completado el viraje y que el piloto, con voz de resucitado, le había dado la novedad que, por detrás de la cola, habían pasado las estelas llameantes de dos misiles.

Corrado le retransmitió al vicecomodoro Alegría el informe recibido del radar. Después, apretándose los auriculares contra las orejas para no perder las palabras que le decían del otro extremo del cable, añadió:

—El controlador quiere saber cómo hizo para adivinar que abajo había una fragata que iba a disparar los misiles.

La pregunta de Corrado quedó suspendida en la atmósfera anaranjada, vuelta ya a la normalidad de la habitación. Mientras Alegría alzaba los hombros, restándole importancia a su intuición, yo contenía la respiración. Tenía la certeza de que, una vez más, había estado en presencia de un inmaterial. Mauro o vaya a saber cuántos otros que nos daban una mano. No los veía, pero presentía que estaban allí. Observándonos, sentados en los rincones, hablando entre ellos. Quizás fumaran y opinaran sobre lo que hacíamos y lo que dejábamos de hacer o, quizás, no. Yo rogaba que Mauro hubiera desistido de vengarse. Sentía que mientras durara esa guerra, él

siempre estaría allí y presentía que, en algún momento, de algún modo, tendría que hablar con él, cara a cara. Cada nueva manifestación de su cercanía, aumentaba la cantidad de personas que compartían mis sensaciones. Al menos, eso creía. Ahora, Corrado; antes, tal vez, Garrido o Alegría, ¿por qué no?

Cinco minutos más tarde nos enterábamos de que nuestro avión, sano y salvo, volaba de regreso hacia el continente.

—Se da cuenta, Iriarte. El que sabe, sabe —alardeó el vicecomodoro como si no hubieran existido los inexplicables cambios de luminosidad. Daba la impresión, de que sólo retenía el asombro provocado por la precisa información brindada por el aviador naval, que continuaba su meditación a ojos cerrados.

—Pero, ¿cuándo se le ocurrió que los ingleses podían estar con una fragata misilística justo en ese lugar? —pregunté, deseando que el vicecomodoro ratificase mi creencia y me dijera que había escuchado una voz misteriosa.

—¡Ah! ¿Eso? Recién. Sí, sí. Recienquito nomás —respondió y se marchó muy tranquilo.

Pasada la acción, sin la compañía de Alegría, el transcurrir de la vigilia se retardó. Cada cual se encerró en su propio mundo, ninguno atinó a hacer un comentario. Simulando indiferencia, Corrado retomó el crucigrama.

—Conjunto de palabras que forman un sentido, cinco letras —dijo Corrado en voz alta, sin quitar la vista del papel.

—¿Con qué letra empieza?

Sin responder, Corrado dio la impresión de tener otra duda más urgente porque, en voz muy baja, para que sólo yo escuchara, preguntó:

—¿Cómo habrá hecho el vicecomodoro para saber que el avión estaba en peligro? De estar Garrido, con seguridad hubiera dicho que es cosa de los espíritus. Él está convencido de que anda un fantasma por la casa.

—¿De dónde habrá sacado esa idea tan ridícula? —fingí sorprenderme, pensando que mis sospechas se confirmaban. Para cambiar de tema averigüé la hora.

—Van a ser las siete —contestó Corrado con un bostezo.

—Por suerte, falta poco para que nos llegue el relevo —añadí, sin evitar respingarme al oír el sonido estridente de la chicharra del teléfono que nos ligaba con la Central de la ROA.

Era el suboficial Ocampo.

—¿Dónde dice que quieren la estación? —lo interrogué, una vez que entendí el pedido que terminaba de formularme.

—Cerca de Sapper Hill.

—Espere media hora. Apenas llegue el mayor Pergolini para hacerse cargo de la guardia, voy para allá.

El turno terminaba, pero no el trabajo. Debería postergar el descanso, por lo menos una hora más. Del Comando de la Artillería de Campaña le habían solicitado al suboficial Ocampo que los ayudara a montar una red de observadores para ajustar el tiro de los cañones de 155 milímetros. Debían situarse en lugares elevados desde los cuales se pudieran visualizar las posiciones enemigas y transmitirles las correcciones a las baterías. Me pedía el Land Rover para cargar los equipos y desplegar personalmente a los hombres del Ejército.

A la siete y media, con su puntualidad habitual, Pergolini se había hecho cargo del turno, y yo, aunque con sueño, manejaba hacia la sede de la ROA.

Ubicada en uno de los vértices superiores de aquel pueblo rectangular que se extendía paralelo a la costa, la casa donde los suboficiales y los radioaficionados habían instalado sus antenas y equipos de radio, disponía de una visión incomparable sobre la bahía y cerros vecinos. Tenía una desventaja: se encontraba próxima al emplazamiento del radar del Ejército. Si bien permanecía indemne, no había noche en que no fuera buscado por los proyectiles del bombardeo naval. De rebote, los hombres de la ROA se habían habituado a vivir en un sótano, sacudidos por los cimbronazos de las explosiones.

Por suerte, el amanecer era tranquilo, y en cinco minutos, sintiendo caminar por el cuerpo el calor vivificante del tazón de chocolate que me convidaron, escuché la explicación de Ocampo. Me presentó a los dos sargentos artilleros que lo acompañarían. Me enseñaron los equipos de radio que habían recibido, el plan de frecuencias, los indicativos de llamada que usarían. Antes de que saliera el sol, Ocampo y los suboficiales del Ejército se ofrecieron a dejarme con el Land Rover en Stanley House antes partir rumbo al Sapper Hill. Que prefería caminar le contesté y, mientras los veía alejarse, me despedí del suboficial Portal que se quedaba a cargo de la Central de la ROA. Con la esperanza de, en lo inmediato, zambullirme dentro una confortable bolsa de dormir y recuperarme de la noche en vela, emprendí el regreso.



Eran las ocho y cuarto. Clareaba sobre aquel caserío de puertas y ventanas clausuradas. Un viento helado, que nos invadía más seco desde el sur, había levantado el techo de nubes. Caminaba bajando por una calle de pendiente muy pronunciada cuando, allá, justo al frente en el horizonte, sobre el agua de la bahía se encendió una luz rojiza que, enseguida, brilló como un sol enano que avanzara zigzagueante hacia la ciudad.

— Tiraron una bengala — dije.

— No, es un misil — replicó alguien desde un costado.

Ni siquiera intenté averiguar quién me hablaba. Estaba seguro de que no vería a nadie, además quedé fascinado con ese punto luminoso que dejaba de vacilar y, como una flecha, se hundía en la primera línea de viviendas erigidas en la calle paralela a la costa. Sin transición, desde ese lugar se expandió un resplandor blanquísimo y una aurora repentina que recortó la silueta oscura del edificio de Stanley House hacia donde me dirigía. Desde una cuadra, distinguí las estrías rojizas que se elevaban en abanico y que se ennegrecían al comenzar a extinguirse la aurora. Y al tiempo que partículas más densas ascendían por el cielo, sentí la detonación y, sin solución de continuidad, el viento ardiente de la onda expansiva.

Le pegaron al CIC, pensé, y me puse a correr como un loco, sin prestarle atención a una segunda luz que avanzaba más errática sobre la bahía. Tampoco hice caso a la voz que, con insistencia me advertía, no es nada, no es nada. Los cañones antiaéreos por fin habían comenzado a dispararle a un helicóptero que, en ese momento, en la margen opuesta de la bahía, mostraba su panza más blanca haciendo un viraje cerrado para escapar. Jadeando, llegué al edificio del CIC; jadeando, atravesé el corredor de arbustos; jadeando, de dos en dos, subí los escalones. Y con cada jadeo sentía que una garra metálica me arañaba el interior del pecho y que me arrancaba unos silbidos agudos con cada dificultosa bocanada de aire que quería respirar. Aflojándome con ambas manos el cuello de la tricota, me precipité en el interior del CIC donde temía encontrarme con el caos. Pero no, gracias a Dios no había sido allí. Las únicas consecuencias visibles eran, la nubecilla de polvo que la onda de choque del estallido había arrancado de una tapia de bolsas de arena derrumbada y el grupo de curiosos que se asomaba por la ventana inesperadamente despejada. Los mayores Pergolini, Molina, Oliva, Fernández, el cabo primero Funes, el cabo

Garrido, el teniente coronel Beldeccio y hasta el vicecomodoro Alegría no querían perderse el espectáculo.

— ¡Allá! Allá, se escapa — decía Alegría.

— Era un Gazelle — informó Guillermo Mendiberri, asomándose desde la habitación vecina con un largavista en la mano.

— ¿Qué pasó? — pregunté, acercándome al grupo.

— Un helicóptero. Se metió hasta las narices — contestó Jorge Molina.

— ¡Increíble! — se asombró Alegría, sacudiendo la cabeza.

— Desde una cuadra más arriba, me pareció que le habían pegado a ustedes — comenté.

— No, se la dieron a los de Inteligencia que están a cincuenta metros de acá, a mí me pareció que fue al lado — dijo el cabo primero Funes, añadiendo en tono confidencial —: Esta vez falló el espíritu. No nos avisó, ¿Eh, jefe?



## 17

Las horas posteriores al impacto del misil pasaron más rápido que la polvareda que se levantó en el CIC. ¡Cuántas emociones! Ni un instante de respiro. Y no habíamos terminado de reponernos del susto que ya el equipo de VHF de la ROA nos sobresaltaba con los gritos del suboficial Ocampo:

— ¡Están desembarcando! De-sem-bar-can-do — delectaba la inconfundible tonada cordobesa.

Apenas salieron al campo abierto para desplegar la red de observadores para la artillería, a simple vista, habían descubierto dos enormes barcos de transporte anclados en la bahía que se encontraba al sur de la de Puerto Argentino. El redoble de la advertencia saturó las frecuencias de cientos de radios. Órdenes, contraórdenes, alarmas, tensas esperas; después... ante nuestros ojos, el ataque impecable, demoledor, de los aviones argentinos contra los buques cargueros anclados en Pleasant Bay. Las horas siguientes trajeron la frustración, la desesperanza. El amanecer del día siguiente demostró que los británicos habían asimilado el castigo. Desde la puerta de entrada de Stanley House, sin ayuda, se distinguía el incesante carrusel que habían montado con sus helicópteros, que iban y venían desde el lugar del desembarco hacia las laderas nortes del monte Kent.

A partir de ese momento, el fin, nuestro fin, se convirtió en una fotografía previsible, palpable. Si en un comienzo nos desmoralizamos, no tardamos en absorber la certeza del final. Sin escozor ni vaselina, en nuestras conciencias entró una suerte de mejoría *premortis*. Mauro y la hueste de fantasmas desaparecieron. Se amortiguaron los zumbidos de los oídos y la intensidad de mis dolores de cabeza. No cesaba de agradecer su ausencia aunque atribuyese su partida a que ellos, en la nueva dimensión, también se hallaban combatiendo contra los ingleses.

Mientras tanto, en nuestro sitio de trabajo reinaba una calma sospechosa, ambigua, resbaladiza. Serena, no porque hu-

biesen bajado los niveles de ansiedad, sino porque ahora era un lugar inseguro. Desde el ataque inesperado del helicóptero con el misil hilo-guiado, se demostró que el cerebro de la defensa aérea argentina, el polo de atracción de otros tiempos, era vulnerable, y debía evitarse. Para disminuir los riesgos, el brigadier Castellano ordenó que, a diario, lo cambiásemos de lugar. Nos transformamos, así, en un CIC itinerante. Itinerante o caracol o Estado Mayor linyera, eso fuimos los últimos días de la guerra.

Hubo una noche distinta, sin embargo. Una noche fría, lloviosa en que, al igual que en las primeras, volvimos a ser el polo de atracción. Instalados en una oficina de la Gobernación, muy similar al interior de un freezer, nos rodeaba una multitud. Una muchedumbre curiosa que, al hablar, más que por hombres parecía compuesta por máquinas de fabricar vapor. A pesar de oír el run-rún constante de los disparos y los motores en la distancia, prueba palpable de la cercanía del enemigo, se conversaba con optimismo. Además de los miembros habituales, se encontraba presente una numerosa delegación de la Armada.

— Esta noche se la damos — dijo, con aire de suficiencia, el capitán de fragata que llevaba la voz cantante de los marinos.

— De acá nos sacan, pero que no se la van a llevar de arriba, no se la van a llevar — añadió con voz muy canchera un submarinista, petiso de ojos claros.

— ¡Qué te parece! — intervino el capitán Santillán del Ejército. Con la biaba que les dieron los aviadores el siete por la mañana...!

— ¡Qué podría haber sido una paliza de aquellas...! — dijo Jorge Molina, dándose importancia.

— Los aviones del continente llegaron en seguida — agregó el capitán de fragata, rascándose contra el respaldo de la silla.

— Cómo nunca. Menos de dos horas, y estaban atacando — aclaró Cacho Ayala, al tiempo que soplabla la ceniza caída sobre el mapa.

— Bueno. Y a propósito, ¿a qué hora llega el nochero? — impaciente, indagó el submarinista, levantándose de la rueda formada alrededor.

— Calma, radicales, calma. Ya va a llegar. Nunca falta a la cita — lo tranquilizó el teniente coronel Beldeccio que siempre tenía algo que opinar (era verdad, nunca fallaban. Las fragatas no dejaban de bombardearnos una sola noche). El artillero continuó el discurso — : Claro que van a venir. Se han cebado. Sin ir más lejos,

anoche hicieron de goma el radar de la Agrupación 601, y hoy van a seguir.

— ¡Pobres, esos tipos! Yo los vi cuando iba hacia nuestro radar — comenzó a relatar Cacho —. Los crucé en la calle. Venían en la oscuridad, cuesta abajo. Encolumnados, escapaban con lo puesto. Una andanada de más de diez obuses les había caído alrededor. Uno pegó justo al lado de la antena.

— ¡Qué los parió! — exclamó Alegría, desde la segunda fila. El vicecomodoro, al ser uno de los que mejor comprendía las implicancias de la situación, desde hacía un par de días se veía muy preocupado. Callado hasta ese momento, pensativo, seguía la conversación con movimientos verticales de cabeza.

— Y vos, Cacho, ¿en qué andabas a esa hora? — preguntó Jorge Molina.

— ¿No te acordás de los bombazos que cayeron en el Monte Kent?

— ¡Qué bestia! ¡Cómo se sacudió la tierra! — intervino Beldecio, de una sola vez, casi eructando —. Yo lo vi desde el Comando de la Agrupación.

— Bueno, ese despelote fue obra de un Canberra — afirmó Cacho —. Fui hasta el radar a llevar las coordenadas del blanco. Mi Dios. ¡Cómo aguantan estos controladores! Ustedes sabrán que a menos de cien metros está la batería de los ciento cinco. ¡No se imaginan! ¡Cómo se sacude la cabina del radar! ¡Broomm! ¡Broomm! Con cada descarga, parece que se diera vuelta. Y los tipitos deben estar tranquilos, guiando los aviones... que dos grados a la derecha, que dos grados a la izquierda...

— ¡Qué los parió! — dijo Alegría, como si ratificase la impresión de Cacho.

— ¿Y los del avión? ¿Los pilotos? En esa oscuridad, viendo allá abajo los relámpagos de la artillería entre las nubes, rogando que no los agarre un misil, transpirando adrenalina, bilis y con ochocientos kilómetros de un océano en tinieblas para volver — dije pensando en ellos.

— ¡Qué los parió!

Pese a la impaciencia de Alegría, el nochero no llegaba. La conversación se atomizó en corrillos, después decayó. El vicecomodoro se levantó, y se desplazó hasta la oficina del brigadier. Ambos, cada día más angustiados por la inminencia del desenlace y por las decisiones cruciales que podrían catapultarlos a la gloria o al olvido.

Mi caso era distinto. Ese mañana, liberado por un par de horas del encierro del CIC, en compañía de Molina y del comodoro Mendiberri, había tenido oportunidad de redondear mi determinación. Fue mientras regresábamos por el cada día más agujereado camino del aeropuerto. A través del parabrisas, a lo lejos se divisaba el vuelo continuo de los helicópteros ingleses. Con las cargas pendiendo de las redes de transporte, parecían caranchos transportando presas, seguramente, con pertrechos rescatados de los buques atacados en Pleasant Bay.

«Desde ayer que van y vienen, pero más allá de los once kilómetros del alcance de nuestra artillería», había dicho Mendiberri, al tiempo que detenía el vehículo. Nos invitó a bajar porque desde ese punto se abarcaba el panorama completo. Descendimos y nos trepamos a un montículo de turba y piedras expulsadas del cráter de una bomba. Durante unos minutos, en silencio contemplamos el espectáculo que ofrecía el puente aéreo de los helicópteros. A partir del monte Kent, formando un arco de norte a sur, todas las elevaciones del oeste estaban tomadas. Aislados del continente, arrinconados de espaldas a un océano interminable, la península donde nos hallábamos parecía bloqueada por un cerco de hierro y fuego que, minuto a minuto, se estrechaba. Fue entonces cuando pensé que de ahí no debía marcharme. Recuerdo que me había apartado y dicho en voz alta, «me quedo con ustedes», sin importarme el intercambio de miradas que provocó mi exabrupto.

— ¡Bingo! — exclamó Funes. La exclamación inesperada del ploteador cortó mis recuerdos y reanimó a la concurrencia. El suboficial, tras colocar encima de la carta la miniatura de un buque de plástico rojo, a treinta kilómetros al sur de Puerto Argentino, miró a todos con entusiasmo.

— ¡Bienvenidos! — festejó el capitán de la Armada restregándose las manos.

— Arrimate, papá — dijo el submarinista petiso de ojos claros.

Se comprobaron las comunicaciones. Todas las piezas del plan urdido por los marinos estaban en su lugar: los vigías en la costa, los controladores siguiendo la traza que dejaba la masa metálica del navío en la pantalla fosforescente del radar. Por último, la pieza clave: en las elevaciones del sur de la península, un armatoste de hierro, baterías, cables y otras yerbas con un modernísimo y sofisticado misil Exocet mar-mar.

— Radial uno, ocho, cero, veintiocho kilómetros, rumbo Este.

—Pero, ¿por qué no se arrima este desgraciado? —se quejó el submarinista al ver que el navío, en lugar de acercarse, asumía un rumbo paralelo a la costa.

—Radial uno, siete, cero, veintisiete kilómetros, está virando y apunta hacia el Oeste —informó Funes, diez minutos más tarde.

—No entiendo —pensó en voz alta el capitán de fragata, ras-cándose la cabeza.

—No se preocupen. Dentro de unos minutos, regresa —afir-mé, sintiendo cómo, después de un vértigo instantáneo, acompa-ñados por el eco de voces lejanas, me renacían los acúfenos.

*Han regresado*, pensé mirando con recelo alrededor.

—Para mí, éstos están enterados —sentenció Molina—. Deben tener espías.

—Escuchen, ¿oyen el zumbido? —preguntó el submarinista, dirigiendo la vista a la mesa y a la ventana en forma alternada.

Ambas se sacudían con un ruido sordo, como el que producen las orugas de los tanques sobre las calles.

—¡Es como si estuviera por temblar! —dijo Santillán con ex-presión intranquila.

—Es la artillería —entrecerrando los ojos, concluyó Beldeccio (para el teniente coronel, todo era causado por la artillería incluso el Big Bang primordial).

—No, son reactores —corrigió Molina (obviamente, los pilo-tos opinaban que todo provenía del aire).

*Están en el edificio*, me dije con alegría y desconfianza a la vez. Mientras la discusión y los sonidos subterráneos continuaban, la actitud de la fragata daba a entender que sus tripulantes conocían nuestras intenciones. Nadie comprendía nada. Algunos miraban la mesa fascinados, pero con sonrisas falsas; otros serios y con determinación, pero con una mueca de temor disimulada. Un sugestivo silencio nos envolvía. Las nubecillas de los alientos se formaban y desaparecían continuamente sin sonido. El barco de plástico, impulsado por la mano de Funes, describía un extraño ocho, circulando fuera del alcance del misil de los navales. Los ojos, las cabezas lo seguían. De pronto, todos contuvieron la res-piración. Nunca supe si fue ilusión, pero juro que al soltarla y ras-carse la patilla, la maqueta dio la impresión de moverse sola.

—¡Epa! —exclamó Funes, sujetándola. Sonriente, con un gui-ño cómplice, me miró a los ojos; luego, al resto que ya había reini-ciado la discusión. Se debatía, ahora, si un movimiento sísmico o

la electricidad estática habían inducido a moverse al barquito de plástico.

El único que sabía, o mejor dicho, creía saber la verdad era yo. Funes también, quizás. Mareado, me aparté del grupo. El dolor de cabeza estaba presente con todas sus ganas. De pronto, como un flash fotográfico, una sucesión de visiones insólitas se inter-pusieron en mi mente.

—¡La gran puta! —desde la otra habitación, Alegría fue el pri-mero en reaccionar al percibir la serie demoledora de explosio-nes, tierra adentro. Era increíble el tintinear de los vidrios.

—Son los obuses de ciento veinte de la Royal Army —dijo Bel-deccio, atusándose el mostacho, mientras inconscientemente acompañaba con todo el cuerpo el ritmo de las detonaciones—. Con toda seguridad, acaban de colocarlos en batería.

Ajeno al entusiasmo de mis camaradas, me había sentado atrás, en la silla ocupada minutos antes por Alegría. Refugiado en la penumbra, oía las respuestas de nuestros cañones de ciento cinco mezclados con los ecos de mi cerebro. Noté como el grupo hun-día la cabeza cada vez que el silbido de las andanadas volaba en-cima de los techos.

—¡Viene para acá! —casi gritó Funes en ese momento, soste-niéndose el casco de acero con una mano y moviendo el barquito de plástico con la otra.

—¡Era eso! La señal que les faltaba para arrimarse — afirmó el capitán de fragata—. Los del barco están en comunicación con los de tierra.

—Radial uno, ocho, cero; veinticinco kilómetros —dijo Funes más sereno, cinco minutos después, luego de mover el barquito.

El capitán de fragata, por un equipo portátil, hablaba con el contralmirante:

—Cuando pise los veinticuatro, van a disparar —nos informó, mirando sobresaltado hacia la puerta que, en ese preciso instan-te, se abría de golpe.

—¿El brigadier? —preguntó en voz alta el comodoro Mendi-berri que terminaba de entrar apurado, los ojos desorbitados.

Nadie contestó, absortos en la trayectoria del barquito que, luego de algunos amagues por continuar los circuitos de espera, había retomado con franqueza la aproximación. Mendiberri, tras constatar que nadie se había inmutado con su ansiedad, repitió la pregunta en voz más alta:

— ¿El brigadier?

— En la otra sala — respondí desde mi rincón.

Mendiberri, con la nariz blanquecida, furioso porque lo ignoraban, me miró agradecido. Al pasar hacia la otra habitación, me habló en voz baja:

— Los ingleses le han pegado un cañonazo a la casa de unos kelpers, al frente del chalé del gerente de LADE.

Al tiempo que meditaba en lo dicho por Mendiberri, la fragata alcanzaba los veinticuatro kilómetros. Apagamos las luces. Nos asomamos por las ventanas. En la parte alta, como un enjambre de luciérnagas, se encendían las colinas con los fogonazos de los ciento cinco. De pronto, más allá, una burbuja anaranjada, brillante, por un segundo las envolvió y cuando ya se apagaba, nos llegó con retraso el estruendo del misil. Pasaron cincuenta segundos, larguísimos, eternos. Volvió a reinar la monotonía sincopada de los cañones. Después, el griterío, el entusiasmo, los abrazos. Los vigías costeros habían captado un relámpago en el horizonte. El radar nos ratificaba que, en su pantalla, el eco de la fragata se alejaba muy lentamente.

— ¡No puede ser! — se me escapó una exclamación tan fuerte que todas las cabezas giraron hacia mi rincón.

— ¿No puede ser, qué? — inquirió el capitán desafiante, tal vez pensando que reprochaba los procedimientos navales.

— Nada. Nada puede ser — respondí hastiado por su regocijo ante la muerte. Una voz interior me había repetido: *too much murder*.

Mientras enfrentaba sus miradas, tuve la impresión de que una campana de vacío las cubriera. Me aparté de la mesa. Retrocedí, pensando en Paul y Julie.

Afuera, el intercambio de cañonazos continuaba. *Qué poco nos queda*, me decía, mientras con el haz de la linterna, que asomaba por la ventanilla del Land Rover, barría la esquina que conducía a la casa de Paul. Hacia mi derecha, el agua de la bahía era invisible. En la costa del frente, en forma esporádica, se veían los caminos dibujados por ráfagas de municiones trazadoras y desde la ladera norte del monte Kent, como si fueran los reflejos de una nube de tormenta, se iluminaba el horizonte con cada disparo de la artillería enemiga. Ayudado por los relámpagos de nuestras baterías, ascendí por el sendero que me llevaba a la masa oscura de la casa de Paul. La puerta del porche estaba abierta. Entre las

pausas de las detonaciones, un murmullo apagado y algunos gemidos brotaban del interior.

— Excuse me, excuse me — dije, abriéndome paso entre una pareja de ancianos, parados junto a la puerta entornada.

Desde adentro brotó una corriente helada, un penetrante olor a ceniza, polvo e, inconfundible, el vaho acre del TNT. A un costado, una vela de llama vacilante, con reflejos marrones, coloreaba apenas la habitación. Una sombra alargada bailaba en las paredes. Otras personas hablaban en voz baja junto al sofá. Quise entrar, pero un anciano con una gran barba blanca, de aspecto majestuoso, se interpuso.

— Excuse me — volví a decir. Me hice a un costado y miré el sofá.

Allí estaba Julie arrodillada. Y Paul, recostado a lo largo. Los botines embarrados sobresalían por encima del apoya brazos. Y por una esquina, entraba el frío de la noche. Y un destello, a través del boquete abierto por el obús.

— You!

Recibí la exclamación de Julie con la misma frialdad del aire. Conociendo ya las consecuencias de la tragedia, maquinalmente le pregunté qué había ocurrido.

— He's dead.

Está muerto, prácticamente me escupió las palabras con un odio reconcentrado mientras, con la vela, iluminaba la cara de Paul. No era momento para pésame. Sólo le manifesté, tartamudeando en deficiente inglés, mi sincero deseo de ayudarla.

— You? Bloody argie!

La furia de sus ojos, apenas iluminados, me dejó helado. Mientras seguía insultándome, acompañada por las otras personas inició un movimiento convergente. Serían cinco o seis contra mí. Entre ellos, tres hombres por lo menos. Sentí que se me estrujaban los riñones. Retrocediendo, torpemente comencé a desenfundar la pistola. Desde un costado, una mano pesada me sujetó el brazo.

— It's time, get you gone!

Es tiempo de que te vayas. La voz del anciano había sonado calma, al mismo tiempo que, con un gesto, contenía a los demás. *Adiós, kelpers*, pensé, todavía pasmado. Mientras caminaba hacia el vehículo, con mano temblorosa, no lograba ensartar la presilla de la pistolera.

Arranqué. Bajo el efecto del estrés, olvidé la orden y encendí las luces. Sin meditarlo, en la misma bocacalle, hice una vuelta en U. Al girar, los faros de mi Land Rover iluminaron la casa y, a un costado, un amontonamiento de tierra rodeado de arbustos contra la verja que daba hacia Mody Brook. ¡Qué buena trinchera! *Este es el sitio ideal*, me dije, recordando la determinación que había tomado esa mañana.



## 18

*Otra noche en Stanley House, tal vez la última*, pensaba doce horas más tarde. El rectángulo gris del atardecer se apagaba lentamente encima de las bolsas de arena que tapiaban la ventana. En las manchas plomizas de las nubes veía la cara mortecina de Paul. Las sombras de la habitación, la cabeza volteada hacia un costado, los ojos abiertos, detenidos. Y ese tajo, oscuro, incomprensible; el tajo que la muerte revivía en la base del cuello. Los recuerdos hacían resonar el silencio de los dos o tres callados servidores que me acompañaban, sentados a las mesas del CIC. Dos o tres, ni uno más.

— El helicóptero sanitario regresa sin novedad, señor — me sobresaltó Garrido con su voz cansina. Profundas ojeras azules delataban la fatiga que le debía producir al joven suboficial, la guardia número sesenta y dos desde el comienzo de la guerra.

— ¿Los puestos están todos levantados, Sebastián? — preguntó Cacho Ayala, desde la Mesa de Tránsito Aéreo. Con paciencia, mi amigo calculaba sobre un mapa de escala uno-diez mil el punto exacto de lanzamiento de dos aviones Canberra. Alrededor de medianoche, guiados por el radar, preveían bombardear, una vez más, las posiciones del comando inglés en la falda norte del monte Kent.

— Así es, Cacho — respondí, malhumorado por la obviedad de la pregunta —. Se acabó. La Red de Observadores se terminó, ¡Kapput! ¡Finish! ¿Entendés?

A las cuatro de esa tarde, gracias a la iniciativa de los aviadores del Ejército que pintaron un helicóptero de blanco con una gran cruz roja sobre los costados, habíamos podido rescatar a los miembros de los Puestos de Observación Uno y Dos. A partir de entonces, para vigilar el espacio aéreo, dependíamos del único radar que todavía funcionaba.

— El brigadier ha ordenado que, en el Hercules de esta noche, evacuemos a la mayor cantidad de gente posible — dijo Molina

con un bostezo. Recién arrancado de la siesta, que habría dormido en cualquier rincón, Jorge llegaba a tomar el turno.

— ¿Oupate vos, por favor, de dar las órdenes? — pedí a Jorge, levantándome con deseos de marcharme —. Trataré de descansar. Más tarde me gustaría llevar hasta la pista al suboficial Ocampo con su auxiliar.

— Nosotros nos quedamos con Pergolini. No te preocupés, andá tranquilo — dijo Cacho. Y, antes de dejar de verme, añadió en voz más alta —: Dormí, que esta noche va a ser larguísima...

*Larga por el día que se acorta; larga por las sombras que se estiran; larga por ese fin que no termina de llegar*, así meditaba aquella tarde, caminando hacia mi bolsa. De pasada, había alcanzado a escuchar al brigadier Castellano que junto con Alegría, Mendiberri, García y Chiloverit discutían con el vicecomodoro auditor qué procedimientos convenían para lograr una rendición honrosa. Consulté el reloj. Tenía un par de horas para cerrar los ojos y escribir una carta. Pensaba encomendarle a Ocampo que la despachara a su paso por Buenos Aires.

Porque no deseaba soñar con ayuda de la química, en vano intenté evadirme de este mundo por mis propios recursos. Cada vez que lograba apagar las voces interiores, una descarga de artillería sacudía el piso. Y cuando los cañones y su retumbar discordante me daban un respiro, la imagen de Mauro caminando por las islas me sobresaltaba y me hacía desconfiar de las motivaciones que lo impulsaban a buscarme. Y no era que estuviese loco. Tenía sobradas razones para creer en la existencia de ese espectro del mismo modo que creo que es blanco este papel sobre el que escribo. Pero así como en muchas ocasiones había recibido ayuda, otras veces había percibido la fría determinación que lo impulsaba. Temía que el rencor que le guardaba por haberse quedado con Analía y su deseo de venganza porque había causado su derribo, pudieran formar un torbellino que me absorbiera y me hundiera en un abismo. Sea lo que fuera, algo muy profundo me decía que al finalizar la guerra se terminaría su persecución. Sin perder tiempo, envalentonado por la certeza, me decidí a enfrentarlo.

*Al oscurecer, Mauro nota que el paisaje que rodea a Puerto Argentino cobra vida, palpita. Igual que una tormenta en ciernes, en derredor se levantan murmullos amenazantes, coro de espíritus malignos.*

A las seis de la tarde, la oscuridad había ocupado hasta el último de los rincones. Los muebles, las paredes, las escaleras, las personas, hasta el mínimo recoveco de Stanley House transmitía esa laxitud del vencido, ese desamparo del boxeador que ya dejó caer la guardia. En el comedor un grupo de oficiales, sin hablar, comía alimentos enlatados. Apenas murmuraron cuando, tras saludarlos, debí forzarme para no empezar a los gritos y decirles que la lucha no se había definido.

Después de tragar algunos trozos de aquella carne rosada flotando en una misteriosa salsa bordó, con el mismo sigilo que había llegado, sin articular una palabra, pero con la seguridad que me brindaba el conocimiento de mis próximos pasos, me escabullí hacia una esquina de la mesa y escribí:

*Querida Analía: Han pasado tantos años que mi letra te resultará extraña. No te sorprendas, soy Sebastián. Desde el primero de mayo, he deseado escribirte, pero el recuerdo de Mauro, una y otra vez, me ha paralizado. Y si me decido en este momento es para llevarte tranquilidad, para que sepas que él está bien. Debes estar segura de que Mauro ahora vive en el mundo sin tiempo de los justos, donde ya no hay frío ni dolor. Dolor como el que debes sentir vos y tus hijas. Dolor como el que pudo haberte causado mi rechazo del amor que un día te unió a él. Sé que fui egoísta, que debí comprenderlos y perdonarlos. Si me engañaron fue porque hay leyes que rigen los destinos que son más fuertes que la misma voluntad o las lealtades temporales como la que pudo haberte ligado a mí. Además de un amigo, perdí la relación de una mujer noble y valiente como vos. No sé que pasará esta noche ni que sucederá mañana. Sólo sé que, antes de que esto acabe, debo disculparme, pedirte disculpas por el insulto que un día te grité. Analía, perdón, perdóname, y registra en tu memoria: nunca te olvidé.*

Al salir de Stanley House, saboreaba el gusto amargo del pegamento del sobre. Y la amargura llegándome al alma reafirmaba mi propósito. Sólo me reprochaba el impulso de escribir un texto tan cursi, que al fin y al cabo, con su tono de perdonavidas, podría ser mal interpretado por Analía. *De todos modos —continué pensando— frente a los preparativos, a la seguridad de no volver a verla, qué me importaba dramatizar, dar rienda suelta a mis dudas y sentimientos.*

Con ese ánimo subí la calle que conducía hasta la casa de la ROA. Exaltado, conmovido por la contundencia del momento,

desde lo alto de la cuesta, presté más atención al paisaje. El alumbrado que un día nos había engañado induciéndonos a creer que se trataba de un truco de los ingleses, ahora, según las nuevas directivas, en forma rutinaria bañaba la población con una luz pálida, amarillenta. Las caras de los soldados que crucé, las vi verdosas, igual que recién salidos del sepulcro. Difuminados por la oscuridad temprana, los cerros, los mares helados, la niebla, las casas humildes, componían el escenario. El rumor de las detonaciones, la puesta a punto de los instrumentos para arremeter con el final. Tan irreal y de pesadilla fue mi percepción que entré en un estado de alucinación casi permanente.

*De pronto, la noche estalla. Voces, gritos, explosiones, mil fuegos de artificio se encienden. Collares interminables de proyectiles luminosos se entrecruzan en el cielo. Da la impresión de que la guarnición argentina estuviera rodeada por varios manantiales de luz gigantescos. Desde distintos orígenes, los haces chisporrotean y convergen; se mueven y barren la periferia iluminada. Cada tanto, una bengala desciende con una suavidad irreal, se pasea por el cielo y a medida que baja descubre la silueta incolora del terreno. Mauro no lo siente, pero tiene frío al pensar que el inocente extremo de esa sucesión interminable de puntos luminosos desparrama la muerte. La muerte que no tiene patria ni distingue las banderas. Los ingleses, igual que los argentinos, se atemorizan y también mueren. Sí, porque desde adentro del círculo atacado también se tira. Y cómo. Algunos no, claro, tienen la voluntad destrozada, en cuclillas, con los esfínteres hechos de hielo, aterrorizados lloran, esperan. Hace muchísimos días que esperan el fin. Otros disparan hacia cualquier parte, apenas asomando los fusiles por los bordes de los pozos, con los brazos estirados, bien alto encima de las cabezas. Muchos más, en cambio, pelean con valor, apuntan con ganas de hacer blanco, pero sin ver a nadie, solo las municiones trazadoras enemigas que los buscan, escuchando los estampidos, los gritos, los bloody argies.*

Si estaba listo, le pregunté mirando al suboficial Ocampo cuando terminamos de cargar sus equipos en el Land Rover. Pese a la mente enfermiza y a las visiones que me desquiciaban, me las había arreglado para encontrar el alojamiento de los hombres de la ROA.

— ¿Seguro que quiere acompañarnos, jefe? Mire que tiene una cara de fiambre que voltea — preguntó Ocampo con tono irónico,

al abandonar la casa que, durante más de dos meses, lo había cobijado a él y a sus radioaficionados.

*De tiempo en tiempo, sobre la turba hedionda de las trincheras, mezcla de sangre y excrementos, se enciende el tenue resplandor de otra alma que se separa del cuerpo. Pobres infelices, murmura Mauro al verlos. No se dan cuenta de que ya están muertos, tiemblan de ansiedad, y aún quieren pelear. De buenas a primeras, ve a tres infantes de marina que, parece increíble, son ya inmateriales, sus cuerpos yacen esparcidos alrededor del boquete abierto por un obús en el centro de su refugio, pero enfurecidos, desean continuar la lucha, seguir a los tiros, correr a los Gurkas que degollaron a los correntinos, destruir al sargento inglés que remató al porteño ardiendo por la explosión.*

Llegamos al aeropuerto tras quince minutos de un viaje silencioso, apenas interrumpido por un par de monosílabos. Detrás, en el camión de los radaristas, viajaba el resto de los observadores. Desde la pista de aterrizaje, el panorama que ofrecía la batalla parecía más irreal. Al estar más alejado, se abarcaba el paisaje completo. Las sensaciones de ahogo, de estrangulamiento eran absolutas. Un inusitado movimiento de vehículos me sustrajo de la contemplación.

— Está por aterrizar — anunció Ocampo, que en ningún momento se había desprendido del equipo de radio.

*Sombras furtivas se desplazan en la noche. Con movimientos precisos y contadas antorchas señalizan los bordes de la pista. Súbitamente, la base de las nubes se ilumina con un halo difuso que, en segundos, se concentra, gana definición hasta transformarse en los reflectores de aterrizaje de un Hercules. Mauro se acerca al oscuro paquidermo que acaba de tocar tierra. Presiente ser testigo de un hecho histórico, del último aterrizaje, vaya a saber por cuántos años, de un avión argentino en las Malvinas. A contraluz de los disparos y de los brillos de las bengalas cayendo, el C-130 se recorta como un animal antidiluviano con las fauces abiertas. Alrededor, una muchedumbre se arremolina, se esfuerza por extraer de sus entrañas un cañón de 155 mm.*

¡Alarma roja!, gritó Ocampo a mi lado, volviéndome al mundo real (¿real?) con su vozarrón. Frente a mis ojos sacudió la handy, por la que había recibido la noticia, y volvió a gritar que desde el CIC

le advertían que se aproximaba un Harrier. La alerta se multiplicó en la oscuridad y produjo un revuelo demencial. Había sucedido otras veces. Los ingleses, prevenidos por su propia infantería — ya a la vista del aeropuerto — que un avión había aterrizado, trataban de sorprenderlo en el momento crítico del despegue. Gracias a Dios, esa noche, quizás temiendo ser derribado por sus propios misiles, el Harrier no se arrimó y el oscurecimiento debió de convencerlo de que se trataba de un aviso falso de sus soldados pues, en menos de diez minutos, regresó. Pasado el desconcierto, el comandante del C-130 ordenó cargar y despegar.

Entregué la carta a Ocampo. Saludé a los observadores de la red que logré encontrar en la oscuridad. Y me quedé allí, solo en el Land Rover, a un costado de la pista. Los combates eran tan cercanos que, al alejarse hacia la cabecera opuesta para despegar, tuve la sensación de que una movediza telaraña de municiones trazadoras envolvía al Hercules. Al instante, contrastada en el resplandor de la ciudad, distinguí la silueta del timón vertical alta y oscura que, girando, iniciaba la carrera en sentido contrario. Con las luces apagadas, el avión se convirtió, instantáneamente, en un invisible y grave sonido que se alejaba hacia la patria. Al medir la audacia del despegue y los peligros que los acechaban, pensé en lo acogedora que resultaba aquella pista envuelta en las tinieblas, pero al instante recapacité. La partida del vientre tibio de ese Hercules significaba el corte del último puente con la patria. Y pensé en los astronautas; en que, al escapar de la atracción gravitatoria, deberían percibir el mismo desarraigo, la misma e inmediata sensación de ausencia que, en ese momento, reforzaba mi loca determinación de luchar hasta el final.

*Las escenas que le llegan a Mauro son superpuestas o aisladas, de antes o después, de entonces o de nunca. A veces, se aferra a un hecho concreto como en este momento que se detiene para escuchar la artillería argentina. Qué bien combaten, exclama. Desde las posiciones cercanas a la ciudad, tan buscadas por los comandos y la aviación inglesa, tiran, tiran y tiran. Hasta ponerse rojos los cañones ¡tiran! Las baterías de 105 milímetros se distinguen porque disparan todas juntas, en salva. A cada andanada la preceden — en el instante de increíble silencio previo — las voces de mando para la carga, los alaridos de... ¡Ahí va, hijos de puta! ¡Fuego! Gritos, voces e insultos que, por encima de las cabezas de la propia tropa, recorren la noche acompañando los silbidos de los proyectiles.*

*Entremezclados con los 105, por momentos, Mauro oye el bramido más grave, profundo, del cañón de 155 que, condescendiente, para que los mortales se cubran los oídos, preanuncia el estampido con un relámpago que ilumina la población como si fuera pleno día.*

Tras el despegue del Hercules, debí hacer un esfuerzo para desconectarme de la fascinación que me producía el espectáculo. Deambulando entre cráteres y escombros, presa de ese dolor de cabeza implacable, emprendí el regreso. En medio de la oscuridad más cerrada, conducía el Land Rover como sonámbulo. Por precaución, me alumbraba asomando, cada tanto, la linterna. A pesar de mi delirio, no había encendido los faros para no tentar la puntería de los artilleros enemigos. Igual que a una noche de borrachera, recuerdo aquel viaje como el más lento y triste de todos los realizados hacia la ciudad. Allá me aguardaba mi última actuación.

Pasada la medianoche, dispuesto a jugarme hasta el último momento en el humilde puesto que me había tocado en esa guerra, luego de soportar los numerosos controles y puestos de seguridad, pude llegar a Stanley House. De pie, a un costado de la Mesa de Información General, Kajihara y Pergolini. Más atrás, Cacho Ayala y Jorge Molina — mis amigos — hablaban en voz baja. Sentados, Corrado y Garrido, con los auriculares en la cabeza, recibían las indicaciones del radar. En un extremo de la sala, el brigadier Castellano y los vicecomodoros Alegría y Chilover, con un equipo de VHF portátil, seguían el diálogo de los radaristas con los aviones.

— Éstos, ¿quiénes son? — pregunté, señalando los dos triángulos azules más próximos.

Eran dos las escuadrillas. La de adelante llegaba ya, desde el Sur, a los primeros islotes de la Isla Soledad.

— Los Baco, dos Canberra — respondió Kajihara —. Los de más atrás son dos Mirage III que vienen como cobertura, a doce mil metros.

Pasos apurados en la entrada me hicieron volver la cabeza. Perturbado, con el rostro encendido, llegaba el capitán Santillán, Oficial de Enlace con las fuerzas de tierra:

— ¿Cuándo llegan los aviones? — preguntó con una gran preocupación en la voz —. El Regimiento Siete está recibiendo fuego de ablandamiento.

— Que aguanten un poco, ya llegan — aconsejó Alegría, hablando desde el rincón, donde pasaba horas supervisando el trabajo.

*Que se ablanden un poco más, pensé.* Un minuto después, al mismo tiempo que adelantaba la ubicación de los recortes de cartulina azul, uno de los operadores informó que los aviones se hallaban a punto de iniciar la corrida de bombardeo.

— ¡Cuidado, uno! — brotó de improviso, nítida, una advertencia por el equipo de VHF.

*Otro más, para los muchachos de Mauro, dije o pensé, mirando la agitación alrededor de la mesa, las cabezas que se agolpaban encima del equipo para oír mejor.*

— Son los M-III. Fueron atacados por una andanada de misiles y se vuelven — aclaró Garrido.

— Tres grados a la derecha — escuchamos que el controlador del radar corregía al bombardero y, diez segundos más tarde —: Dos grados a la izquierda... Próximos a distancia de tiro... ¡Ya!

Contuvimos la respiración. Cruzamos los dedos. Nos miramos. Diecinueve, veinte, veintiuno, iba a esa altura de la cuenta, cuando nos alcanzó la onda sísmica de la detonación.

— ¡Buen tiro, Baco! ¡Buen tiro! — por el VHF, el controlador del radar, eufórico, felicitaba a los pilotos. Habría sentido tambalear la cabina con la energía desatada por las tres toneladas de exógeno que acababan de estallar.

— ¡No! — grité, tapándome las orejas, sin poder contenerme. Una marejada de ayes y gemidos en inglés me había llegado lastimera desde el monte Kent.

Callé. No hice ningún comentario, avergonzado. Sólo Alegría se dio vuelta, sorprendido. Me miró desde la ventana donde todos se habían reunido para observar las explosiones en el cerro.

— ¡Mayday! ¡Mayday! — del equipo de VHF brotó, desgarradora, una voz argentina pidiendo auxilio. Las miradas convergieron sobre el cubo metálico que gritaba.

*Mauro se alerta. Un alarido angustiado atraviesa el espacio. Proviene de la profundidad de la noche encima del mar, de una antorcha viviente que desciende en espiral. Interminable agonía de un Canberra que cae en cerrado tirabuzón, alcanzado muy alto, por un misil Sea Dart. Los infantes del ejército, los de la marina, los artilleros, los gendarmes, suspenden la lucha. Mientras las últimas vibraciones de las explosiones recorren las trincheras, desconcertados se preguntan por esa brasa silenciosa que cae*



*de las nubes y se extingue en el océano. Los vivos se callan. Las tumbas se estremecen. Mauro desea ayudar. El capitán que acaba de cumplir la última misión de esta guerra, se apellida Casado. Y la voz insonora de Mauro lo busca, lo llama por el nombre. Entiende el terror del recién fallecido. Entre muchos nobles espíritus lo ve pasar corriendo. Se abre paso desesperado. Creyendo estar aún en su cabina, para apagar un supuesto fuego en el traje de vuelo, con las palmas abiertas, se golpea el pecho, las piernas, los brazos. Simultáneamente, como lo hizo por radio, sigue gritando, ¡mayday!, ¡mayday!*

Cuando mi conciencia volvió a este mundo, el festejo había terminado de golpe. Pese al excelente resultado del ataque, la pérdida estéril de otro tripulante devolvió la amargura a los testigos. Un silencio denso, sacudido a cada instante por las descargas de los cañones, invadió el local del CIC. Los sumos directores de las operaciones aéreas sobre las Malvinas se transformaron en maniqués apesadados por una parálisis inexplicable, sólo cortada por suspiros y largas pitadas de los cigarrillos.

— El general pide más apoyo de fuego — irrumpió el capitán Santillán, entrando más excitado todavía —. La dirección de los impactos fue correcta, pero la artillería sigue tirando.

— Apoyo, ¿de qué? — saltó Alegría, incrédulo.

Ninguno de los hombres de la Fuerza Aérea salía del asombro. Pasmados, aún, por el timbre desesperado del pedido de auxilio, resultaba incomprensible que demandaran más sacrificios.

— Que formulen bien detallado el requerimiento — ordenó secamente Alegría, meneando la cabeza con fastidio. Cuando se hubo marchado el capitán, levantando los hombros, añadió —: A la hora que terminen de pensar, todo habrá acabado.

— ¿Acabado qué? — interrogué, sorprendiendo a Alegría con mi salida. Me rebelaba contra la resignación que flotaba en ese aire gelatinoso.

— ¿Qué le parece, Iriarte?

— Me parece que... Nada señor — corté las palabras al sentir la mano de Molina que presionaba mi brazo.

El desagrado, la mirada reprobatoria de Alegría fue elocuente. Había perdido la paciencia. Intuía que mi tiempo se acababa. Y una vez más, Jorge había impedido que me trenzara en una discusión sin sentido. De antemano sabía que era una conversación de sordos, que mis puntos de vista (los que tenía en aquel mo-

mento) no eran compartidos. Injustamente presentía que ninguno de ellos estaba dispuesto a la entrega total, que no verían la hora de volver a la blanda chatura de sus hogares, de sus esposas, de sus hijitos. *Militares aburguesados*, pensé, molesto, esperando como nunca poder habitar el universo sin dimensiones de Mauro.

— El mayor Silva, señor, pide hablar con alguno de los jefes del CIC — avisó Garrido, mientras se quitaba los auriculares y me los alcanzaba.

— Adelante, señor — dije, al oír la voz inexpresiva del jefe de los radares.

— Esto no va más, Iriarte — me hizo saber Silva, con la parsimonia acostumbrada —. Dígale a Kajihara o al Pergo que hagan parar los cañones o el radar se nos hace mierda.

— ¿Parar la artillería? — pregunté en voz alta, mirando hacia el rincón donde estaban el brigadier y los mayores.

Desde el fondo de la habitación, Alegría, sin hablar, se puso el dedo índice derecho en la sien y me hizo una seña rápida de atornillar y destornillar. Presintiendo el rosario de insultos que desencadenaría mi respuesta, le comuniqué:

— Acá me dicen que trate de aguantar todo lo que pueda, señor.

A las tres de la mañana, la mayoría dormitaba en las sillas alrededor de la Mesa de ploteo rodeándola igual que si ésta fuera el féretro de un velatorio. El único que mantenía la vigilia era yo que aguardaba el momento propicio para marcharme. A esa hora entró nuevamente Santillán. Sobre un papel, prolijamente ilustrado con flechas, colores y numerosos enigmáticos rectángulos con distinta cantidad de rayitas en su parte superior, traía un minucioso esquicio con la ubicación de las unidades en el terreno; como si con ese croquis pudiera impedir lo inevitable, el comandante terrestre le requería a la aviación el apoyo de fuego aéreo que podría salvarlo de la hecatombe.

— Han tomado ésta y ésta posición — nos explicó sobre el mapa, señalando dos flechas rojas que, desde el Oeste, convergían hacia Puerto Argentino.

A las cuatro de la mañana, nuevamente llamó Silva y nuevamente lo atendí yo.

— Listo, Iriarte, el radar cagó del todo. Las vibraciones han descabezado un montón de plaquetas de los circuitos integrados. Esto no va más.



— De acuerdo, señor. Se acabó. De inmediato, doy la novedad y sepa que ha sido un gusto trabajar con ustedes. Corto.

Parecía mentira, pero los destrozos que no habían logrado los misiles antirradiación ni las bombas inglesas en cuarenta y cinco días, lo conseguían las trepidaciones de nuestros propios cañones. Dejé el teléfono sobre la mesa. En un escueto expediente anotado sobre una hoja arrancada de la agenda anoté que a las cuatro treinta el CIC Malvinas dejaba de funcionar. Sin hablar, entregué el papel a Kajihara. Lo leyó. No dijo una palabra. Me echó una mirada de reojo. Se lo entregó a Alegría y éste, al brigadier. Castellano después de leerlo y de pensar menos de un segundo dijo:

— Bien, Kajihara, Pergolini, Iriarte, todos ustedes, los que bajaron en el CIC, quedan sin cargo. A partir de ahora ocúpense de destruir planes, mapas, códigos, tablas de frecuencias, en fin cualquier papel que les pueda dar a los ingleses alguna idea de nuestras tácticas. Cuando amanezca, traten de hacer limpiar y ordenar los locales que hemos usado, y que todo el mundo permanezca reunido en su alojamiento, esperando órdenes y sin hacer nada raro, ¿estamos en claro?

— De acuerdo, señor brigadier — contesté, adelantándome a los oficiales más antiguos. A continuación solicité ese permiso que tanto había meditado—. Si usted me permite, voy a sumarme a los defensores de la ciudad.

— Quedate tranquilo, ¡pibe! — saltó Chilovert, enojado, adelantando la palma abierta, en un gesto de impaciencia.

— Autorizado — dijo Castellano, sin hacer caso a la contrariedad de mi superior.

Al escuchar que me concedían el pedido sentí que me adentraba en un remanso de paz. Una gran calma se adueñó de mis acciones. Tenía pensado y repensado los pasos que seguiría. Después de un corto conciliábulo con Cacho Ayala y Jorge Molina, me puse todos los abrigos disponibles, tomé el fusil, el casco de acero, y en la planta baja comí una lata de corned beef. Minutos antes de las seis, salí. En el corredor de arbustos de la entrada me crucé con el capitán Santillán:

— Están en Mody Brook, a tres kilómetros de acá — dijo, con un gran pesar que le abatía todo el cuerpo.

Tenía decidido cuál sería mi puesto: al pie de la casa abandonada, en ruinas, de Paul y Julie, oculto detrás de un pequeño promontorio desde el cual se dominaba la avenida costanera, la que

venía desde Mody Brook. La iluminación de las calles me ayudó a recorrer el camino en pocos minutos. Parecía extraño, pero las veredas estaban concurridas. Grupos aislados de soldados argentinos las recorrían en silencio, desorientados. Algunos se guarecían en las entradas de los edificios públicos, otros descansaban formando pequeños corrillos en las esquinas, las espaldas apoyadas entre sí, las caperuzas de los gabanes levantadas. De boca en boca, las brasas de los cigarrillos descubrían alternativamente caras de fatiga, embarradas.

El chalet donde había fallecido Paul se encontraba en el límite de la zona iluminada. Más allá, la avenida se hundía en las tinieblas que aún vivían y repiqueteaban con, cada vez más, espaciados disparos. Tanteando la oscuridad, encontré el lugar. Con la ayuda de la pala linesman, tardé poco en emparejar y apisonar un pequeño parapeto. Doblado en cuatro, extendí el paño de carpa. Tras disimularme con las ramas de un arbusto, me recosté cubierto por una manta poncho. Desde allí pensaba combatir a los ingleses.

Con los ojos cerrados aguardaba. De tiempo en tiempo, soñaba que, con la mano enguantada, acariciaba la corredera del fusil.

*Las sombras se aclaran lentamente. Los espectros se desvanecen con la amarga claridad. Caminando desorientado, Mauro, de improviso, encuentra a su amigo Sebastián. Lo ve tendido, apuntando con el fusil en dirección al fondo de la bahía. Apunta, pero no dispara. No encuentra a quién disparar. En la tenue luminosidad que resplandece en la niebla, en lugar de enemigos, sólo divisa a sus compatriotas, a los soldados argentinos que se repliegan y confluyen como una marea sobre la costanera. En ese instante, desde atrás, se le acerca una sombra. Al llegar junto a él, la sombra se ennegrece y compacta y adopta la forma del kelper llamado Paul. Aún tiene el cuello y el pecho bañado en sangre.*

— ¡You, bloody argie! — grita con desprecio haciendo una mueca grosera, que remata tomándose la entrepierna — ¡Fuck you!

*Sebastián lo reconoce y tiembla de pies a cabeza.*

— ¿Dónde está la flota? ¿Dónde está la flota? — pregunta Paul en un defectuoso español. Pregunta y resopla. Se agacha y mira de más cerca al argentino. Se le acerca, le saca la lengua, mueve la cabeza como un títere grotesco.

*A Sebastián le castañetean los dientes. El kelper se incorpora, abarca con un gesto el camino a Mody Brook y, con voz afectada, remeda la burla que supo hacerle Sebastián:*

– Mira, allá viene la flota. – dice y salta chocando los tacos, y mientras empuja hacia arriba con los dedos mayores de ambas manos, se aleja gritando – : ¡Fuck! ¡Fuck!.

Mauro, recostado junto a Sebastián intenta serenarlo:

– Digno representante de la rubia Albión, ¿verdad, Sebas?

Sebastián, que todavía oye los ecos de la risa del kelper perdiéndose en la bruma, ha reconocido la voz. Sabe que es Mauro, pero no lo ve y vuelve a temblar. Próximo a perder el control, hunde la frente en el antebrazo y, sin mirar, pregunta, balbuciente:

– Mauro... ¿Sos vos? ¿Dónde estás?

– A tu derecha.

Sin mover la cabeza, la nariz contra los pliegues de la manga, Sebastián baja los párpados, tras un segundo de meditación, los abre y entorna los ojos. Comienza a distinguir a su amigo. Paulatinamente, se corporifica: la cara, los bigotes, el brazo blanco, los vellos rojos arremolinados alrededor de una cicatriz redonda en la base del puño. Al recordar la promesa, el amor perdido de Analía, siente renacer el odio, esa espina clavada que ha cargado tantos, tantísimos, años. Al instante, Mauro comienza a desdibujarse, con una reverberación lejana en su voz, exclama:

– No dejés que me vaya, pará un momento de odiarme y dejá que te explique, que te haga comprender cómo sucedieron los hechos – dice Mauro y su tono persuasivo da la impresión de entregar algo de paz a Sebastián, porque respira más sereno y deja de estremecerse – . Aunque lo hubiera deseado, nunca te pude engañar con Analía, porque me habían mandado a Tucumán. Aquel verano, mientras ella pasaba las vacaciones en Villa Mercedes yo permanecía en el operativo del norte. Y, sólo un par de meses después, fuiste vos quien me la arrojó en los brazos. Vos, y esa reacción infantil y ese insulto infame. Vos, vos...

Sebastián se atemoriza, deja de ver al fantasma de Mauro y sólo percibe el frío de la ira que flota en el vapor leve que se arrastra ante su mirada, por eso intenta defenderse:

– ¿Cómo en Tucumán? ¡Si vos mismo le escribiste a tu madre y le contaste que te quedabas en Mercedes con tu novia! Sí, con ella, con Analía.

– Ay, Sebas, Sebas, vos, tan perceptivo, tan inteligente, ¿no entendiste la metáfora? Mi gran amor fue siempre la aviación. Además, tenía prohibido decir a dónde me enviaban. De alguna forma, a mi madre le tenía que justificar mi ausencia. Ese fue el primer fin de año que no pasé con ella en Mariano Acosta. ¡Qué pedazo de bolú...!

Sebastián no contesta porque no desea o no puede replicar. Respira con dificultad. Acostumbrado a regodearse con el despecho, a alimentarse con los celos, le cuesta reconocer que durante años vivió equivocado. No contesta, no le hace falta contestar. El silencio dice más que miles de palabras. De a ratos, Sebastián parece sentir remordimiento de conciencia puesto que, por momentos, se hace visible la imagen de Mauro. En uno de ellos, alza el rostro hacia las nubes, hunde la mano engarfiada en la nieve, lo mira y lo interroga:

– ¿Tanto la querías?

– Sí, y a vos también, más que a un hermano te quería.

Sebastián siente que se hunde en la turba, que se confunde con el barro que le embadurna hasta la punta de la nariz. Tiembla; sin estridencia, comienza a sollozar. A su lado, ahora, Mauro luce íntegro, con toda la integridad del sol que, en algún lugar del horizonte, tiene que haber terminado de emerger, porque la niebla se transforma en neblina y, de repente, se puebla con ecos metálicos, voces, ayes, órdenes, lamentos.

Son miles de hombres, miles de muchachos argentinos que regresan del combate. Difuminados por los vapores grisáceos que flotan encima de los campos avanzan en dos columnas por las orillas del camino. Algunos parecen máscaras de la derrota y de la frustración. Por el contrario, muchos vienen con las armas al hombro, erguida la frente, orgullosos de haber cumplido con el deber, y marchan encabezados por sus jefes. Y unos cuantos más, indisciplinados y desorganizados, se asemejan a la barra de un equipo de fútbol perdedor que, amargados, han abandonado las armas en las trincheras y regresan con las manos en los bolsillos, hablando, silbando, insultando al mundo injusto que los envió a una guerra que ellos nunca quisieron.

Los amigos del pueblo de Mariano Acosta no resisten el espectáculo de aquellas caras embarradas, de esas tristes humanidades que se arrastran por el camino. Sebastián se levanta sin esfuerzo y sin darse cuenta de que un cuerpo queda tendido en el mismo lugar que ocupaba el suyo. Parado al lado de Mauro, le manifiesta su admiración:

– Cuánto hubiera dado por ser como vos.

Mauro observa a Sebastián de pie junto a él y observa el cuerpo echado de bruces con el fusil apuntando a la neblina sombría; observa, pero no hace ni un comentario, pues recuerda su experiencia en la balsa, cuando cantaba «no hay quien pueda» y no conseguía discernir el momento en que su voz se confundió con el silbar de los vientos. Los amigos caminan por los campos. Caminan y advierten los resabios de las luchas. Hablan entre sí. Roto el hielo, la conversación gana confianza y deriva a temas

*generales, a las inquietudes escatológicas de Sebastián: si es cierto que es como dormirse; si se alcanza el conocimiento total y si es verdad que existe una luz detrás de la Niebla; si ha visto algún ángel; si los espíritus de los destrozados, de los desmenuzados sin prolijidad por las explosiones, también se dispersan y más adelante vuelven a unirse o vagan por siempre buscando su dueño: manos fantasmas que se desplazan, incansables, arañando la tierra; torsos descabezados que extienden muñones buscando sus dueños; piernas sueltas que saltan por los campos; entrañas reptando sobre el barro tras los vientres de donde fueron despedidas. Caminan hasta el faro y observan. Miran los cielos vacíos, no hay nadie; miran las costas quebradas, no hay nadie; miran los cerros azules, los horizontes lejanos, las nubes lechosas, tampoco hay ya nadie; sólo vuelan las olas, los copos de espuma y las gaviotas con sus alas quebradas.*

*Mauro, fatigado de mirar el oleaje, lo invita a Sebastián a regresar hacia el pueblo y nuevamente atraviesan un campo de batalla, le señala un puñado de soldados que recién emerge de un hoyo cubierto por un banco de niebla rastrera. Aún se huele el terror pintado en sus rostros imberbes. Allí avanza un grupo de marines, con bayonetas caladas, recorren, uno por uno, los pozos de zorros. Se cruzan con los argentinos. Con el pulgar les señalan el pueblo y les dicen, go, go. Pero nada más. Se ve el alivio que produce el fin de la pesadilla. Han sobrevivido y la sensación de haberse salvado hermana a vencedores y vencidos. Se miran con curiosidad. Conservan las armas, pero no se agreden ni con la mirada.*

*— Vos también sobreviviste — dice Mauro.*

*— Yo pude impedir que te mataran — replica Sebastián. Con ese remordimiento atroz que lo desvela, añade — : Te podría haber hecho volver.*

*— Y vos ¿pensás que te hubiera hecho caso? — pregunta Mauro dejando ver la conocida sonrisa de dientes muy blancos.*

*El diálogo continúa entre las columnillas de humo que, en distintos lugares, oscurece el paisaje. De pronto, a muy corta distancia, ven llegar a una patrulla de sanidad británica que avanza directamente hacia ellos. Sólo les distinguen la mitad superior, el resto se borra en los vapores pegados al piso. Trasladan a un sargento pelirrojo con las dos piernas amputadas por una mina a la altura de las rodillas.*

Después, me enteré de los camilleros de los Royal Marines que trasladaban hacia el hospital a un sargento que había perdido las piernas. Me dijeron que, para tomarse un respiro, se habían detenido junto a mi cuerpo exánime. Entre ellos se habrán preguntado si estaría muerto. El más rudo me dio un puntapié en el hombro

para constatar si reaccionaba. La patada de aquel bestia debió de apartarme de Mauro y, de manera inconsciente, inducirme a realizar un movimiento reflejo puesto que, tras sacar de la mochila un banderín blanco con una cruz roja, lo plantaron junto a mi cabeza con una estaca. Media hora después, alguien llegó y ese alguien me cargó en un jeep y me dejó entre los heridos graves y muertos, depositados en el patio trasero del hospital comunal. Allí me desperté.

— Iriarte, Iriarte — repetía el odontólogo en cuclillas a mi lado, al tiempo que, con una mano, me alzaba la cabeza y me hacía inhalar un frasco de amoníaco.

— Doc, ¿qué hacés acá? ¿Dónde estamos? — pregunté, sintiendo que el piso, las islas y el mundo giraban junto con la masa encefálica dentro del cráneo.

— Sentate despacio, recogé las piernas y hundí la cabeza entre las rodillas — dijo Sturteky, mientras me ayudaba con una delicadeza difícil de imaginar en un hombre que usaba esos larguísimo mostachos—. Me dieron solo una hora para comprobar si entre los fiambres había alguno de Fuerza Aérea...

Hice un movimiento brusco para mirar hacia ambos lados. Él calló, y yo casi me muero en serio. Prolijamente alineados, formando un pasillo con los pies hacia el centro, en aquel patio había no menos de sesenta cadáveres o heridos graves a punto de transformarse en tales. La mayoría ya estaba embolsada y etiquetada en las envolturas de plástico negras. Médicos y enfermeros ingleses y argentinos intentaban reconocer algunos restos incompletos y renegridos. Me invadió una congoja inexplicable, al pensar en el reciente diálogo con Mauro. Medio atragantado pregunté:

— Ustedes, ¿creían que yo también...?

— Ellos tenían dudas. Cuando llegué, por tus latidos escasamente perceptibles, algunos me hablaron de catalepsia.

— ¿Qué día es hoy? ¿Ya nos rendimos? — quise saber, un poco más reanimado después de beber un vasito de agua con unas gotas de coramina glucosa.

— Sí, Iriarte, ya nos rompieron el orto. Hace más de un día que nos rendimos — replicó, sin demasiadas ganas de conversar—. Y ahora ponete de pie, a ver si te la bancás. Por suerte, vos eras el único de la Fuerza, o sea que ya nos podemos ir y reunirnos con el resto.

Gracias a Dios me la banqué. Caminé con la estabilidad de un borracho, con la seguridad de un boxeador al borde del *knock-out*,

pero pude llegar a la ambulancia que aún conservaba la banderita argentina atada en la antena. Mientras recapacitaba en que ese sería el último estandarte nacional que flameaba en Malvinas, con un gran esfuerzo de concentración, conseguí abrir la puerta del acompañante. Me sentía tan cansado. Le pregunté por el resto de mis compañeros. Entendí que me respondía algo relativo al aeródromo y no comprendí otra palabra, pues sentarme y quedarme dormido fueron acciones simultáneas.

*Entonces, Mauro ve el desfile interminable de extenuados soldados que caminan hacia el aeropuerto. A la altura de una lonja angosta de tierra rodeada de mar, los británicos han dispuesto el check-point. Allí les quitan las armas. Los fusiles forman una grotesca parva de tres metros de altura. Y grotesco es el amontonamiento de hombres que en muy pocas horas cubre la estrecha península donde está construida la pista. Ocho mil. Son ocho mil desamparados, con hambre y con frío, que no tienen dónde dormir ni un bocado para comer.*

*El día posterior de la rendición, o quizá otro día después, un barco descomunal deslumbra a los argentinos entrando majestuoso en la bahía. En corto tiempo la multitud camina en sentido contrario. Hora tras hora, en barcazas oscuras, los prisioneros son llevados al buque. Al caer la noche, sólo quedan quinientos oficiales. Uno casi encima del otro, encerrados en un galpón cercano al embarcadero.*

*Al amanecer, después de atravesar las calles del centro, acompañados por la burlona mirada de los kelpers, marchando sobre una alfombra de escupitajos echados a su paso, los quinientos líderes argentinos son conducidos como ganado hacia su destino final. En el medio de esa humillada procesión de vencidos Mauro Bertoni descubre a su, ahora, reconciliado amigo Sebastián Iriarte.*



## 19

Regresaba de un abismo oscuro. Me rodeaban sonidos extraños, murmullos apagados, respiraciones pesadas. Aspiré profundo, y un vaho cálido, humano, impregnado de transpiraciones acumuladas y alientos agrios, atabacados, me llenó los pulmones. Luego comencé a sentir el cuerpo: un hormigueo en los glúteos, un punzante dolor en la cintura. Tendido de espaldas, sentí la dureza del cemento. Abrí los ojos. Una niebla gris lentamente se fue agrumando, organizando en formas insólitas, hasta transformarse en una red de tuberías, suspendidas de un techo muy bajo. En la penumbra, las paredes se veían recubiertas de regulares paneles de corcho de casi diez centímetros de espesor. Un pedo sonoro y prolongado terminó de reanimarme. Giré la cabeza hacia un costado. La espalda cuadrada y compacta, la nuca de pelo lustroso, muy crecido, de Cacho Ayala, estaba a menos de dos cuartas de mi nariz. Al otro lado, tan cerca que sentía el calor de su cuerpo, con barba de varios días, panza arriba sobre una simple manta, dormía Jorge Molina.

Procuré enderezarme. Por poco me estalla la cabeza. La boca llena de tierra, reseca. Apoyado sobre un codo estudié el lugar. En la esquina más apartada de una sala de seis por seis, ocupaba el tercer puesto de una hilera de amontonadas humanidades. Durmiendo alineados, cubríamos por completo el piso. *¿Qué hago acá?* Pensé. Vestido de uniforme, sólo me habían sacado los borceguíes y la garibaldina que, hecha un bollo, alguien me la había colocado a modo de almohada. Al resplandor de una bombilla colgada en la entrada miré el reloj, eran las tres. *¿Las tres de qué? ¿De qué día? ¡Por Dios!* Me pregunté recordando vagamente al odontólogo Sturteky que me había encontrado en el patio del hospital. Yo tendría que estar muerto, volví a pensar. Pero, los espíritus no duermen ni les duele la cintura. Tampoco tienen sed, me contesté con la primera reflexión lógica del despertar.

En ese momento, moví la lengua contra el paladar pastoso. Sediento, igual que después de una noche de copas, apoyándome

en la pared, conseguí enderezarme. La cabeza parecía una calesita y, en cada giro, los oídos me zumbaban con mayor y menor intensidad. Dos puestos más allá, roncaba el vicecomodoro Gamen. Y yo, que todavía no lograba adivinar qué cuernos era aquel bendito lugar. Tambaleando, cuidándome de no pisar a nadie, entre los cuerpos, caminé hacia la luz.

Del recinto donde había dormido, se pasaba a una sala mayor, de ésa, a otra más amplia. Las tres atestadas de adormecidos pedorrantes, tirados en el suelo. *¿Y el agua? ¿A dónde está el agua?* me preguntaba, extrañado por no tener respuesta de Mauro. Al fondo de la sala más grande, con unos paños de carpa colgados de las tuberías del techo se había aislado un rincón. Otra lámpara iluminaba la entrada. Un fuerte olor a orín y creolina salía del interior. Venciendo la repugnancia, con la ayuda de un fósforo logré evacuar mi vejiga en el centro de un medio tambor de doscientos litros, lleno de excrementos flotando en un desinfectante blancuzco. Del agua, ni noticia.

Caminé un rato desorientado, analizando las paredes de corcho, los bolsos amontonados, las cabezas descansando, las caras relajadas después de infinitas angustias y cansancios. Entre un corredor de adormecidos prisioneros, llegué al otro extremo, hasta una puerta cerrada. Con cuidado, la abrí. Me cegó un torrente de luz. Desconocidas voces de alarma. Inconfundibles sonidos metálicos de correderas de fusiles me detuvieron en seco. Con la palma abierta, pude amortiguar el resplandor que entraba a raudales por la ventana.

Dos jóvenes soldados, impecables, de uniforme verde claro, con manchas marrones, me apuntaban sus armas. Extrañados, miraban sin hablar: mi camisa salida, los pantalones manchados de barro seco, los pies solo cubiertos por un par de medias mugrientas a medio salir.

—Water —pedí, casi sin voz.

—Over there —me respondió uno de ellos. Con un rápido movimiento, me apuntó con su fusil al centro del estómago.

La lucidez me volvió de golpe. Di un paso hacia atrás y a un costado. Siguiendo la línea de mira del fusil, descubrí un tacho junto a la carpa del baño. El imbécil todavía se reía de su humor inglés cuando cerré la puerta.

Saciada la sed, completamente despierto, atravesé el pasillo de cuerpos que habían empezado a desentumecerse, y regresé a mi



puesto. Me senté en el suelo. De un bolsillo de la garibaldina, extraje las ruinas de un paquete de cigarrillos, y apoyando la espalda contra la pared de corcho, comencé a fumar.

— ¿Estás despierto, Sebastián? — preguntó Jorge, sin cambiar de posición. Ante mi respuesta afirmativa, agregó—: Hace más de un día que dormís.

— ¿Dónde estamos? — interrogué, bajando aún más la voz porque, desde un rincón, nos habían chistado para que nos calláramos.

— ¿No te acordás de nada? — se sorprendió Jorge, observándome negar con la cabeza.

— Ya me parecía — intervino Cacho Ayala, desde el otro costado, apenas levantando la cabeza.

— ¡Cacho! — exclamé, como si lo encontrara después de un año.

— Dejen dormir — una voz ronca reclamó desde el rincón anterior.

— No le des bola — dijo Jorge — son casi las cuatro.

— Esto es San Carlos. Estamos en un futuro frigorífico de ovejas — me explicó Cacho, sentándose de espaldas contra la pared.

— Somos quinientos oficiales — continuó Jorge —. A los soldados y suboficiales, ya los repatriaron. Sólo han dejado unos pocos para limpiar la ciudad y utilizarlos en el despeje de los campos minados.

— ¿Y el brigadier? ¿También está? — pregunté, largando con fuerza una bocanada de humo.

— No, a los generales los encerraron en el Fearless, un buque de desembarco — respondió Cacho.

— ¿Hace mucho que llegamos?

— El dieciséis nos trajeron en helicóptero. Vos todavía tenías esa mirada perdida, de drogado, la que tenías cuando te encontré el mayor odontólogo en el patio trasero del hospital donde juntaban los muertos.

— A él, ¿quién le avisó que me buscara justo en ese lugar?

— No sé ni me interesa — dijo Cacho, en esta ocasión y antes de que pudiera preguntar algo más, agregó —: Y no fue ese fantasma que vos y otros cuantos andan diciendo, por ahí, que nos ayuda.

Me callé, sintiendo un inesperado desamparo. Evoqué la recorrida junto a Mauro, caminado entre las trincheras abandonadas y las columnas de tropas que retrocedían en el amanecer brumoso del catorce... El recuerdo y la nicotina invadieron mis neuro-

nas y me ayudaron a recuperar otras imágenes. Las volutas del humo disipándose entre las tuberías me dibujaron figuras vagas y reprodujeron el diálogo con Mauro, que se compaginaban y volvían a desarreglar.

A las seis y media de la mañana, los cañones se habían silenciado. Sólo en la dirección del monte Lagdon, se oía uno que otro disparo. Después, fueron los ecos. Un murmullo sordo que, como un río de lava, avanzaba por la niebla. Una procesión invisible. Había tenido una idea de su magnitud por las brasas de los cigarrillos que indiferentes al peligro avivaban sus dueños.

Recordaba que tiritaba contra el piso al haberlos visto con la primera claridad. Avanzaban en filas. Los hombros agobiados, las caras ennegrecidas por las barbas de varios días y el barro y el hollín. Heridos, rengueando, vendas mugrientas, ropas en jirones. Los argies come porotos, al decir de los ingleses, eran jóvenes, muy jóvenes. Y yo había sentido una angustia desesperada e, impensadamente, me había hallado hablando o soñando con Mauro sobre ese final miserable, sin gloria.

Mientras mis compañeros con algo de temor estudiaban mis reacciones, advertí que el recuerdo del día de la derrota se interrumpía. Sólo retenía la imagen de Mauro y la luz difusa que revelaba la dramática procesión de los vencidos. Después, como un delirio, rememoraba que, entremezclados, inconfundibles por las boinas rojas, avanzaban los primeros pelotones británicos. Y después, los días en el aeropuerto, y la noche, la larga noche de querer morir dentro del galpón de la Falkland Company.

Había continuado viviendo, a pesar del convoy renegrido formado por los prisioneros que divisé caminando hacia el embarcadero, y la morosidad con que pasó la noche, y que nadie sabía la hora de la partida ni el sitio a dónde íbamos, en tanto que, por la ventana del galpón veía que continuaba desfilando el tren renegrido cargado con penas, con temores y dolores propios, con angustias ajenas y con las ventanillas enlutadas por los rostros de los soldados vivos, de los muertos, incluso, de los inexistentes seres por nacer.

Ante los gestos atónitos de Cacho Ayala y Jorge Molina que me observaban en silencio, evoqué esa noche de encierro como a una verdadera pesadilla. Estaba seguro de no haber descansado un solo minuto. De a ratos, había notado que volvía a separarme del cuerpo. Veía a Mauro y a otros fantasmas que intentaban ayudar a los

soldados que, por pelotones de cincuenta, eran despojados de sus pertenencias y embarcados en lanchones de desembarco. En la mañana siguiente, emprendimos una suerte de desfile de la derrota.

Caminando por esas callejuelas como si pisara los vapores hediondos de un pantano, recordaba que me había invadido una tristeza indescriptible. Tristeza y humillación al sentir que éramos quinientos oficiales argentinos marchando azuzados por los insultos de los kelpers. No faltaba nada para que comenzaran a golpearnos. Escoltado siempre por Cacho Ayala y Jorge Molina, íbamos adelante de los vicecomodoros Vignal y Gamen y me sentía mal, tan basureado que, cuando un británico me tironeó del codo y me apuró y me gritó, torpemente quise volverme y pegarle un sopapo; y lo hubiera hecho si no fuera que Vignal, con su sabiduría ancestral, me atenazó la nunca y me tranquilizó diciendo «shito, shito, ya está, ya pasó».

—Se piantó de nuevo — escuché que Cacho le decía a Jorge.

La vulgaridad del comentario pasó un estropajo sobre mis recuerdos. Sacudí la cabeza y enfoqué la mirada:

—No, es que aprendí a soñar despierto. Sólo sueño — dije en voz alta, después de apagar el cigarrillo contra el piso. Con la vista clavada en Cacho Ayala, añadí —: Lo que no entiendo es cómo llegué acá, ni qué sucedió desde entonces hasta ahora.

—Estabas shockeado, bajo una fuerte conmoción, recuperándote de un ataque de catalepsia. Al menos así nos explicó Sturteky que te encontró en el patio del hospital, entre los cadáveres, y nos pidió que te cuidáramos — me explicó, entrecerrando los ojos porque, en ese preciso momento, lo deslumbraba la cadena de lamparillas que acababan de encender.

La cámara, lentamente, cobraba vida. Se desperezaba, bostezaba. Algunos, compenetrados, con un jarro sacaban agua de un tacho del rincón y se lavaban la cara. Jorge Molina a mi lado, ya se había vestido, ordenado sus escasas pertenencias dentro de una bolsa, sentado en un sospechoso banquillo.

—¿Y mi portafolios? — pregunté.

—Al ver que no volvías al CIC, te lo traje — contestó Jorge —. Tomá, acá está.

Ni fastidio me causó ver la tapa del maletín deformada por el traste cada vez más flaco de Jorge. Mis efectos personales estaban completos y lo más significativo, mi agenda con tapas de cuerina verde.

—¿Qué...! ¿No nos revisaron?

—¿Qué te parece, Sebastián? Al bajar del helicóptero, en grupos de quince tipos, nos ordenaron entrar en una sala un poco más grande que ésta. Luego de hacernos vaciar bolsos y bolsillos sobre una manta, nos hacían poner en bolas y, con esa maldita flema inglesa, revisaban todo. Al final, metían en bolsas de polietileno lo que les parecía interesante, el resto lo devolvían — contó Jorge, terminando un bostezo.

—Y la agenda, ¿por qué no se la llevaron si tenía escritas un montón de hojas?

—No sé. Pasó algo raro — comenzó a relatar Cacho, girando la cabeza hacia la entrada, donde se congregaba un número creciente de prisioneros —. Vos ni te movías. Como un zombi obedecías lo que te decían, pero cuando te quitaron la agenda, pusiste una cara. ¡Mi Dios! Cómo si no fuera la tuya, rarísima. El inglés que ya se había alejado y estaba por guardarla en una bolsa, te miró, quedó helado, de un solo bloque, ni que hubiese visto un fantasma. Sin decir palabra, temblándole la barbilla, la volvió a tirar sobre la manta.

El grupo apiñado en la puerta llegaba ya a muchedumbre.

—Dale, Sebastián, terminá de vestirte. No tenemos que perder el recreo — dijo Jorge, atándose los borceguíes.

La multitud de prisioneros se había encolumnado obediente, ansiosa por salir. A las cuatro y media de la tarde, con puntualidad británica, un inmenso sargento de cara colorada irrumpió a los gritos de «time to get out» y abrió las puertas.

Luego de atravesar un intrincado laberinto de pasillos, pasamos por un galpón medio derruido por los bombardeos argentinos.

—Mirá allá arriba — dijo Cacho, señalando con el dedo.

Intacta, anclada entre los hierros retorcidos de las vigas superiores del techo, aún se veía una bomba de 250 kilos con su para-caídas de frenado enredado.

—Durante el bombardeo, acá murieron seis ingleses — comentó Jorge, mientras marchábamos hacia el aire helado que nos venía del exterior.

—¿Ves aquel cerco de alambre de púas? — preguntó Cacho, caminando a mi lado —. Allí nos encerraron no bien llegamos. Maiorano lo bautizó: La Pingüinera.

Con un dedo, Cacho indicaba un corral. Un verdadero corral, con tranquera y todo, cercado por dos espirales de alambres de púas encimadas. En el interior, apenas emergía del fango pegajoso una simétrica cantidad de cilindros de concreto, seguramente basamentos de futuros pilotes. Con cierto equilibrio, hasta cuatro hombres podían mantenerse parados sobre los únicos puntos secos del corral.

— ¿Vamos allá? — pregunté deslumbrado por tanta luz.

— Parece que sí, igual que ayer — contestó Jorge, sosteniendo el portón que franqueaba el paso.

Con mis compañeros, marchábamos sobre el barro, a la cola del cortejo formado por los prisioneros. A los costados, un pasillo de boinas verdes, «go, go», decía incansable. Cuando pasó el último, cerraron la tranquera. En aquellos contados minutos que tardamos en entrar, La Pingüinera se había completado. La totalidad de los cilindros de cemento estaban ocupados.

— Con cuidado, vengan conmigo hasta la otra punta — dijo Cacho.

A los saltos bordeamos el corral hasta el extremo opuesto. Al lado de una parva de desperdicios, pisoteada y cubierta de barro, con un solo parante erguido, quedaba una carpa de las tropas argentinas.

— Ayúdenme — pidió Cacho, levantando una de las puntas de la lona. Al tiempo que tanteaba la superficie de tela con el pie, añadió —: Esto hicimos el primer día, cuando nos dejaron tres horas a la intemperie mientras los de Inteligencia revisaban cada grupo. Como empezó a llover, buscamos el segundo parante y lo levantamos — al encontrar el soporte, con expresión triunfante, dijo —: ¡Acá está!

Entre los tres, enderezamos el poste a no más de un metro de altura hasta formar una pequeña cueva con piso más seco. Agachados, entramos en esa especie de iglú de lona y, sentados sobre unas cajas metálicas, nos pusimos a fumar.

Aislados, durante un buen rato disfrutamos del tabaco en silencio. Cacho Ayala, que junto con Jorge me había ayudado y se había preocupado sinceramente por mi salud, mirándome muy profundo a los ojos preguntó:

— ¿Pasó, Sebas?

— No sé, todavía... — respondí lanzando el humo contra la lona que tenía a diez centímetros —. Supongo que Jorge te habrá dicho.

— Sí, algo. Me contó de tus visiones, sin mayores detalles.

Con la punta de la suela alisé un círculo sobre la turba húmeda. Mirando los anillos concéntricos que dibujaba, creí llegado el momento de quitarme la duda.

— Cacho, sólo te pido que me contestes sí o no — pregunté, clavando la vista en mi amigo, que se echó hacia atrás levemente —. Vos, ¿ya conocías a Beldeccio?

— Sí, trabajé un tiempo en...

— Sí o no, por favor — cortante, lo interrumpí —. ¿Es cierto que Mauro Bertoni estuvo con él, el verano del 76 en Tucumán?

— Sí.

La respuesta, la media sonrisa nostálgica de Cacho, y los cabeceos de Jorge preguntando con sus señas por qué no le había creído algo tan obvio, algo que se había cansado de repetirme, fueron clarísimos. Sólo ahora me convencía de que Mauro y Analía jamás se habían entendido antes de mis insultos. Inspiré profundo para formular otra pregunta.

— Mejor, dejalo ahí — pidió Jorge. Me sujetó de un hombro y agregó —: Mientras más rápido olvidés, mejor.

Callamos. Cada uno replegado en sus asuntos. Cerré los ojos, suspiré repetidas veces, aliviado.

En media hora más, nos condujeron de nuevo a la cámara frigorífica. A las diecinueve, trajeron una olla Chaucinhio con un guiso marrón muy sabroso que, jarro y dedos mediante, a duras penas, pude tragar sentado en mi rincón. A las nueve, apagaron las luces. Pero como la mayoría había dormido una forzada siesta, la oscuridad en seguida se pobló de cuchicheos, brasas y chispazos de encendedores.

Hablar de las privaciones en un campo de prisioneros británico en las Malvinas, no tiene sentido, máxime cuando nos trataron con toda la frialdad y corrección profesional con que un proveedor puede hacerlo con un cliente díscolo que, en algún momento, espera recuperar. Sin odios, tratando en todo momento de no abrir heridas tan profundas que demorasen en cicatrizar.

De aquellos doce días que siguieron en el frigorífico de San Carlos, sólo rescato la ausencia de manifestaciones de Mauro y de sus colegas. Recuerdo que, a esa altura de los acontecimientos, si bien la certeza de haberme salvado actuaba como un bálsamo, aún palpitan en la cabeza el sonido de las explosiones, los sacudones de la tierra. Con frecuencia me despertaba en medio de la

noche, sobresaltado, creyendo que las fragatas regresaban con sus cañones. Pero lo notable era que, ni aún en esos instantes, cuando respirando agitado miraba sin comprender las tuberías del frigorífico, tenía noticias de Mauro.

Por lo general dormía sobre el cemento como en la suite del mejor hotel, sin los habituales dolores de cabeza y ni siquiera soñar. Otras ocasiones, en cambio, me desvelaba y entre las dos y las cinco de la madrugada trataba de invocarlo. *Espíritu que vagas por la noche ven* —decía en pensamientos—, *rompe las cadenas del incrédulo, el aliento de la desmemoria, los recuerdos del ser improbable, la oscuridad de las estrellas apagadas y las caricias de los pétalos secos; huesos blanqueados, mirada glacial, espíritu no temas, deja ya de sufrir.*

Durante uno de esos desvelos, sin que hubiese obtenido ninguna respuesta de Mauro tuve una experiencia que aún me conmueve. Por una rara coincidencia o porque inconscientemente nos habíamos agrupados, nuestra sala, en un noventa por ciento, se hallaba ocupada por oficiales de Fuerza Aérea. En cosa de días, bajo la sabia dirección del comodoro Destri fuimos conquistando ciertas comodidades. Depósito de agua propio, enchufe clandestino colgado de una de las líneas de alumbrado, calentador de agua eléctrico hecho con alambres y metales encontrados en la Pingüinera, apagado total de las luces en horas nocturnas, radio de onda corta para escuchar noticias de la Argentina, naipes dibujados en los cartones de embalaje, juegos de ajedrez tallados a mano, y dos o tres equipos de mate que circulaban día y noche.

El propietario de uno de estos equipos era un capitán de la infantería del Ejército que había participado en uno de los combates más sangrientos de Monte Langdon. Alto y delgado, buscó asilo entre nosotros porque había tenido una discusión muy brutal con los de su Fuerza. Nunca nos enteramos del motivo ni tampoco nos interesó, porque simplemente se arrimó con su bolso y en el único espacio que quedaba libre, junto a una de las columnas centrales se instaló. Hombre de pocas palabras y melancólico, enseguida encontró buena sintonía con los aeronáuticos.

Una de esas noches en que no podía dormir y añoraba las pastillas ansiolíticas que me habían quitado los británicos, en el medio de las tinieblas de la sala advertí que se avivaba la llama de un encendedor. Era el infante. Mirándolo, sin moverme ni hacer ruido para que no advirtiera que lo espiaba, me pregunté por qué fumaría en la mitad de la noche, por insomnio, calor o porque lo

agobiaba la pena, o talvez porque pensara en la calle Florida o en una taza de café, o extrañaba al hijo o su boca reseca añoraba el aliento perfumado de su mujer. Y pensé: *Por qué fumás, y se te aviva la brasa, y un brillo rojizo te perfila el mostacho, la barba crecida y el temblor del mentón, y ahora aplastás el pucho con el borceguí y un surtidor de estrellas brota del piso. Con la última chispa, otra vez te envuelve la noche. Ya no te veo, pero siento tu pesar. Por la sala repleta de sueños amargos, el llanto silencioso y tu bronca apagada dan vueltas y revolotean en la oscuridad como un par de aves nocturnas. Y yo te digo, llora, llora, capitán; llora sin vergüenza, llora como un hombre con el orgullo macho de haber peleado hasta el final; llora y piensa en los muertos, sólo reza por ellos, por los que se fueron y jamás van a volver.*

Sin demasiado esfuerzo, me dejé absorber por el ritmo prisionero: los trabajos manuales, los horarios, los recreos, los paseos encolumnados en redondo como caballos de noria. Completamente integrado con mis camaradas, me ocupaba de la suerte del conjunto. Lentamente, la calidad de vida mejoró. Un poco, merced a la buena voluntad de nuestros captores; y en gran parte, gracias a los reclamos legales de nuestros abogados militares que, con gran astucia, exigieron a los británicos el cumplimiento de las convenciones internacionales sobre prisioneros.

Tras una quincena en San Carlos, se acercó el momento de la partida. La rutina se alteró. Acondicionaron duchas de campañas para que nos bañásemos. Tres médicos castrenses, prolija y minuciosamente, revisaron los genitales de los quinientos guerreros argentinos y, más tarde, invitaron a cincuenta a participar de una ceremonia en homenaje a los sepultados en el cementerio de guerra.

El acto tuvo lugar en la misma mañana en que nos embarcarían en el St. Edmundo. Lloviznaba. Los cerros vecinos al frigorífico se esfumaban en una gélida borrasca. Ascendíamos lentamente por un estrecho sendero. Marchábamos en silencio, las manos buscando calor en el fondo de los bolsillos, las caperuzas levantadas, las bufandas cubriendo bocas y narices. Temblaba, desde los pies hasta la punta de los pelos. A los borceguíes, con cada pisada, les aumentaba el peso de las suelas. En la cima, se abría una angosta meseta. Allí, un corral rectangular de piedras blancas. El interior, dividido en dos sectores. El de la izquierda, con seis cruces blancas simétricamente dispuestas, era el británico. El de la derecha, con



nueve cruces de fabricación casera y un montículo coronado por dos simples maderas atravesadas, también blancas, era el argentino. Debajo de cada tumba, un nombre, un recuerdo, un vacío, un dolor. Debajo de la cruz grande, bolsas de plástico negro, informes trozos de carne podrida, dentaduras quebradas, cuencas vacías, gusanos piadosos. Alguien dijo que dieciséis. Quién sabía, tal vez más, desconocidos soldados argentinos.

«Our Father...» La oración del sacerdote se elevó emocionada. Y sonó el clarín y un puñal de hielo se hincó en mi pecho. Mientras los acordes metálicos perforaban los tímpanos, desgarrantes, no soporté la pena y caí de rodillas, mis ojos se inundaron con fríos salobres, y me pregunté y les pregunté: *quiénes son ustedes, hermanos argentinos, queridos soldados sin rostros, qué madre, qué esposa, qué hijo los espera. No saben acaso que, mientras lloran la ausencia y sus lágrimas riegan la Patria lejana, ustedes yacen acá, en San Carlos, bajo ese túmulo hecho de turba, no saben acaso que ustedes ya no son más que turba, confundidos con la misma turba, sólo turba y más turba...*

Tantas emociones reunidas me aniquilaron. Me desvanecí. Y al tiempo que caía, los vi por última vez. La tierra huía debajo de mi peso. Sentí que mi cuerpo arrodillado descendía en semicírculo. Antes de apagarse, la mirada como el haz de un reflector barrió el paisaje: los techos de chapa roja, las paredes blancas, el azul profundo de la bahía, los buques anclados, los cerros desnudos, los rollos nubosos avanzando incansables. Y la muchedumbre que se alejaba. Ascendían por la suave ladera de un monte. Un monte de pendiente tan inclinada que a poco andar se hundía en la niebla. Una niebla muy tenue, iluminada. Tan tenue que hasta dejaba filtrar los rayos de un sol dorado, que alumbraba la procesión. Iban todos: los que salían de ese pozo, embarrados; los que llegaban desde las sierras, caminando desorientados; los que venían de lo profundo del mar, chorreando agua, algas verdosas a modo de collares. Ardiles, Bean, Gavazzi, Bernhardt, Volponi, el pibe Rodríguez, Jukic, el cabo Varas con su mameluco azul, García Cuerva, la patrulla de gendarmes, «y pun, pan, pin» todavía cantaba el petiso retacón. Todos, incluso Paul que ya no hacía señas obscenas.

Al final caminaba Mauro. Se desplazaba pensativo, miraba hacia la luz y nos miraba a nosotros. A mí. Antes de entrar en la niebla, igual que a los restantes, el cuerpo le resplandeció; progresivamente, se volvió transparente. La última imagen que guardo de él es que se daba vuelta y me saludaba con el brazo en alto.



*El autor (de pie, segundo de la derecha), el entonces capitán Rodolfo Savoia (de pie, primero de la izquierda) y un grupo de suboficiales artilleros del Ejército y de la Fuerza Aérea, alrededor del 26 de mayo de 1982, posan en el aeródromo de Puerto Argentino detrás de una bomba británica de 500 kg. después de haber constatado que la espoleta de acción retardada estaba inutilizada y, por lo tanto, no podía estallar. Los defensores recuperaron los cañones que habían debido abandonar y continuaron combatiendo los ataques aéreos enemigos.*